

UN VAQUERO ATORMENTADO

Tess Curtis



UN VAQUERO ATORMENTADO

Tess Curtis



Serie Rancho Atkins III

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un Vaquero Atormentado

©Tess Curtis, ®2017

Fecha de publicación: Diciembre 2017

Diseño de portada: Nina Minina

Encuadernación: Nina Minina

Corrección: Nina Minina
Imagen de portada: Pixabay

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Palencia el 20 de Noviembre de 2017 P-68-2017

SafeCreative: 1711194878175

ISBN-13: 978-1534616165

ISBN-10: 1534616160

A mis queridas lectoras, amigas y compañeras.
La vida está llena de baches, saltémoslos
Tess Curtis

EL RANCHO ATKINS

—Claire, cuéntame qué les dais de comer a los hombres en este rancho —le dijo una divertida Susan a la suegra de sus dos mejores amigas, mientras las cuatro, cómodamente sentadas en el porche delantero de la casa, observaban a los hombres apoyados en la cerca, mirando el nuevo caballo que había llegado al rancho.

—Creo que es algo que debe contestarte Olga, que es la encargada de los menús —respondió Claire, alzando su copa de ginebra con limón a modo de brindis. Habitualmente el ambiente era relajado entre las mujeres del rancho Atkins, pero esa tarde el alcohol jugaba más a favor de ello que nunca.

—Se lo preguntaré. Porque realmente esa dieta es muy efectiva. Ojalá obre algún milagro en mí, durante el tiempo que viva aquí —dijo Susan con un suspiro de esperanza.

Desde que su cuerpo había dado el estirón definitivo allá por su adolescencia, algo que había ocurrido veinte años atrás, su figura también decidió estirar, pero a lo ancho, así que, por más dietas que había intentado, nunca había podido perder los al menos quince kilos que le sobraban.

—¡No hablarás en serio! —bramó su amiga Terry, que odiaba cuando una mujer se sentía insegura de su físico.

—Ambas sabemos que me sobran unos kilos —le replicó Susan.

—A todas nos sobran unos kilos —intercedió Angie y sonrió—. Pero considero que estamos estupendas como estamos.

Y no era menos cierto, talla arriba, talla abajo, las tres amigas eran mujeres con unos kilos demás, pero que intentaban sacarse provecho y siempre lucían bien. Mientras que Terry era feliz tal como era y le ofendía que alguna de sus amigas se plantease lo contrario, Susan añoraba su niñez cuando aún era una niña delgada. Por su parte, Angie había desterrado todos sus miedos al conocer a Charlie, su marido e hijo mayor de Claire, que le ayudó a superar todos sus fantasmas al respecto, después de una relación en

la que un antiguo ex la había machacado durante meses para que cambiara físicamente.

—Sois todas preciosas —añadió Claire.

—No me he quejado. Solo he dicho que me gustaría estar más delgada —quiso aclarar Susan—. Para vosotras es fácil, ya no sentís la presión de la sociedad. Tenéis unos maridos imponentes.

Y no era menos cierto. Los tres hermanos Atkins lucían unos cuerpos de infarto. Eran altos, musculados, dos de ellos morenos y un tercero rubio.

—Aún me queda un hijo soltero, por si te interesa —expuso Claire señalando a Samy, el pequeño de los Atkins, un hombre rubio de ojos azules, tan alto y fuerte como sus hermanos.

—Te agradezco el ofrecimiento, Claire. Samy es encantador. Pero existen varios inconvenientes. Es más joven que yo y, actualmente trabajo para él. Por no hablar de que no existe la más mínima chispa entre ambos.

Susan se encontraba en el rancho para decorar el apartamento que acababa de comprar Samy en la ciudad de San Angelo, a unas pocas millas del rancho. El pequeño de los Atkins había decidido invertir en algo. Aunque adoraba a sus padres y a su hermano Luke y su esposa Terry, se sentía un poco fuera de lugar viviendo con dos parejas de enamorados, eso cuando no era fin de semana y venían Angie y Charlie con su pequeña hija Victoria al rancho, entonces tenía que lidiar entre tres parejas de enamorados.

—Lo otro no constituye problema, pero la chispa es la chispa. Si no hay, no podemos hacer nada —convino Claire.

—Además, a Susan le gusta Jack —afirmó Terry riendo.

—¡No me gusta Jack!

—Igual si lo dices cien veces puedes comenzar a creértelo —añadió Angie y también rio.

—Vemos cómo lo miras —ratificó Terry nuevamente.

—Está bien. Me gusta, pero no como creéis —mintió—. Me gusta lo que representa, un hombre valiente que estuvo sirviendo a nuestro país durante media vida. Y lo admiro por ello.

Susan miró hacia los hombres y vio a Jack Fisher montando el nuevo caballo bajo la atenta mirada de los Atkins. Jack era el capataz del rancho desde hacía más de medio año y según le habían contado sus amigas, había conseguido aquel trabajo justo al dejar el ejército. Al principio les pareció demasiado serio y amenazador, pero con los meses, se había relajado e integrado perfectamente en la vida del rancho. También había ayudado a su

amiga Terry a deshacerse de un acosador.

Jack medía más de uno ochenta, tenía cuarenta años, el pelo castaño y unos ojos grises como el acero. Su cuerpo estaba bien esculpido, con unos impresionantes músculos, fruto de ese duro trabajo del rancho que tanto le gustaba realizar y herencia de su anterior vida de marine.

—Si me disculpáis voy a ver cómo va Olga con la cena —dijo Claire levantándose.

—Te ayudamos —se ofreció Angie haciendo intención de levantarse de la silla.

—No, cariño, no —dijo pausando a su nuera con un gesto de su mano—. Hace tiempo que no estáis las tres juntas y quiero que disfrutéis del reencuentro.

Angie, Terry y Susan eran amigas desde hacía unos años, se habían conocido con motivo de un artículo de mujeres reales y trabajadoras en la revista que había dirigido Angie, antes de que la crisis explotase y terminara cerrando la publicación. Desde entonces se hicieron poco menos que inseparables, hasta que Terry se mudó al rancho con Luke después de casarse. Angie, sin embargo aún seguía viviendo en Austin con Charlie. Al menos una vez por semana iba a casa de sus amigos y Angie y ella disfrutaban de una noche de chicas, aunque echaban de menos a Terry.

UNA RUEDA PINCHADA

—¡Mierda, mierda, mierda! —mascullaba enfadada Susan.

Jack observaba con una sonrisa a aquella mujer que le propinaba una patada a la rueda de su coche mientras maldecía. No había podido despegar los ojos de ella desde que había llegado al rancho, días atrás. Era una belleza rubia de media melena, al menos uno setenta de altura y unos ojos azules que le invitaban a perderse en ellos, al igual que en su cuerpo de curvas de infarto. Y a él le gustaban las mujeres con curvas. Siempre lucía perfecta, desde su maquillaje a su impecable ropa, y nunca parecía desentonar. La había visto montar a caballo el día anterior y hasta para ello tenía una elegancia especial. Según le había escuchado a Samy, tenía treinta y cinco años, aunque bien podía pasar por menos de treinta. Y cuando se reía... aquella risa se le metía en la cabeza y la recordaba durante horas.

Pero no era momento de pensar en aquello. Sí, aquella mujer era todo eso y algo más, pero no era para él. Los veinte años que había pasado en el ejército le habían dejado secuelas que no podía ni obviar ni curar. Podía aparentar ser normal, llevar una vida normal o al menos intentarlo, pero nunca sería como cualquier otro hombre. Solo podía permitirse algún que otro encuentro esporádico con alguna mujer para calmar sus más primitivas necesidades, aunque era algo que no había hecho desde que había salido del ejército. Pero se daba cuenta que aquella mujer no era mujer de una noche y aunque lo hubiera sido, también era amiga de las nueras de su jefe, Sam Atkins, y eso le podría costar el cuello. No quería perder un trabajo como aquel en el Rancho Atkins, donde por fin parecía haber encontrado su lugar en el mundo, por una aventura de una noche con una mujer, por mucho que esa mujer fuera la primera que le atraía en muchos meses. Lo más seguro era permanecer a distancia.

—¿Puedo ayudar, señorita? —le preguntó acercándose a ella.

—Susan, me llamo Susan —respondió ella mirando el torso desnudo del

capataz. Recorrió con la mirada rápidamente algunas de sus visibles heridas ganadas en el combate cuerpo a cuerpo.

—¿Puedo ayudarte, Susan? —repitió maldiciendo en su interior por haber dejado la camisa colgada en la cerca en vez de llevarla puesta. Era consciente del repaso que ella le estaba haciendo a sus cicatrices. No le gustaba que sintieran compasión por él y prefería evitar preguntas.

—Eso espero. He quedado en veinte minutos en San Angelo con un carpintero y no voy a llegar. No soy capaz de localizarlo para avisar y retrasar la cita. Y el maldito coche tiene la rueda pinchada.

—Puedo cambiarla en quince minutos —dijo él.

—Sería demasiado tiempo. ¿Puedes llevarme? —le preguntó casi en una súplica.

—Pueden llevarte Terry o Claire.

—Terry ha ido a San Angelo a ver unos locales para su despacho y Claire ha ido a Miles a ver a una amiga. ¿No quieres llevarme? —le preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Tendría que avisar. No puedo ausentarme...

—Yo llamaré a Samy para avisarle de que me llevas a San Angelo —dijo cortando su frase mientras buscaba el teléfono en el bolso.

—Podría dejarte mi coche —dijo él poniéndose serio. No se iba a librar tan fácilmente de ella. ¿Por qué demonios se había acercado y le había ofrecido ayuda? Maldita genética masculina y maldito *síndrome del caballero andante*.

—No sé conducir un coche de marchas —dijo pensando en el Mercedes europeo que le había visto a Jack. No podía imaginar cómo había logrado hacerse con aquel coche. Había que estar loco para preferir un coche manual a un cómodo automático.

—Podrías llevarte la camioneta —ofreció ahora, señalando a la única y destartalada camioneta que quedaba ese día en el aparcamiento del rancho.

—Si no quieres llevarme dilo claramente —le espetó molesta—. En vez de estar entreteniéndome buscando excusas para no hacerlo, podría haber llamado a un taxi hace unos minutos.

—Está bien, te llevaré —se rindió él—. Pero ya puedes estar llamando a Samy para avisarle.

El corrió hacia la cerca para colocarse la camisa, mientras ella sonreía satisfecha, buscando el número en la agenda. Jack venía hacia ella abrochándose los botones, mientras ella terminaba su corta conversación con

Samy. Sin duda aquel rudo exmarine era todo un deleite para los sentidos de cualquier mujer.

—Sube o llegaremos tarde —le dijo arrancando el motor.

Ella corrió hacia la puerta del copiloto, subió y se puso el cinturón de seguridad.

—Lista.

—¿Dónde vamos? —preguntó él, acelerando rápidamente hacia el camino de salida del rancho para incorporarse a la sesenta y siete.

—Al apartamento de Samy.

Él asintió y aceleró nuevamente en la carretera. Sabía que se la iba a jugar si lo cazaba algún radar de la patrulla de carreteras, aunque llevaba lo suficiente allí como para saber que no solían estar por las mañanas en aquella zona. Con el tira y afloja habían perdido tiempo y debían ganar al menos un par de minutos antes de llegar a la ciudad.

—Espero que no te asuste la velocidad —le dijo él fríamente mientras cambiaba a una marcha más larga.

—Dado que vamos tarde... no me asusta.

Era la primera vez que tenía a Jack tan cerca durante tanto rato y pudo deleitarse en su rostro cuadrado, muy masculino, con una nariz recta, barba de dos días y aquellos severos ojos, grises como el acero y cercados por unas atractivas arruguitas que seguramente se acentuarían al sonreír. Algo que no le había visto hacer hasta el momento. O aquel hombre no sonreía nunca o al menos no lo había hecho estando cerca de ella. Contando con que la de hacía un rato había sido la conversación más larga que habían mantenido hasta el momento, quizá no había habido tiempo para ello. Un par de días atrás se lo habían presentado, pero el contacto fue breve y frío. Recordaba como él la había estudiado de arriba abajo, quizá tratando de descubrir su personalidad, analizándola. Los exmarines adquirían aquella costumbre con los años, era algo que había visto en las cortas visitas de su hermano Andrew. Él aún seguía en el ejército a pesar de las súplicas de su madre.

—¿No subes? —le preguntó ella al ver que Jack no hacía ademán de bajarse del coche.

—Te esperaré aquí.

—Quizá pasen horas —trató de convencerlo ella—. Y me podrías ser útil. Necesito tomar algunas medidas.

—Está bien —se volvió a rendir de nuevo, abriendo la puerta del coche y

bajando. Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó unas monedas para la maquina del aparcamiento.

—Ni hablar —dijo ella poniendo la mano encima de la máquina.

—Yo tengo el dinero ya en la mano y te recuerdo que llegas tarde.

Ella retiró la mano de mala gana y dejó que introdujera las monedas en el parquímetro. Aquel hombre era demasiado rudo, más que estar en los marines parecía que había estado perdido en el bosque durante años sin relacionarse con nadie.

—Te lo devolveré.

Al llegar a la segunda planta, se dirigieron por el pasillo hacia la puerta del apartamento.

—Creo que el carpintero llega aún más tarde que nosotros —aseguró ella abriendo la puerta. Había esperado que el carpintero hubiera estado esperándolos, pero no era así.

—Esperaré en la terraza —dijo Jack.

—Confiaba que me ayudases con un par de cosas.

—Tú dirás.

—Bien —dijo ella, dejando el bolso en una silla plegable para sacar una libreta y un lápiz y entregárselo. También sacó un metro láser para ella—. Yo mediré y tú tomarás nota de lo que te diga.

El asintió con la cabeza aunque hubiera preferido que fuese al revés. Susan se dirigió a por la escalera que se hallaba en la otra parte del salón. Quería tomar las medidas de las cortinas para mandarlas a confeccionar lo antes posible. Ese tipo de encargos a veces se retrasaban.

Varias habitaciones más tarde, el proceso era el mismo; Jack cambiaba la escalera de ventana en ventana, ella se subía, ponía el metro láser en un extremo y medía hacia el otro, le daba la medida a Jack y él apuntaba en la pequeña libreta. Pero no todas serían tan sencillas, había un orificio en el ángulo superior de la pared, pensó que habría que tapanlo con algo de masilla y tomó nota mentalmente para recordárselo a los pintores. Apoyó el metro láser en la pared, justo al lado del agujero y de repente vio como una masa negra salía de él. Gritó y se sobresaltó con tan mala suerte que perdió el equilibrio en lo alto de la escalera sabiendo que lo próximo que iba a ver era el duro y frío suelo bajo sus costillas. Cerró los ojos esperando el inevitable golpe, pero este no se produjo, en cambio unos duros pero confortables brazos la asieron y abrió los ojos.

—¿Me has cogido? —preguntó ella, aunque más que una pregunta podría

ser una exclamación.

—¿Hubieras preferido que no lo hubiera hecho? —le preguntó Jack con una leve sonrisa en los labios. La tenía tan cerca que podía oler su perfume: flores y frutas. ¿Cómo podía oler tan bien aquella mujer? ¿Cómo podía hacerle desear cosas que creía dormidas?

—No. Es que... no soy un peso pluma precisamente —reconoció sinceramente ella, consciente de que probablemente pesaba el doble que otras mujeres y, sin embargo, él aún la estaba sosteniendo en brazos. Su mirada había sido cálida, pero en medio segundo se había perdido y vuelto fría.

Jack recordaba haber llevado a hombres en brazos, algunos más grandes que él mismo, hombres heridos, varios habían muerto antes de llegar siquiera al hospital de campaña. También había cargado con muchachos de poco más de veinte años, que habían encontrado la muerte de la forma más absurda sin haber empezado a vivir tan siquiera.

—¡Jack! —lo llamó ella, sacándolo de su ensoñación—. Puedes bajarme ya.

La puso en el suelo intentando apartar aquellos pensamientos. ¿Siempre volvería aquello a su mente?

—Gracias. ¿Estás bien? —Sabía por su mirada que había estado en otro lugar, no con ella.

Sonó el timbre del apartamento.

—Ya era hora. ¡Treinta minutos tarde!

—Esperaré en la terraza —alcanzó a decir él, saliendo de la habitación a grandes zancadas, antes de que ella abriese la puerta.

Necesitaba un lugar donde relajarse un rato y no le importó sentarse en el suelo de la terraza, apoyando la espalda en la pared de al lado de la puerta. Hacía varias semanas que no tenía ninguna visión como aquella de todo lo que había vivido en Irak y Afganistán. Y de repente allí estaba. El subconsciente era algo curioso siempre. Si tenía alguna duda al respecto, siempre volvía para recordárselo, nunca podría vivir sin aquellos recuerdos.

Esperar no era un problema para él, había llevado años haciéndolo, esperar un ataque, sin moverse, durante horas, con frío, hambre o incluso sed, de día o de noche. Así que aquella espera escuchando la cálida voz de Susan charlando con el carpintero acerca de muebles y acabados era casi una bendición. Su voz tenía un tono entre sensual y tranquilizador. El tipo de timbre que un hombre nunca se cansaba de escuchar. Pero había sido una estupidez acompañarla al apartamento de Samy. Aunque cayó en la cuenta de

que de no haberlo hecho seguramente ella se habría estrellado contra el suelo y quizá ahora estaría herida. Aquella imagen se le antojaba aún peor opción. Pero una vez volviesen al rancho intentaría no cruzarse de nuevo con ella. Era lo más seguro para ambos.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad? —preguntó Lucas, el carpintero.

—Un par de días.

—Podemos ir a tomar una copa. Puedo enseñarte la ciudad.

—Te lo agradezco, pero conozco la ciudad y no suelo beber hasta media tarde —respondió ella rechazando el ofrecimiento y a la vez tratando de ser amable.

—¿Quizás prefieras ir a almorzar?

—No, gracias. Quizás otro día. Tengo cosas que hacer antes del almuerzo.

—Podría acompañarte a hacer esas cosas. Acabarías más rápido y entonces sí que podríamos almorzar juntos —contraatacó de nuevo Lucas en tono insinuante.

Aquel hombre se estaba poniendo realmente pesado. Estaba acostumbrada a aquel tipo de hombres en su trabajo. Siempre que no iba con Kenny, su ayudante ocasional, existía la posibilidad de encontrarse con alguien que tratara de sacar una cita con ella. Y algunos eran realmente persistentes, como lo estaba siendo Lucas.

—También podríamos ir los tres a almorzar. Seguro que será divertido —dijo Jack en tono mordaz, entrando por la puerta de la terraza. Se acercó a Susan y le pasó un brazo por los hombros. No le gustaban los tipos como aquel. Si una mujer decía que no, era un no.

Susan hubiera jurado que el carpintero deseó en ese momento que se abriese un agujero bajo sus pies y la tierra lo tragase. Ya hablaría con Jack más tarde al respecto, pero de momento era una buena lección para aquel hombre tan pesado.

—¿Y usted es...? —preguntó Lucas.

—Jack Donovan —dijo, tendiéndole la mano muy a su pesar.

—Lucas —se presentó el carpintero, y le estrechó la mano con sorpresa.

Jack le apretó la mano con tanta intensidad que aquel hombre perdió momentáneamente el color. Le estaba advirtiendo de forma clara que no aprobaba que flirtease con Susan.

«¿Jack Donovan?», pensó Susan. El se apellidaba Fisher, no Donovan. Había usado el apellido de ella ¡Se estaba haciendo pasar por su marido! Le

habría hecho gracia si hubieran tenido más confianza, pero no era el caso, así que ¿quién demonios se creía que era para hacer aquello? Ella sabía librarse de los tipos como Lucas. No necesitaba un protector que se hiciera pasar por su marido.

—Creo que tengo todas las medidas. Te llamaré si necesito confirmar alguna más. Ahora me tengo que ir —dijo apresuradamente Lucas.

—¿No vienes a almorzar con nosotros? —le preguntó Jack.

—No. He recordado que tengo una cita con otro cliente en cinco minutos.

—Es una pena. Quizás otro día —dijo de nuevo Jack en tono sarcástico.

—Seguro —respondió Lucas más bien por desembarazarse de aquello que por quedar a almorzar otro día. No tenía intención de hacerlo con aquel gigante que seguro podía romperle algún hueso sin pestañear.

Si no hubiera estado molesta con Jack, Susan habría reconocido que se estaba divirtiendo con aquel escarmiento que le había propinado al carpintero.

—Lucas —lo llamó ella antes de que saliera por la puerta—. No dejes de llamarme cuando tengas los bocetos hechos. Me gustaría echarles un vistazo.

—Sí, sí. Te llamaré, Susan. ¡Hasta la vista! —se despidió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Jack Donovan? —preguntó ella, subiendo una ceja mientras ponía los brazos en jarras.

—Ha funcionado, ¿no?

—Ese no es el asunto.

¿Por qué demonios se había hecho pasar por el marido de Susan? Ahora ella estaba molesta y tendrían que hablarlo, algo que no le apetecía. La idea era evitarla, no propiciar conversaciones.

—Alguien le tiene que enseñar modales a tipos como ese —se defendió él.

—Desde luego. Pero ese alguien soy yo.

—Pensé que no te vendría mal que te echasen una mano.

—No necesitaba una mano. Llevo más de diez años tratando con tipos como ese a menudo en mi trabajo y te aseguro que me las he podido arreglar yo solita hasta el momento.

—De acuerdo. Lo siento. ¿Contenta? —se rindió él de nuevo ante ella. Tres rendiciones en una mañana constituían todo un récord.

—De momento. —Lo miró durante unos segundos. En realidad no estaba tan enfadada, y se había divertido con la situación, pero no quería que él lo

supiera. Lo que sí le agradaba era ver cómo se podía incluso imponer ante aquel exmarine grandullón—. ¿Qué tal si vamos a almorzar?

¿Almorzar? Él quería volver al rancho y perderla de vista.

—Quizás debamos volver al rancho, los Atkins se preguntarán dónde estoy.

—Nada de eso. Antes has hablado de almorzar. ¿No iba en serio?

—Iba en serio, pero en el rancho también podremos almorzar. Tengo trabajo.

—Tienes trabajo conmigo, aún tengo que ir a elegir la pintura. Además, Samy me ha dicho que eras *mío* todo el tiempo que te necesitase —dijo ella con un tono insinuante en su voz, al pronunciar la última frase.

¡Mierda! Estaría en manos de aquella mujer durante quién sabía cuántas horas más, cuando lo que quería era evitarla.

—Está bien, maldita sea —masculló él.

—Aún tenemos una ventana por medir y luego podremos ir a almorzar.

—Me subiré yo esta vez, si no te importa —dijo él dirigiéndose a la habitación principal—. No queremos que se repita lo de antes.

—¿Te estás burlando de mí, Jack Fisher? —preguntó en todo inquisidor.

—Puede —respondió secamente.

—Solo para que conste, no tengo miedo a las arañas —señaló desafiante, llegando al pie de la escalera donde él ya se había subido.

—No me digas.

—Así es. Como podrás imaginar me las he visto con muchos animales de ocho patas desde que trabajo en esto. Es solo que ha salido de repente y me he asustado.

—Lo que tú digas. ¿Podemos terminar?

—¿Sabes usar un metro láser?

—Llevo viéndote hacerlo durante un buen rato y te aseguro que por mis manos ha pasado tecnología más compleja que este simple metro láser.

—Está bien.

Aquel hombre comenzaba a sacarla de quicio. Midió, le dio la medida, ella la apuntó y bajó de la escalera.

—Ahora dejaré que me lleves a almorzar —dijo ella, abriendo la puerta del apartamento.

¡QUÍMICA!

Jack condujo hacia un típico restaurante tejano. A las mujeres de ciudad como Susan no les solían gustar aquellos lugares, preferían la comida más refinada, sándwiches y zumos vegetales. Y se dio cuenta que estaba intentando molestarla a propósito. Si conseguía que ella lo despreciase todo sería más fácil. Nunca se le volvería a ocurrir pedirle que la acompañase a ningún lugar.

—¡Me encanta el lugar! —exclamó ella al cruzar la puerta.

—Sabía que te gustaría —dijo él con una mueca de disgusto. Quizá debía haberla llevado a algún lugar de sándwiches y zumos.

Tomaron asiento en una de las mesas centrales del restaurante. La camarera se les acercó con sendos vasos de agua y les llevó las cartas. Quince minutos después tenían sus pedidos delante de ellos. Susan se había decantado por unos huevos a la tejana y Jack por un buen filete de ternera con patatas y ensalada.

—Pensaba que eras un hombre de arroz hervido, verduras y pechuga de pollo a la plancha —comentó ella tratando de iniciar una conversación con él. Aquel hombre no tenía el más mínimo interés en nada que no fuese su filete.

—¿Perdona? —le preguntó dejando de masticar, mientras la miraba interrogativamente. ¿Arroz? No pensaba comer más arroz hasta dentro de cincuenta años al menos. Había comido más del que podía soportar durante su estancia en el ejército.

—Sí, ya sabes, los hombres como tú suelen comer eso.

Él la volvió a mirar con gesto interrogativo.

—Por los músculos, la grasa y todo lo demás, ya sabes —tuvo que aclarar ella.

—No soy uno de esos —respondió escuetamente.

—Está bien saberlo. No me gustan los hombres que solo comen ese tipo de cosas —comentó mientras él bebía.

Él se atragantó levemente con la cerveza que estaba bebiendo, puso su servilleta delante de su boca un momento y la miró con interés ahora. ¿Acaso le estaba insinuando que él podría ser un hombre que le gustase? ¿O aquello significaba que ya le gustaba?

—No estaba insinuando que me gustes —se apresuró a aclarar ella, nerviosa por su mirada. Sabía lo que estaba pensando.

—Entonces no te gusto. Bien —dijo él seriamente y bajó su vista de nuevo hacia el filete.

—Tampoco he dicho eso. —Susan se estaba dando cuenta que se había metido en un laberinto, y ahora no sabía cómo salir de él. Tampoco quería herir sus sentimientos. Porque lo cierto era que le gustaba. A pesar de que era rudo y antipático, había algo en él que le atraía.

Jack dejó los cubiertos en el plato para mirarla de nuevo. Notaba la incomodidad de ella. Y, maldita sea, le divertía.

—Es simple, Susan. O te gusto o no te gusto.

—Ahora te estás riendo de mí —observó ella molesta.

—Nunca me reiría de una mujer tan atractiva —se arrepintió tras haberlo dicho. Había relajado sus defensas con ella solo durante un instante y ya se estaba lamentando de ello.

—Así que te parezco atractiva —repitió ella entrecerrando los ojos.

—No he querido decir eso.

—Yo sí creo que lo has dicho.

—Todas las mujeres lo sois. —Ahora el que estaba cayendo en la trampa era él.

—Como veo que soy más considerada que tú, ¿por qué no dejamos el asunto?

—Trato hecho. —Le tendió la mano por encima de la mesa y ella se la estrechó.

¡Mierda! ¡Química! El contacto de su mano con la de ella le había provocado una especie de corriente eléctrica que lo había atravesado de parte a parte de su cuerpo. Estaba decidido, a partir de ese día la iba a evitar a toda costa.

—Si me disculpas iré al baño antes del postre —manifestó Susan, saliendo disparada de la mesa.

Se miró al espejo una y otra vez, trataba de serenarse, de salir lo más serena posible del baño de nuevo. Ya no tenía dieciséis años, era una mujer adulta. ¿Por qué demonios se sentía como una adolescente? Vale, Jack le

gustaba. Tenía que admitirlo. Le gustaba y, además, mucho. Llevaba todo el fin de semana observándolo y cuanto más lo veía, más le gustaba. Y ahora estaba comiendo con él. ¡Esa mañana la había cogido en brazos como si fuera ligera como una bailarina! Nadie la había cogido en brazos desde que era niña. Pero la realidad era que Jack era rudo, rozaba lo antipático y sus frases más largas eran de cinco palabras. Blanco y en botella: ella no le caía simpática.

—Vale, bien —se dijo a sí misma en el solitario baño mientras se miraba de nuevo al espejo—. No pasa nada. Puedes salir ahí fuera, poner una sonrisa y relajarte. No le gustas, Susan, grábatelo. No-le-gustas. ¿Vale?

Respiró hondo y salió de nuevo del baño.

—Veo que has pedido por mí —dijo, viendo una porción de tarta de chocolate en su lado de la mesa.

—Tardabas.

—Había cola en el baño.

—Bien.

Ahí estaba de nuevo, monosílabos y el silencio entre ambos. Jack deseaba estar en cualquier lado menos con ella. Si hacía un rato había creído verle una chispa de simpatía hacia ella, ya no quedaba nada o solo había sido producto de su imaginación.

—Así que, un Mercedes manual —le preguntó mientras iban en coche al otro extremo de la ciudad, a recoger unas muestras de telas, que quería enseñarle a Samy esa noche, para las cortinas. Hacía dos horas que Jack no despegaba los labios y se le estaban haciendo muy largas a Susan. Desde que habían almorzado, se había vuelto más taciturno aún, si eso era posible.

—Así es —dijo él por toda respuesta.

—Es europeo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo has comprado en Europa?

—En una subasta de la policía.

«¡Seis palabras seguidas! Premio para Jack Fisher.», pensó Susan.

—¿He de suponer entonces que era de algún mafioso ruso?

—Todo es posible.

—Bien. —Se arrellanó Susan nuevamente en el asiento del coche. Aquella conversación estaba muerta y enterrada.

Dos horas más tarde y ya de vuelta a casa, ella volvió a intentarlo.

—Así que, ex marine.

—Ajá.

—¿Fuiste a la guerra o trabajabas haciendo otro tipo de misiones por medio mundo?

—Las dos cosas.

—¿En qué países has estado?

—Lo siento. Firmé un contrato de confidencialidad.

—Siete palabras —masculló ella por lo bajo, girando la cabeza hacia la ventanilla, sabiendo que aquella conversación también estaba muerta.

—¿Perdona? —preguntó él como si no la hubiese escuchado.

—Nada, estaba recordando algo.

Sí, cierto, no quería hablar con ella, no quería tener contacto, no quería profundizar. Se estaba comportando como un auténtico gilipollas, lo sabía y no le gustaba. Pero era total y absolutamente necesario. Si algo había aprendido con los años en los marines, era que cuanto menos contacto y menos profundidad en una relación, menos dolía la separación, la pérdida. Al principio se implicaba con sus compañeros, conocía la historia vital de todos y cada uno. Pero fueron cayendo en combate, en misiones arriesgadas y el dolor era insoportable, sabiendo sus anhelos, las personas que los esperaban en casa, sus sueños... el no saber era algo que lo había protegido durante los últimos años en el ejército. No sabía nada profundo acerca de sus hombres, era un ser deshumanizado y frío, sabía que ellos lo hablaban a sus espaldas. Tampoco quería saber nada de los tipos a los que le encargaron neutralizar en las misiones, solo necesitaba saber sus hábitos y dónde los encontraría, nada más. Durante los dos últimos años era solo una máquina, cumplía órdenes sin cuestionarlas, sin sentimientos. Sin preguntarse si sus objetivos tenían familia, hijos o sueños.

—¡Jack! —lo llamó ella—. El desvío del rancho.

—Estaba distraído.

Tomó el desvío en el último momento. Susan lo había estado observando y, su mirada era como la de esa mañana, estaba en otro lugar y por su expresión, no era un lugar demasiado amable.

—Gracias por llevarme a San Angelo —le dijo ella saliendo del coche, con el bolso y los muestrarios de telas para dirigirse a la casa, sin esperar respuesta de Jack. Necesitaba entrar en contacto con gente normal de nuevo o se iba a volver loca.

—¡Hola, Susan! —la saludó Terry al verla entrar en el salón.

—Hola, Terry. ¿Has encontrado el local ideal para tu despacho? —le

preguntó, desplomándose en el sofá. Estaba exhausta.

—No, aún no. Tengo que ver más aún. Pero cuéntame tú. Me ha dicho Samy que has estado con Jack en San Angelo, todo el día —afirmó con un tono mitad emoción mitad insinuación en su voz.

—¿Y? —Maldita sea, se le habían pegado los monosílabos del soldado.

—Que a ti te gusta, es guapo, interesante, simpático...

—¿Simpático? ¿Simpático? —preguntó Susan con sarcasmo.

—¿No lo es? —se extrañó Terry.

—Déjame que te diga una cosa, no sé qué demonios veis en él para pensar que es simpático. Porque te aseguro...

—Susan... —la interrumpió Terry, viendo que Jack acababa de entrar por la puerta y ella, de espaldas, no podía verlo.

—No, Terry, déjame decírtelo. Jack Fisher es el hombre más rudo, antipático y aburrido que he conocido en toda mi vida. He tratado de sacar temas para hablar con él, te juro que he tratado de conversar con él, pero ha sido imposible. Ese hombre es imposible. ¿Cuántas palabras dirías que ha dicho en las últimas cinco horas? Te aseguro que no han sido más de veinte. ¿Acaso conocerá más de cien palabras? ¿Podrá hilar algo coherente y extenso alguna vez? ¿Su frase récord de cuántas palabras crees que consta? —preguntó esperando una contestación de su amiga, que la miraba con cara de preocupación.

—Siete —respondió la voz de Jack Fisher a su espalda.

Susan se levantó del sofá y se giró como si un resorte la hubiera accionado. Acababa de soltar todo su enfado justo delante de él sin saberlo. Había sido dura e injusta. Y él lo había escuchado todo.

—Venía a buscar las llaves de tu coche para cambiar la rueda —le dijo mirándola fijamente, e hizo un cálculo rápido de sus palabras—. Y eso son doce palabras.

—Ahora te las llevo yo —dijo Samy, que estaba apoyado en la puerta de la cocina, observando la tensa escena.

Jack la miró nuevamente, sin mostrar ninguna emoción en su mirada, giró sobre sus talones y salió de la casa.

—¡Mierda! ¿Por qué no me has avisado, Terry? —preguntó ahora girándose hacia su amiga.

—Lo he intentado, cariño.

DESAGRADABLE CON LAS MUJERES

Ahí lo tenía, ese era el fruto de su trabajo, de una tarde siendo desagradable con una mujer. Si quería que ella lo despreciase, desde luego que lo había conseguido, no volvería a hablar con él, ya que sus frases eran de *siete palabras como máximo*. Podría estar satisfecho, pero no lo estaba. Había quedado como un gilipollas delante de ella. Y maldita sea, no sabía por qué, pero le importaba lo que pensara ella.

—Aquí tienes las llaves —le dijo Samy, lanzándoselas.

—Gracias. —Las atrapó al vuelo y se dirigió al coche. Halló la rueda de repuesto, comenzó a desatornillarla desde dentro del maletero y cayó al suelo. Con la llave comenzó a aflojar los tornillos, casi con rabia, antes de poner el gato en el tercio delantero del coche, accionándolo con la manivela para alzar el vehículo.

—No serviría de mucho si te dijera que tenemos una pistola de aire para quitar los tornillos, ¿verdad?

—No, no serviría. —Necesitaba descargar la energía de su enfado. Debería estar enfadado con ella, pero lo cierto era que lo estaba consigo mismo.

—¿Cerveza o *whisky*? —ofreció Samy. Lo mejor sería hablar con él un rato después de que hubiera cambiado la rueda. Y si era con alcohol de por medio, mejor.

—*Whisky*.

—Bien —respondió el menor de los Atkins entrando en la casa.

Al rato, Samy salió de la casa con dos vasos y una botella de *whisky*. Jack había terminado de cambiar la rueda y estaba apoyado en la cerca de enfrente de la casa. Se dirigió a él y le tendió el vaso, abrió la botella y los llenó.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Samy intrigado.

—De lo que has oído, ni más ni menos.

—Supongo que habrá exagerado. Te he escuchado frases de más de siete palabras.

Jack guardó silencio durante unos segundos y bebió de su vaso.

—No ha exagerado nada. De hecho, yo diría que se ha quedado corta —respondió Jack al fin, mirando el fondo vacío de su vaso.

Samy volvió a llenar los vasos hasta la mitad.

—¿Y por qué habrías de haber hecho eso?

—Quizás porque soy un gilipollas con las mujeres.

Samy lo miró analizando aquella última afirmación. Pero él nunca se había portado así ni con su madre, con sus cuñadas o con las veterinarias que iban al rancho. Al contrario, era de los vaqueros más educados y correctos que trabajaban allí. Uno de los muchos motivos por los que era un buen capataz.

—O eres gilipollas solo con ella —afirmó Samy esperando ver su reacción. Pero no la hubo. Solo apuró el resto del vaso y se lo devolvió.

—Aquí tienes las llaves del coche —dijo tendiéndoselas—. Me harías un favor si se las das a Susan. Iré a darme una buena ducha. Gracias por el *whisky*.

Hacía un par de días que no veía a Jack. Estaba segura que él la estaba evitando. Y quería pedirle disculpas, sabía que se había aburrido profundamente el día que habían estado en Austin, de ahí su poca capacidad comunicativa. Pero aquello no le hacía merecedor de las duras palabras que tuvo que escuchar de su boca unas noches atrás.

—Samy, necesito que hablemos de los muebles de la cocina —dijo Susan saliendo al porche trasero de la casa. Lo había visto a través del cristal de la puerta.

Jack también estaba allí y no fue consciente de ello, hasta que había salido fuera. Estaba apoyado en la barandilla de un lateral. Su mirada gris acero se concentró en ella por unos momentos, mirándola con interés.

—Perdón, pensaba que estabas solo. He interrumpido —se disculpó ella—. Cuando termines hablaremos. —Hizo ademán de irse.

—No, solo estábamos tomando una cerveza. Únete a nosotros —le invitó Samy.

—No quiero molestar.

—No molestas. ¿Cerveza?

—Cerveza está bien. Gracias —respondió ella tras pensarlo unos

segundos.

—Genial. Dame un minuto —dijo Samy, entrando en la casa.

—Hacia un par de días que no te veía —dijo Susan tratando de iniciar una conversación con Jack.

—He tenido trabajo, ya sabes.

—Ya lo supongo.

Susan trató de insuflarse valor. Era el momento de disculparse.

—Quería hablar contigo de lo del otro día.

—¿Has tenido algún problema con la rueda de repuesto?

—No. Está bien.

—Mañana quizá pueda ir a Miles a arreglar la otra. Siento la demora.

—No pasa nada. No era eso lo que me preocupaba. Quería hablar de lo que dije el otro día.

El la miró fijamente con aquel gris acero de sus ojos.

—No hay nada de lo que hablar —respondió él, y bebió de un trago el resto de su cerveza.

—Yo creo que sí. Creo que no fui...

—Déjalo, Susan —le pidió Jack comenzando a moverse para abandonar el porche.

—Yo quiero... —dijo ella moviéndose más rápido para interponerse en su camino. Le tocó el pecho con una mano para detenerlo—. Perdona —se disculpó por tocarlo. Algo le decía que rechazaba aquel contacto.

—Tengo cosas que hacer. Hasta la vista. —La esquivó y bajó los escalones del porche, desapareciendo por uno de los laterales de la construcción.

Samy salió de la casa de nuevo.

—¿Y Jack? —preguntó, tendiéndole la cerveza.

—Jack se ha ido. Gracias —dijo, cogiendo la cerveza con un suspiro antes de sentarse—. Supongo que no le apetece estar a menos de cien metros de mí. Y no le culpo después de todo lo que dije el otro día de él.

—No creo que esté enfadado si es lo que te preocupa.

—Aún así. Le debo una disculpa. Hace un momento he tratado de disculparme, pero tampoco quiere escucharme.

—Dale tiempo. Jack es un buen tipo. Y créeme, le he escuchado frases de más de siete palabras —bromeó Samy.

—¡Ohhh, por el amor de Dios! Nunca debí decir eso. Fui totalmente injusta.

—Estabas enfadada, no te culpes más. Pero dime, ¿de verdad se portó así? —quiso saber Samy.

—Sí, sobre todo después de almorzar. Supongo que pensaba regresar al rancho y se vio obligado a quedarse conmigo y su humor cambió a peor.

—Yo no consideraría un castigo almorzar contigo. Eres una mujer interesante, guapa y muy simpática.

—¿Tratas de flirtear conmigo, Samy? —le preguntó ella, enarcando una ceja.

—Puede. —Le sonrió él.

—¿Sabes que soy mucho mayor que tú? —le dijo ella exagerando.

—Vamos, Susan, ¡solo tienes cinco años más!

—Además, ¿no se supone que eres el tímido de la familia?

—Vale, me has pillado. Estoy de broma. Si fuera en serio no me habría atrevido a decirte tal cosa.

—Cuando te guste una chica de verdad, atrévete.

—No estábamos hablando de mí —dijo Samy un poco azorado—. Estábamos hablando de Jack. Es un gran tipo. Mi padre tuvo una gran intuición contratándolo. A pesar de que Luke y yo no estuvimos de acuerdo al principio.

—¿Y eso?

—Tú lo has visto. Su presencia impone. Ahora parece más relajado, pero imagínalo hace unos meses, era como el sargento de hierro.

Susan se lo imaginó, estaba segura que ahora llevaba el pelo más largo, recordaba el corte de su hermano Andrew y desde luego Jack lo tenía más largo. Pero le quedaba muy bien con sus masculinas facciones y su cuerpo bronceado del trabajo en el campo. Aquel cuerpo invitaba al pecado, aún podía notar la sensación de estar en sus brazos.

—¿Qué querías que hablásemos de la cocina? —le preguntó Samy, sacándola de su ensoñación.

SEDUCIENDO A JACK

Oyó una risa masculina desconocida y miró por la ventana preguntándose si sería una visita. Para su sorpresa era Jack, estaba hablando con Luke delante de la casa. Ambos reían de algo gracioso, quizá alguna de las ocurrencias de Luke, el marido de Terry. Era un hombre muy expresivo y alegre y contagiaba su buen humor a todos. Aun desde la distancia pudo ver los perfectos y blancos dientes de Jack en contraste con su piel bronceada. Su gesto cambiaba, se relajaba y mostraba un hombre agradable y muy atractivo, más que nunca. Pero como si de un sexto sentido se tratara, Jack dirigió su mirada al segundo piso y allí se encontró con la de Susan. Su gesto antes relajado se endureció de nuevo, se despidió de Luke y continuó hacia su casa.

—¿Qué haces? —preguntó Terry, entrando en la habitación de Susan. La puerta estaba abierta.

—Jack estaba hablando ahí abajo con Luke.

—Así que espiando a Jack —insinuó Terry en tono malicioso.

—Solo estaba mirando por la ventana.

—Dirás que estabas *admirándolo* por la ventana.

—Le caigo mal.

—No le caes mal.

—Tiene sus motivos después de lo que dije de él, pero me temo que es algo de antes. Le caigo mal y no sé por qué.

—No lo creo. Pero podrías preguntárselo.

—Sí, claro. Me presento en su casa y se lo pregunto. —Puso los ojos en blanco.

—Es una opción. El mundo es de los valientes.

—Va a creer que estoy loca.

—También podrías seducirle —lanzó de repente Terry.

—Dudo que yo sea su tipo. Pero esa idea es aún más descabellada que la

anterior.

—Te estás muriendo de ganas, aunque no lo quieras reconocer.

—Está enfadado por todo aquello que dije.

—Bueno, siempre puedes pedirle disculpas.

—Lo intenté hace unos días, escapó de mí. Dijo que tenía trabajo.

—Entonces deberás hacerlo en un lugar del que sepas que no pueda escapar y cuando no tenga nada que hacer.

—¿Y eso cuando será, oh, diosa de los consejos? —preguntó Susan, burlándose de su amiga Terry.

Terry rio con la contestación de su amiga.

—En su casa, después de cenar. No sé si tiene problemas para dormir, pero sé que no duerme hasta tarde, he visto la luz de su casa encendida alguna noche que no he podido dormir. Podrías aprovechar, pedirle disculpas.

—¿Y si me cierra la puerta en las narices?

—Entonces deberías pensar algo para que no lo haga. Quizá... —dijo pensando—. ¡Deberías cocinar algo para él! Pocos hombres se resisten a algo de comer.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Así ya lo tienes medio convencido para que te escuche y disculpe el arrebato del otro día. Y si además... No, eso no. —Se detuvo— Quizá me tomes por loca y sea demasiado para ti.

—¿Además, qué? Suéltalo, Terry.

—Un buen escote.

—Tienes razón, estás loca.

Terry rio.

—Cariño, es un hombre, y es algo que funciona muy bien en situaciones difíciles.

—Me reafirmo, estás loca.

—Como quieras, pero ese es mi consejo —dijo, saliendo por la puerta de la habitación mientras reía.

Hacerle algo de comer no estaría mal. Quizá un postre fuese apropiado. Además, era una idea en el momento justo, ya que esa tarde Claire y Olga estaban fuera. Tendría la cocina para ella sola. Podría hacerle algo sin mucho público ni explicaciones, y llevárselo por la noche. En su casa no tendría escapatoria y no le quedaría más opción que escucharla.

—Estoy para que me aten. ¿Por qué demonios le haré caso a Terry? —Susan hablaba sola camino de casa de Jack.

Todos se habían retirado a descansar, excepto Samy que trabajaba en el despacho. Le había hecho un postre a Jack, se había perfumado, puesto *gloss* en los labios y llevaba la blusa tan desabrochada que al más mínimo descuido se podría ver el color de su ropa interior. Quizá estaba exagerando y no era para tanto, pero era más de lo habitual. No obstante, se sentía segura y sexy.

—Voy preparada con todo lo que una mujer necesita para comerse el mundo —dijo en voz muy baja, acercándose al porche.

Subió los dos escalones, permaneció de pie frente a la puerta, soltó aire, relajó los hombros y estiró los músculos del cuello antes de tocar firmemente a la puerta con los nudillos.

Medio minuto después, Jack abrió la puerta. Primero la miró a los ojos, descendió a los labios, al escote y de ahí al bol que llevaba en la mano.

—Susan —dijo él a modo de saludo.

—Jack —pronunció Susan también su nombre. Ojos, labios, escote y comida... no era mal orden tratándose de un hombre. El que empezara por los ojos decía mucho de él.

—Es tarde. ¿Tienes algún problema? ¿El coche?

—Olvídate del coche. Está muy bien.

—¿Entonces? —preguntó con gesto interrogante.

—He hecho un postre y pensé en traerte un par de raciones. Espero que te guste.

Dudó en preguntar cuál era el postre, si ella o el bol, aunque sin duda era el contenido del bol que traía en las manos. Jack la miró atentamente. Susan estaba más guapa que nunca, la noche le sentaba bien. Podía oler su perfume a flores y frutas nuevamente, y lo estaba volviendo loco. Pero era solo una mujer, él había sobrevivido a situaciones más duras que esa, y se había enfrentado a enemigos más poderosos que la atracción hacia una de ellas. Su autocontrol y él podrían sobrellevar su contacto.

—Gracias —respondió al fin, tomando el bol de sus manos mientras rozaba levemente sus dedos. Aquel contacto se le hizo insoportablemente agradable—. ¿Te puedo ayudar en algo más?

—Sí. Me gustaría pasar. —Las cosas no estaban saliendo como había previsto. Él no la había invitado a pasar.

—¿Por qué querías pasar? —preguntó Jack de repente.

—Tenemos que hablar de algo.

—Es que... no estoy solo —dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Una mujer? —preguntó ella con miedo. ¿Sería quizá esa la razón de

su insomnio? Entraba en lo probable que siempre tuviese a una mujer dispuesta a complacerlo en su cama. No se lo habría reprochado a ninguna f emina. La realidad era que Jack era un hombre muy atractivo y tenía un cuerpo impresionante.

Maldita sea... no podía mentirle. Si ella tan siquiera hubiera dado la vuelta y se hubiera ido... pero tenía que preguntar si era una mujer.

—No, en realidad no. Pasa —se rindió. Siempre terminaba rindiéndose ante ella y eso era peligroso para un marine.

Susan entr  y observó la estancia. Un amplio salón comedor. Con un televisor plano de no menos de cuarenta pulgadas, donde en ese momento se podía ver un documental del antiguo Egipto. Dos sofás y una mesa de café completaban la zona destinada al estar y una mesa de comedor con cuatro sillas la otra zona. La cocina estaba abierta y bien amueblada. Al lado de la escalera, que subía al piso superior, había una puerta, probablemente un baño. Pero no veía a su compa a. Solo había un gato de tres colores dormitando en uno de los sofás.

— Tienes un gato? —Aquello la acababa de descolocar. Un rudo exmarine y vaquero que vivía con un gato de pelo largo.

—En realidad es gata. No le suelen gustar las visitas, pero al parecer t  le caes bien. Sigue dormitando sin inmutarse y s  que te ha visto.

—Vaya, me alegro de ser de su gusto. —Al menos le ca a bien a alguien en esa casa—.  D nde está tu compa a? Me gustaría saludar.

—Es *Trisha* —dijo señalando a la gata, sabiendo que acababa de quedar como un friki. Decir que estaba acompañado refiriéndose a un felino no era de estar muy cuerdo.

— Oh, *Trisha*! —Se sorprendió al oír que ella era su compa a y mir  a la gata que al escuchar su nombre levantó la cabeza. Susan la acarició suavemente y le rasc  por debajo del cuello. *Trisha* le guiño los ojos para mostrar su conformidad y volvió a su postura para seguir dormitando de nuevo—. No te imaginaba con una gata.  Desde cuándo la tienes?

—Hace cosa de un mes. Apareció por aquí. Le puse comida y se quedó. Pero sí que solo est  de visita. Por su comportamiento parece ser una gata hogareña, y en su collar est  su nombre. Estoy esperando a que alguien la reclame. No entiendo por qué se ha quedado.

—Seguramente seas un buen anfitrión.

—Voy a guardar el postre —dijo alzando el bol y dirigiéndose a la cocina.

Susan tomó asiento en el sofá donde estaba *Trisha*. Suponía que el otro era donde habitualmente se sentaba Jack. Un hombre curioso, sin duda. Veía documentales de historia de Egipto y acogía a una gata temporalmente.

Trisha abrió los ojos, se estiró y se sentó en el regazo de Susan. Ésta comenzó a acariciarla y la gata a ronronear.

«¡Maldita sea!», pensó, volviendo a la sala de estar. A *Trisha* le caía bien Susan. Y a *Trisha* no le caía bien casi nadie. Se solía esconder nada más se abría la puerta. Si fuera alguien supersticioso pensaría que los planetas se estaban alineando en su contra para meter a Susan en su vida a la fuerza.

—Te va a echar pelo, deja que te la quite de encima.

—No, tranquilo. Me gusta *Trisha*. Además, no está en esa fase. ¿Sabes que acariciar un gato tiene beneficios terapéuticos?

—Algo había oído —dijo, sentándose en el otro sofá.

—Quería pedirte disculpas por lo del otro día.

—Te dije que no era necesario, Susan —dijo él removiéndose incómodo en el sofá.

—No, por favor. Permíteme hacerlo. A veces soy una bocazas y reconozco que esa tarde estaba enfadada. Fui egoísta y no pensé que te retuve todo el día, cuando seguramente tenías cosas que hacer y te estabas aburriendo soberanamente, acompañándome a todos mis encargos. Lo siento, Jack. De verdad.

—Yo tampoco estuve muy acertado esa tarde —dijo a modo de disculpa. No quería disculparse con ella y por eso no quería que ella lo hiciera. Si tan siquiera ella hubiera dejado las cosas tal como estaban no tendría que admitirlo. Y eso le seguiría dando una ventaja, que ella pensase que estaba enfadado. Pero aquella mujer era demasiado testaruda para dejar correr las cosas.

—Lo siento, no suelo ser así de desagradable con nadie, no suelo tener esos ataques de furia verbal.

—Da igual, Susan. Déjalo. Tenías tus razones.

—¿Amigos, entonces?

¿Amigos? No quería ser su amigo. Aquella mujer lo alteraba físicamente. Quería algo que no podía tener con ella, y no tenía la más mínima intención de comenzar una amistad. No le apetecía torturarse con su presencia, con la cercanía de su cuerpo, su aroma a flores y frutas y su dulce y azul mirada. Quería distancia, no quería más disculpas ni postres ni visitas a medianoche que le ponían al límite de la resistencia, cuando lo único que deseaba al

mirarla era estrecharla en sus brazos y besarla hasta quedar sin aliento. Sobre todo cuando la suave piel de sus pechos estaba tan expuesta a la vista como esa noche. ¿Aquel botón extradesabrochado de su camisa obedecía a un descuido o era intencionado? Mejor sería no pensarlo.

—¿Estarás mucho tiempo en el rancho? —preguntó en vez de responder a su pregunta. Quería saber cuánto tiempo más tendría que evitarla.

—Quizá un par de meses. Espero que me salgan nuevos encargos en la zona tras terminar el apartamento de Samy. Suele suceder y es bueno para mí. Eso supondría quizá un tiempo indefinido por aquí. Es una buena zona y está en expansión.

Un par de meses con suerte, con mucha suerte, ya que no era difícil que le saliesen nuevos encargos. Iba a resultar muy duro evitarla durante tanto tiempo. Era un soldado, podía hacerlo, había participado en misiones más arduas. ¡Maldita sea! Ya ni siquiera era eso. Era un simple vaquero con un pasado militar que lo perseguía y atormentaba. Era demasiado viejo para seguir siendo un soldado. Demasiado viejo cuando te comienza a afectar en tu trabajo el saber que todos los que se enrolaron contigo están muertos o sus secuelas son tan graves que no pueden trabajar en nada más el resto de sus vidas.

—Deseo que tengas suerte entonces —dijo él, levantándose del sofá. Le indicaba tácitamente que la conversación había terminado.

Susan acarició por última vez a *Trisha* y la instó a moverse a un lado del sofá. La gata así lo hizo. Había sido consciente de la mirada de Jack. Hasta hacía un momento habían charlado amigablemente, o casi, y de repente sabía que su mente había estado en otro lugar y ahora le indicaba educadamente que era hora de marcharse.

—Gracias. Ya te iré contando —dijo, levantándose del sofá.

—Intentaré llevar la rueda tan pronto como pueda a reparar. Han sido unos días duros —se disculpó él ya en la puerta. No era cierto. Sabía que si aún no la había llevado era porque evitaba el momento de pedirle de nuevo las llaves del coche, para volver a cambiarla una vez reparada y poner la de repuesto en su lugar. Algo para lo que sin duda, tendría que hablar con ella. Pedírselas a Samy o a cualquier otra persona suscitaría alguna pregunta que no estaba dispuesto a contestar.

—Mientras no se pinche la que está puesta, no tengo ninguna prisa.

—Gracias por el postre.

—Gracias por presentarme a *Trisha*. Buenas noches —se despidió ella,

saliendo de la casa de Jack.

—Buenas noches —respondió viéndola alejarse. Quizá había debido ofrecerse a acompañarla hasta la casa grande, aunque no distaban muchos metros. Esperó hasta que la vio entrar y cerró la puerta tras de sí para ir a sentarse de nuevo.

—Eres una gata traidora —se dirigió a *Trisha* reprochándole su cariñosa actitud con Susan—. No te gusta nadie nunca.

Trisha lo miró con cara de inocente y le dedicó un suave maullido.

—Lo sé. Maldita sea. A quién quiero engañar. A mí también me gusta.

Trisha saltó en su regazo y se irguió poniéndole las patas en el pecho para pasar su cabeza por la mandíbula de Jack, mientras emitía un suave ronroneo.

—Pequeña manipuladora —le dijo sonriendo mientras la acariciaba.

MILES

—¡Buenos días! —lo saludó Susan al verlo pasar por delante del porche delantero de la casa. Ella estaba tomando café sentada en una de las mecedoras.

—Buenos días —saludó él. La había visto sentada en el porche, pero tenía la vana esperanza de pasar desapercibido o que ella no estuviera de humor para saludarlo—. Voy a Miles a arreglar la rueda.

—Genial ¡Voy contigo! Aún no conozco Miles —dijo, levantándose de la mecedora para dirigirse hacia él.

—No es una visita turística. Solo voy al taller —aclaró Jack esperando que eso la aplacase.

—No importa. Me gustará dar una vuelta hasta Miles.

Maldita sea. Se le había acoplado de nuevo.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella ya en la autopista de camino a la pequeña población de Miles.

—Sí, gracias —mintió. Lo correcto hubiera sido decirle que no, que no había dormido nada bien, porque ella se había colado en todos y cada uno de sus sueños. Que lo estaba volviendo loco como si fuera de nuevo un adolescente y que quería que saliese de su vida.

—¡¿Qué pasa, Jack?! —le saludó el mecánico, chocando el puño con el capataz de los Atkins a la llegada al taller.

—Buenos días, Owen. Te traigo una rueda pinchada —le informó levantándola con la mano.

—Ya veo. Y una bonita compañía. ¿Me presentas o la quieres toda para ti, bribón?

—Susan —dijo ella, tendiéndole la mano, divertida por el comentario del joven Owen. Un treintaero bien parecido.

—Yo soy Owen. Disculpa que no te dé la mano, la tengo llena de grasa. La próxima vez que nos veamos en otro lugar lo haré. ¿Así que, has cazado a

este viejo vaquero?

—No me ha cazado —se apresuró a aclarar Jack—. La señorita es una invitada de los Atkins y ésta es su rueda.

—En ese caso, los hombres de la zona tenemos alguna oportunidad. Espero verte en Malone's algún día. —Se dirigió a ella.

—Cuando me entere que es Malone's puede que vaya. —Rio ella.

—Será estupendo verte allí. Dadme media hora y tendré la rueda lista — les informó Owen haciendo rodar el neumático hacia el interior del taller.

—Eso nos deja media hora. ¿Qué hacemos? —Susan miró a Jack sonriéndole.

—Yo necesito un café. Hay una cafetería aquí al lado.

Ella asintió sin perder la sonrisa y caminó a su lado.

Quizá Susan tenía un cierto poder con los hombres y lo que a él le ocurría no era algo fuera de lo común, tal como había pensado. Owen había flirteado con ella, pero Owen flirteaba con todas. No era un buen ejemplo.

—¿Qué es Malone's? —preguntó ella con la humeante taza de café en la mano. Se habían sentado en una mesa al lado de la ventana desde donde podían admirar como comenzaba la mañana en el pequeño pueblo.

—Un local donde la gente va a tomar algo y bailar. Muy animado.

—Supongo que no habrá muchos en el pueblo. Quizá vaya a dar una vuelta.

—¿Sola? —preguntó con un leve tono de preocupación.

—Sí. ¿No debería? —Susan enarcó las cejas.

—Esto es una zona rural. Los vaqueros a veces son un poco rudos con las chicas.

—Bueno, creo que sé de hombres rudos. Los de ciudad no son mucho mejor, me las arreglaré. Es un pueblo pequeño. Se supone que aquí todo es más tranquilo.

—No es buena idea de todas formas.

—¿Temes por mi seguridad, vaquero?

—Es mi obligación cuidar de todos los invitados de los Atkins.

—En ese caso quizá quede con Owen, si así te quedas más tranquilo. Parecía simpático.

Owen era un buen tipo, pero le gustaban demasiado las mujeres. Dudaba que conociera a alguna mujer con la que no se hubiera acostado. Y encima era un bocazas. Contaba todas sus aventuras.

—Le diré a Samy que te acompañe. Él suele ir a menudo.

—Eso sería estupendo. Samy es muy divertido, aunque un poco tímido.

¿Estaría ella interesada en Samy? Una punzada desconocida le cruzó el pecho. ¿Y si estaba interesada, a él qué le importaba? Samy era el único soltero de los hermanos Atkins, un gran hombre que se merecía una gran mujer y podía darse cuenta que Susan era una gran mujer. No era asunto suyo si a ella le gustaba Samy.

—Vale, lo reconozco, me gusta Jack —reconoció Susan mientras miraba zapatos en el centro comercial de San Angelo con su amiga.

—El primer paso para la curación es reconocer el problema —bromeó Terry.

—¡No te burles! —le reprochó Susan.

—No me burlo. Estoy encantada. Una de mis dos mejores amigas y el hombre que detuvo a mi acosador. No podría ser más perfecto.

—Pues no es perfecto ni de lejos. Sé que aún le caigo mal y no lo entiendo.

—¿No lo hablaste con él aquella noche?

—No me atreví a preguntárselo. Solo me disculpé por mi ataque de furia verbal.

—Y le llevaste un postre.

—Se lo llevé y aún no me ha dicho nada. No sé si le gustó o no. Y me sigue evitando. La última vez que hablé con él fue cuando fuimos a lo de la rueda de mi coche, al taller de Miles.

—¿En serio?

—En serio. Me evita. Quizá deba olvidarme del asunto y de Jack.

—Interesante —dijo Terry pensando en ello.

—Yo no lo veo interesante por ningún lado.

—Los hombres son muy simples, cielo. Si te evita pueden existir dos motivos. Uno es que realmente le caigas mal...

—Oh, gracias, oráculo del consejo. Eso ya lo sabía.

—Déjame terminar. —Le sacó la lengua a su amiga—. No creo que sea el caso. Es imposible que le caigas mal. Me inclino más por el segundo.

—¿Cuál es el segundo motivo? —preguntó Susan aburrida, observando unos zapatos rojos de un tacón imposible.

—Que le gustes tanto que esté asustado.

Susan rompió a reír.

—Terry, estás loca. ¿Un hombre asustado de mí? ¿Crees que soy capaz

de asustar a un hombre? Deberías mirarte la vista urgentemente. Quizá podríamos aprovechar en alguna óptica del centro comercial...

—No estoy loca. De hecho creo que tiene sentido.

—Pues yo creo que no lo tiene. En absoluto. ¿Tú lo has visto bien? Mide bastante más que yo, tiene músculos para cargar con una vaca él solo y ha sido marino durante veinte años. ¿Crees que una urbanita como yo va a asustar a un tipo así?

—En cuestión de mujeres, nada de eso importa, Susan. Una mujer puede hacer temblar al hombre más aguerrido. Si no me crees, puedes ponerlo a prueba.

—Te escucharé, pero no significa que vaya a hacerlo.

—Lo que quiere decir que la curiosidad te podrá y lo harás al final. Pues bien, hay muchas formas. Lo que has de hacer es observar su reacción. Eso te lo dirá todo. Podrías tratar de ponerlo celoso con alguien del que él pueda sentirse amenazado. Es decir, que no puedes probar con mi marido, porque no serviría de nada y además me enfadaría yo.

—De acuerdo, desechamos a Luke para la prueba.

—Por otro lado, podrías ver qué tal funciona la cercanía con él.

—¿Me tiro a su cuello y espero a ver qué sucede? —bromeó Susan.

—Eso me gustaría verlo —Rio Terry—. Pero no, me refería a algo más sutil. Un roce de manos, un suave beso en la mejilla, muy cerca de los labios. Si sale mal, no deja de ser un beso en la mejilla.

—Pero tendría que surgir la oportunidad. No puedo ir como una loca a tocarle las manos o darle un beso en la mejilla sin más ni más.

—Lo de los celos es más fácil. Desde luego.

—Bueno, y ¿qué tendría que observar? Solo si da la casualidad y surge.

—En lo de darle celos es más bien la expresión corporal. Si se va, o si se pasa la mano por el pelo, es que está nervioso o molesto. En la cercanía, la respiración y las pupilas. La mirada. Unas pupilas dilatadas insinúan deseo. Una respiración agitada sugiere lo mismo. Las manos frías significarán que está nervioso.

—Esto es muy difícil, Terry. —Suspiró Susan.

—No es tan difícil. O si no, espera a que se lance, pero si te evita es que tiene miedo a algo. No soy una experta, pero Charlie me ha contado de militares a los que les cuesta retomar su vida al salir del ejército. Sobre todo en asuntos sentimentales.

—Mi hermano también habla de ello a veces. Pero Jack parece muy

integrado. Todos lo decís.

—Y es cierto. Estoy segura que se esfuerza. Pero te lo digo por experiencia propia, que lo que se esconde en el interior es más poderoso que la imagen que uno muestra al mundo. Tú lo sabes, casi pierdo a Luke por mi miedo al abandono.

—Lo sé, corazón —dijo tocando con cariño el brazo de su amiga. Terry era huérfana desde su más tierna infancia, por lo cual su vida había transcurrido pasando por un sinfín de casas de acogida, pero nunca fue adoptada. Llevaba muy arraigado en su interior el estigma del abandono.

—Es pasado —dijo sonriendo—. Ahora tengo un marido estupendo, una familia, y espero que muy pronto nos den un niño en acogida.

—Ya verás que sí. Te mereces todo lo bueno.

—Gracias, cariño. Tu también. Y por eso, ahora hay que saber lo que piensa Jack.

DE INOFENSIVO A COMPETIDOR

—Sé que vas a ir hoy a Malone's —comenzó Jack a decir, mientras trabajaba con Samy y Luke reparando una cerca en el rancho.

—Así es —respondió Samy.

—El otro día estuvimos Susan y yo donde Owen, para arreglar la rueda de su coche, ya sabes.

—Ajá.

—Owen le habló de Malone's. Ella me preguntó acerca del local y bueno, quería ir sola. Le dije que era una mala idea.

—Hiciste bien —respondió Samy.

Luke escuchaba la conversación en silencio.

—Me preguntaba si podrías llevarla contigo esta noche. Para que conozca el lugar y se lo pase bien, ya sabes.

—¡Jack!, ¿puedes venir un momento? —gritó Sam desde una treintena de metros más allá.

Jack se dirigió hacia donde estaba su jefe y dejó a Samy y a Luke trabajando.

—Me pregunto por qué no querrá ir él esta noche a Malone's —comentó Samy a su hermano cuando Jack se había alejado lo suficiente como para no escucharlos.

—Es bastante evidente. No quiere ir con ella.

—Susan es un encanto. No sé por qué motivo le rehuye. Cree que no me doy cuenta, pero lo hace.

—Hermanito. Parece mentira que no lo sepas.

—A ver, ilumíname.

—Ella le gusta y por la manera en la que se comporta, yo diría que mucho.

—¡No estás hablando en serio!

—Completamente. Y a ti, hermanito, ¿te gusta Susan?

—Es muy guapa y agradable, pero nada más. No de esa forma.

—Bien, entonces puedes echarle una mano. Ese tonto la está evitando y la va a dejar escapar si nadie interviene. Creo que después de lo que ha vivido en el ejército, ese tío merece algo bueno.

—Tú y tus planes.

—Con Charlie funcionó, ¿verdad?

—Sí, funcionó. Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Mostrarte interesado en ella. Eso lo volverá loco.

—¿Y por qué no lo haces tú? ¿Y si ella piensa que estoy interesado en ella?

—Porque si lo hago yo no se lo tragará. Tengo una mujer preciosa a la que adoro. Y Susan no va a pensar que estás interesado en ella porque solo lo harás delante de él.

—Mierda, Luke. No sé por qué demonios te voy a hacer caso.

—¿Por qué soy mayor que tu, tengo razón y apreciamos a ese soldado? Silencio, ahí viene.

—Parece que se ha escapado una vaca. Tendré que ir al rancho a por un caballo y tratar de buscarla —dijo Jack llegando a ellos de nuevo.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Luke.

—No, no es necesario. Me las arreglaré. Samy, sobre lo que estábamos hablando...

—No te preocupes, estaré encantado de llevar a Susan a Malone's.

—Gracias, Samy.

—De hecho —siguió diciendo Samy—, quería invitarla a salir y no sabía cómo. Me has dado la excusa perfecta. Es una mujer preciosa, ¿no crees?

—Lo es —dijo escuetamente entre dientes—. Será mejor que vaya por esa vaca.

Definitivamente era idiota, podía haber llevado a Susan él mismo a Malone's. Tampoco era tan difícil, la llevaba, se divertían, cuidaba de ella y todos contentos. Pero no, tenía que decírselo a Samy. Había pensado que Samy era alguien seguro para acompañarla y se acababa de encontrar con que Samy estaba deseando salir con ella. Samy era un buen tipo y podía ofrecerle cosas que él no. Pero ¿por qué eso no le hacía sentir mejor?

—Te apuesto veinte pavos a que va esta noche a Malone's —afirmó Luke cuando Jack y Sam se montaron en la camioneta rumbo a los establos.

—¿Entonces para que me ha pedido que la acompañe?

—Hermanito, Hermanito... tienes mucho que aprender. Acabas de pasar

de ser alguien inofensivo a ser un competidor a sus ojos.

—Me está dejando de gustar tu plan.

—¿Hoy no trabajas? —preguntó Jack molesto al encontrarse a Susan en las caballerizas.

—Aunque no lo creas, a veces todo el mundo se retrasa y solo queda esperar. ¿Qué haces tú por aquí?

—Se ha escapado una vaca. Vengo a por un caballo y un lazo para buscarla —dijo, dirigiéndose al compartimento donde se encontraba un caballo blanco. Lo sacó y lo dejó en medio del establo, cerca de ella, mientras se dirigía a por la manta y la silla.

—Es muy bonito ¿Es tuyo?

—Así es. Lo compré hace un par de meses. Sam ha sido muy considerado dejándome tener mi propio caballo aquí. Ya había suficientes — afirmó, tendiendo la manta sobre el lomo del caballo.

Se giró para coger la silla de montar, pero ella se había movido y ahora justo se encontraba entre la silla de montar y él. Muy cerca.

—Los Atkins te aprecian —le dijo ella y posó una mano sobre su pecho—. Eres un buen hombre, Jack.

Él la miró a los ojos. Sintió el calor de su mano descansando sobre su pecho. Susan realmente lo creía. Creía que era bueno. Pero no lo conocía. No sabía todo lo que había hecho en el tiempo que estuvo en el ejército. Los hombres a los que había quitado la vida. Las familias que había destrozado. Ellos no eran peores que él. Eran enemigos de su país, pero no eran más que simples hombres lanzados al combate por unos poderosos que nunca lucharían en el cuerpo a cuerpo, que nunca sabrían lo que era sentir las balas silbando por encima de uno. Y él los había matado. Llevaba media vida haciéndolo. Primero en las trincheras, luego en otras partes del mundo, siempre cumpliendo órdenes, pero ninguna de las dos formas de matar era mejor que la otra. Podía emplear el resto de su vida en tratar de hacer las cosas bien, pero no podía cambiar el pasado. No era un buen hombre.

—Tú no me conoces —dijo retirándole la mano de su pecho—. No soy un buen hombre.

Ella se quedó allí en silencio, viendo cómo el ponía la silla de montar. Su mirada había cambiado de nuevo, conforme la conversación había avanzado y el detonante había sido decirle que era un buen hombre. Ahora se daba cuenta lo que significaba aquella mirada fría que tenía de vez en cuando.

Algo en su interior lo atormentaba. Después de todo, Terry tenía razón.

—Sobre lo de Malone's. He hablado con Samy. Te llevará esta noche. Espero que lo paséis bien.

—Gracias —dijo mientras lo veía salir del establo con la montura en la mano. Aquello había sido una estupidez. Le daba igual ir a Malone's o no. En realidad lo que había querido conseguir era que él se ofreciera a ir con ella. Pero no había resultado. Si Samy había tenido el detalle de aceptar llevarla, no podía hacerle un desprecio de tal calibre. Con suerte se le pasaría el mal sabor de boca que se le había quedado tras el rechazo de Jack.

MALONE'S

—¡Estás preciosa! —exclamó Samy cuando la vio bajar por las escaleras.

Llevaba un vestido negro por la rodilla. Debajo del pecho, el vestido tenía una franja de brillantes que hacía las veces de cinturón, a juego con los tirantes anchos del mismo. Unas sandalias altas de tacón y el pelo suelto completaban el conjunto.

—¡Gracias! No sabía qué sería apropiado ponerme, no conozco el lugar.

En realidad había pensado en ponerse unos vaqueros y una blusa elegante. Si se había puesto el vestido había sido con la intención de que en algún momento al salir de la casa, Jack pudiera estar mirando y viese lo que se había perdido. Era una estúpida. A Jack no le importaba.

—Estás estupenda —añadió Luke—. Vas a ser la más guapa de Malone's.

—Con pasar desapercibida me conformo. —Sonrió ella.

Llegaron a Malone's. Un amplio local con un gran escenario a un metro de altura y una gran pista de baile donde cientos de personas podían bailar a la vez. La barra estaba en el lado izquierdo del local, mientras que a la derecha se encontraban las mesas y a lo largo de toda la pared, veladores altos donde dejar la bebida de los que bailaban.

—¡Es impresionante! —exclamó ella observando a su alrededor.

—En San Angelo hay lugares con más estilo, sin duda. Pero Malone's tiene un encanto especial. De hecho viene gente de la ciudad.

—No me extraña. No sé cuántos habitantes tiene Miles, pero debe estar el pueblo entero aquí.

—Seguramente. —Rio Samy—. ¿Qué quieres tomar?

—Cerveza.

—Voy a la barra. Dame un segundo.

Samy se alejó hacia la barra para pedir las cervezas. Ella se había colocado al lado de uno de los veladores para esperarlo. Observaba con

atención el lugar, las parejas que bailaban. Era muy auténtico. Más que en Austin. El encanto de la Texas profunda, sin duda.

—Aquí estoy —anunció Samy, tendiéndole una cerveza. Justo la orquesta acababa de tomar un descanso de diez minutos y podrían hablar sin gritar.

—Gracias. ¡Salud!

—¡Salud! —dijo bebiendo un trago. ¿Te gusta?

—Es genial. En la ciudad no hay este ambiente. Es más rural, pero también se ven más alegres las personas.

—Es una de las ventajas de vivir en el campo. ¿Te convenceremos a ti, como a Terry, para venir a vivir aquí?

—Si todo sale bien, después de tu apartamento vendrán otros. Espero que me hagas publicidad.

—Se lo enseñaré a todos mis amigos, prometido.

—Así me gusta. Si eso sucede, es posible que me quede un tiempo, mientras dure el trabajo. Hoy en día no está mal expandir un poco los horizontes.

—Sin duda. Pero no creo que tengas problema para ello. Hiciste un trabajo genial en casa de Charlie. Por eso te contraté.

—Gracias. Yo estoy encantada de trabajar para ti. Eres mi cliente menos exigente. Con tu hermano viví un calvario con su despacho.

—Charlie siempre ha sido un poco más especial. Pero al final lo lograste. Dieron otro trago a su cerveza.

—Samy, sé que si estoy aquí es porque Jack ha insistido en ello. No quiero ser una carga para ti. Podría haber venido sola. Así que si quieres ir a bailar con alguna chica o si ves a algunos amigos, yo puedo quedarme por aquí, no quiero molestar.

—¡No digas tonterías! Vale que ha sido idea de Jack, pero iba a venir solo. Así que ha sido una novedad muy conveniente. Tendré una pareja con la que bailar si a ti te apetece. Tengo otros días para estar con otros amigos y otras chicas. Y si a ti te apetece bailar con algún otro tipo también puedes hacerlo.

—Quizá con Owen, el mecánico. Lo acabo de ver.

—¿Owen?

—Sí. ¿Pasa algo con él?

—Es un buen tío, pero en tema mujeres, es enemigo de la discreción. Ten cuidado con él.

—Vaya. No lo sabía. Lo tendré. Ahora entiendo porque Jack no quería que viniera sola a Malone's. Owen fue el que me habló del lugar.

—¿Bailamos? —le preguntó Samy tendiéndole la mano.

—Ya que estamos aquí, claro que sí —dijo ella aceptando.

Apenas habían bailado dos canciones cuando Susan vio a Jack entrar por la puerta del local.

—¡Jack! —exclamó en alto y Samy la escuchó.

—¿Así que ha venido? —dijo él.

—¿Lo esperabas? —preguntó ella extrañada.

—Yo no. Fue Luke quien pensó que vendría. Me va a costar veinte pavos.

—Así que haciendo apuestas...

—Bueno, Luke estaba presente cuando Jack me preguntó si podía traerte. Opinaba que no se quedaría a gusto y vendría a comprobar que estabas bien —aclaró endulzando la versión real de la historia. Así que era cierto. A Jack le gustaba Susan.

—Vaya, se toma la labor de protección de las visitas de tu casa muy en serio.

Samy guardó silencio. ¿Debería decirle la realidad que había tras aquella preocupación?

Susan evitaba mirar hacia Jack. No quería que se diera cuenta de que ella había notado su presencia. Samy hacía lo propio. Cuando anunciaron una canción lenta para las parejas del local, Samy y Susan se retiraron de la pista.

En el momento en que Jack había visto salir a Susan de la casa con aquel vestido negro se había vuelto a arrepentir de no haberse ofrecido a llevarla a Malone's él mismo. Su mente había comenzado a imaginar a Samy y Susan de cientos de formas y ninguna de ellas era casta. Samy era un hombre y posiblemente estaba interesado en ella. Necesitaba saber que se portaba bien. Pero se estaba engañando. Lo que quería comprobar en realidad era que ella no estaba interesada en él. Los había visto bailar un par de canciones. Todo había sido correcto. Ahora estaban hablando, correctamente. Su imaginación le había jugado una mala pasada. Samy era un gran chico y aunque pretendiera algo más con ella, ella no sentía nada más que amistad por Samy. Estaba dando media vuelta para abandonar el local antes de ser visto cuando Samy y Susan salieron a bailar una canción lenta y se encendieron todas sus alarmas.

—Bailemos esta lenta —le propuso Susan tirando de Samy hacia la pista.

—Claro.

—Perdóname por esto, pero necesito averiguar algo —dijo pasando las manos por encima del cuello de Samy. Si bien era algo más bajo que Jack, Samy también media más de un metro ochenta.

—Si es si estoy interesado en ti, siento decirte que la respuesta es no —bromeó él comenzando a pensar que Susan también se había dado cuenta de lo extraña que era la actitud de Jack.

—Ya que has aclarado ese punto, te diré que mis sentimientos hacia ti son los mismos. Pero te voy a proponer algo que quizá haga que me tomes por loca.

—Quieres saber porqué Jack está aquí y me vas a usar para averiguarlo.

—¿Cómo demonios lo has sabido?

—Es más que evidente.

—Y bien, ¿te importa que te utilice?

—No me importa. Yo también siento curiosidad.

Susan había pasado sus manos alrededor del cuello de Samy y se hablaban al oído. Una vez terminaron de hablar, él la había apretado aún más contra su cuerpo y cuando se giraban juraría que las manos de él estaban aún más debajo de la cintura de lo que las leyes del decoro sugerían. No existían tales leyes, pero si existieran seguro que aquello no estaría permitido. Él la estaba seduciendo claramente. Ella había cerrado los ojos para apoyar la cabeza en su hombro y al girar, él la había besado en el cuello. Samy no tenía que hacer eso. Era él quién la tenía que haber llevado a bailar, él era quien debía haberle besado el cuello. No podía seguir viendo aquella escena si no quería ir hasta la pista, agarrarla de la mano y sacarla del local.

—Ha salido —le anunció Samy y ella abrió los ojos—. Se estaba poniendo enfermo. Creo que le he visto los ojos inyectados en sangre cuando te he besado en el cuello.

—No exageres, por favor.

—Te prometo que no exagero. Espero que mañana no tengan que cavar mi tumba por ayudarte a esto.

—Mediaré para que eso no ocurra, ¿crees que volverá?

—Claro que volverá. Querrá comprobar que me porto como un caballero el resto de la noche.

La canción terminó y volvieron al velador a beber de sus cervezas.

—La próxima vez que entre iré a saludar a Owen.

—Eso lo pondrá como una moto, sin duda. Pero no entiendo su actitud. ¿Por qué demonios no vino contigo él?

—Yo empiezo a comprenderlo, Samy. Cree que no es lo suficientemente bueno.

—Jack es un tipo estupendo. Le confiaría mi vida.

—Te aseguro que él no se ve a sí mismo de esa forma.

—Ahí está de nuevo —dijo, viendo como volvía a entrar Jack en el local—. Suerte, preciosa. Voy a saludar a unos amigos. Te dejo el camino libre para que lo vuelvas un poco loco.

—Gracias, Samy. Eres un buen amigo.

—Y un futuro cadáver —bromeó él, alejándose.

Susan vio a Owen y se acercó a saludarlo. Tras un rápido vistazo con la visión periférica, pudo observar que Jack seguía allí atento a sus movimientos.

Ahora Susan se acercaba a Owen y comenzaba a hablar y reír con él. Podía soportar verla con Samy, pero Owen... él solo trataría de llevársela a la cama y al día siguiente se echaría unas risas en el taller con sus empleados, hablando de ella. Owen cometió la estupidez de tocarla. Ella iba a ser tan inocente de caer en sus garras, no le había advertido acerca de Owen. Tenía que sacarla de allí ya.

—Hola, Owen —le saludó.

—Hola, Jack —saludó el chico a su vez chocando el puño—. Estaba hablando con Susan.

—Sí, bueno, ella me ha prometido un baile, así que espero que no te importe que te la robe —dijo Jack, tomándola de la mano.

—No, por supuesto. Pasadlo bien.

—Gracias, lo haremos.

—No he dicho nada por no montar una escena delante de Owen, pero ¿qué demonios estás haciendo aquí? Y ¿qué es eso de que te he prometido un baile? O estoy teniendo un ataque de amnesia temporal o no recuerdo esa conversación —dijo ella cuando él la condujo a la puerta trasera del local.

—He decidido venir a última hora. Lo del baile no es cierto, pero tenía que sacarte de ahí. Owen es un buen tipo, pero un bocazas, si te hubieras acostado esta noche con él, mañana se lo estaría contando a todos sus mecánicos en el taller.

—¿Y qué te hace pensar que me iba a acostar con Owen?

—Te estabas riendo con él. Sé cómo actúa. Lo he visto en otras

ocasiones.

—Sabes cómo actúa él, pero no tienes idea de cómo lo hago yo. ¿Por qué piensas que me iba a acostar con él? ¿Crees que soy una chica fácil? ¿Que con contarme dos chistes y sonreírme me voy a la cama con cualquiera?

—Nunca he pensado eso de ti —dijo él avergonzado.

—Bien. Una vez aclarado ese punto. ¿Qué demonios te importa a ti mi vida sexual?

—Bueno... —comenzó a decir. Eso iba a ser difícil de explicar. Tenía razón. A él no le debería importar —. Eres una invitada de los Atkins, tengo que cuidarte.

—Bien. Entonces, ¿tengo que avisarte cuando decida acostarme con alguien? ¿Buscarás sus antecedentes para comprobar que estoy a salvo? ¿O le pedirás una muestra de sangre?

—Estás exagerando —respondió él, viendo que la conversación se le había ido de las manos.

—¿Tú crees? Dame tan solo un motivo válido para explicarme por qué has venido aquí esta noche.

—Quería protegerte.

—No sé si te has dado cuenta, pero tengo treinta y cinco años. Puedo protegerme sola. Soy una mujer adulta.

—Lo siento —se disculpó Jack, sabiendo que los celos le habían nublado el sentido y todo lo que había hecho esa noche habían sido un montón de estupideces una detrás de otra. Al fin y al cabo no tenía ningún derecho sobre ella.

—Yo también lo siento —dijo ella lo más calmada que pudo. Ahora tenía la oportunidad de probar lo que le había recomendado Terry. Se acercó a él —. Sé que tenías buenas intenciones.

Subió la cabeza y le besó la mejilla muy despacio lo más cerca que pudo de los labios.

—Gracias, Jack —dijo una vez despegó sus labios de él.

Aún no se había apartado de su mejilla y él podía sentir el calor del aliento en ella. Susan notó cómo se le aceleraba la respiración a él. Se alejó y lo miró a los ojos, quizá fuera la poca luz que había en el exterior del local, pero juraría que sus pupilas estaban dilatadas y hacía un esfuerzo sobrehumano por contener lo que quiera que fuera que pugnaba por salir de su interior.

—Ha sido un placer —respondió él con la voz ronca sin apartar los ojos

de los de ella.

Era cierto. Los celos habían dado resultado y la cercanía también. Tenía todas las pruebas delante de sí. Le estaba casi haciendo temblar. Ella, una simple civil, hacía temblar a un militar curtido en la guerra. Se sentía poderosa y sonrió satisfecha con aquel poder.

—Quizá debamos bailar.

—¿Y Samy?

—Estaba saludando a unos amigos. No creo que le importe que bailemos juntos —dijo ella, cogiéndolo de la mano para llevarlo al interior del local de nuevo.

Apenas treinta segundos después de comenzar a bailar en la pista, ofrecieron una canción lenta de nuevo. Jack se separó de ella, pero ella lo volvió a agarrar de la mano.

—¿Dónde crees que vas, vaquero?

—No quiero interponerme...

—¿Perdón?

—Samy y tú.

—Yo no veo a Samy aquí.

—Pero...

—Decías que te había prometido un baile y aquí está. No me hagas enfadar.

Jack cedió ante ella, la asió de la cintura y dejó que pasara sus manos por detrás de su cuello. No podía apenas resistirse a Susan, a su cuerpo, a su cercanía, a aquel perfume que era su olor característico y lo volvía loco. No disponía ya del más mínimo autocontrol sobre sí mismo. No después de haberla sentido tan cerca, de haber notado su aliento al lado de su boca. Había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no perder el control y besarla allí mismo, en la puerta trasera de un bar. Ella apoyó la cabeza en su mejilla, el roce de su piel y de su pelo eran aún más devastadores. Sabía que era una muy mala idea, que tendría que decir que no, que lo correcto era largarse de allí a toda prisa y alejarse de ella. Samy estaba interesado, no podía hacerle eso a él. Pero todo eso podía esperar, podía pensar en ello más tarde, no ahora que era suya, que ella estaba entre sus brazos moviéndose al ritmo de la lenta canción que recordaría el resto de su vida. Sin sufrimiento, sin guerra, sin muertes a su alrededor. Solos los dos, abrazados, en paz.

—¿Qué me estás haciendo, Susan? —pensó en voz alta al lado del oído

de ella. Jack estaba tan concentrado en lo que estaba sintiendo a su lado que no fue consciente de que aquellas palabras habían salido de su boca. Ella tampoco quiso contestarlas, solo sonrió y le besó la mejilla cuando la canción terminó.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Susan de vuelta al velador.

—No —dijo recuperando el sentido común y su mirada fría—. Tengo que irme.

—Pensé que te quedarías —dijo ella desilusionada. Lo que acababan de compartir no era un simple baile, era toda una declaración de intenciones y sentimientos por ambas partes, o al menos eso había creído hasta ese momento—. Habías venido a protegerme.

—Seguro que Samy lo hace mejor que yo. Gracias por el baile Susan.

—Pero... Jack... yo... —Le asió del brazo. Quería que se quedara.

—No lo entiendes, Susan. —Su gesto se volvió duro hacia ella—. Aléjate de mí.

—Jack —le dijo a modo de queja con la mirada vidriosa. Él se la sostuvo durante un par de segundos y se fue.

Apenas diez segundos después, Samy apareció a su lado.

—Ey —le dijo suavemente tomándola de las manos—. ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. No podía mirarlo, no podía subir la cabeza. Las lágrimas se le agolpaban en la garganta y pugnaban por salir de sus ojos.

—Será mejor que salgamos fuera y que nos dé un poco el aire —dijo Samy agarrando los abrigos, el bolso de ella y una de sus manos para conducirla al exterior. Siguió andando con ella de la mano hasta llegar al aparcamiento donde habían dejado el coche.

—¿Qué ha pasado, preciosa? —le preguntó levantándole la barbilla, y al mirarla a los ojos, de éstos comenzaron a manar lágrimas. La abrazó contra su pecho—. Tranquila, estoy aquí.

—Lo siento, Samy. Lo siento.

—Schhh, no lo sientas. Para esto estamos los amigos.

Minutos más tarde, Susan se encontraba más tranquila. Samy le había dado un pañuelo y ella se había enjugado las lágrimas.

—Lo siento, Samy. Te he estropeado la noche. Y no sé qué concepto tendrás ahora de mí.

—No lo sientas, no has estropeado nada. Sabes que me lo he pasado muy bien contigo y tengo el mismo concepto de ti que antes. Que eres una mujer estupenda. El único concepto que ha cambiado ha sido el que tengo sobre

Jack. Pensé que aquella canción os vendría bien.

—¿La pediste tú?

—Ajá. Pero ahora creo que me equivoqué.

—No, no te equivocaste. Gracias. Fue perfecta.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Tras terminar de bailar me dijo que se iba. Le pedí que se quedase, que quería que me protegiese, esa fue la excusa que dio para venir esta noche. Me dijo que tú lo harías mejor que él y, cuando insistí, me dijo que me alejase de él. Me lo dijo con tal frialdad que... me dolió.

—Es un idiota.

Susan rio al borde de las lágrimas de nuevo.

—Volvamos al rancho. Te haré un chocolate caliente. Verás cómo lo ves todo de otra forma después de recibir todas esas endorfinas de felicidad.

—Gracias, Samy. Creo que me he equivocado de hombre.

—Eso me dicen todas —dijo él tratando de arrancarle una sonrisa.

Le había hecho daño. Lo había visto en sus ojos justo antes de salir de Malone's. Había visto cómo en apenas un segundo su mirada se había vuelto vidriosa, cómo las lágrimas comenzaban a agolparse en aquellos preciosos ojos azules que tanto le gustaba mirar. Y durante el siguiente segundo le dolió tanto haber sido el causante de aquello, que estuvo a punto de abrazarla y pedirle perdón, de decirle que era un miserable y que no volvería a hacerle daño nunca más. Pero no pudo, porque estaría traicionando a Samy, era su amigo y a él le gustaba Susan. Y porque él no tenía nada que ofrecerle aparte de dolor, oscuridad, pesadillas o incluso la muerte. La cruda realidad era que Samy podía ofrecerle todo lo que ella se merecía y él no. Ahora esperaba verlos llegar, a oscuras, tras la cortina de su ventana, como un acechador, vigilante. Pacientemente, como había hecho en tantas ocasiones. Esta vez su misión no era liquidar a nadie. Solo quería saber que ella estaba bien, que Samy se ocuparía de ella.

Cuando la vio bajarse del coche y Samy le pasó un brazo por los hombros, supo que ella estaría bien con él. Quizá el menor de los Atkins la consolase esa noche entre sus brazos, en su cama. Deseó apartar esa idea de su mente, pero no podía. Tarde o temprano aquello ocurriría. Pero él no pensaba ser testigo de ello.

UN MAL PLAN

—¿Cómo está Susan? —le preguntó Jack a Samy a la mañana siguiente, mientras cambiaban de pastos un rebaño de vacas.

—Susan se encuentra bien, desde luego no gracias a ti —respondió Samy enfadado.

—Confiaba en que sabrías consolarla adecuadamente.

—¿Y qué demonios se supone que significa eso?

—Sé que estás molesto por lo que hice anoche. Es tu chica y no tenía derecho a aparecer en Malone's y bailar con ella. Lo siento. No me he portado como un amigo.

—Jack, te estás equivocando.

—Precisamente por eso, no me quiero equivocar más. Te aviso con tiempo para que puedas buscarme un sustituto. En quince días me iré. Si no lo encuentras puedo daros otros quince días más, pero no pienso prorrogarlo eternamente. Hablaré con tu padre y le daré otro motivo.

—Un momento. —Samy frenó a su caballo con las riendas—. ¿Me estás diciendo que te vas? ¿Que dejas el trabajo?

—Me iré dentro de quince días, como mucho un mes.

—¿Me puedes decir cuál es el motivo?

—Creo que es evidente.

—Para mí no es tan evidente.

—Te he fallado. Susan te gusta y sé que la harás muy feliz. Pero no puedo quedarme a verla. Porque aunque te juro que no ha pasado nada entre ambos, en realidad el problema es que no sé si podré seguir manteniendo las cosas tal como están.

—Vaya. ¿Y lo mejor que se te ocurre es irte?

—No esperarás que me quede.

—No sé qué esperar ya de ti, Jack. ¿Y qué hay de Susan?

—No le he dicho una palabra. Y así seguirá siendo. Tienes el camino

libre. Solo te pido que la hagas muy feliz.

Samy sintió el dolor en las palabras de Jack. Quién sabía por qué aquel hombre pensaba que lo había traicionado tan solo por sentir lo que sentía por Susan. Pero en vez de luchar por ella, le dejaba el camino libre.

—¡Dejad la cháchara para luego! —gritó Sam desde el otro extremo del camino. Las vacas se estaban acercando al sembrado y ellos habían estado distraídos.

—Aquí está el genio de las ideas maravillosas —dijo Samy enfadado cuando entró en casa y vio a Luke saliendo del despacho.

—¿No fue bien?

—Jack se acaba de despedir. Papá aún no lo sabe y espero que cierres el pico hasta que se nos ocurra la manera de impedir que se vaya.

—Creo que será mejor que hablemos de esto en el despacho —dijo preocupado Luke. Que se les despidiera el capataz no era una buena noticia.

—Y eso es todo lo que sucedió anoche —le terminó de explicar Susan a Terry.

—No entiendo la actitud de Jack. Por lo que me cuentas era tuyo —dijo Terry.

—Por un momento pensé que así era.

—Ese hombre está más herido de lo que pensaba.

—Lo sé. Y soy consciente de su pasado. Un soldado no es un misionero. Habrá hecho cosas terribles de las cuales se acuerde a diario. Pero no creo que sea una mala persona.

—Créeme que no lo es. Es probable que esté tratando de redimirse aquí en el rancho. Un trabajo estable, un lugar tranquilo, todo completamente distinto a su vida anterior.

—Estoy segura de ello. Pero sin embargo quiere que me aleje de él. El dolor que debe tener en su interior es demasiado para él.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Pero no pienso alejarme. No se lo voy a poner tan fácil.

Se levantó del banco y paseó de un lado al otro del porche.

—De acuerdo. ¡Ya lo tengo! —dijo Susan de repente—. Voy a comprar un juguete para una gata.

—¿Qué vas a hacer qué? —preguntó Terry, pensando si acaso su amiga había perdido el juicio.

—Luego te lo explico —respondió Susan mirando su reloj—. Me voy antes de que cierren las tiendas.

Y diciendo esto, entró en la casa para coger su bolso, las llaves del coche e ir a una tienda de animales a por algún tipo de juguete para *Trisha*. Esta vez sería ella el gancho para entrar en su casa.

UNA GATA COMO EXCUSA

Tenía un juguete para *Trisha* y una camiseta con un escote más pronunciado de lo que ella solía usar. De hecho, nunca se la ponía sin un buen pañuelo al cuello, salvo en esta ocasión. Era casi una emergencia y aquel hombre necesitaba reaccionar a algo, no sabía a qué exactamente, pero a falta de saberlo, no parecía mala idea seguir el antiguo consejo de Terry.

Tocó a la puerta de su casa y unos segundos después le abrió él, solo con el pantalón del pijama. Estaba impresionante con su torso desnudo y su cadena del ejército. Tenía un cuerpo fascinante y por un momento se imaginó acariciándolo.

—Susan. —Se extrañó al verla. Creía que no la vería más o, al menos, no tan de cerca en los quince días o un mes que le restaba de estancia en el rancho Atkins.

—Jack —le saludó ella.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Me gustaría pasar.

—Creo que anoche te dejé clara mi postura —manifestó en medio de la puerta.

Quizá no iba a ser tan fácil entrar después de todo.

—Ya hablaremos de eso, pero ahora vengo a ver a *Trisha*.

Jack abrió la boca para replicar, pero antes de que se diera cuenta la gata había escuchado su nombre y había salido a la puerta maullando. Comenzó a restregarse por las piernas de Susan y ella se agachó para tomarla en brazos.

—Si quieres puedo quedarme en el porche con ella —dijo Susan, jugándose a todo o nada.

—Está bien, entrad las dos —se rindió Jack.

De nuevo iba a poner a prueba su autocontrol. La tenía dentro de su casa y aunque había expresado su deseo de ir a visitar a *Trisha*, sabía que las cosas nunca eran tan sencillas y tan inocentes, y mucho menos con una mujer tan

testaruda como Susan. Y tan exuberante. ¿La camiseta que llevaba puesta acaso estaba destinada a provocarlo? Porque si así era, tenía un punto a su favor, lo estaba consiguiendo. Su imaginación estaba tomando caminos poco respetables.

—Ese viaje me ha parecido más interesante que los otros —dijo ella sentándose en el sofá con la gata—. Mira, cariño, te he traído un juguete —dijo sacándose del bolsillo un pequeño ratón de trapo.

—¿Perdona? —preguntó él, observando a *Trisha*, mientras se familiarizaba con el ratón de juguete. Aquella mujer se había molestado en comprarle un juguete a su gata. Era perfecta y él se la estaba cediendo a *Samy*.

—Estabas pensando en algo, pero esta vez no ha sido como las otras. Esta vez ha sido algo bueno. Lo he visto en tus ojos. Deberías intentar pensar más en lo que quieras que estuvieras pensando.

—¿Otras veces? —preguntó con temor a su respuesta.

—Sí, en ocasiones te he visto viajar a otro lugar, pero por tu mirada, siempre veo que no es bueno lo que hay.

—¿Aquella mujer tenía poderes o era una bruja! ¿Cómo podía saber aquello?

—Por si lo estás pensando, no he estudiado brujería con Harry Potter. Simplemente te he observado. Y sigo diciendo que deberías pensar en lo último que has pensado, era realmente bueno.

—¿Dónde está *Samy*? —preguntó él, queriendo saber si acaso se había escabullido de él para estar allí en su casa. Pensaba que había dejado sus intenciones claras con *Samy* esa mañana.

—No tengo ni idea. Creo que ha salido. Quizá haya ido a San Angelo.

—¿De noche? ¿Solo? —Debería haberla llevado.

—Creo que *Samy* tiene edad suficiente para cuidarse solo, aun siendo de noche. Supongo que habrá quedado con alguien. Te tomas muy en serio eso de proteger a la familia —bromeó ella.

—No es divertido —dijo en tono cortante.

—Pues no lo entiendo, sinceramente.

—Deberías estar con él.

—¿Eso es lo que querías? —le preguntó escrutando su rostro. ¿Por qué quería que estuviera con él?

—Es lo que deberías querer tú. *Samy* es un buen hombre.

—Tú también lo eres.

—Yo no...

—Perdón —lo interrumpió ella—. Sé que tú no te consideras como tal, pero comienzo a estar harta de esa cantinela.

—Es una realidad.

—Jack. —Se puso seria y lo miró a los ojos—. Anoche me hiciste daño. No sé si te diste cuenta de ello en aquel momento o si has llegado a ser consciente más tarde.

Jack apartó la mirada de ella y la centró en *Trisha*, al menos mirar a la gata jugando con su ratón era más seguro que ver el recuerdo del dolor de Susan. Lo sabía, supo que le había hecho daño solo un segundo después de haber abierto la boca para decirle que se alejara de él. No necesitaba que ella le recordara lo miserable que podía llegar a ser.

—Quería que te quedaras, Jack.

No podía soportar escuchar aquello. Se levantó y se colocó de espaldas a ella. Miraba por la ventana, pero no veía nada. No podía ver nada. Solo sentía el dolor en sus palabras.

—No tenía derecho a quedarme. Estabas con Samy. —Aunque en realidad sabía que lo que nunca debió hacer, era haber ido.

—¡Por el amor de Dios! Tú le obligaste a ir conmigo.

—Él quería ir contigo.

El silencio se hizo entre ambos. Jack seguía mirando hacia fuera con la mirada perdida.

—Sé que puede parecer una pregunta estúpida —dijo ella a su espalda y se detuvo antes de hacerla.

Se había acercado a él y no se había dado cuenta, no la había escuchado. Ya no disponía de los reflejos de antaño o, quizá ella era como un gran inhibidor de frecuencia, tenía la capacidad de hacer fallar todos sus sentidos, a pesar del peligro que conllevaba por ella misma. Él se giró y quedó frente a ella. La tenía demasiado cerca. Solo con alzar la mano podría tocarla, pero eso solo podía equivaler a perder su ya escaso autocontrol.

—¿De qué tienes miedo, Jack? —preguntó mirándolo a los ojos.

—No lo hagas, Susan.

—¿Hacer el qué?

—Acercarte a mí. No soy alguien de quien debas fiarte.

¿Quería decir físicamente? ¿Interiormente? ¿Ambas? Si era la primera opción tenía que reconocer que estaba a punto de romper todas sus normas y lanzársele al cuello como una mujer desesperada, algo que nunca se había

considerado hasta el momento. Notar su cercanía, su vulnerabilidad y su cuerpo al lado del suyo eran tentaciones demasiado fuertes y desconocidas. Pero en el fondo sabía que no podía actuar así con él. Necesitaba que él diera el primer paso, que él rompiera esa barrera que había construido a su alrededor.

—Quiero conocerte.

—No hallarás nada que merezca la pena, solo perderás tu tiempo.

—Eso es algo que debo juzgar yo. Quiero correr el riesgo.

—¿Y si no te gusta lo que descubres?

—Entonces perderé mi tiempo, como tú dices. Ganarás y me alejaré.

Permanecieron unos instantes en silencio, cada uno escrutaba los ojos del otro. En un movimiento que creyó involuntario, Jack subió su mano derecha y comenzó a acariciarle la mejilla. Era suave y cálida, un oasis en el desierto, en su desierto particular de muerte y destrucción.

—¿Por qué me haces esto, Susan? —se preguntó bajando la cabeza hacia ella. Unió su frente a la suya y cerró los ojos—. ¿Por qué tienes que complicarlo todo tanto?

—No soy yo, Jack. Eres tú.

—Debes irte —dijo separándose de ella para dirigirse a la puerta. Si no lo hacía, aquello se complicaría más de lo que debía.

—Está bien —dijo ella viendo que acababa de huir de nuevo. Aunque al menos no le había dicho que no a lo de conocerlo.

Se dirigió al sofá donde *Trisha* jugaba con el ratón, le acarició la cabeza y unió su nariz a la de la gata a modo de despedida. Luego se encaminó hasta donde se encontraba Jack.

—Gracias de parte de *Trisha* —dijo él.

Ella le sonrió.

—*Trisha* se lo merece —dijo alzándose de puntillas para alcanzar la mejilla de Jack y besarle la mejilla suavemente tal como había hecho la noche anterior.

De buena gana hubiera girado su cara un par de centímetros para encontrarse con los labios de ella. Aquellos que hacía varias semanas lo volvían loco. Pero no debía hacerlo, por Samy.

Ella salió sin decir nada más. Jack esperó a que entrase por la puerta de la casa grande y cerró tras de sí, apoyando las manos y la cabeza sobre la puerta cerrada.

—Catorce días más. Solo catorce.

REPROCHES

—¿Por qué demonios la dejaste sola en casa anoche y no la llevaste contigo? —le espetó Jack nada más verlo entrar en las caballerizas.

—Buenos días. Veo que tenemos buen humor hoy —respondió Samy, sarcástico.

—No me vengas con chorradas, Samy. Tienes que hacerla feliz.

—Es evidente que tenemos que hablar.

—Es evidente, porque ya estás cometiendo errores y no has hecho más que empezar.

—Déjame decirte algo —comenzó a hablar Samy, molesto—. Yo no estoy cometiendo ningún error porque en realidad...

—¿Aún estáis así? —preguntó Sam entrando en las caballerizas—. Ensillad los caballos, chicos, tenemos que ir a ver cómo está el ganado en el pasto nuevo.

—Sí, papá. Hablaremos más tarde, Jack —dijo Samy dirigiéndose a por la manta y la silla.

—Sin duda lo haremos —dijo Jack como si de un desafío se tratara.

—¿Qué demonios os pasa a vosotros dos? Estáis de lo más raro y además despistados. Ayer casi se nos va el ganado a un campo sembrado —le recriminó Sam, sospechando que algo sucedía entre los dos hombres, a pesar de que siempre se habían llevado bien.

—Nada, Sam. Estoy tratando de convencer a Samy de que haga algo bien.

Samy lo miró desafiante. Aquel asunto le estaba comenzando a hartar. Si tenía que ayudar a Susan porque era su amiga, lo haría. Pero no así. No iba a seguir manteniendo a Jack en la idea de que estaban juntos. Le diría la verdad y esperaba que tomase el camino adecuado.

El día había sido agotador. Cuando todo comenzaba a salir mal a primera

hora, era probable que continuase de la misma forma. Más le hubiera valido no levantarse aquella mañana, haber cancelado todas las citas tras enfrentarse al primer desastre: una habitación parcialmente pintada de rojo cereza. Afortunadamente, había llegado a tiempo y solo habían sido dos paredes. Pero el dormitorio de Samy no podía ir en ese color. Era un apartamento, un hogar, no una casa de citas. El carpintero no se había presentado y la mampara de la bañera era demasiado grande. Necesitaba una Coca Cola y un paseo. Por suerte en el rancho era más fácil desconectar de todo, tenía acres de terreno para pasear y tomar el refresco, sin nada más que el sonido de algunos pájaros y el transcurrir del agua del río. Era como una buena cinta de música de la naturaleza, pero sin resultar repetitiva y además, podía observar el agua del río bajando.

—¿Un día duro? —preguntó la voz de Jack detrás de ella.

—No lo sabes tú bien —respondió suspirando.

Quería alejarse de ella, pero cuando la había visto sentada al lado del río con gesto serio y preocupado supo que debía acercarse. En aquel momento ella no parecía feliz. Más le valía a Samy no haber cometido ninguna estupidez con ella.

—¿Has tenido algún problema con alguien? —preguntó con cautela.

—Así es.

—Puedo prestarte un oído si lo necesitas —dijo sentándose en el suelo, a su lado.

Ella guardó silencio durante unos segundos antes de responder.

—¿Por qué a veces es tan difícil que las cosas salgan bien?

—La vida no es fácil —respondió comenzando a pensar que el pequeño encuentro de esa mañana con Samy había tenido algún tipo de repercusión en su relación con Susan.

—No es difícil cuando se dejan claras las cosas. Uno pide algo, el otro escucha e intenta complacer a esa persona.

—Eso sería lo normal, sí.

—En días como hoy pienso que nadie me escucha —comentó, flexionando las piernas y abrazándose las.

—Yo te estoy escuchando.

—Es cierto. —Le sonrió—. Gracias.

Guardaron silencio durante unos minutos. Solo escuchaban la naturaleza, las aves, el discurrir del río y alguna vaca mugir a lo lejos.

—Este lugar es perfecto —dijo ella—. Puede relajarte hasta en el peor

momento.

—Por eso me gusta vivir aquí —convino él, aun sabiendo que en trece días se iría de allí para no volver—. Ha sido un buen lugar después de dejar la vida en el ejército. Necesitaba un lugar así.

—Ha sido muy duro lo que has vivido, ¿verdad? —preguntó ella mirándolo con atención.

—Nadie puede imaginarlo.

—¿Por qué lo dejaste?

—Me había convertido en una máquina. Obedecía órdenes. Mataba. No pensaba. Era un ser despreciable. Y no me reconocía.

Susan lo observó y, de nuevo, tenía aquella mirada de dolor de lo que había vivido. Solo que no la miraba a ella, miraba al frente, a algún lugar de su memoria, recreando probablemente todo aquello.

—Me di cuenta que estaba solo —volvió a hablar Jack—. Los muchachos que se habían alistado conmigo estaban muertos y, de los pocos que sobreviven, unos están en casa incapacitados físicamente y otros en centros de reposo. Psiquiátricos. Y no se trata de mí, no tengo derecho a quejarme cuando hay hijos que no conocerán a sus padres y esposas que no volverán a ver a sus maridos entrar por la puerta de su casa.

—Lo siento, Jack. —Podía sentir el dolor en sus palabras y su mirada perdida en los recuerdos. Le cogió la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—El destino es caprichoso, ¿sabes? A mí, sin embargo, no me esperaba ninguna mujer ni ningún hijo y aquí sigo ¿qué derecho tengo a seguir vivo?

—No digas eso —le riñó suavemente—. Seguro que hay personas que te esperaban.

—Solo unos padres que no reconocen en mí a aquel jovencito que se fue una vez de casa y una hermana a la que apenas he visto un puñado de veces en mi vida.

—¿No tienes relación con ellos?

—Nos llamamos a menudo. Me llaman, más bien. Mi hermana Melissa es especialmente insistente. —Sonrió y por fin la miró—. Me estuvo escribiendo desde que aprendió a hacerlo, cada semana, hasta que dejé el ejército. Ahora me bombardea a mensajes de móvil, me obliga a enviarle fotografías del rancho y de los animales, es incansable.

—Eso está muy bien.

—No sé por qué lo hace, teniendo en cuenta que nunca contesté a sus

cartas. Solo una vez que estaba en Rusia le envié una muñeca de esas de madera que tienen infinitas muñecas una dentro de otra.

—¿Por qué nunca respondiste?

—Veía lo que había a mi alrededor, sabía que podía morir en cualquier momento, y si no le daba motivos para quererme, la pérdida para ella sería más leve.

—Y, sin embargo, aquello no sucedió. Jack, la vida te ha dado una segunda oportunidad. Para conocer a tu hermana, enamorarte y formar tu propia familia.

El fijó su vista en la mano que ella había entrelazado con él. Su mano era delicada y suave, contrastaba con la suya, áspera y encallecida. Y manchada de sangre.

Se desasió de su mano y se levantó rápidamente.

—No. Es algo que no voy a hacer.

Susan permaneció mirando cómo se alejaba tras decir aquello. Estaba segura de que lo que le acababa de contar, era solo la superficie de todo lo que lo hería.

UNA HERMANA EN CAMINO

—¡Hola *nano*! —le saludó una voz femenina al otro lado de la línea telefónica.

—Hola, Mel. ¿Cómo estás? —respondió a su hermana pequeña.

—Muy bien. Planeando algo. Tengo unos días libres. En concreto una semana.

—¿Dónde viajarás esta vez? —le preguntó Jack. Su hermana Melissa aprovechaba cada oportunidad que tenía para viajar por el país y visitar otras ciudades.

—Iré a verte. No vienes nunca y apenas hemos pasado un par de días juntos en los últimos años, así que, a riesgo de que nos matemos con la convivencia, iré.

—No es una buena idea —le replicó él.

—Así podré conocer a esa novia que dices que tienes. Nunca me has mandado una foto suya. ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Nunca te he dicho cómo se llama —le respondió. Se había inventado una novia para dejar tranquila a su hermana, para que dejase de insistirle en que tenía que buscar a una buena mujer. No recordaba cómo había sucedido, simplemente sucedió. Durante una conversación, él le había dicho que estaba saliendo con alguien.

—¿Y bien?

—¿Bien, qué?

—No te hagas el tonto, *nano*. Quiero saber cómo se llama.

—Susan. —Había dicho el primer nombre que le había venido a la cabeza tras unos instantes de vacilación y silencio en la línea telefónica. Casualmente era el nombre de la mujer que lo estaba volviendo loco en las últimas semanas.

—Susan. ¡Me gusta! Seguro que es genial ¿Le has hablado de mí?

—Sí, le he hablado de ti —respondió con desgana. Al menos eso no era

mentira.

—Bien, pues prepárame una cama en tu casa. ¿Le importará que me quede en tu casa? No, seguro que no. ¿Está ahí ahora? ¿Puedo saludarla?

—¡Mel, relájate! —dijo tratando de calmar a su emocionada hermana pequeña.

—Sí, *nano* —dijo en tono sumiso.

—Aunque me encantaría que vinieses, tengo trabajo. No podría pasar nada de tiempo contigo. Quizás podamos dejarlo para el verano. Es posible que tenga unos días libres y pueda...

—No, Jack. No más excusas. Estaré ahí dentro de tres días. Quieras o no. Si no quieres que me quede en tu casa, lo haré en un hotel. Pero esta vez voy a pasar tiempo contigo —dijo sonando casi enfadada.

—Está bien, Mel. Te prepararé la habitación de invitados —se rindió al fin.

—Sabía que tú también querías —recuperó su tono alegre—. Aunque seas duro de roer. Estoy deseando conocer a Susan. ¡Nos vemos en tres días!

—Hasta entonces, Mel —se despidió colgando la llamada.

¡Maldita sea! Su hermana era una pequeña manipuladora de sentimientos. Había conseguido su propósito. Llegaría dentro de tres días. Su vida estaba patas arriba en ese momento. E iba a estarlo aún más, cuando le dijera a su hermana que se había inventado una novia.

EL GURÚ DE LA FELICIDAD

—¿Por qué me he encontrado a Susan sola y triste en el río? ¿Qué le has dicho? —le espetó Jack nada más ver a Samy al final de la tarde, de nuevo en las caballerizas.

—¿Tenemos que comenzar todas las conversaciones a partir de ahora de esta forma? —le preguntó Samy con desgana.

—Hasta que te comportes como debes, sí. Quiero saber qué le has hecho y por qué estaba triste hoy.

—No le he hecho nada. Ni tan siquiera la he visto. Quizá haya tenido un mal día.

—¿Esa es tu respuesta?

—No sé qué quieres que te diga, Jack.

—Al menos podrías tener la decencia de preocuparte por ella, saber qué le ocurre. Animarla si tiene un mal día. Si esta es tu forma de comenzar una relación vamos a tener un problema muy serio.

—Hablando sobre relaciones, Jack... la verdad es que...

—Te dije que la hicieras feliz —lo interrumpió—. Cualquier idiota podría hacerlo.

—¿Quién eres? ¿El gurú de la felicidad? —le preguntó Samy molesto. Tanto reproche lo sacaba de sus casillas, aún más, sabiendo que era inmerecido.

—No, no soy el gurú de la felicidad. Pero no es difícil hacerla feliz, es una mujer encantadora y no te veo agradecido por tenerla en tu vida. ¿Qué coño te pasa, Samy?

—¿Que qué coño me pasa? —preguntó enfadado—. Me pasa que tengo a una mosca cojonera encima todo el día dándome consejos acerca de cómo hacer feliz a una mujer. Eso me pasa.

—Y la seguirás teniendo hasta que vea que lo haces —le advirtió Jack.

—Si tanto te preocupa que ella sea feliz y tanto sabes de cómo

conseguirlo, si cualquier idiota podría hacerlo, ¿por qué no lo haces tú? —le inquirió Samy visiblemente alterado.

—¡Chicos! —exclamó Luke, entrando en las caballerizas—. Se os está empezando a escuchar desde fuera. Deberíais relajaros.

—No te preocupes, Luke. Ya terminamos —dijo Jack suavizando el tono—. Creo que a tu hermano le ha quedado claro el mensaje. De momento.

Jack salió de las caballerizas. Luke comenzó a sonreír viendo a su hermano pequeño cepillar enérgicamente el caballo.

—No tiene gracia, Luke. Este es el resultado de tu genial plan.

—Dile que no estáis juntos.

—Pensaba hacerlo, genio. Pero se ha puesto como un demente con eso de que tengo que hacer feliz a Susan, me ha sacado de mis casillas y no he podido.

—Lo he escuchado casi todo. Está muy pillado por ella. Mi plan no era un mal plan, pero no ha dado el resultado adecuado, aún.

—No tengo intención de hacer nada más que se te ocurra. Quiero que lo tengas claro.

—No hará falta. Confío que cuando se entere de que no estás con ella corra a sus brazos.

—Confías demasiado, Luke. Quién sabe por qué pero quiere alejarla de él.

—Y se preocupa de que encuentre alguien que la haga feliz.

—No me hables de felicidad, que voy a explotar de tanto escucharlo.

Luke rio con ganas. Compadecía a su hermano pequeño. Jack estaba siendo muy insistente con aquello de que tenía que hacerla feliz.

—La parte buena es que probablemente reconsidere lo de irse cuando sepa que no tienes el más mínimo interés en ella.

—Eso espero.

Había tenido un día agotador, hacía rato que se había pasado la hora de la cena, pero una reparación de última hora en la máquina de ordeño les había retrasado a Luke y a él. Ese día, al menos, no había discutido con Samy como el día anterior. Aunque en realidad tampoco habían estado a solas. Le daba la sensación de que Samy había querido decirle algo, quizás disculparse por su torpeza con Susan. Por suerte, a ella tampoco la había visto en todo el día. Aun no sabía por qué motivo se había abierto tanto con ella, por qué le había contado aquello que jamás había contado a nadie. Si quería conocerlo: ahí lo

tenía. Aunque a punto podría estar de pensar en él como en un monstruo, si acaso ya no lo hacía. Recién duchado, solo necesitaba una buena cena. La pondría a calentar en el microondas mientras se vestía. Olga, la mujer mexicana que ayudaba en la cocina y las tareas del hogar a los Atkins, desde que los tres hermanos eran pequeños, le dejaba a diario las comidas y cenas preparadas en recipientes herméticos. Era de agradecer. Echaría de menos su cocina cuando se fuera de allí.

—Eres una gran masajista. —Escuchó la voz de Susan y su suave risa al bajar las escaleras, pero no la vio por ningún lado.

Pensó si quizás se estaba comenzando a imaginar su voz cuando, al alcanzar la planta baja, la vio en el suelo, sobre su alfombra. *Trisha* le masajeaba el estómago.

—Vaya, veo que os divertís —manifestó en un tono seco.

—Perdona —dijo ella, incorporándose aún sin verlo—. La puerta estaba abierta, escuché maullar a *Trisha* y entré. Luego nos pusimos a jugar y... — Su mirada se fijó en él. Apenas tenía una toalla alrededor de la cintura.

—¿Y? —preguntó él con curiosidad.

—Ella se ofreció a darme un masaje —respondió bajando la mirada, avergonzada—. Perdona, pensaba que no estabas en casa. No sabía que estabas...

—En la ducha —respondió él notando su incomodidad. Y por un momento le pareció divertida la situación. Era la primera vez que la veía ruborizarse.

—Eso.

—Pondré a calentar la cena —dijo entrando en la cocina.

Por un momento ella respiró. Había sido una atrevida entrando en su casa sin estar él. Era un allanamiento de morada en toda regla y delito además. Aunque eso era lo que menos importaba. La cosa era que...

—A veces la toalla la llevo sobre los hombros —reconoció Jack interrumpiendo su pensamiento y provocándole otra oleada de visible rubor mientras subía por las escaleras.

«¡Maldita sea! Tienes treinta y cinco años y te acabas de ruborizar como una colegiala inexperta», se castigó a sí misma y trató de tranquilizarse. Al fin y al cabo no era tan grave. Lo había visto en otras ocasiones sin camisa. Pero podía haberlo pillado sin nada de ropa. Lo acababa de decir, a veces llevaba la toalla sobre los hombros. Estaba en su casa y era lógico que se paseara desnudo si quería. Y eso no lo había pensado.

—¿Has cenado? —le preguntó al bajar de nuevo al salón, vestido ahora con un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus magníficos brazos.

—Sí, ya he cenado, gracias —afirmó ella, que aún se encontraba sentada en el sofá. Jack podía notar la incómoda velocidad de sus pensamientos.

—Yo lo haré ahora, si no te importa.

—No, no me importa. —Hizo un ademán con la mano.

Jack puso la mesa bajo el silencio de ella, que acariciaba a *Trisha* en su regazo.

—¿Una copa de vino? —le ofreció él.

—No quiero molestar.

—No es molestia —le dijo cayendo en la cuenta de que esa era la primera vez que estaba en su casa y le ofrecía algo de beber.

Puso dos copas en la mesa y las llenó. Fue de nuevo a la cocina, se sirvió la comida en un plato y la llevó a la mesa.

—Aunque no vayas a cenar puedes acompañarme a la mesa, para tomar el vino. *Trisha* entenderá que dejes de acariciarla quince minutos.

—Sí, claro —Le sonrió ella tímidamente dejando la gata a un lado del sofá para levantarse y sentarse a la mesa con él.

Jack comenzó a cenar en silencio. En la televisión emitían el *Tonight Show*.

—Está bien, Susan —dijo soltando el tenedor tras unos minutos de silencio entre ambos—. Aunque he de decir que te prefiero así, calladita y sin atormentarme, sé que estás incómoda por lo de antes y me disculpo.

—Yo soy la que ha de disculparse. No tenía derecho a entrar en tu casa sin avisar. Es lógico si deseas estar desnudo. Es tu casa.

—La desnudez no significa nada para mí, Susan. No hubiera montado en cólera si eso es lo que te preocupa.

—¿Seguro? —preguntó ella asiendo su copa de vino para darle un sorbo.

—Cuando llevas tantos años en el ejército, estás acostumbrado a estar desnudo con más personas, incluso con mujeres. Al principio cuando eres cadete e idiota se te pueden salir los ojos de las cuencas, pero te aseguro que al poco tiempo no ves más que cuerpos sin ropa. No te fijas en nada más y vas a lo tuyo.

—No lo sabía —dijo ella comenzando a relajarse.

—Así es. —Comenzó a comer de nuevo—. A veces tienes un mando superior del sexo contrario y te está dando instrucciones mientras te duchas o

te cambias de ropa o eres tú el que lo haces delante de un montón de mujeres y hombres.

—¿Quieres decir que cuando ves un cuerpo de mujer desnudo ya no sientes nada?

—Es diferente. —Sonrió él—. Es el contexto. Cuando estás concentrando en una misión, en órdenes que cumplir, no te fijas en nada más. Tu preocupación es seguir con vida. Sin embargo, cuando estás con una mujer a solas y la deseas, la miras de otra forma y por supuesto que tienes sensaciones —le dijo pensando en ella. Aun estando vestida despertaba su deseo de una forma que de saberlo ella, se volvería a ruborizar como había hecho antes.

—Podrías salir desnudo a trabajar y no te importaría —comentó ella escrutando su rostro. En ese momento estaba relajado y eso le gustaba.

Jack rio con su ocurrencia.

—Me importaría porque estoy seguro que la mayoría se ruborizaría y sería una situación incómoda para ellos.

—Ya veo —dijo volviendo a beber de su copa.

—¿Todo bien con Samy? —Quería saber por qué prefería su compañía a la de Samy esa noche.

—Jack, ¿te das cuenta que Samy es tu tema favorito?

—Solo me preocupo de que vaya todo bien con él. De que te trate bien.

—Me trata estupendamente, teniendo en cuenta que se ha enterado que hay dos paredes de su dormitorio pintadas de rojo cereza.

—¿Le has intentado pintar el dormitorio de rojo cereza? —preguntó él entre alarmado y divertido.

—Yo no, los pintores. Han confundido dos trabajos y cuando llegué ayer al apartamento me encontré con el pastel, por decirlo de alguna forma. Un desastre. Ahora habrá que lijar en profundidad y volver a pintar.

—Quizás era más sencillo dejarlo de ese tono.

—Probablemente, pero es un hogar, no una casa de citas.

—No se habrá enfadado, ¿verdad?

—No, pero no me gusta hacer esto, le he defraudado. Sé que no me culpa por ello, pero aun así no me gusta.

—Samy está encantado contigo.

—¿Podemos dejar de hablar de Samy? Es un buen tipo, pero no me apetece hablar de él toda la noche, la verdad.

—Como quieras —claudicó, pensando que quizás ella no le había

contado todo al respecto. Las cosas entre ellos no debían marchar del todo bien. Si todo marchase como tenía que suceder, ella estaría hablando toda la noche de Samy. De hecho, ni siquiera estaría tomando una copa de vino mientras lo veía cenar, estaría con él. Algo sucedía y pensaba averiguarlo.

—¿Cómo está tu hermana? —le preguntó ella por cambiar de tema.

—Bien —dijo lanzando un suspiro—. Vendrá pasado mañana.

—¿No te alegra?

—Apenas la he visto unas pocas veces a lo largo de mi vida. Apenas sé nada de ella. No sé cómo comportarme o qué decirle. La quiero, pero no sé que voy a hacer.

—Estás aterrado —afirmó ella.

—Mas que antes de una misión suicida —le reconoció.

—Eso me gusta de los hombres. —Rio—. Podéis enfrentaros a la muerte, pero de repente una mujer os puede descolocar la vida.

—Así es —reconoció de nuevo él. En su caso iban a ser dos y una de ellas estaba tomando vino en su mesa. Aunque esa noche se notaba más relajado a su lado.

—Bien. Puedo ayudarte. La llevaré de compras algún día si te encuentras agobiado. Me pasaré después de cenar si tenéis incómodos silencios. Te daré mi teléfono y si surge alguna crisis me mandas un mensaje y estaré aquí en minutos.

—¿Harías todo eso? ¿De verdad? —preguntó incrédulo.

—¡Claro! Además, no creo que nada de eso sea necesario después de un par de días, de que os acostumbréis el uno al otro. Quizá ella no te conozca a ti, pero tú sí que la conoces a ella, aunque no te des cuenta. Te has pasado toda la vida leyendo sus cartas, apuesto a que eres casi como su diario.

—Tienes razón. —Cayó en la cuenta de ello. Había leído cada una de sus cartas al menos una docena de veces cada semana. Si algo le había mantenido cuerdo en aquellos años eran sus cartas.

—Además, seguro que tienes un montón de recuerdos de la infancia juntos.

—No tuvimos una infancia juntos. Melissa tiene veintiún años.

—¡Veintiún años! —exclamó Susan y permaneció con la boca abierta un segundo.

—Te acabas de arrepentir de haberte ofrecido para hacer de niñera de una postadolescente.

—No. Es que pensaba que al menos tendría treinta años, que estaría

casada, esas cosas. No me podía imaginar que tuvieras una hermana tan joven.

—Al alistarme en el ejército, mis padres se sintieron solos, así que decidieron tener otro hijo y nació Melissa. —Sonrió—. Te advierto que es un tornado cuando se emociona, me llama por teléfono y me llena a preguntas sin dejarme contestarlas siquiera. Me temo que en persona puede ser agotadora.

—Creo que te va a venir muy bien esa jovencita.

—Y yo creo que es posible que la semana que viene necesite un lugar silencioso donde refugiarme —dijo Jack, levantándose de la mesa y llevando el plato y los cubiertos a la cocina. Susan también se levantó y llevó las copas tras él.

—Puedo ir mirando conventos por internet.

—No me va la vida de monje.

—¿De verdad? —dijo ella enarcando una ceja.

Estaban frente a frente al lado del fregadero. Jack pasó sus manos por la cintura de ella y la atrajo hacia sí. No quería ser un monje, quería besarla en aquel momento y tenerla siempre como esa noche, a su lado en la mesa, tomando una copa de vino o jugando con la gata. Inclino la cabeza sobre ella, cerró los ojos y la besó en la mejilla.

—Gracias por ofrecerte a ayudarme con mi hermana —dijo, desasiéndola.

Que Samy estuviera siendo torpe con ella no le daba derecho a seducirla como había estado a punto de hacer. Él seguía siendo su amigo y no lo iba a traicionar. Por suerte, había recobrado el sentido común en el último momento.

—Te dejo mi número —dijo ella nerviosa buscando el bloc de notas de al lado del teléfono. Había sentido lo que había estado a punto de suceder, pero él se había arrepentido en el último momento, quién sabía por qué motivo. Y lo había deseado. No tenía quince años, pero se sentía igual al lado de Jack.

—Gracias, te enviaré un mensaje si tengo alguna emergencia fraternal.

—No me mandes cosas raras en clave. No conozco tu número y probablemente no te haga caso de ser así.

—No te preocupes, te mandaré un mensaje ahora mismo para que lo tengas.

—Le daré las buenas noches a *Trisha* y me iré.

—Sí, es tarde —convino él dándose cuenta del nerviosismo reinante. ¿Y

si ella se había dado cuenta de sus verdaderas intenciones aquella noche?

Susan acarició a la gata y posó su nariz contra la de ella a modo de despedida como había hecho la vez anterior.

Jack ya estaba en la puerta esperándola.

—Hasta mañana, Jack. Y gracias por el vino.

—Hasta mañana.

Esperó a que entrase en la casa grande y cerró la puerta.

—¡Mierda! Has estado a punto de cagarla con Samy, Jack —se dijo a sí mismo.

¿TE HAS CANSADO DE ELLA?

—¿Por qué Susan prefiere mi compañía a la tuya? Anoche estuvo en mi casa en vez de estar contigo. ¿Qué demonios está sucediendo ahora, Samy? —le espetó Jack, tras entrar y cerrar la puerta del despacho, donde Samy cuadraba las cuentas del rancho a última hora de la tarde.

Samy lanzó sobre la mesa el lápiz con que tomaba apuntes en un cuaderno, mientras veía las cifras en la pantalla del ordenador y apoyó la espalda más cómodamente sobre el respaldo de la silla donde se hallaba sentado. Aquella situación se estaba volviendo insostenible.

—No sé, dímelo tú, que parece tener todas las respuestas.

—Porque no le prestas la suficiente atención. Ni siquiera quiere hablar de ti cuando le pregunto qué tal van las cosas contigo. Y eso no es buena señal.

—Esta gilipollez ha durado lo suficiente. —Se levantó Samy harto—. No me interesa Susan. Ya está. ¿Te queda claro?

—¿Qué? ¿Por un poco de presión te arrugas y decides que no te interesa?

—No es por la presión. Que también, estoy harto de que cada día tengamos este tipo de conversaciones. Tenía una vida tranquila y quiero recuperarla. Así que ya es hora de que lo sepas. Susan no me ha interesado nunca.

—¿Y entonces por qué mostraste interés en salir con ella? Bailaste con ella como si de verdad te interesase. —Jack quedó pensativo durante un momento.

Samy fue a abrir la boca para contestar pero Jack fue más rápido.

—¡Querías acostarte con ella! ¡Eres uno de esos tíos que seducen a las mujeres prometiendo algo más y en realidad lo que buscan es un revolcón sencillo!

Samy levantó un dedo para interrumpirlo.

—Y lo has conseguido. ¡Claro! Por eso has perdido todo el interés en ella. —Jack notaba cómo la furia bullía en su interior, aquel niño rubio de

ojos azules se había acostado con ella y ahora se había aburrido.

—Jack...

—Confíe en ti, maldito hijo de... —comenzó a decir acercándose a Samy.

—Será mejor que te tranquilices y dejes que te lo explique —dijo Samy temiendo por su integridad física. Él también era fuerte, pero dudaba que pudiera repeler de forma efectiva el ataque de un exmarine, conocedor de a saber cuántas técnicas de lucha.

—Creo que todo está muy claro, te has reído de ella, pero te voy a borrar esa sonrisa de un puñetazo.

—No vas a hacer nada, porque yo no le he tocado a Susan ni un pelo.

—¿Quieres que me lo trague?

—Pregúntale a ella y también te lo dirá. Ni siquiera la he besado. Nunca.

—¿Qué? —Algo estaba sucediendo en su mente porque no comprendía lo que Samy trataba de explicarle.

—Nunca me ha interesado Susan. Ni yo a ella. Somos amigos y ella trabaja para mí. Pero hasta ahí.

—Tú dijiste que te interesaba, que querías salir con ella y te había venido bien la oportunidad. Os vi bailando en Malone's, besaste su cuello y vi cómo la abrazabas cuando llegásteis a casa esa noche —dijo, dejándose caer en la silla que estaba enfrente del escritorio. Se sentía confundido con todo aquello.

—Dije que me interesaba porque sentía curiosidad acerca del motivo que tenías para pedirme a mí que la llevase a Malone's. Quería saber por qué no lo habías hecho tú. Bailé así con ella porque te vi llegar, quería saber qué te estaba pasando. Y me viste abrazarla cuando llegamos a casa porque al irte de allí la dejaste llorando y tuve que consolarla hasta que se sintió mejor. No mereces ni tan siquiera que ella te hable después de cómo la despreciaste. No puedes bailar con una mujer como lo hiciste y luego dejarla tirada. ¡Y por el amor de Dios! No puedes decirle a un hombre que haga feliz a una mujer cuando en realidad el que quiere hacerla feliz eres tú. No puedes vivir a través de otra persona.

Samy se sentó de nuevo en la silla de su escritorio, esperando una contestación por parte de Jack.

—¿Y ahora? —preguntó Jack desconcertado ante todo lo que acababa de escuchar de boca de Samy. Resultaba que el niño, a sus cuarenta años, era él mismo.

—Ahora seguiré con mi vida, olvidaré que esto ha sucedido y espero que podamos seguir trabajando juntos como siempre —propuso Samy—. También espero que el que la haga feliz a partir de ahora seas tú, ya que tenías tantas ideas de cómo hacerlo, supongo que no te será difícil lograrlo.

—Tengo... tengo que pensar en todo esto —le replicó Jack abatido—. Lo siento, Samy. —Le tendió la mano.

Samy se la estrechó y puso la otra mano en su antebrazo para reafirmarle su apoyo incondicional.

—Te agradezco que no me hayas partido la cara. — Samy sonrió tratando de quitar hierro al asunto. Sabía que aquel hombre tendría mucho en lo que pensar esa noche.

—Ha faltado poco, si te soy sincero.

—Olvidalo.

—Nos vemos mañana —dijo Jack saliendo del despacho.

—Mañana viene la hermana de Jack a visitarlo. Y me he ofrecido a ayudarle con ella. Apenas la conoce —le comentó Susan a Terry, mientras estaban tomando un refresco en el porche trasero de la casa, después de cenar.

—¿No la conoce? —se extrañó Terry.

—Tiene veintiún años. Nació cuando él ya estaba en el ejército.

—¿Y eso te preocupa por algún motivo?

—¿No se aburrirá conmigo? ¿No crees que seré demasiado mayor para acompañarla a los sitios?

—¡Por favor, Susan! No me puedo creer que te estés planteando eso en serio.

—Tengo casi quince años más que ella.

—No te preocupes, cariño. Todo irá bien. Seguro que es una chica estupenda y te terminará adorando.

—Buenos días, Samy —dijo Jack al verlo llegar al granero del forraje.

—Buenos días, Jack —Samy palmeó la espalda del capataz—. ¿Qué problema tenemos hoy?

—Al parecer un par de los paquetes de alfalfa que trajimos ayer tienen una temperatura superior a la que debería.

—Lo que los hace peligrosos. ¿Están identificados?

—Los acabo de medir personalmente. Están señalados. Me pondré a

sacarlos ahora mismo.

—Te ayudaré, entre dos acabaremos antes.

—Perfecto.

—Jack —lo llamó antes de irse a por uno de los tractores con pinchos para sacar la alfalfa—. ¿Has reconsiderado tu decisión de dejar el rancho?

—¿Después de todo, quieres que me quede?

—Por supuesto. —Samy sonrió ampliamente—. Nunca quise que te fueras.

—Me siento avergonzado por todo lo que ha ocurrido contigo.

—Olvidalo, Jack. Me he acostumbrado a ver a mis hermanos hacer el canelo por una mujer en los últimos tiempos, así que, uno más que menos, tampoco me causa gran efecto.

—Sí. Aún recuerdo un poco lo de Luke.

—Lo de Charlie fue aún peor —dijo divertido Samy—. Quédate con nosotros.

—Está bien, me quedaré —dijo al fin Jack tras pensarlo unos momentos.

—Bienvenido de nuevo. —Samy le tendió la mano para sellar el pacto—. Bien, esa alfalfa no va a salir sola del granero.

MELISSA

—Debería haber llegado hace horas. —Jack paseaba nervioso por el salón de la casa. Le había enviado un mensaje a Susan para informarle de la primera crisis y ella había acudido rauda, pensando si quizá ya habría discutido con su hermana nada más llegar. Lo que en realidad se había encontrado era a un Jack nervioso y preocupado.

—¿Te dijo a qué hora llegaría? —le preguntó ella tratando de calmarlo.

—No. En realidad no. Pero había supuesto que vendría para la hora de comer. Y ya casi es hora de cenar.

—Si no ha dicho una hora creo que no deberías preocuparte. Yo cuando tenía su edad hacía lo mismo. Quizá ha ido a visitar a alguien de camino y se ha entretenido. ¿Sabes si conoce a alguien cerca?

—Dijo que conocía a alguien en Ballinger.

—¿Ves? Se habrá pasado por allí. Tranquilo, Jack.

Le resultaba encantador ver a aquel hombre nervioso ante la tardanza de su hermana. Estaba segura de que se había enfrentado a cosas más difíciles en su vida que aquello y, sin embargo, una jovencita de veintiún años lo ponía de los nervios.

—Aquí está —dijo escuchando cómo llamaban a la puerta—. No he escuchado el coche.

—Tenías demasiada preocupación en la cabeza como para centrarte en algo más.

Jack cruzó el salón en apenas un par de zancadas y abrió la puerta. Una mujer, delgada y castaña de al menos un metro setenta y ojos grises, le sonrió ampliamente al otro lado de la puerta, dejando la maleta y el bolso en el suelo, abrió los brazos y se lanzó hacia su cuello subiéndosele encima. El tornado Melissa acababa de llegar.

—Cuánto me alegro de estar aquí, *nano*. Contigo. No me riñas, ya sé que no tengo diez años para subirme encima de ti, pero me hacía ilusión hacerlo.

—¿Quieres estar más rato? —Le sonrió él, con ella aún asida a su cintura y su cuello—. ¿Por qué no me has llamado? Estaba preocupado.

—Veo que te conservas bien, *nano*. Estás muy fuerte. Y muy guapo. Y eso me gusta.

—Apenas pesas nada, pequeña. Y gracias.

—Bueno, quizás sea que eres feliz. Ya sabía yo que tenías que enamorarte y tú no querías. ¿Dónde tienes a esa novia tuya que me dijiste por teléfono?

Jack la bajó al suelo.

—Sobre eso tenemos que hablar —le dijo cambiando el gesto.

—No me digas que la has dejado, porque te haré la vida imposible, no soy marine, pero sé cómo hacerlo. —Se detuvo un momento, al ver a la mujer que la observaba de pie unos metros detrás de su hermano—. ¿Susan? —preguntó—. ¿Eres tú?

—Sí, eso creo —dijo ella tragando saliva y preguntándose en qué términos le había hablado de ella a su hermana pequeña.

—¡Susan! Yo soy Melissa, pero me puedes llamar Mel —dijo dirigiéndose hacia ella para abrazarla fuertemente—. Pensaba que mi hermano se había inventado una novia y te juro que no le habría vuelto a hablar de haber sido así. Me hubiera ido nada más llegar si me hace eso. Pero no importa, porque eres de verdad. Mi *nano* me ha hablado mucho de ti. Bueno, en realidad, no mucho. Pero no importa, los hombres son así.

—Cariño, respira —le pidió Susan—. ¿Cuántos cafés te has tomado hoy?

—Esta mujer me conoce —dijo ilusionada, mirando a Jack antes de volver a mirarla a ella—. Mi hermano sí que te ha hablado de mí. Lo siento, es que estoy muy emocionada por estar aquí con vosotros y como tenía que conducir he tomado demasiada cafeína hoy. Lo reconozco. Suelo ser demasiado impaciente y habladora sin cafeína, pero puedo relajarme un poco si te molesta.

—No me molesta. Estoy encantada de conocerte.

Jack había cogido la maleta y el bolso de su hermana del suelo del porche, donde ella lo había tirado para abrazarlo, y se acercaba a ella.

—Te subiré la maleta —dijo él. Tenía que hablar con Susan para aclararle lo de la novia y su nombre metido en ese lío que acababa de enredar aún más su parlanchina hermana.

—Puedo subirla yo luego.

—No voy a dejar que la subas tú. La subiré yo ahora.

—De acuerdo. Ve subiendo. Quiero conocer un poco más a tu novia sin que estés delante. Sé que tendremos tiempo y saldremos, si ella quiere salir con alguien como yo.

Jack le hizo caso y subió las escaleras con la maleta.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Susan.

—Un vaso de agua estaría bien. Creo que ha sido suficiente cafeína por hoy.

—Yo también lo creo.

—¿Tenéis una gata? —preguntó mirando hacia el sofá donde dormitaba —. ¡Qué bonita! ¿Cómo se llama?

—*Trisha*. Pero solo está de acogida temporal. Sabemos que se ha escapado de casa, tu hermano le dio de comer y no se ha movido de aquí desde entonces.

—Mi hermano es un buenazo en el fondo. Aunque trata de mantener las distancias. Pero no le digas que te lo he dicho, o se enfadará.

—Mantendré mi boca cerrada. Será un secreto entre las dos —Rio Susan —. Te pareces mucho a él. Mismos ojos y mismo color de pelo. La sonrisa también es igual.

—Aunque yo la practico más que él. ¿Sabes que apenas nos conocemos, verdad? Me alegra que estés aquí. Quizás estar los dos solos podría resultar un poco difícil. Y quiero que funcione. Quiero conocerlo y que me conozca como adulta, algo más de tiempo que un par de horas al año.

—Lo sé, no te preocupes.

—Ya tienes las maletas en la habitación del fondo del pasillo. Solo hay dos, así que no hay pérdida —dijo Jack bajando las escaleras.

—Gracias, *nano*. Le decía a Susan que me alegra que ella también vaya a estar con nosotros.

—En realidad ella no vive aquí —le informó Jack. Tenía que decirle la verdad de la situación. La novia no existía.

—¿No vives aquí? —preguntó Mel con tristeza.

—En realidad no oficialmente. Solo me quedo a veces, por eso no verás muchas cosas mías por aquí. Estamos en esa etapa de ir probando poco a poco, ya sabes —acertó a decir Susan viendo cómo los ojos de Jack se mostraban incrédulos ante lo que estaba escuchando.

—Pero estoy segura que te quedarás mientras yo esté aquí. Me encantaría, por favor.

El teléfono de Melissa sonó.

—Perdonadme, es mamá. Voy arriba para no molestaros. Luego seguimos hablando —les dijo antes de descolgar y comenzar a dirigirse al piso de arriba—. ¡Mamá! Sí, ya estoy en casa de Jack. Está muy bien. Sí, su novia es de verdad, la acabo de conocer y es muy guapa y muy simpática. Mañana te mandaré una foto para que la veas...

—¿Hay algo que quieras contarme, Jack? —preguntó ella tratando de ponerse seria.

—Lo siento. Estuvo durante semanas bombardeándome con que tenía que conocer a alguien, que necesitaba salir con alguien, hasta que me cansé y un día le dije que sí, que estaba saliendo con alguien. Luego me preguntaba y daba detalles vagos, le decía que nos iba bien y esas cosas.

—¿Y esa novia ficticia se llamaba Susan? —preguntó enarcando una ceja.

—Bueno, eso pasó hace un par de días. Insistió en conocer el nombre, me entró el pánico y le di ese. Pero pensaba explicárselo en cuanto llegara. Solo que te vio y, bueno, ya has visto lo que ha pasado.

—¿Diste mi nombre?

—No sé, di el tuyo como pude haber dado el de Claire o el de Terry. Me entró el pánico. Mi hermana es muy insistente, ya la has visto. Pero no te preocupes, en cuanto baje, le contaré que todo ha sido un error y que no existe esa novia.

—¡No le puedes decir eso! ¿Estás loco?

—Claro que se lo voy a decir.

—¡No, no lo harás! Ya la has escuchado, te dejará de hablar si se da cuenta que ha sido un engaño.

—Lo superará.

—Jack, no juegues con tu hermana de esa forma. No la debiste engañar. Pero ahora el daño está hecho, hasta tu madre lo sabe.

—Vale, bien. Pero el caso es que no hay novia. No existe. ¿De dónde la saco?

—Ella cree que existe y que soy yo. Solo es una semana.

—¿Quieres hacerte pasar por mi novia? ¿Una semana? —preguntó incrédulo ante la proposición.

—No creo que haya muchas más opciones.

—¡Mierda! —exclamó Jack sabiendo que tendría que lidiar con dos mujeres en vez de con una.

—Bien, ¿algún detalle que le hayas dicho y deba saber? Por no meter la

pata.

—No le he dicho nada. Solo que llevamos saliendo aproximadamente un mes.

—¿Dónde nos conocimos? ¿Dónde vivo yo ahora?

—No he dicho nada de eso.

—Bueno, eso creo que podemos dejarlo tal como está, por si algún día alguien del rancho mete la pata. Nos conocimos por mi trabajo decorando el apartamento de Samy y estoy viviendo en la casa grande, aunque a veces me quedo aquí.

—Será lo más seguro, sí.

—Necesitaremos saber las fechas de cumpleaños, y algunos datos que le contarías a alguien con quien estuvieras saliendo.

—No sé qué pueda ser eso que se cuenta. He pasado toda mi vida adulta en el ejército, no he salido con nadie dos veces seguidas en esos años.

Susan lo miró atentamente.

—No te preocupes. Yo te contaré cosas y sobre ellas tú me contarás a mí. ¿Cumpleaños?

—Nueve de agosto, ¿el tuyo?

Susan se quedó con la boca abierta durante un segundo.

—¿Susan? Tu cumpleaños.

—Nueve de agosto.

—Ese es el mío, quiero saber el tuyo —dijo mirando a las escaleras. Su hermana había dejado de hablar y en cualquier momento bajaría.

—Nueve de agosto. Es el mismo día. Cumplimos años el mismo día.

—¿Qué? —preguntó él sorprendido—. ¿Cuántas probabilidades hay de ello?

—No soy matemática, pero creo que una entre trescientas sesenta y seis.

El destino era caprichoso y se reía nuevamente de él. Los planetas se alineaban de nuevo. Susan cumplía años el mismo día que él.

—Mamá os envía muchos saludos y quiere que vayáis para conocer a Susan —dijo Mel, bajando las escaleras—. Está encantada. Pensaba que no lo conseguirías, te había visto taciturno desde que habías vuelto del ejército y no pensaba que pudieras conocer a alguien. Pero aquí estáis. Necesito una foto vuestra para enviársela. ¿Podéis posar para mí? —Desenfundó su móvil hacia ellos.

—Mel —protestó su hermano.

—¿Sabéis lo que sería genial? Una foto en la que os beséis. ¿Qué hay

más bonito que eso?

Ambos quedaron paralizados ante la idea. ¿Cómo se iban a besar, cuando no lo habían hecho antes, para posar para una foto? Se iba a notar a leguas el engaño.

—Mel, no creo que a mamá le interese ese tipo de foto.

—Bueno, esa no se la enviaré a mamá. Pero yo sí que la quiero de recuerdo.

—No es adecuado.

—Cualquiera diría que no te gusta besar a tu novia.

—Mel, lo que quiere decir tu hermano es que quizá mañana, de día, con más luz, salga mejor.

—Está bien. *Nano*, cuéntame qué te gustó de Susan cuando la conociste.

—No pienso... —comenzó Jack.

—Dejemos las anécdotas para mañana. Es hora de cenar —intervino Susan para tratar de aplacar la curiosidad de la hermana de Jack.

—¿Te apetece salir a cenar? —propuso él.

—No, estoy cansada, aunque no duerma por la cafeína, al menos descansaré el cuerpo. Me apetecería un sándwich y un vaso de leche, si no os importa.

—Por supuesto. Entendemos que estás cansada —dijo Susan conciliadora.

—Te prepararé el sándwich en un momento —dijo Jack saliendo disparado hacia la cocina. Era mejor que quedarse allí sometido a un interrogatorio al que quizás no sabría responder.

—Es incansable, más que estudiar medicina debería haber estudiado periodismo, seguro que no se le escapaba ningún entrevistado con información —reconoció Jack.

—Es encantadora y te conviene. Tu madre tiene razón, eres un poco taciturno. No estaría mal que se te pegara algo de la energía de vivir que tiene ella.

—¿Ahora estás de parte de mi madre y de mi hermana? Te estás tomando el papel muy a pecho —le recriminó él en voz baja mientras cenaban los dos. Melissa se había tomado el sándwich y se había retirado a su habitación casi a continuación.

Ella rio.

—Y tú te bloqueas —añadió también en el mismo tono bajo—. Si ella

pregunta algo debes responderle. Aunque sea íntimo.

—¿Cómo pretendes que le responda a lo que ha preguntado?

—Respondiendo, es sencillo. Si no tienes respuesta, invéntatela. Apuesto a que en tus misiones secretas, esas del contrato de confidencialidad tenías que inventarte cosas.

—Sí, pero es distinto. Nunca me preguntaban en qué me había fijado al conocer a la que presuntamente es mi novia.

—Eso no tiene ninguna dificultad.

—A ver, listilla. ¿Y si te lo pregunta a ti?

—Si me lo hubiera preguntado a mí, habría quedado satisfecha con la respuesta.

—¿Qué le hubieras dicho?

—No pretenderás que te lo diga aquí. No tiene sentido.

—Es decir, que no tienes idea tampoco.

—Está bien. Le hubiera dicho que me fijé en tus ojos grises, en la masculina línea de tu mandíbula, en tu pelo castaño y en esas arruguitas tan sexies que se te forman cuando sonríes. Aunque hubiera añadido que me costó verte sonreír.

Jack se había quedado helado por un momento. Y al siguiente aquella descripción de sí mismo le había calentando el alma.

—Y lo de que nos quiere hacer una foto besándonos. ¡¿Cómo se le ocurre?! —dijo tratando de evadir el sentimiento anterior.

—Estate preparado porque mañana va a pedirla de nuevo y estoy bastante convencida de que no parará hasta que la consiga. Ve pensando excusas, a menos...

—¿A menos qué?

—A menos que estés dispuesto a complacerla.

—¡Mierda! ¿Por qué no me ha tocado una hermana aburrida de esas que no despegan la vista de la consola de videojuegos?

—Porque has tenido suerte.

—Te prestaré una camiseta mía para dormir —dijo ya en el dormitorio buscando dentro del armario—. Mañana solucionaremos el tema de tu ropa.

—Gracias.

—Es lo menos que puedo hacer por ti —dijo sacando una manta y una almohada del altillo del armario—. Me cambiaré e iré al sofá.

—No puedes dormir en el sofá.

—Claro que sí.

—Tu hermana está en casa. ¿Y si se levanta a beber agua o comer de madrugada? ¿Sabes qué horarios tiene?

—¡Maldita sea! Tienes razón. Y eso equivaldría a una interminable batería de preguntas.

—La cama es grande, hay espacio para los dos.

—No pienso dormir contigo —dijo categórico. Ella lo miró seria. ¿La estaba despreciando?—. No te lo tomes a mal —la tranquilizó—. No es por ti, es por mí. No duermo con nadie nunca. No puedo hacerlo.

—¿No dormías con compañeros?

—Sí, pero eso era diferente.

—¿Por qué?

—Porque son soldados. Ya te dije que el contexto es otro siempre.

Pero, en realidad, lo que temía, era hacerle daño. Sufría pesadillas y en ellas luchaba con enemigos, sabía que una vez intentó ahogar a un compañero durmiendo, por suerte su compañero pudo defenderse del ataque y no sufrió heridas. Pero era un riesgo y no quería que aquello se repitiese con ella.

—Vale, como tú quieras —convino ella, acercándose a la puerta para cerrarla—. Pero cerremos la puerta con llave.

Jack comenzó a desvestirse para ponerse el pijama. Delante de ella. Recordaba lo que le había dicho un par de noches atrás. La desnudez no significaba nada para él. Aunque era un deleite para su vista ver su bien formado cuerpo, Susan se giró una vez se desabrochó los pantalones.

—Ya estoy —anunció él siendo consciente por primera vez que se había cambiado delante de ella y le daba la espalda—. Lo siento, estoy tan acostumbrado a hacerlo, que no me di cuenta.

—No he visto nada —dijo ella volviéndose hacia él de nuevo.

—Ya me doy cuenta —dijo sonriendo—. Podías haber mirado. De verdad que no me importa.

—Sin embargo, yo no estoy acostumbrada —comenzó a decir ella y se quedó mirándolo en pijama.

—¿Cómo? —preguntó él sin comprender.

—Que te gires, por favor.

—Oh, sí, perdona —dijo poniéndose de espaldas.

Ella se cambió a su vez de espaldas a él.

—Lista —dijo ella una vez se hubo cambiado y él se giró para mirarla.

La imagen de aquellas piernas redondeadas lo asaltó y se imaginó

acariciándolas desde el principio hasta el final, descubriendo las maravillas del cuerpo de aquella mujer que ocultaba su gran camiseta de fútbol americano. Debió haberle dado una más pequeña. Lo más seguro para ambos era dormir. Sobre todo ahora que sabía que lo de Samy había sido todo un malentendido. Ella era libre y él también. Iba a ser su novia por una semana y la deseaba. Todo aquello era un gran problema.

—Es hora de dormir —anunció él echándose sobre la manta, en el suelo.

—Si cambias de idea a lo largo de la noche y quieres subir a la cama, no hay ningún problema por mí.

—Gracias, estaré bien.

—Buenas noches —dijo ella apagando la luz.

—Buenas noches. —Pensó un momento antes de añadir—. Bonitas piernas, Susan.

Ella sonrió en la oscuridad.

—Ahí tienes argumentos para tu hermana, aunque pensaba que no te fijabas en esas cosas.

—No eres un soldado.

La estaba viendo como a una mujer. Y eso que era algo que había dudado, hasta ese momento.

ENSAYANDO

—Buenos días —dijo Susan bajando las escaleras—. Has madrugado. Jack dejó su taza de café y cogiendo otra, le sirvió una a ella.

—Buenos días. Veo que has visto la ropa —dijo señalándola antes de darle la taza de café.

—Sí, gracias. ¿Cómo la has conseguido?

—Me colé de madrugada en la casa grande y te traje las cosas que sabía podrías necesitar hoy. Espero haber acertado.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—No. —Sonrió él—. Hace un rato vi que Luke y Terry estaban sentados en el porche delantero tomando café. Les conté la situación y Terry subió a por ella. Pero podría hacer lo que te he dicho si quisiera.

—No lo he dudado ni un momento, sé que eres un hombre de recursos. El café está riquísimo, por cierto.

—Gracias. Escucha, he estado pensando en lo que dijiste anoche. Y tienes razón, mi hermana va a insistir con lo de la foto del beso. Quizás debamos solucionar eso.

—¿Se te han ocurrido buenas excusas para distraerla y ganar tiempo?

—No. Estaba pensando que quizás debamos besarnos.

—Vale, nos besaremos para que haga la foto y se quede tranquila.

—Quiero decir que deberíamos ensayar antes.

—¿Ensayar? —A punto estuvo de atragantarse con el café.

—Si lo hacemos por primera vez delante de ella notará el engaño.

—Es la forma menos romántica de pedirle un beso a una mujer que he visto. Ensayar.

—Esto no es romántico, Susan. Estamos actuando y ha sido idea tuya. Sabes que no te voy a pedir matrimonio de aquí a una semana.

—Soy consciente, pero aun así. Hubiera preferido que me tomaras por sorpresa y luego me hubieras dicho que era un ensayo. No va a salir bien.

—Está bien, no ensayaremos —dijo él dejando el café en la encimera de la cocina. Esperaba que ella hiciera lo mismo.

—¿Le has dado de comer a *Trisha*? —preguntó ella.

—No.

—Entonces iré yo —dijo, dejando la taza en la encimera.

Apenas la hubo puesto en la encimera, la asió fuertemente de la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo y buscó su boca con los labios ávidamente, se la cubrió y comenzó a moverse suave pero firmemente en ella. En apenas dos segundos ella se rindió al beso y pasó sus manos por detrás de su cuello instándole a continuar. No hacía falta que lo hiciera, porque él no pensaba despegar sus labios de los de ella hasta que el aire abandonase sus pulmones. Era la explosión química más fuerte que había sentido en su vida con nadie, y lo supo desde que sus manos se tocaron en aquel restaurante de San Angelo.

—Era un ensayo —dijo Jack apenas en un hilo de respiración sin dejar de sostenerla por la espalda. Ella tampoco había soltado su cuello.

—Si eso era el ensayo, no quiero saber cómo será el estreno de la obra. Ha sido de matrícula.

El rio al lado de su boca y volvió a besarla ahora más suavemente. Ella por su parte había notado el deseo de él muy vivo apretado contra su vientre y a ella le temblaban las piernas.

—Estoy pensando que... —dijo siguiendo con besos la línea de la mandíbula de Susan.

—¿Qué?

—Esto no es un *me quiero casar contigo y esto será eterno*, pero...

—¿Pero? —preguntó ella mientras él le dedicaba besos a su cuello.

—Puede ser un *somos adultos y podemos disfrutar de nuestros cuerpos...*

—Me gusta esa opción. Somos adultos y podemos disfrutar.

—Sin compromisos —le dijo él al oído posando un beso al lado del mismo.

—Sin compromisos —aceptó ella.

—Bien, cariño. —Volvió a besarla en los labios levemente—. Es posible que aún tengamos una hora antes de que se levante Mel. Me parece insuficiente, ¿pero qué tal si volvemos arriba y la intentamos aprovechar?

—Es una muy buena idea —convino ella.

Él volvió a devorar sus labios con avidez por última vez antes de subir.

—Luego resulta que tienes reparos para posar así para una foto. Claro,

que no me extraña que por la noche estéis agotados y no te apetezca, si la mañana empieza así en esta casa —comentó Melissa bajando las escaleras hasta llegar a la cocina.

—Qué oportuna, hermanita —dijo Jack tras posar un último y suave beso en los labios de Susan, que prometía más en cuanto tuvieran oportunidad.

—Yo también te quiero. Buenos días, Susan. Si es que puedes hablar, porque creo que mi hermano te acaba de robar el aliento para dos horas.

—Muy graciosa —le replicó Jack.

—Buenos días —respondió Susan, divertida con las ocurrencias de la que iba a ser su cuñada esa semana.

—No le des café —advirtió Jack viendo como Susan cogía una taza vacía —. Si ya es así sin él, no quiero pensar cómo será si le damos una taza.

—Es mayor de edad, Jack, si quiere café, puede tomarlo.

—Gracias, por fin una persona con sentido común en la familia. Ya nos hacía falta. Pero por esta vez le haré caso a mi hermano. Sin que sirva de precedente, claro. Creo que ayer me excedí. ¿Puedo tomar un vaso de leche?

—Claro que sí, cielo —respondió Susan abriendo el frigorífico.

—Me voy a trabajar, chicas —anunció Jack mientras apuraba la taza de café y cogía un sándwich para comérselo por el camino.

—¡Nano! —Lo llamó Melissa cuando se dirigía a la puerta.

—Dime Mel.

—¿Qué tal un beso antes de salir de casa?

Jack se volvió y le dio un beso a su hermana en la mejilla. Ella le abrazó un segundo.

—Que tengas buen día —dijo al verlo salir de nuevo de la cocina—. ¡Nano! —le llamó de nuevo.

—¿Qué pasa ahora, Mel? —dijo Jack volviéndose de nuevo hacia su hermana.

—¿Y a ella qué? —preguntó enarcando una ceja y señalando hacia Susan.

—Emmm, sí, perdona, cariño —dijo nervioso Jack, dirigiéndose hacia Susan. Había sido un fallo y su hermana lo estaba escrutando todo.

Jack asió de la cintura a Susan con la mano libre acercándola hacia él y posó un suave beso en sus labios.

—Que pases un buen día —acertó a decir Susan. Definitivamente le iba a gustar mucho aquello de ser la novia falsa de Jack Fisher por una semana.

—Lo mismo, chicas. Divertíos —dijo saliendo por la puerta.

—¡Hombres! —suspiró Melissa poniendo los ojos en blanco—. En un momento te están ofreciendo la luna y al siguiente no se acuerdan de darte un beso de despedida antes de ir a trabajar.

—Lo dices como si tuvieras experiencia en el tema —dijo Susan.

—Me gusta leer revistas femeninas en mi tiempo libre.

—Bien ¿qué quieres hacer hoy?

—No sé. Lo que tú quieras.

—Yo tengo que ir a trabajar a San Angelo. Tardaré unas horas, puedes quedarte por aquí y seguir a tu hermano o venirte conmigo y mientras trabajo ir viendo la ciudad por tu cuenta y quedar para almorzar más tarde. Trataré de tomarme la tarde libre.

—¿Trabajas en San Angelo?

—De momento, sí.

—Perdona, mi hermano es tan reservado que ni siquiera sé en qué trabajas.

—Soy decoradora de interiores.

—¿En serio? ¡Eso es fascinante!

—¿Lo es? —preguntó Susan. Quizá pudiera tener algo en común con aquella joven, además de Jack.

—¡Es genial! Me encanta la decoración. ¿Y qué estás decorando ahora?

—Un apartamento. Del hijo pequeño de los dueños del rancho.

—¿De este rancho?

—Así es.

—¿Estará allí él?

—No. No suele ir. Le traigo los muestrarios y las opciones y las solemos elegir aquí. Es algo muy cómodo para mí, porque me deja mucha libertad.

—¿Puedo ir contigo? Por favor. Seguro que hacer turismo por San Angelo está genial o perseguir a mi hermano. Pero tendremos días para ello, estoy convencida. Me encantaría ver lo que estás haciendo en el apartamento.

—Claro que puedes venir. Aunque de momento no hay mucho que ver. Solo estoy intentando que el carpintero haga algunos planteamientos decentes y los pintores no se equivoquen más.

—Bueno, si no te importa ir por ahí con una persona tan joven como yo. Sé que no tengo, no sé, veintisiete como tú, pero puedo comportarme delante de la gente.

Susan rio con la ocurrencia de Melissa.

—Estaré encantada de llevarte conmigo. Quizá puedas darme tu opinión. Y te agradezco el cumplido, pero no tenías que exagerar tanto para halagarme, no tengo veintisiete, cariño.

—No estaba intentando ser amable. Es la edad que pienso que tienes. ¿Treinta? —preguntó entrecerrando los ojos.

—A riesgo de que me repudies, te diré que tengo treinta y cinco —dijo despacio la cifra.

—¿En serio? ¡Si estás genial! ¡Ni en un millón de años lo hubiera dicho! —exclamó Melissa con la boca abierta.

—Gracias —dijo sonriéndole—. ¿Aún quieres seguir viniendo conmigo? ¿No soy demasiado mayor?

—Claro que sí quiero seguir yendo contigo. Me caes genial. Me preocupaba un poco lo de la edad, que me considerases demasiado joven. Bueno y él también.

—Por si no te has dado cuenta, tu hermano te adora.

—No sé. Apenas nos conocemos, me preocupa que esto no salga bien. Nunca hemos estado más de un día juntos. Y siempre ha sido alguien muy serio, incluso cortante. Ahora lo veo algo diferente, pero no me fio.

—No te preocupes, cuando yo lo conocí fue igual conmigo. Saldrá bien. Solo tienes que ser tú misma. Que te conozca.

—¿En serio fue así contigo? Creo que yo lo vuelvo un poco loco.

—En serio. Ya te lo contaré algún día. Necesita que alguien lo vuelva loco. Lo ha pasado mal, Mel.

—Me lo puedo imaginar —dijo con un tono de tristeza en su voz.

—¿Qué tal si nos vamos a la ciudad a trabajar?

La había tenido entre sus brazos esa mañana y había sido fantástico. Por fin había besado aquella boca que anhelaba desde el día en el que la había conocido, y no le había defraudado lo que había sentido. Había sido mucho mejor de lo que esperaba. Y habían estado a punto de hacer el amor. La química era fantástica y notaba que por parte de ella era la misma. Una relación fácil, química y oportunidad. El papel de novios lo ponía todo en bandeja. Pero era solo eso, un papel de una semana. Solo mientras estuviese su hermana en casa. No obstante, tendría que dejar las cosas claras con Susan, aunque lo había hecho aquella mañana, era necesario hacerlo de nuevo, sin compromisos, dos adultos que disfrutaran de un tiempo juntos. Ella

no podía hacerse ilusiones, porque no habría nada más.

—Una sonrisa interesante —comentó Samy a su lado mientras daba la vuelta con una horca a la alfalfa para orearla—. ¿Novedades?

—Mi hermana ha venido de visita. No os lo había dicho. Espero que no os moleste.

—Es tu casa ¿Estás contento con su visita?

—Es un torbellino, pero sí. Por suerte Susan está ayudándome. Más bien es como un enlace para que las cosas vayan bien. Yo me lo tomo todo demasiado en serio y Mel, mi hermana, es todo lo contrario.

—Algo he oído. ¿Se va a mudar Susan entonces contigo?

—Sí, mientras esté mi hermana.

Permanecieron en silencio durante un minuto.

—Escucha, Samy. El caso es que le mentí a mi hermana y piensa que tengo novia. Al llegar ayer se liaron las cosas y creyó que Susan era esa novia. Y no sé, una cosa llevó a la otra, no le pude decir la verdad, Susan me dijo que le haría daño si lo hacía y ahora parece ser que el asunto es oficial. Así que te agradecería que no lo desmintieses cuando la conozcas.

—Te estás metiendo en un buen lío, amigo. Pero por mí no tengas ningún problema. Al fin y al cabo era solo cuestión de tiempo que sucediera eso entre Susan y tú.

—No, Samy. Entre Susan y yo no va a haber nada.

—¿Qué hay de aquello de que sentías algo muy fuerte por ella? ¿Y lo que me perseguiste para insistirme en que la hiciera feliz?

—Es química, atracción. Eso es lo que hay. Pero no puede haber nada más. No puedo ofrecerle nada.

—Eso es una tontería, Jack. Y sueles ser un hombre bastante cabal.

—Es una realidad, esa parte de mi murió en la guerra. Ya no hay nada bueno —dijo Jack con el rostro serio volviendo al trabajo con la horca indicando que la conversación había terminado.

—Me encanta lo que haces, Susan. Pero no entiendo porqué hay una pared rojo chillón en el dormitorio.

—Un error de los pintores. Antes había dos. Si te das cuenta están eliminando la pintura roja, pero no es nada fácil con ese tipo de colores —comentó, mirando el reloj, el carpintero llevaba veinte minutos de retraso y aún tenía que ir a recoger unos catálogos de muebles—. No sé si volveré a trabajar con este carpintero. Siempre llega tarde, cuando no me cancela las

citas. Más vale que sea un genio en su trabajo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Susan fue a abrir.

—Lo siento, lo siento. Sé que llego tarde, pero me ha entretenido una clienta.

—Esto no puede seguir así, Lucas. O te lo tomas en serio o no. Hace dos días me cancelaste la cita a última hora.

—Ya he dicho que lo siento —dijo fijándose en Melissa—. Veo que hoy no has traído a tu marido.

—No, hoy no lo he traído —dijo Susan con un suspiro recordando la escena de hacía un par de semanas. Ella es Melissa.

—Encantada —dijo tendiéndole la mano.

—El placer es mío. Vaya, vaya, vaya —dijo Lucas en tono insinuante—. Qué mujer más guapa. Quizás podamos tomar una copa más tarde.

—Lo siento, no salgo con hombres tan mayores —respondió Melissa dando media vuelta mientras se dirigía a otra habitación de la casa y Lucas se quedaba boquiabierto. Aquel hombre no tendría más edad que su hermano.

Susan apenas podía permanecer seria ante la contestación que le había dado Melissa. Al parecer, era de familia. Pero el carpintero se lo había buscado. Estuvieron durante al menos una hora viendo los bocetos que le había traído y modificando lo que no le terminaba de convencer. Finalmente quedaron en verse unos días después con los que pretendían ser los definitivos.

¿CASADA?

—¿Te aburres? Hace como dos horas que no dices apenas nada, y dada tu habitual locuacidad comienzo a preocuparme —le preguntó Susan a Melissa mientras esperaban la comida en el restaurante donde habían ido. La había llevado al mismo donde había comido con Jack la primera vez. Si era del gusto de él, era probable que también fuera del de Melissa.

—No sabía que estabas casada —le manifestó Melisa.

—¿Cómo dices? —se extrañó Susan.

—No pienses que tengo prejuicios, pero no me imaginaba que mi hermano estuviera saliendo con una mujer casada. ¿Lo sabe él o se lo estás ocultando? ¿Y tu marido lo sabe?

—Pero ¿de dónde sacas eso? —respondió Susan comenzando a alarmarse.

—El carpintero, ha dicho que hoy no has llevado a tu marido.

—¡Ah! ¡Eso! El carpintero se refería a tu hermano.

Melissa abrió la boca y sonrió.

—¿Os habéis casado? ¿Cuándo? ¡Qué sorpresa! ¡Verás cuando se lo cuente a mamá! ¿Cuándo pensábais decírmelo? ¡Cuánto me alegro! ¿Tienes fotos?

—Mel, Mel, Mel... —trató de apaciguar la habitual verborrea de la hermana de Jack con un gesto de su mano—. Tranquila. No nos hemos casado y que yo sepa ambos seguimos solteros.

—¿Entonces? —dijo volviendo a relajarse.

—Un día me acompañó Jack al apartamento, el carpintero se puso un poco pesado, como hoy contigo, Jack lo estaba escuchando y se presentó como mi marido. Nada más.

—¡Qué romántico! —suspiró Melissa.

—No es romántico, porque habitualmente me gusta librar mis batallas por mí misma. Llevo muchos años haciéndolo.

—Pero ahora lo tienes a él. También te puede ayudar un poco en estos casos.

—No, Mel. Es mi trabajo, él no va a estar acompañándome siempre. Me tengo que hacer valer por mí misma.

—Así que eres una mujer independiente —afirmó Melissa mirando el plato de comida que le acababa de traer la camarera.

—Llevo muchos años siéndolo.

—Yo también aspiro a serlo, pero aún tengo que terminar la carrera, hacer la residencia, trabajar y hacer horas extras, comprarme una casa...

—Suena agotador.

—Lo será. Tengo que aprender a vivir con lo básico y volver a compartir apartamento hasta que pueda tener un trabajo fijo donde me paguen el sueldo completo, que eso será dentro de mil años. No me estoy quejando, pero llevo desde que comencé la universidad compartiendo piso y, la verdad, es que me encantaría tener independencia. Por variar.

—Poco a poco. Seguro que lo conseguirás. Eres una mujer con mucha fuerza, lo veo.

—He tenido que serlo. Mi vida ha sido como la de una hija única. Con la sombra de un hermano ausente. He vivido durante años con el miedo de que cada vez que sonaba el teléfono de madrugada nos dieran la noticia de la muerte de Jack. Luego resultaba que eran personas que se equivocaban o el típico gracioso. Eso te marca un poco, ¿sabes? Y en realidad solo te queda ser la más fuerte de todos.

—Lo siento, no sabía que había sido así.

—No tengo derecho a quejarme, lo sé. Y menos contigo. Sé que lo quieres.

—Pero también podemos ser amigas. Sé reconocer los errores de las personas cuando los veo, aunque los quiera.

—¿Sabes qué? No te merece —dijo Melissa estirando su mano para agarrar la de Susan que sonrió.

Sonó el teléfono de Susan. Habló durante unos minutos y colgó.

—Era tu hermano. Viene para aquí. Quería saber dónde estábamos. Al parecer se va a tomar la tarde libre.

—¡Genial! Podemos ir al centro comercial los tres. Quiero hacer unas compras y, sobre todo, quiero comprarle algo a él. Que tenga algo mío. Nunca le he regalado nada. Tú que lo conoces más, ¿qué le podría gustar?

—Bueno, cariño —comenzó a decir ella sabiendo que en realidad apenas

lo conocía—. Yo diría que para ser la primera vez que le regalas algo, debería ser algo que tú quieras que tenga, algo que veas y te inspire regalárselo. Ya tendrás tiempo de regalarle cosas que le gusten en el futuro.

—¡Tienes toda la razón del mundo! Pensaré en ello.

—¿Cómo están mis chicas? —preguntó Jack sentándose a la mesa entre las dos. La camarera acudió rauda nada más verlo sentarse.

—Estamos bien, pero tampoco nos has dado un beso.

Jack ordenó sin ni siquiera mirar la carta, lo mismo que había pedido el día que había estado allí con Susan. Así el pedido iría más rápido.

—Perdón, se me había olvidado —se excusó antes de dirigirse a su hermana para darle un beso en la mejilla y a Susan le dio un rápido beso en los labios.

—No se lo tengas en cuenta a tu hermano. En los marines no suelen ser muy besucones.

—Afortunadamente. No me imagino besar a mis mandos superiores todo el tiempo.

—Pero hacéis un saludo militar. Es lo mismo al fin y al cabo —aseguró Melissa.

—Necesito ir a comprar algo. Pero no podéis venir ninguno de los dos — anunció Melissa una vez llegaron al centro comercial—. ¿Qué os parece si nos vemos dentro de una hora en... esa cafetería? —Señaló la que quedaba más cerca.

—De acuerdo —convino Jack—. En una hora —dijo viendo cómo su hermana se alejaba de ellos corriendo.

—Es un encanto —aseguró Susan.

—Eso parece. Me pregunto qué irá a comprar.

—¿No te apetece aprovechar esta hora para comprarle algo a ella?

—¿Tú crees que debería?

—Estaría bien que lo hicieras. A las mujeres nos gustan esos detalles. Y tu hermana es una mujer.

—Supongo que puedo hacerlo. ¿Qué debería comprar?

—¿Qué le has regalado con anterioridad? Aparte de las muñecas rusas.

—Nada más.

—¡Jack! Pero ¿cómo has sido tan desconsiderado? No sé cómo te quiere aún.

—Yo tampoco me lo explico. He sido muy antipático con ella siempre.
—Ella quiere que funcione lo vuestro. Quiere encontrarte.
—Yo también quiero que funcione. Esta vez sí.
—Pues vamos a intentar que funcione. ¿Qué quieres comprarle?
—Alguna joya, ¿eso os gusta a las mujeres, no?
—Es una buena idea.

—Esta de aquí es una medalla muy especial —dijo la dependienta de la joyería donde estaban comprando—. Es un corazón que se parte en dos mitades. Así puede darle la mitad a la persona que usted desee indicándole que tiene parte de su corazón.

—¿Qué opinas? —le preguntó Jack a Susan.

—Si a ti te gusta, creo que es perfecto —dijo fijándose en que Melissa estaba mirando el escaparate de la joyería—. Jack, ahí está Mel, voy a entretenerla, no queremos que vea la sorpresa antes de tiempo.

—Gracias —dijo echando un rápido vistazo al peligro—. Póngame una mitad.

—No puedo, señor. No las vendemos por separado —respondió la dependienta como si le estuviera hablando de un sacrilegio.

—Solo necesito una mitad, para mi hermana.

—Siempre puede regalarle la otra mitad a su novia —comentó la mujer, señalando a Susan que acababa de salir por la puerta de la joyería—. Así tiene las dos mitades de su corazón repartidas —le sugirió con una sonrisa.

—Está bien, póngamelas —dijo para no alargar el momento, explicándole que Susan no era su novia y la extraña situación que vivían. Quizás podría regalarle las dos mitades, el corazón entero a Mel.

—¡Hola, Mel! ¿Tengo que besarte de nuevo? —preguntó saliendo al exterior de la tienda para reunirse con las dos mujeres.

—No, tonto —le dijo riendo—. Nos hemos visto hace media hora y aún nos queda otra media. Dejadme terminar de comprar. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Estaba mirando unos relojes. Nada importante. Solo estábamos pasando el tiempo.

—Sois un poco raros —apreció Melissa mirándolos de arriba abajo antes de irse de nuevo—. ¡Nos vemos en media hora!

—¿Que somos un poco raros? ¿Qué significa eso? —preguntó Jack a Susan.

—No sé, pero trataré de averiguarlo. No quiero ser rara —dijo pensando

en ello—. ¿Tienes el regalo de Mel?

—Lo tengo. En el bolsillo. Si salía con una bolsa hubiera insistido en ver lo que había comprado. Pero ahora vayamos a tomar ese café y me cuentas qué tal te ha ido el día con mi hermana.

—¡Ya estoy aquí y ya lo tengo todo! —dijo Melissa apareciendo de repente de detrás de Susan que se hallaba sentada.

—¿Qué has comprado? —quiso saber Jack.

—Cosas de chicas —mintió ella.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó su hermano levantándose. A esa hora no había servicio de mesa.

—Un *latte* descafeinado, por favor.

—¿Y bien? —preguntó Susan una vez Jack se había alejado.

—Como quería algo que durase en el tiempo le he comprado un reloj. Casi me da un infarto cuando me ha dicho que estaba mirando él también. Dos relojes en la misma semana habría sido demasiado, ¿no crees?

—No ha comprado ninguno, no te preocupes. Le va a encantar tu reloj.

—Eso espero.

—Mel, antes has dicho que éramos un poco raros. Me he quedado pensando en ello.

—Me da la sensación de que os da vergüenza ser cariñosos delante de mí. Y no entiendo por qué. Anoche casi os sonrojáis porque os dije que quería haceros una foto dándoos un beso y esta mañana en la cocina os estábais devorando. Y vais por ahí y me da la sensación de que Jack no es muy cariñoso contigo.

—Aquí está el café —dijo Jack poniéndoselo delante—. Me alegra que no estés tomando tanta cafeína.

—Gracias, *nano*. Estoy siendo considerada contigo. Creo que eres demasiado viejo para soportarme con cafeína. Te podría agotar fácilmente en un par de horas.

Susan rio con la nueva ocurrencia de Melissa.

—Cuando llegues a mi edad verás que a los cuarenta estás igual que a los veinte —se defendió Jack con una sonrisa.

—Si me perdonáis debo ir al baño —dijo Susan levantándose de la silla.

Susan: *Raros. Dice que somos poco cariñosos en público y delante de ella.*

Jack leyó el mensaje que le acababa de enviar Susan a su móvil, desde el baño. Había captado el mensaje. Debía ser más cariñoso con su supuesta novia. Le respondió.

Jack: *Ok. Recibido.*

Nada más volver Susan, se sentó y ambos se dirigieron una mirada significativa. Jack le tomó la mano. Al principio le resultó un poco extraño, pero conforme se fue relajando y conversando con Susan y su hermana, se encontró acariciándole la mano con su dedo pulgar como si llevara años haciéndolo.

Cuando salieron de la cafetería y se dirigieron al ascensor del otro extremo de la planta, Jack le pasó el brazo por encima de los hombros a Susan y ella por la cintura a él.

—¡Dejadme hacer una foto! —gritó Melissa poniéndose delante de ellos. Ellos se separaron y posaron.

—¡No, así no! —protestó bajando el móvil—. Como antes, pásale el brazo por los hombros.

Jack se rindió e hizo lo que le pedía su hermana, ambos sonrieron y Melissa sacó al menos cinco fotos.

—Ahora daos un beso.

—Mel, no voy a dejarte que saques una foto de eso —sentenció Jack—. No sé dónde va a terminar esa foto.

—¿Y si te prometo que no se la enviaré a nadie? Solo para mí. Por favor.

Jack suspiró. Sabía que seguiría insistiendo hasta la saciedad con aquel asunto.

—A mí no me importa, Jack —le dijo Susan.

—Vale —dijo, claudicando ante su incansable hermana—. Pero como me entere de que esta foto sale de tu teléfono rodarán cabezas.

—No saldrá. Palabra de *girl scout* —dijo levantando la mano en señal de juramento.

—Estrenemos la obra —susurró Jack a Susan con una mirada cómplice.

El bajó la cabeza y posó los labios sobre los de Susan. Sabía a café *cappuccino* y la saboreó intensamente. La química estaba entre ellos y amenazaba con desbocarse en cualquier momento. Se obligó a detenerse al ser consciente de que solo era para una fotografía de su hermana.

—¿Qué tal el estreno? —le preguntó él al oído.

—Un poco corto, apenas me he enterado del argumento —bromeó ella de igual forma.

—Podemos hacer la versión extendida del director más tarde, pase privado, sin público —le propuso él, haciendo que ella se estremeciera ante la idea y esbozara una sonrisa.

—Qué pena —dijo Melisa pasando las fotografías con el dedo en su teléfono móvil—. Son unas fotos perfectas para enseñárselas a mamá. ¡Hacéis una pareja tan bonita!

—Que no salgan de ese móvil, Mel. —volvió a advertirle su hermano, llamando al ascensor—. ¿Me lleváis hasta mi coche? Tengo que volver al rancho.

—Yo también debería volver si no te importa, Susan. Tengo que descargar unos apuntes de la web de la universidad.

—No me importa —dijo, entrando en el ascensor—. Puedes volver con tu hermano. Aún tengo que hacer un par de cosas por aquí.

—Haré la cena para cuando llegues —aseguró Melissa.

—No es necesario. Ya está hecha. La cocinera del rancho me la deja todos los días —informó Jack.

—¿Tienes cocinera, *nano*?

—No tengo cocinera, simplemente siempre hace algo de más y tiene ese detalle conmigo.

—Has encontrado un muy buen trabajo. Deberías jubilarte en ese rancho.

¿POR QUÉ, JACK?

—Me encanta ese coche que está aparcado ahí —comentó Melissa señalando sin saber que, en realidad, era el coche de su hermano—. Es un Mercedes. —Se acercó a la ventanilla—. ¡Y es europeo! Siempre he creído que es la forma más auténtica de conducir, con marchas. Los americanos nos hemos vuelto demasiado cómodos.

—¿Sabes conducir un coche de marchas?

—¡Claro! Ya sabes que trabajé el verano pasado en un taller. El dueño tenía uno de estos, pero bastante más viejo. Me enviaba con él a hacer recados de vez en cuando. Y a pesar de que era casi una carraca, era genial.

—¿Quieres conducirlo? —preguntó Jack apretando el mando del coche para desbloquear las puertas.

—¡Es tuyo! —exclamó sorprendida.

—Así es —dijo mientras le ponía las llaves en la mano.

—¿De verdad no te importa que lo conduzca?

—Todo queda en familia —le dijo sonriendo—. Te diré cómo llegar al rancho.

—Jack, ¿te puedo preguntar algo? —habló Melissa sentada en el sofá viendo cómo su hermano ponía la mesa para cenar. *Trisha* jugaba a cazarse la cola a su lado.

—Ajá —contestó distraído, pensando en la tarde que habían pasado los tres juntos, sin darse cuenta que su hermana lo había llamado por su nombre, en vez de por su habitual apodo cariñoso.

—¿Por qué nunca contestaste ninguna de mis cartas?

Jack dejó los cubiertos sobre la mesa y miró a su alrededor comenzando a sentir pánico. No estaba Susan para hacer de enlace entre él y su hermana y no sabía si aquello se iba a convertir en el comienzo de una larga lista de reproches, que sin duda merecía. Pero que no estaba preparado para escuchar.

—Probablemente los desvaríos de una mocosa no resultaban muy interesantes. ¿Alguna vez las leíste? —preguntó Melissa de nuevo al notar el silencio y la incomodidad de su hermano ante el tema.

—Pensé que así estarías más segura —dijo por toda respuesta, aún de pie al lado de la mesa.

—¿Más segura? —El silencio reinó de nuevo entre ambos—. A veces me enfadaba contigo —siguió diciendo Melissa—. Decidí dejarte de escribir en varias ocasiones. Si no respondías era que no te interesaba nada de tu hermana. Pero mamá me convencía de lo contrario, me decía que estabas ocupado, que estabas en sitios difíciles, que no tenías papel ni sellos y no podías. Yo me lo creía, porque quería creerlo, quería engañarme a mí misma, pero en el fondo sabía que, si no lo hacías, era porque no querías. Pero ahí estaba mamá, diciéndome de nuevo que te vendría bien saber de nosotros.

Las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Melissa en silencio.

—Mel, lo siento —dijo Jack aún de pie al lado de la mesa.

Se acercó al sofá, se sentó al lado de su hermana y la acercó a su pecho. Posó un beso sobre su cabeza y ella se dejó abrazar.

—Lo hice por tu seguridad —comenzó a hablar despacio—. Estaba en la guerra o en misiones que otros se habían negado a llevar a cabo por su peligrosidad. Todos los que se alistaron conmigo estaban muertos o de regreso a casa, impedidos por heridas que los marcarían de por vida. Y sabía que yo podía ser el siguiente. Me levantaba por las mañanas, veía el sol y sabía que esa podría ser la última vez que lo viese en mi vida. A veces tenía la certeza de ello. Así que, tal como eran las cosas donde yo estaba, si lograba que me vieras como alguien lejano, mucho mejor para ti. Si me pasaba algo podía pasar a ser una mera anécdota. Un hermano que murió en la guerra en Iraq, en Afganistán o en el desierto de algún país de oriente medio.

—¿Pretendías que no sintiera nada si te mataban? —preguntó levantando la cabeza para mirarlo.

—Era una forma de protegerte.

—Una forma muy estúpida, Jack —le recriminó su hermana.

—Lo siento, Mel. Me importaban tus cartas más de lo que piensas. Si aún conservo la cordura es gracias a ellas. Allí te puedes volver loco durante tantos años. Sin embargo, las palabras de mi hermana pequeña, su inocencia y sus experiencias me hacían pensar en ti, en todo lo que estabas viviendo. Podía evadirme de aquella realidad varias veces al día cuando las leía.

—¿Las leías, entonces?

—Claro que sí. —Le sonrió—. Al menos una docena de veces cada una.

—¿De verdad? —dijo recuperando la sonrisa.

—Incluso me sé algunos párrafos de memoria. Lo siento, Mel. Nunca lo he hecho, y probablemente sea tarde, pero te agradezco que no te rindieras nunca y siguieras escribiéndome incansable. Gracias, por mantener mi cordura.

—No es tarde. Te quiero, Jack —le confesó abrazándolo fuertemente.

—Yo también, pequeña —la apretó contra su pecho, teniéndola sentada sobre su regazo.

Aquel primer escollo en su relación había sido superado, después de todo.

—¡Hola a los dos! —saludó Susan abriendo la puerta—. Siento llegar tarde.

Se fijó en Melissa, que fue hacia ella a abrazarla. Sus ojos estaban húmedos y algo enrojecidos.

—Yo también me alegro de verte. ¿Estás bien, Mel?

—Muy bien, Susan. Ahora sí —dijo suspirando—. Solo necesito lavarme un poco la cara.

Subió corriendo las escaleras.

—Jack, ¿va todo bien? —preguntó preocupada, dirigiéndose hacia él, que se levantó y también fue hacia ella. Le enmarcó la cara con las manos y la besó suave pero intensamente en los labios.

—Va todo genial, gracias —respondió Jack. Se dio cuenta que la había besado porque le apetecía. No porque su hermana estuviera delante en ese momento.

—Vale, me lo tendré que creer.

—Hemos hablado de las cartas que ella me escribía durante todo el tiempo que estuve en el ejército.

—Siento no haber estado para ayudarte. No habrá sido fácil para ti. —Posó su mano sobre la de Jack.

—No, no lo ha sido. Casi entro en pánico cuando ella me ha preguntado por qué no las había respondido, y me he dado cuenta que no estabas aquí. Pero hemos hablado tranquilamente, nos hemos emocionado un poco, me ha contado lo que sentía y yo le he contado los motivos. —Jack ensombreció su rostro—. No podía imaginar que se pudiera hacer daño a alguien pretendiendo justamente lo contrario.

—Lo siento, Jack —dijo ella comprensiva.

—Ahora todo está mejor —dijo él sonriendo levemente—. Seguro que nos quedan cosas por solucionar, pero es un paso adelante en nuestra relación.

Susan abrazó a Jack y él se dejó abrazar y pasó sus brazos alrededor de ella.

—¿Puedo entrar en el abrazo? —preguntó Melissa bajando las escaleras.

—Claro que sí, cielo. Ven aquí —la invitó Susan.

Jack y Susan abrieron uno de sus brazos cada uno y Melissa entró en él y los abrazó. Hacía un par de días aquellas dos mujeres eran dos problemas, pero en ese momento se sentía bien abrazándolas.

—Bueno, va siendo hora de cenar, ¿no creéis? —propuso Susan dejando que los hermanos siguieran abrazándose.

PASE PRIVADO

—Se te ve más contento —apreció Susan de espaldas, mientras Jack se cambiaba para ponerse el pantalón del pijama en el dormitorio.

—He superado las primeras veinticuatro horas con mi hermana y no me creía capaz. Me vuelve un poco loco, pero ahora sé que puedo con ello.

—Te encanta que te vuelva loco, lo sé. Te he visto sonreír más esta tarde que desde que te conozco.

—Me doy cuenta que quitando las bromas de Luke, estaba un poco alcanforado.

—No te ofendas, pero a veces parecía que te habías tragado un palo.

—No me ofendo. —Le oyó sonreír—. Ya he terminado —dijo él para avisarla.

Ella se giró de nuevo y ambos se miraron intensamente.

—Bueno, parece que es mi turno —dijo ella nerviosa notando la tensión sexual existente entre ambos.

—No, es el mío —afirmó Jack, cruzando la habitación para estrecharla entre sus brazos y besarla intensamente en los labios.

Sus manos comenzaron a colarse por debajo de la camiseta de ella, acariciando la suave piel de su espalda y recorriéndola de arriba abajo.

—Lo siento —dijo separándose un instante de ella. Pegó su frente a la de Susan—. No he dejado de pensar en lo que ha pasado esta mañana...

—Yo tampoco he dejado de pensar en ello —le confesó con los ojos cerrados posando las manos en el duro pecho de él.

—¿Te apetece...?

—Creo que es más que evidente, me estás haciendo temblar, Jack. ¿Qué puede ser si no que me apetece?

—Pensaba que tenías miedo. —Besó de nuevo su boca con suavidad.

—Solo tengo miedo de no recordar cómo se hace. Tres años es mucho tiempo —dijo dejándose besar en el cuello.

—¿Tres años? —Él la miró incrédulo—. ¡Pero si eres preciosa!

—Te dije que no me voy a la cama con el primero que me cuenta dos chistes.

—Te ayudaré a recordar cómo se hace. —Volvió a besarla suave pero intensamente en la boca y aunque se moría de ganas por hacerla suya, se propuso que fuera lento y suave, como ella merecía—. Sin compromisos, Susan. Solo por placer —añadió separándose de ella un segundo.

—Lo acepto —asintió ella, pensando que en aquel momento aceptaría ser devorada por un león después, si él se lo proponía. Lo deseaba con cada centímetro de su ser. Y aquel deseo le resultaba insoportable.

Acercó su cuerpo al de ella, dejándola aprisionada contra la pared, y comenzó a besarle nuevamente la boca. Sus labios pedían, exigían, y a la vez eran generosos con ella, y le ofrecían pasión.

Susan acarició toda la amplitud de la espalda de él, tocando unos firmes músculos que se contraían y relajaban en los movimientos.

Jack llevó la mano al pelo de ella donde le quitó el coiletero que se lo sujetaba para enredar sus largos dedos en el pelo de ella ya suelto. A continuación bajó sus manos de nuevo hacia el borde de la camiseta de ella y tiró hacia arriba para quitársela. La visión de su piel apenas cubierta con un sujetador azul botella lo excitó aún más, si aquello era posible. Bajó su cabeza y comenzó a besarle la zona del escote, aquella que había visto cuando ella había permitido que un botón extra la mostrase para él. La respiración de Susan era entrecortada por el deseo y notaba cómo vibraba bajo sus manos y su boca. Asiéndola nuevamente por la cintura la condujo a la cama echándola sobre ella. Se puso sobre ella volviendo a besarla en los labios para sembrar un camino descendiente hasta llegar a su vientre. Usó sus dedos para desabrocharle el botón de los vaqueros y la cremallera dejando al descubierto una braguita blanca. Deslizó los dedos alrededor de la cintura del pantalón y la ayudó a desasirse de él.

—Lo siento, no voy conjuntada —se disculpó ella al darse cuenta que el color de su ropa interior no era el mismo. Claro que, al ducharse, no había previsto que el día terminaría de esa forma.

Jack volvió a besarla en los labios.

—Aunque llevases puesta mi ropa interior te seguiría deseando igual —le confesó en un susurro—. No, seguramente te desearía más, si eso es posible.

Pasó una mano por debajo de la espalda de ella y le desabrochó el sujetador liberando sus pechos. Tomó la prenda y la dejó a un lado

admirando sus redondeces.

—Son perfectos —dijo, comenzando a besarlos.

Acarició con sus labios las protuberancias de los mismos por turnos y de la misma forma los lamió y succionó aumentando la excitación de ella. Introdujo su mano en el interior de la braguita y la acarició íntimamente.

—No, por favor —se quejó ella sabiendo que estaba al límite de su deseo.

Jack se quitó rápidamente el pantalón del pijama y el calzoncillo tirándolos al suelo. Alargó el brazo hacia el cajón de la mesita de noche y sacó una caja de preservativos de la cual extrajo uno para ponérselo en apenas unos segundos. La libró de la última prenda que los separaba y se introdujo en ella muy despacio.

—¿Todo bien, cariño? —le preguntó. Sabía que cuando una mujer pasaba tanto tiempo sin sexo, a veces podían sentir molestias.

—Todo muy bien —afirmó ella con la respiración entrecortada atrapando la boca de él. Estaba demasiado excitada como para que fuera mal.

Comenzaron entonces una danza lenta pero placentera, al unísono, buscando el placer de ambos mientras se cubrían el rostro de besos, subiendo gradualmente de intensidad y entrelazando sus dedos hasta que ambos estallaron de placer el uno con el otro en un intenso orgasmo que hizo que sus corazones latieran a mil por hora.

Jack permaneció sobre ella depositando cortos besos en sus labios mientras ambos recobraban el aliento. Se puso de lado arrastrándola con él y quedaron frente a frente.

—Te deseé desde que te vi por primera vez —le confesó, acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

—No estás hablando en serio. —Sonrió ella posando una mano en el pecho de él.

—Completamente —confirmó él.

—No querías llevarme a San Angelo.

—No quería estar cerca de ti porque me hacías perder el control de mis pensamientos.

—Yo pensaba que te caía mal y me evitabas.

—No. Nunca me caíste mal —Sonrió—. Duerme, preciosa. Seguro que estás agotada.

Susan le hizo caso y cerró los ojos. Ciertamente era que estaba agotada y no tardó más de cinco minutos en caer en un relajado sueño.

Él se levantó de la cama, la tapó con el edredón cuidadosamente y preparó la manta y la almohada en el suelo y se echó. Había querido que ella se durmiera antes para que no notase su ausencia, ya que a pesar de que se moría de ganas, no podía dormir a su lado. No quería hacerle daño. Hizo un repaso mental de las mujeres con las que había estado a lo largo de su vida. Apenas una noche con la mayor parte de ellas y la mitad habían sido parte de misiones. Sacarles información era la finalidad. Sí, las había deseado, al fin y al cabo, era un hombre y tenía sus necesidades. Pero con Susan había sido diferente. Claro, que Susan no era una espía, ni un agente doble, ni alguien que al darse la vuelta le estaría apuntando con una pistola. Ella era una mujer normal, de las del mundo real, con la que tenía una química excepcional. Alguno de sus compañeros le habló alguna vez de la química. Y él casi se había reído, hasta que la conoció. Pero no era solo química, también comenzaba a ser su amiga y lo estaba ayudando con su hermana. Eso también influía en lo que había sentido al hacer el amor con ella.

—Ey, buenos días —la saludó a su lado en la cama, a la mañana siguiente, en cuanto comenzó a abrir los ojos.

—Buenos días —dijo sonriéndole. Si la estaba saludando así, es que no se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. Lo había dudado cuando se había despertado de madrugada y no lo había encontrado en la cama. Había mirado al suelo, al otro lado, y allí estaba durmiendo. Pero ahora volvía a estar con ella en la cama. Sabía que había sido una pequeña argucia de él para que ella pensase que habían dormido juntos. ¿Qué le sucedía aquel hombre? ¿Por qué no quería dormir con nadie?

Ella se movió hacia él, que estaba recostado en el cabecero de la cama con un almohadón debajo, y abrió su brazo para acogerla en su pecho.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Jack entrelazando sus dedos con los de ella.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—También muy bien. —Lo cierto era que hacía meses que no dormía tan bien.

—¿Qué demonios...? —preguntó ella fijándose en la caja de preservativos que había encima de la mesilla. Era una caja negra y estaba escrita en otro idioma.

—No me ha dado tiempo a actualizarme en suelo estadounidense. —Rio él—. Funcionan bien, no te preocupes.

—No me estoy preocupando.

—Bien. Así me gusta. Seguro que hago muchas cosas mal, pero en esta soy muy cuidadoso. Puedes estar tranquila. Ahora, me gustaría hablar contigo de algo.

—Tú dirás.

—Me dijiste que teníamos que contarnos cosas por si acaso Mel preguntaba algo. Ha estado entretenida con lo de la foto del beso, pero ahora que la tiene igual se nos acaba la suerte.

—Se me había olvidado. Como se supone que llevamos poco tiempo saliendo no hace falta que sepamos todas las respuestas y todo el uno del otro. Solo cosas básicas.

—¿Por ejemplo?

—Relaciones anteriores, trabajos, ciudades, algo acerca de la familia. Ese tipo de cosas.

—Creo que yo tendré que estudiar.

—Pues ve abriendo la mente. Allá voy. Siempre he vivido en Austin, desde pequeña. Ahora vivo en Manor, a las afueras de la ciudad. Conoces a mis dos mejores amigas, Angie y Terry. Decoro casas desde hace diez años. Estudié para ello mientras trabajaba de camarera en un típico bar americano. Yo era de esas que van con patines y todo.

—Nooo. — Se la imaginó con aquel vestido corto, yendo sobre los patines.

—No te regodees en ello.

—Seguro que estabas muy sexy.

—Según para quién, porque yo estaba harta. ¿Que más...? Tuve un novio serio a los veintitrés durante cinco años, trabajaba en una compañía de seguros, pero lo ascendieron y poco tiempo después prefirió a su secretaria.

—¡Vaya cerdo!

—Lo pasé mal, pero ahora lo veo con otra perspectiva. Mejor de novios que de casados. Por cierto, nunca he estado casada. Luego he salido con varios hombres. El último hace tres años, pero era un adicto al trabajo y prefería un congreso a una cena conmigo. Tengo un hermano cinco años menor, que se llama Andrew, y es marine. Pero no lo han enviado nunca a zona de guerra.

—¿Tienes un hermano marine?

—Así es. No eres el primero que conozco. Aunque no tiene mucho que ver contigo. Excepto esa manía que tenéis de escrutar a la gente como si le

leyeseis el interior.

—Yo no tengo esa manía —se defendió él.

—¿Apostamos?

—No me gustan las apuestas —dijo besándole la cabeza.

—Ah, y perdí la virginidad a los veintiuno.

—No creo que eso lo vaya a preguntar Mel —dijo pensativo—. Quién sabe, igual sí lo pregunta, no está demás. Me queda muy claro que no te vas con el primero que te cuenta dos chistes. Eso me hace pensar que yo te he contado tres.

—¡Qué tonto eres! —Rio ella.

—En mi caso conoces a mi hermana, se llama Mel y es como un huracán fuerza cuatro. De pequeño repartía periódicos, pero siempre he sido marine. He estado en Afganistán, Iraq y un sinfín de países de oriente medio y de Europa.

—¿Europa?

—Sí, te conté que estuve en Rusia una vez, pero no fue la única. He estado en muchos países de Europa. No solo combatía cuerpo a cuerpo. En los últimos tiempos también hacía algunas misiones. Conseguía información, incluso me infiltraba en algunas organizaciones poco recomendables durante algún tiempo...

—Espera, espera... ¿Qué pasa con la cláusula esa de confidencialidad que me dijiste?

—No existe. Se supone que no voy a escribir un libro con esto, ni voy a salir en la tele contándolo, pero no firmé nada. Solo fui gilipollas contigo y te dije esa chorrada de la cláusula de confidencialidad.

—Cada vez me arrepiento menos de mi ataque de furia verbal contigo.

—Lo tuve merecido, sin duda. Hacía todo eso, así que conozco bastante bien Europa. Por desgracia, no la parte turística y buena. Por lo cual, ahora no me apetece nada viajar. Hablo varios idiomas y me defiendo en unos cuantos más.

—Un hombre inteligente.

—Gracias. —Sonrió él—. Mis relaciones han sido meramente sexuales. Un par de noches a lo sumo.

—Seguro que seducías a mujeres para sacarles información —dijo inocentemente ella en tono divertido.

Él guardó silencio. Susan notó su incomodidad y lo miró.

—¡Mierda! ¡Lo hacías! Lo siento, no pretendía... ha sido un chiste de

muy mal gusto.

—No tiene importancia, es algo que no podías saber —dijo quitándole hierro al asunto. No era algo de lo que se sintiera especialmente orgulloso—. Sigamos, perdí la virginidad en Kabul, ya siendo marine. Tenía veintiún años y fue un engaño de mis compañeros. Los acompañé a un burdel y fue demasiado tarde cuando me di cuenta que era mi iniciación. No estoy orgulloso de ello, pero fue con una profesional.

—Vaya, no suena demasiado bien.

—Tampoco me dejó ningún trauma. Alguna vez tenía que pasar. En caso contrario quizás aún seguiría siendo virgen.

—Pero ¿no te gustaba ninguna compañera?

—Mientras he sido marine siempre he obedecido las normas y aunque he visto a otros saltárselas, yo no me iba a jugar la carrera por tener sexo con una compañera. Y los problemas que conlleva mantener una relación de ese tipo allí.

—¿Eso quiere decir que siempre han sido mujeres extranjeras?

—Así es. Hasta anoche.

—¿Hasta anoche? —preguntó ella sorprendida.

—Sí. Eres mi primera norteamericana —reconoció dándose cuenta que le estaba contando más de lo que había pretendido, y dudaba que su hermana preguntase aquellas cosas. Pero se encontraba relajado haciéndolo.

—¡Cuánto honor! —exclamó ella sintiéndose un poco especial por ello.

—Que no se te suba a la cabeza —le advirtió sonriendo y ella rio.

—Chicos, ¿qué planes tenéis para hoy? —preguntó Melissa abriendo de golpe la puerta.

Jack y Susan quedaron en silencio durante un segundo. Estaban en la cama, ella sobre el pecho de él y con las manos entrelazadas aunque afortunadamente estaban cubiertos con la sábana y el edredón.

—¿Y bien? —repitió Melissa plantada en la puerta.

—Mel, ¿podrías tocar a la puerta, por favor? —le pidió su hermano.

—¿Para qué? Sabía que estábais aquí.

—Pero podríamos haber estado desnudos.

—No lo estáis —dijo tranquila—. Y aunque lo estuvierais, soy casi médico. He visto gente desnuda y muerta y las dos cosas a la vez. No me iba a causar un trauma.

—Ya, pero podríamos haber estado... —dejo caer Jack.

—¿Practicando sexo? —preguntó ella—. Sé cómo se hace. En el instituto

me lo explicaron hace muchos años.

Susan no pudo menos que sonreír ante el descaro y la normalidad con la que trataba la situación Melissa.

—Aún así —dijo Jack—. Podías, por favor, llamar a la puerta la próxima vez.

—Tenéis llave en la puerta y creo que funciona, si no cerráis es que no tenéis nada que ocultar. Pero si te empeñas, llamaré la próxima vez —dijo suspirando.

—Gracias —dijo conforme Jack.

—Bien, creo que prepararé café y me conectaré un rato a internet, las conversaciones postcoitales suelen ser interesantes, así que no os quiero privar de ella. Esperaré abajo —dijo cerrando la puerta.

Susan se rio abiertamente. La sinceridad arrolladora de Melissa era muy refrescante.

—Me va a volver loco —dijo él sonriendo.

Tocaron a la puerta de nuevo.

—Adelante —dijo Jack.

—¿Así te gusta más? —Asomó la cabeza Melissa y le sacó la lengua a su hermano.

Jack cogió un cojín de encima de la cama y lo lanzó a la puerta.

—¡Anda, vete ya! —dijo riendo.

—Vale, vale, me voy. Cuánta violencia —dijo cerrando la puerta.

—Debes reconocer que es muy graciosa —le dijo Susan.

—Lo es, no sé de quién ha sacado eso, pero me gusta —dijo Jack reconociéndose en ella por primera vez. Casi había olvidado cuando era un adolescente sin preocupaciones y se pasaba el día bromeando con los compañeros. Al igual que los dos primeros años en el ejército. Luego, las cosas habían cambiado demasiado y a peor.

—Aunque la conversación postcoital ha sido muy interesante —bromeó ella incorporándose—, creo que no estaría mal que nos diéramos una ducha rápida y bajemos a desayunar. Habrá que aprovechar tu día libre.

—No sé de dónde saca esas cosas —se preguntó él levantándose de la cama.

—Me ha dicho que lee revistas femeninas.

—Debe ser eso. ¿Nos acompañarás hoy? —preguntó asiéndola de la cintura con ambas manos.

—Tengo que ir a San Angelo. Quiero ver que por fin dan el color

adecuado en el dormitorio, recoger unos catálogos de lámparas y he quedado con el carpintero esta tarde para los bocetos definitivos, me envió un mensaje anoche.

—¿Con el carpintero gilipollas?

—Jack, modera tu lenguaje. Ayer me preguntó por ti.

—Qué pena, me hubiera gustado verlo de nuevo. No me caen bien esos tipos.

—Ayer trató de ligar con Mel.

—¡Sera cabrón! —exclamó enfadado Jack.

—Tranquilo, Jack, era Mel. Le contestó como se merecía —dijo ella con una sonrisa.

—No me cabe duda de ello —dijo relajando el rostro.

—Si tienes alguna crisis fraternal, envíame un mensaje y estaré donde sea tan pronto pueda.

—Creo que puedo probar a arreglármelas solo con Mel.

DUDAS

—¿Sabes qué? Has tenido mucha suerte —dijo Melissa mientras paseaba por el centro de San Angelo con su hermano, que la abrazaba por los hombros.

—¿En qué aspecto?

—Susan. Encontrando a una mujer como ella.

—Ah, eso. Sí. Ha sido una suerte —dijo él poco convencido. Apreciaba a Susan, pero no de la forma a la que su hermana se refería. Con ella solo iba a quedar un muy buen recuerdo y esperaba que una amistad cuando volviese a su casa.

—¿Cuándo es su cumpleaños? Me gustaría enviarle un regalo. Se está portando muy bien conmigo. Sé que soy agotadora.

—El nueve de agosto.

—¡El mismo día que el tuyo! —dijo abriendo la boca sorprendida.

—Sí, el mismo día.

—Eso es una señal del destino. ¿Sabes la probabilidad de encontrar a alguien así? Deberías pedirle matrimonio mañana mismo. Eso tiene que significar algo y no deberías dejarla escapar.

—Mel, no voy a pedirle matrimonio.

Melissa lo miró escrutándolo sin comprender por qué su hermano no se mostraba más ansioso o ilusionado con la idea.

—Bueno... al menos mañana no lo haré —dijo él notando de nuevo pánico con su hermana. No estaba seguro de que pudiera contarle la verdad y ella se lo tomase bien, decirle que Susan era una novia falsa.

—Claro, los hombres siempre sois más indecisos para esas cosas, necesitáis tiempo para pensarlo. Pero no lo pienses mucho, *nano*. En cualquier momento te la pueden quitar.

—Tomaré tu consejo en cuenta —dijo por toda respuesta.

—¿Cómo va tu vida como novia del capataz del rancho? —preguntó Terry. Habían quedado a comer en San Angelo.

—Va... bien —dijo algo indecisa. No estaba segura de querer contarle lo que había sucedido. Al fin y al cabo nunca había actuado de aquella forma con un hombre.

—¿Solo bien? ¿Acaso me ocultas algo? —preguntó con mirada inquisitiva.

—Sé que no es mi forma de ser habitual, pero he pasado de cero a cien con él en apenas doce horas. Ayer en concreto. Nos hemos acostado. De hecho si no nos hubiera interrumpido su hermana en vez de doce horas hubieran sido diez minutos.

—Interesante. —Le sonrió—. ¿Te arrepientes?

—No, de hecho lo deseaba. Y te lo cuento porque sé que no me vas a juzgar por ello.

—Jamás lo haría, cariño. ¿Hay algún problema?

—Que todo esto tiene fecha de caducidad. En cuanto Mel se vaya.

—Y tú no quieres que caduque, ¿me equivoco?

—No. Ya lo sabes. No me voy acostando por ahí con hombres que sé que no me van a ofrecer nada más. No me arrepiento y lo haré de nuevo si surge. Tampoco soy hipócrita.

—Puedes adaptarte a la fecha de caducidad, mentalizarte de ello y disfrutar. Porque algo me dice que Jack es muy bueno en ese aspecto. —Vio como su amiga le sonreía confirmando su sospecha.

—Lo sé, pero no estoy segura de que eso sea lo que realmente quiero. Y por otro lado está la implicación emocional. Si solo va a ser esta semana no quiero implicarme, pero es muy difícil desconectar cuando no es solo un hecho puntual, sino que comparto casi todo el día con él y estamos recreando el papel de tener una relación. Y, créeme, es bastante realista.

—¿Qué hay del hombre aburrido y antipático?

—Le juzgué mal. No es para nada ni aburrido ni antipático. Y ahora menos. Su hermana saca algo muy bueno de él. Está más relajado, sonríe, bromea y es tremendamente considerado.

—Y a ti te gusta. Cariño, estás jugando con fuego.

—Lo sé. Estoy hecha un lío. Parece que soy una adolescente y no tengo nada claro. Por un lado la que debería alejarse soy yo y por otro no puedo, me atrae demasiado.

—Siempre puedes apostar por ti misma y tus posibilidades. ¿Quién nos

dice que de aquí a unos días no cambie de idea? A ese hombre le interesas. Y no tiene aspecto de ser alguien que juegue con las personas, mucho menos con las mujeres.

—No lo sé, Terry. No lo sé. Ese hombre tiene más cosas en la mente de las que nos imaginamos, aunque apenas cuenta nada.

—Susan, disfruta. Eres una mujer atractiva, libre y estás en tu mejor momento. No le des tantas vueltas a la cabeza. Si sucede algo más entre vosotros será genial, pero si no sucede nada, será una experiencia a recordar y lo habrás disfrutado.

—No sé si es tan sencillo.

—Lo es, si te relajas. No pienses tanto.

—Estoy más cansado que si hubiera trabajado hoy —reconoció Jack mientras le acariciaba con los dedos desde el cuello hasta el estómago después de hacer el amor esa noche.

—Siento haberte agotado —se disculpó Susan entre sus brazos.

—No, no me refiero a esto. —Sonrió él besándola en la sien—. Esto ha sido genial.

—¿Entonces?

—Mel. Tiene razón, quizás soy demasiado viejo, me agota.

—Jack, no es eso y lo sabes. No conozco los detalles, pero puedo ver que has pasado demasiado tiempo encerrado en algún sitio de tu mente y ella te está liberando de nuevo. Y esa liberación es agotadora al principio.

—Es posible. Siempre he querido a esa jovencita, pero ahora es diferente.

—Ahora la quieres más.

—¿Es posible?

—La estás conociendo y te gusta cómo es. Llámame loca pero creo que incluso te ves reflejado en ella. Pero no en el Jack de ahora, sino en el Jack de cuando tenías su edad. Lo he notado esta noche en la cena.

—Ese Jack desapareció —dijo él en un tono triste—. Todo cambió para mí en la guerra.

—Pero puede volver esa parte tuya. Es probable que solo esté dormida.

—Sé que tu intención es buena, pero no. No se trata de eso, esa parte no está dormida, esa parte ha muerto.

—Jack... —Trató de consolarle ella.

—Lo siento, Susan. Deberíamos dormir, es tarde —dijo levantándose para bajarse de la cama y echarse en su manta del suelo.

—¡Esto es como la mansión *Playboy*, pero al revés! ¡ Acabo de ver a un vaquero alto, moreno, con unos ojazos verdes y un cuerpo de infarto! — exclamó Melissa, dirigiéndose hacia donde estaba su hermano. Hoy lo perseguiría en el trabajo. Le apetecía saber en qué consistía el día a día de un capataz de rancho. Susan le había conseguido un sombrero y unas botas de su amiga Terry.

—Mel, quizás debas controlarte un poco. No vayamos a asustar a los hombres del rancho —le recriminó cariñosamente su hermano.

Samy estaba detrás de Jack, invisible a Melissa, pero comenzó a reír y ella fijó su vista en él, que avanzó y le habló.

—Creo que acabas de conocer a Luke. Con esa descripción.

—Pues que no se ofenda Luke, porque tú estás mejor aún. ¿Es el agua del rancho o qué?

—¡Mel! —la volvió a reñir su hermano mientras Samy volvía a reír.

—No te ofendas, hermanito, tú también estás muy bien, pero eres mi hermano y no te miro de esa forma.

—No puedes decirle esas cosas a los hombres. Puedes buscarte problemas.

—No se lo digo a ellos, al menos no siempre. Pero estando tú delante confío en que defenderías mi honor.

—Jack, no se lo tengas en cuenta —dijo Samy tendiéndole la mano—. Soy Samy. Bienvenida al rancho.

—Gracias. ¿Tú eres el dueño del apartamento que está decorando Susan?

—Así es.

—Va a quedar genial. Susan tiene unas ideas fantásticas. He visto algunos bocetos y te va a encantar.

Confío en ello. Susan es una mujer con mucho gusto.

—Incluso para los hombres. —Le sacó la lengua a su hermano, que suspiró.

Samy rio de nuevo.

—¿Así que hoy vas a tratar de incordiar un poco al serio de tu hermano?

—Sí, quiero ver lo que hace todos los días, cómo es su trabajo.

—Eso está muy bien. Si necesitas algo no dudes en decírmelo.

—Quizás una cita contigo —propuso Melissa sonriendo inocentemente.

—¡Mel! —Le riñó su hermano—. Samy como se te ocurra, te mato.

—Eso no, a menos que quiera cavar mi propia tumba. —Rio Samy de nuevo.

—No te preocupes, solo estaba bromeando para molestar un poco a mi hermano. Es demasiado estirado.

—Una cita no, pero quizá queráis venir, Jack, Susan y tú el domingo a comer con nosotros.

—Gracias, Samy, pero no creo que... —comenzó a decir Jack.

—Vamos, Jack. Seguro que está bien —dijo Melissa.

—Sí, Jack. Venid. Será entretenido. Además, ¿sabes qué? Vendrá Charlie. Nuestro otro hermano —aclaró Samy para Melissa.

—Si es como vosotros será un placer conocerlo.

—Es aún mejor —dijo guiñándole un ojo—. Convince a tu hermano y nos vemos el domingo.

—Déjalo de mi cuenta —dijo Melissa.

—Hecho, entonces. Ahora me tengo que ir, diviértete.

—Lo haré, gracias —dijo y vio alejarse a Samy.

—No vamos a ir —sentenció Jack, sabiendo que si su hermana se empeñaba, el caso estaba perdido de antemano, lo cual era muy probable. Sobre todo si llegaba a sus oídos que el hermano mayor de Luke y Samy era Charlie Atkins, un conocido periodista radiofónico del estado. Algo que no pensaba decirle.

—Vamos, Jack. Será divertido. Me gustará conocer un poco más a Terry. Es amiga de Susan y parece muy agradable. Al menos dime que te lo pensarás, por favor.

—Lo pensaré —dijo Jack sabiendo que el sábado comerían con los tres Atkins, y las esposas de dos de ellos.

—La semana que viene estará todo pintado —le indicó Susan a Samy—. Y la siguiente, espero que todos los apliques de los baños estén en su sitio, así como las lámparas.

—Va avanzando todo —dijo satisfecho.

—A pesar de los contratiempos.

—Estás haciendo un gran trabajo, Susan. Pero te noto preocupada. ¿Pasa algo y temes decírmelo? ¿Algún contratiempo nuevo?

—No, todo marcha bien, por fin. Es solo...

—Dime. Lo solucionaremos.

—Es Jack. Sé que ha de haber sido muy duro lo que ha vivido en el ejército, las cosas que ha hecho. Pero me gustaría que se abriera, que me lo contara.

—Dale tiempo. No creo que sea un proceso fácil.

—Lo sé, pero me gustaría comprenderlo. Creo que no lo hago. Y me gustaría poder ayudarlo de alguna forma.

—Susan, no te aflijas por ello —dijo poniendo su mano encima de la de ella.

—Gracias, Samy. —Sonrió ella.

—He invitado a Melissa a venir a comer el domingo con todos, y a Jack también. Convéncelo, aunque algo me dice que Melissa lo hará.

—Estoy segura de ello.

¿POR QUÉ NO VAS A VER A PAPÁ Y MAMÁ?

—¿Por qué no vas nunca más de un día a casa de mamá y papá? —le soltó de repente, Melissa.

Era muy directa e iba al grano cuando el tema era importante. No comenzaba a dar rodeos, lo lanzaba y él entraba en pánico.

—No soy el muchacho que se marchó de casa —respondió él pensando, de nuevo, que no estaba Susan entre ambos, aunque tampoco estaba seguro de que quisiera que lo escuchara.

—No creo que nadie pretenda que lo seas. La gente cambia. Y aunque no te conocía antes, supongo que algo has cambiado.

—Pero la gente no cambia tanto, Mel —dijo dejando de usar la horca para apoyarse en ella. Estaba esparciendo paja por el corral de las ovejas.

—Te echan de menos.

—Lo siento, Mel. No soy aquel muchacho y ya no me siento a gusto allí.

—¿A qué temes, Jack? ¿A qué te pregunten lo que has hecho estos años?

—No saben todo lo que he hecho —dijo cerrando los ojos por un momento. Había matado a demasiados hombres. ¿Cómo iba a permanecer tranquilamente en la casa en la que se crio, habiendo hecho aquello?

—Suponemos que no has estado haciendo nada agradable. Jack, nuestros padres ven las noticias, saben lo que ocurre allí. Siempre lo han sabido.

—Pero ninguno os podéis imaginar las cosas que he llegado a hacer.

—¿Por qué te castigas de esa forma, Jack?

—Mel, he matado a personas —dijo como si aquella fuera una noticia nueva para su hermana.

—Hacías lo que tenías que hacer. Estabas sirviendo a tu país. No cargues con una culpa que no te corresponde. Eres un héroe.

—Pues no me siento un héroe precisamente. Hay gente que va a la silla eléctrica por matar a una persona. ¿Cuántas veces debería hacerlo yo? ¿Qué castigo sería el justo para mí? No creo que ni siquiera se haya inventado.

—Tú no matabas por placer. Era tu deber, tu trabajo.

—¿Estás segura? ¿Segura de que no me daba placer sesgar vidas? ¿Segura de que no era un monstruo? ¿Que no lo sigo siendo?

Pensó en aquellas veces en las que su mente era como un juego de guerra de la consola, mataba gente y cuantos más mataba, más puntos parecía que le daban. Alguna vez se le había pasado por la cabeza. No sabía si era real en su pensamiento o si era producto del cansancio y del estrés que se sufría allí. De los días sin dormir, o durmiendo apenas unos minutos con el sonido de las balas y los ataques con bombas cercanos.

—No lo eres. —Su hermana se acercó a él y le tocó el brazo, viendo por primera vez una mirada perdida en los grises ojos de su hermano, su mente se hallaba en el recuerdo.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces.

—Te estoy conociendo. Y suelo ser buena calificando a las personas.

—No soy buena persona, Mel. Siento tener que sacarte de tu error.

—Jack, por favor. No cargues con todo ese peso a tus espaldas. Eres una persona estupenda, lo sé, y además eres mi hermano y te quiero.

Jack abrazó con fuerza a su hermana. Tan solo porque ella pensaba que aquello era cierto, la quiso aún más. Siempre podría contar con ella.

PESADILLAS

Jack se había dormido antes que Susan esa noche y estaban juntos en la cama. Lidar ese día con Melissa y su trabajo había resultado el doble de agotador. Lo había notado especialmente taciturno desde la tarde. Y hacía unos minutos había estado tentada de despertarlo para que pudiera ir a su cama del suelo, pero no veía que mal pudiera hacer que durmiesen juntos esa noche. Al fin y al cabo, a ella le apetecía dormir con él.

Se despertó sobresaltada por unos potentes gritos de hombre. Jack tenía una pesadilla, encendió la luz del dormitorio y observó cómo él se revolvía en la cama y estaba cubierto de sudor.

—¡Jack! Es solo una pesadilla ¡Despierta! ¡Jack! —lo llamó asustada ante el violento y profundo sueño que parecía tener.

Jack despertó dejando de gritar, se sentó automáticamente en el borde de la cama y en cuanto se dio cuenta de que estaba con ella en la cama se giró hacia Susan.

—¿Estás bien?

Susan no comprendía por qué motivo le preguntaba aquello; la pesadilla había sido suya.

—¿Te he hecho daño? —insistió angustiado.

Susan observaba sus ojos perdidos, preocupados.

—Susan, ¿te he herido? —volvió a preguntar aún más angustiado viendo que ella no contestaba.

¿Le habría hecho daño y estaba tan asustada que no podía hablar y responderle?

—No, no, no... por supuesto que no. Has tenido una pesadilla.

Jack dejó de mirarla y bajó su cabeza cubriéndose la cara con las manos. Estaba temblando. Susan le tocó la espalda y notó su cuerpo frío, no era el ambiente. Era el sueño, el miedo quizá que había sufrido en él. El permaneció sentando en el borde de la cama y ella le abrazaba desde atrás.

—No te vayas —le dijo él con la voz rota.

—No, no lo haré.

—No te vayas, por favor —volvió a decirle.

—Estoy contigo, abrazándote. No pienso ir a ningún lado.

Susan notaba el dolor, la necesidad, la angustia en aquella súplica. Aquel hombre, tan grande y tan fuerte, había sido lastimado en un sueño. Había escuchado hablar de soldados que sufrían pesadillas, pero no sabía cómo eran, y Jack no le había contado que él las sufría. Quizá si se lo hubiera dicho hubiera estado preparada, no estaría tan aterrorizada, se habría informado sobre qué hacer. Pero no sabía nada y no se le ocurría otra cosa además de abrazarlo, y quizá no era suficiente. Ella se movió y se bajó de la cama, Jack aún seguía temblando, aunque algo menos ya. Se puso de rodillas frente a él, se descubrió la cara y la miró aún angustiado y con la respiración agitada.

—¿Estás bien? ¿De verdad? —volvió a preguntar como si no creyera en su palabra.

—Estoy bien, cariño —le respondió ella, tomándole las manos un momento para pasar a su cara—. ¿Cómo estás tú?

—Mejor.

Pero lo cierto era que aún estaba frío. Cubierto de un sudor frío.

—Estás sudando y frío —dijo ella con las manos en la cara de Jack. Quería hacer que se sintiera mejor, pero no se le ocurrían demasiadas ideas. Se levantó y tiró suavemente de su mano. El se levantó y la siguió cogido a ella hasta el baño.

Susan abrió con la mano libre el grifo de la ducha. Necesitaría agua bien caliente.

—Es cierto —dijo él, siendo consciente de que probablemente a ella no le gustaba sentirlo sudoroso.

Se deshizo de los pantalones del pijama y del calzoncillo y se introdujo en la ducha cerrando la mampara tras de sí. Apenas unos segundos después, Susan entró desnuda en la ducha con él. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Ahora no, no me apetece... —comenzó a decir él.

—¡Shhh! —Lo mandó callar suavemente poniendo la yema de su dedo índice en los labios de Jack.

Cogió una esponja de la repisa de la ducha, echó gel sobre ella y comenzó a pasarla por el cuerpo de él.

—Yo puedo hacerlo —dijo sosteniendo la muñeca de ella para detenerla.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo —respondió mirándolo a los ojos y él apartó la mano.

Pasaba la esponja con mimo y delicadeza enjabonando cada parte de su cuerpo mientras corría el agua caliente.

¿Por qué motivo estaba haciendo aquello ella? Su gesto era serio, estaba concentrada en la tarea que estaba realizando. A ella le daba igual el sudor y no quería tener sexo con él en la ducha.

El masaje de ella con la esponja y el agua bien caliente consiguieron que la sangre volviera a todas las partes de su cuerpo y recuperó la temperatura corporal.

—No era por el sudor, ¿verdad? —le preguntó en voz queda.

—No, no lo era.

No la hubiera culpado si hubiese salido corriendo de su casa en el momento en el que tuvo la pesadilla. Sabía que no era algo agradable de ver. Él mismo se las había visto sufrir a otros compañeros, y estaba seguro que las suyas no eran mucho mejores.

—¿Por qué, entonces?

—Estabas frío y temblabas. No se me ocurrió nada mejor. Tenías que entrar en calor y relajarte —dijo mirándolo a los ojos, con una ternura que lo estremeció por dentro.

El silencio se adueñó del momento.

—Lo siento —dijo él minutos más tarde mientras el agua caliente seguía deslizándose por su cuerpo—. No tenías que haber visto esto.

—Jack. —Lo miró fijamente y le habló con suavidad—. Estoy aquí para ayudarte. Me da igual que sea con tu hermana o en este momento. Si me necesitas, y tú quieres, voy a seguir estando.

Él estiró la mano y le acarició la cara con el dedo pulgar para después atraerla hacía sí, abrazándola contra su cuerpo. Permanecieron así bajo el agua caliente largo rato.

—No pensé que fuera a suceder justo esta semana.

—¿Pasa a menudo?

—Cada vez menos. —Hizo una pausa—. Hacía mucho desde la última vez.

—Lo siento —dijo besándolo en el hombro—. ¿Qué te parece si intentamos dormir?

—Buena idea. Nos vamos a arrugar tanto rato debajo del agua —dijo tratando de esbozar una sonrisa.

Ambos se secaron y volvieron a la habitación. Ella se metió en la cama y él comenzó a preparar la suya en el suelo.

—No. Jack, ven conmigo. A la cama.

—No quiero... —Hizo una pausa pensando en que lo que no quería era hacerle daño físico. Por su estupidez se había quedado dormido con ella y podía haberla matado si su pesadilla hubiera sido como la de aquella otra ocasión hacía unos años.

—¿Las has tenido dos veces en una misma noche? —lo interrumpió ella.

—No, nunca —dijo él pensando que en realidad nunca se había podido dormir después de una de ellas.

—Entonces ven aquí —dijo mirándolo en una súplica silenciosa—. Por favor.

Él le hizo caso y se metió debajo de las sábanas con ella, que se movió hasta su lado y se abrazó a él.

—Gracias. Siento haberte asustado. —La besó en la sien.

—No quiero reprocharte nada, y no es mi intención, pero deberías habérmelo dicho.

—No quiero que nadie sepa que me sucede esto. Ni que piensen que soy un bicho raro o que estoy mal de la cabeza.

—Nadie pensaría eso. Solo pensarían que has sufrido situaciones muy difíciles y más de lo que nadie debería.

—Fueron muchos años. Es difícil olvidar tanto en tan poco tiempo.

—Me lo imagino —dijo ella, acariciando el pecho desnudo de él con la mano.

—¡Buenos días! —saludó Jack al bajar a la cocina. Susan y Melissa estaban tomando café con unos *muffins*.

—¿Cómo estás, *nano*? —le preguntó Mel, recibiendo un beso en la mejilla.

—Bien, gracias, pero con prisa. Solo me tomaré un café y cogeré uno de estos *muffins*.

—No te cuidas mucho, Jack —observó Susan.

—Sabes que mi fuerte son el almuerzo y la cena, no el desayuno —dijo, agarrándola de la cintura con la mano libre. Con la otra sostenía la taza de café que acababa de servirse.

Lo cierto era que a pesar de la pesadilla de la noche anterior, esa mañana estaba de buen humor. Era la primera vez que conseguía dormir después de una de ellas, y la primera vez que conseguía relajarse. Y era gracias a la

mujer que estaba allí, a su lado. La que lo abrazó mostrándole su apoyo en un primer momento, para más tarde meterse en la ducha con él y tranquilizarlo. Con la que pudo dormir de nuevo sintiendo el calor de su cuerpo a su lado. ¿Qué le estaba haciendo aquella mujer? En realidad era buena para él y estaba seguro que sería muy fácil quererla. La química y la pasión ya vivían entre ambos, lo demás podría venir rodado. Pero, desde luego, no estaba dispuesto a que ella sacrificase su vida con alguien como él. Merecía algo mejor, pero disfrutaría de su compañía mientras aquello durase.

—Aún así, deberías cuidarte más —lo reprendió su hermana.

—Me voy a trabajar antes de que me echéis la charla —dijo, besando en la mejilla y en los labios respectivamente a Melissa y a Susan.

—Así que, mi hermano tiene pesadillas —afirmó Melissa directamente, cuando Jack salió por la puerta.

Susan quedó sorprendida por aquella afirmación tan directa. No tenía pensado decírselo a nadie. Si Jack no quería, ella no iba a desvelar su secreto. Pero Melissa parecía saberlo y habló de nuevo.

—Lo escuché anoche gritar y lo supe enseguida. Es algo acerca de lo que he leído antes de venir a verlo. No sabía lo que me iba a encontrar y conozco todas las secuelas de los soldados cuando pasan tanto tiempo como él fuera de casa. ¿Cómo lo lleváis?

—Lo siento, pero es algo de lo que no debo hablar —respondió esquiva.

—Vamos, Susan. Lo escuché yo. ¿Son muy frecuentes las pesadillas?

—No lo sé, Mel. De hecho me enteré anoche. Si quieres hablar de ello, deberías hacerlo con tu hermano, no conmigo.

UNA BUENA METEDURA DE PATA

—¿Observando el milagro de la vida? —preguntó Melissa, al llegar al lado de su hermano, que en esos momentos miraba un ternero recién nacido.

—Hola, Mel. Solo estoy comprobando que puede alimentarse por sí mismo.

—Un hombre preocupado por los demás. ¿Le habías contado a Susan que tenías pesadillas de la guerra? —preguntó con su estilo directo.

Jack la miró fijamente y su mirada se tornó dura. Susan lo había traicionado. Se había dado media vuelta y había corrido a contárselo a su hermana, sabiendo que no quería que nadie lo supiera y, cuando decía nadie, incluía a su hermana.

—No lo creí necesario —contestó al fin.

—No lo creíste necesario. Es decir, duermes desde hace un tiempo con una mujer y no crees necesario contarle que de vez en cuando sufres pesadillas. Sino que esperas tener suerte o quizás provocarle un infarto, como pudo haber pasado anoche.

—Mi vida privada no es asunto tuyo. Yo sé lo que debo contarle y lo que no —le dijo mirándola fríamente.

—Conmigo no funciona esa mirada. Si hubiera nacido antes que tú, la habría inventado yo —dijo ella desafiante—. ¿Así que, no es asunto mío? Jack, ignoro si eres nuevo en esto, aunque deduzco que sí. Si quieres que una relación funcione no deberías tener ese tipo de secretos.

—Quizás no quiero que funcione —dijo él apartando la vista.

—Eres idiota, Jack.

—Y tu un incordio.

Permaneció a su lado durante un largo rato en silencio. No le dio el gusto de irse. Quería saber más acerca de las pesadillas, esperar a que se relajase, aunque veía que algo bullía en su interior.

—¿Hace mucho que las sufres?

Jack se removió incómodo antes de contestar.

—Un par de años.

—¿Cada cuánto tiempo?

—Al principio cada semana. Ahora cada mes o dos.

—¿Duermes después?

—Nunca. Hasta anoche.

—¿Por qué anoche?

—Nunca consigo relajarme lo suficiente. Pero anoche lo logré.

—¿Fue más leve?

—No, fue idéntica a las otras. Nunca han cambiado en eso.

—¿Entonces?

—Estaba Susan —reconoció pensando que esa era la única diferencia.

—¿Nunca había habido alguien contigo?

—Alguna vez con otros hombres de mi unidad. Pero solo un par de veces, comencé a hacer misiones en el extranjero cuando surgieron el resto.

—El cambio de rutina hace aparecer con más frecuencia esas pesadillas.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó intrigado él.

—Sé dónde has estado, me he informado de todo lo que os sucede a los soldados una vez dejáis esa vida. No sabía lo que me iba a encontrar y preferí informarme.

—¿Alguna vez desaparecerán?

—Puede que ocurran más espaciadas en el tiempo, como ahora. A veces sucederán una vez al año o cada dos, incluso menos, pero no desaparecen del todo. No es un interruptor que se apaga y se enciende. Dependerá de cómo encajes tu vuelta a la vida civil, del apoyo personal que tengas y de las situaciones tensas o estresantes.

—Así que será de por vida. ¡Mierda!

—Podría mentirte, pero no solucionaría nada con ello. Puede que solo te suceda una vez cada cinco años con el tiempo. No se sabe. No obstante, creo que vas por el buen camino, estás muy adaptado a la vida en el rancho, es un entorno muy conveniente, totalmente distinto a los países donde has estado y, por supuesto, tienes a Susan. Si anoche pudiste por fin dormir tras una pesadilla, seguramente fue por ella.

—No creo que vaya a tener a Susan —dijo más pensando para sí mismo que para su hermana. Estaba muy claro para él, no iba a condenarla a vivir con alguien que sufría pesadillas y que podía hacerle mucho daño físico.

—Hablando del rey de Roma. Ahí viene —dijo señalando hacia la casa.

—¡Hola, chicos!

—No pensaba ir hasta la tarde, pero voy a dar el visto bueno a varios muebles. ¿Necesitáis algo?

—No, gracias, Susan. Yo voy a ver si ya han colgado en la web los apuntes de la universidad. Os dejo —dijo mientras caminaba hacia la casa.

—Si cambias de idea tienes mi número —le dijo alzando la voz para que le llegase el mensaje—. ¿Necesitas algo, Jack? —preguntó de nuevo girándose hacia él. Jack tenía el gesto serio y no respondió a su pregunta. Probablemente estaría enfadado, así que lo mejor era dejarle—. Entiendo que no necesitas nada. Hasta más tarde, Jack. —Se despidió comenzando a caminar.

—¿A qué estás jugando, Susan?

—¿Perdona?

—¿Estás jugando a la novia perfecta y la cuñada ideal? Te dejé claro que no quería que nadie supiera lo que me sucede y me doy la vuelta y no has tardado ni diez minutos en contárselo a Mel. Ella no tenía por qué saberlo.

—Jack...

—Y el mensaje del otro día, que no éramos cariñosos. ¿Realmente lo dijo Mel? ¿O es parte de una estrategia? Lo de anoche seguro que fue muy conveniente para ti, un hombre con pesadillas, que mejor para ganarte mi favor. Quizás al final de la semana tengas un anillo en tu dedo.

—¿Eso piensas? —le preguntó ella sorprendida y con la mirada vidriosa por las lágrimas. ¿Qué demonios le había llevado a pensar aquello de ella? ¿Pensaba que quería cazarlo?

—Eso pienso —dijo él fijando por primera vez desde que había empezado a hablar, su mirada en ella y de repente se dio cuenta por los vidriosos y azules ojos de ella que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—¿Sabes lo que pienso yo? Que te estás comportando como un gilipollas de nuevo. Eso es lo que pienso. Y hasta que no vuelvas a recuperar el sentido común, espero que no te dirijas a mí —dijo dando media vuelta para irse.

—Susan. —La agarró de la mano para detenerla.

—Déjame, Jack. Acabas de dejar clara tu postura. No me esperes a almorzar —dijo sin mirarlo, con la voz más firme que pudo poner.

Él la soltó y vio cómo se alejaba. Lo había hecho de nuevo. Aquella mujer le importaba y, sin embargo, la había dañado. Había supuesto cosas solo porque estaba enfadado, porque ella le había contado a su hermana lo de las pesadillas. Y porque en el fondo era tan imbécil que quería que ella se

alejara de él tomando ese camino.

—¿Qué ocurre? —preguntó Melissa viendo entrar en casa a Susan. En sus ojos pudo ver que estaba llorando.

—Solo venía por mi bolso —dijo ella, cogiéndolo de la mesa de al lado de la escalera.

—¡Para ahí un momento! —la detuvo Melisa levantándose de la mesa para dirigirse a ella—. ¿Qué te pasa?

—He discutido con tu hermano. No es nada. Y, por favor, no quiero hablar de ello y no quiero que le digas que te lo he dicho. Tengo que irme. No vendré a almorzar —dijo, besándola en la mejilla para salir disparada por la puerta.

DE TAL PALO...

—¿Qué coño estás haciendo Jack? ¿Acaso no sabes cómo hacer a una mujer feliz? —le espetó Melissa a sus espaldas, mientras estaba limpiando el estiércol de las caballerizas—. Porque he visto a Susan hace un rato y no la he visto feliz precisamente.

—Mel, creo que no es momento... —dijo resoplando y fijándose que Samy estaba en el otro extremo de las caballerizas y podía escuchar la conversación.

—Es un momento perfecto, porque no quiero que ella me oiga. Y como gracias a tu estupidez, no va a venir a almorzar, es posible que tengamos oportunidad para hablar más en profundidad de ello.

—Entonces hablaremos después —cortó secamente Jack. Era justo lo que no le apetecía, hablar con ella de eso.

—No hagas el gilipollas, Jack. Tienes cuarenta años y deberías estar agradecido de haber encontrado a una mujer como ella. Hablaremos en casa. —Dio media vuelta y salió de las caballerizas.

—No te rías, Samy —advirtió Jack en dirección al más joven de los Atkins, que sonreía en ese momento.

—No me estoy riendo —mintió con una media sonrisa—. Solo estaba pensando que no hace falta una prueba de ADN para saber que es tu hermana.

—Me alegra que estuvieras por la ciudad y podamos comer juntas —dijo Susan.

—A mí también me alegra, como vives en casa de Jack apenas podemos charlar tranquilamente. ¿Cómo va todo? —quiso saber Terry.

—Hemos discutido.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—No sé qué demonios le ha pasado. Esta mañana estaba todo bien y se ha enfadado porque piensa que he ido corriendo a contarle algo, que él no quiere que nadie sepa, a su hermana.

—¿Lo has hecho?

—No, su hermana lo sabía. No hizo falta.

—No preguntaré que es porque deduzco que yo tampoco debo saberlo.

—Gracias por ser tan comprensiva, Terry. El caso es que a partir de ahí se ha imaginado que quiero cazarlo, que lo que hago es un plan para ello y que quiero un anillo en mi dedo. Eso me ha dicho.

—¿Y quieres cazarle?

—No soy tan estúpida. No he sido nunca ese tipo de mujer. Pensaba que él confiaba en mí. Que sabía que yo no era así.

—Y creo que lo sabe. Pero tiene miedo.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Esa reacción tan desmesurada lo indica. Quiere dejar claro, a cada paso, que no se va a implicar, quiere avisarte de ello.

—Él dejó las normas muy claras el primer día.

—Pues te aseguro que ahora no las está teniendo tan claras.

—¿Él?

—Puedo equivocarme, pero es lo que pienso.

—Bueno, eso ya no importa. Si no confía en mí, esto no tiene caso.

—Creo que deberíamos hablar —dijo Melissa, diez minutos después de empezar a comer. Jack no despegaba los labios excepto para introducir comida en su boca.

—¿No podemos comer tranquilos?

—Podemos hablar tranquilos, eso sí que podemos. Pero si no hablo contigo ahora, es posible que termines de comer y te vayas para evitar esta conversación. Y, desde luego, no quiero estar persiguiéndote por medio rancho esta tarde y no creo que tú quieras que cualquiera de los vaqueros oiga lo que tenemos que hablar.

—Está bien —se rindió con un suspiro—. Habla.

—¿Qué le has hecho, Jack?

—Vaya, ¡suponemos que he tenido que ser yo el que ha hecho algo mal!

—Aunque te conozco poco, sé lo cortante que puedes llegar a ser, así que, así es.

—Enseguida te ha ido con el cuento de que hemos discutido y que yo soy el culpable.

—No me ha dicho nada. Vi su cara después de que estuviera hablando contigo y, aunque trataba de disimular, sé que estaba llorando. A menos que

le mordiera una serpiente en el camino, algo improbable, ya que todos estaríamos en el hospital ahora. Así que, creo que el culpable de esas lágrimas está muy claro.

—¿No piensas tampoco que quizás hizo algo mal y se estaba arrepintiendo de ello?

—Ilumíname, entonces. ¿Qué hizo mal?

—Le conté algo en confianza y enseguida lo divulgó.

—¿Se puede saber el qué?

—No —dijo, volviendo a centrar la atención en el estofado que estaba comiendo.

—No te entiendo, Jack, de verdad que no. —Suspiró—. Has encontrado a una mujer fantástica, de hecho, se ha mudado aquí solo para no dejarnos a solas todo el tiempo y ayudarte a que funcione lo nuestro. Y, además, permanece a tu lado cuando tienes esas pesadillas. ¡Por el amor de Dios! Si hasta yo estuve tentada a salir corriendo cuando te escuché gritar anoche.

—Un momento —dijo Jack, dejando de comer, para mirar a su hermana—. ¿Me escuchaste anoche?

—Claro. Duermo prácticamente al lado. Solo está el baño de por medio, y te aseguro que tu volumen de voz no es precisamente suave y angelical.

Eso significaba que Melissa lo había escuchado, así que Susan no le había dicho nada al respecto.

—¿Susan no te contó lo de las pesadillas?

—¡No! Le dije que te había escuchado y traté de hablar con ella del tema, pero no quiso. Me dijo que era algo de lo que debía hablar contigo.

Jack cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo. Había metido la pata hasta el fondo.

—¿Era eso? —adivinó Melissa por el gesto de su hermano—. ¿Pensabas que ella me lo había contado? Mierda, Jack, eres un autentico capullo. Uno de los pilares de una relación es la confianza.

—¡Hola, Mel! —saludó Susan al llegar a la casa de Jack, obviándolo a él que estaba tomando un café mientras ojeaba unos recibos—. Voy un poco justa de tiempo, me ducho, me maquillo y me voy a cenar. Lo siento, pero hoy tampoco podré cenar contigo. Me ha surgido algo imprevisto.

—¿Con quién vas a cenar? —preguntó Jack.

Susan giró la cabeza y miró a Jack. Había tenido tiempo para reflexionar a lo largo de la tarde y, ahora, la que se encontraba molesta, era ella. Así que, le daría algo en lo que pensar.

—Con Lucas.

—¿El carpintero? —preguntó él casi saltando de la silla.

—Veo que te acuerdas de él. Tenemos algo de lo que tratar. Si me disculpáis, voy a la ducha —dijo subiendo las escaleras para desaparecer en el piso de arriba.

—Yo diría que ahora la que está molesta es ella —opinó Melissa cuando oyó cómo se cerraba la puerta de la habitación de arriba.

—Seguro que se le pasa después de cenar —aseveró en tono seco.

—¿Vas a dejar que vaya sola a cenar con ese imbécil? —le preguntó, sorprendida, Melissa.

—Puede cenar con quien quiera. No voy a ser yo quien coarte su libertad.

—¡Por el amor de Dios, es tu novia! ¿No estás celoso o molesto? ¿No sientes miedo al pensar que el imbécil ese la seduzca?

Jack no había pensado en aquello, pero, maldita sea, su hermana tenía razón. Si hubiera sido otro hombre lo hubiera podido soportar, pero Lucas era uno de esos hombres que lo ponían enfermo y, aunque fuese un gran carpintero, era un bastardo. Además, se suponía que eran pareja, al menos de cara a su hermana, y se estaban acostando. No habían tratado lo de la exclusividad aunque solo fuera una semana, pero se daba por entendido, al menos, él así lo había pensado.

—No lo entiendo, Jack. A veces eres el hombre más encantador del mundo cuando estás con ella y otras veces parece que no te importa en absoluto. Te da vergüenza besarla delante de mí o ser cariñoso con ella, y dejas que se vaya a cenar sola con un perverso. Voy a dar un paseo hasta la hora de cenar —dijo abriendo la puerta para irse.

UNA RECONCILIACIÓN

—Te has puesto falda —observó él desde la puerta del baño, que estaba abierta. No lo había podido soportar más y había decidido subir a hablar con ella. En ese momento se estaba aplicando la máscara de pestañas.

—A veces me gusta acordarme de que tengo piernas —respondió en tono más tranquilo. La ducha la había sosegado.

—Y muy bonitas, además —puntualizó él, mirando la falda azul marino de vuelo que le llegaba a la altura de la rodilla. Se había puesto unos tacones del mismo tono y una camiseta con una flor en un hombro. Y estaba preciosa.

—Gracias —dijo cerrando el rímel para mirarlo a través del espejo—. Escucha, Jack. Fue una tontería haber comenzado esto, pero ya no hay vuelta atrás. Aún podemos terminarlo con elegancia, puedes decirle a Mel que te he dejado, invéntate el motivo que más te guste, así no te culpará a ti y no me insistirá para que volvamos.

—¿Quieres terminar? —preguntó, escuchando sus palabras como si algo punzante le atravesara el pecho.

—Es evidente que no confías en mí. Piensas que cuento tus secretos, que te estoy mintiendo y que quiero cazarte. Si no hay confianza, no podemos ser ni siquiera amigos, no tiene sentido.

—Lo siento. —Se adelantó él, abrazándola desde atrás.

—No lo pongas difícil, por favor —le rogó ella aceptando aquel abrazo. Le gustaba demasiado estar con él y el contacto con su cuerpo era insoportable sabiendo que ni siquiera les quedaría una mínima amistad.

—Lo siento, Susan —le habló al lado de su mejilla aún abrazándola desde atrás con las manos abarcándole la cintura—. Tenías razón, soy un gilipollas. Pensé que le habías contado a Mel lo de las pesadillas.

—No lo hice. Ella te escuchó y me preguntó esta mañana, pero le dije que hablase contigo. Nada más.

—Lo sé, me lo ha dicho ella. Estaba enfadado por eso y descargué un

montón de chorradas contigo. Confío en ti más de lo que he confiado en nadie en mucho tiempo. Sé que te aterricé anoche, pero estuviste a mi lado y eso no lo voy a olvidar nunca. Debí haberte advertido y, aun así, ni siquiera te enfadaste por ello. Y yo, sin embargo... yo no sé nada de relaciones. No es que esto sea una relación, pero sé que es lo más parecido que tendré nunca y la estoy cagando.

—Bastante, además. Pensaba que, al menos, éramos algo parecido a unos amigos.

—Lo somos, si me das otra oportunidad.

—¿Harás que me arrepienta de ello?

—Trataré de no ser tan gilipollas.

—Bien.

—¿Bien? ¿Eso es un sí? ¿Una oportunidad? —preguntó él dudando.

—Es una oportunidad. Pero no me defraudes.

Jack sonrió y le besó el cuello. Sus manos comenzaron a acariciar su piel por debajo de la camiseta y la giró hacia él para enmarcarle la cara entre las manos y apoderarse de su boca con pasión.

—Tengo que terminar de maquillarme —dijo ella, con la respiración entrecortada bajo la lluvia de caricias y besos que él le estaba ofreciendo.

—Ya estás preciosa como estás —le replicó apoderándose de sus labios. Había estado a punto de perderla y ahora la deseaba, deseaba demostrarle todo lo que le importaba.

Bajó sus manos para acariciarle el muslo desnudo hasta subir y alcanzar su trasero apretándola contra él para mostrarle su deseo presionado contra su vientre. Ella emitió un leve gemido al notarlo y se aferró aún más a su cuello sin interrumpir el beso. Jack la giró hacia el aparador y ella se apoyó sobre él comenzando a caerse varios de los botes de champú y gel que estaban encima.

—Deberíamos tener cuidado... —comenzó ella a decir, perdida de deseo entre sus brazos.

—A la mierda el cuidado —añadió él, tirándolos todos al suelo con una mano para que ella se sentase encima.

Susan rio tirando hacia arriba de la camiseta de Jack, quería tocarle el pecho y la espalda y él se desprendió de ella en apenas un gesto lanzándola a un lado. Jack subió de nuevo la mano por toda la pierna de Susan hasta llegar a la cintura de sus braguitas y tiró de ellas hacia abajo para quitárselas mientras ella comenzaba a desabrocharle el cinturón. La necesidad de ser solo

uno con él la estaba derritiendo por dentro.

Aquello era pasión incontrolada, él también necesitaba unirse a ella urgentemente, su mente no podía pensar en nada más que en aquello. Se bajó los pantalones y el calzoncillo y asiéndola por la cintura la colocó delante de él y se introdujo en ella con un profundo suspiro de alivio, ahogado por los besos que se propinaban. Se movió en ella lentamente ganando velocidad poco a poco, la fricción se había vuelto insoportablemente placentera para ambos y sus respiraciones estaban plagadas de jadeos hasta que sincronizados como un buen reloj suizo, después de unos interminables y agotadores minutos, ambos llegaron al orgasmo el uno en los brazos del otro, Susan asida fuertemente con sus piernas a la cintura de Jack y un profundo grito de placer que escapó de sus labios y Jack mirando los azules ojos de Susan antes de besar de nuevo profundamente su boca.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Jack completamente aturdido por lo que acababa de sentir estando con ella aun en una postura tan inusual. Había sido transportado a un lugar donde todo era paz y donde se sentía en paz consigo mismo. Había estado en otra dimensión con ella.

—Eso ha sido una reconciliación en toda regla —admitió ella, intentando recuperar el aliento. Por una vez en su vida hubiera ronroneado como una gata y comprendió aquel término tan manido. El placer que acababa de sentir con Jack no tenía comparación con ninguno de los que había sentido hasta el momento. Ni tenía constancia de que se podría llegar hasta donde había llegado.

—Una muy buena reconciliación —matizó él, sonriendo antes de besar suavemente los labios de ella—. Pero no ha sido justo.

—¿Por qué? —preguntó ella preocupada.

—Porque tu estas casi vestida y yo desnudo. —Le sonrió él.

Ella rio.

—Bueno, el que estaba disculpándose eras tú, así que no está demás que ofrezcas un poco de espectáculo visual añadido. Por no hablar que el único de los dos que gana desnudo, eres tú.

—Eso no es cierto. Tienes un cuerpo precioso que me vuelve loco. Me encantan tus curvas, una carretera recta resulta muy aburrida y poco atractiva para mí. —Le besó el cuello de nuevo.

—Eres un hombre muy convincente —dijo pasando las manos por detrás del cuello de él de nuevo. Pudo ver su reloj y se sobresaltó bajando del aparador—. ¡Mierda! ¡Tengo apenas el tiempo justo de llegar!

—¿Aún sigues pensando en ir? —preguntó Jack pensando que quizá ella habría cambiado de opinión al respecto, mientras se ponía la ropa interior y los pantalones.

—Tengo que ir. Es importante.

—Si te empeñas, te llevarás algo de recuerdo —dijo antes de volver a inclinar la cabeza sobre los labios de ella atrapándola en un nuevo mar de sensaciones.

—Me vas a volver loca, pero sigo teniendo que ir. Lo siento. Volveré para la hora de la cena. —Se pintó los labios.

—¿No te quedarás a cenar con Lucas?

—¿Lucas? —preguntó hasta que cayó en la cuenta de lo que ocurría—. ¡Ohhh! No voy a cenar con Lucas, lo siento. Dije eso porque estaba molesta. He quedado con unos potenciales clientes.

Jack no podía alegrarse más de escuchar aquello. Después de todo, no iba a quedar con aquel imbécil.

—No me vuelvas a hacer eso. Casi me vuelvo loco pensando que ibas directa a cenar con ese cabrón. Los tipos como ese deberían llevar un cartel colgado advirtiendo del peligro que representan.

—Me halaga escuchar eso. —Rio ella mientras se ponía los zapatos de tacón—. Pero ¿no te da miedo que se me suba a la cabeza y quiera cazarte?

—Solo me preocupo por una nueva amiga.

—Eso me gusta. ¿Estoy bien?

—Estás genial. Mucha suerte, preciosa.

—Si esperas a que regrese te ayudaré a recoger el estropicio del baño.

—Lo recogeré con mucho gusto yo. No te voy a esperar para eso.

Bajaron las escaleras justo cuando Mel entraba por la puerta. Los miró fijamente a ambos.

—Seguro que ha sido un buen polvo —dijo Melissa para sorpresa de ellos.

—¡Mel! —dijeron al unísono.

—¿Qué? Estáis radiantes los dos. Susan, tú tienes un sonrosado en tus mejillas que no creo que sea maquillaje y mi querido hermano una mirada muy reveladora. No es nada malo, aunque os escandalicéis, parece mentira que lo hagáis a vuestra edad, el escandalizaros. Lo otro seguro que no tenéis ningún problema para hacerlo. De hecho hasta resultará más placentero que cuando teníais veinte años.

—Yo me voy. Es toda tuya —dijo Susan, dejando a Jack solo ante el

peligro que suponía su inquisidora hermana pequeña.

—Lo que me lleva a preguntarte, *nano* —dijo Melissa una vez Susan salió de la casa.— ¿Cuándo dejaste de ser virgen?

—No pienso contestar a eso —dijo Jack.

—¿Si yo te cuento mi experiencia cambiarías de idea?

—¿Tu experiencia? ¿Tu ya...? No, maldita sea, no pienso contártelo y espero no tener que oír nada de eso de tu parte si no quieres que salga a partirle la cara a alguien.

—Quizás deba preguntarle a Susan. Seguro que a ella sí que se lo has contado. Siento curiosidad.

—Te gusta atormentarme, ¿verdad?

—Es mi deporte favorito, *nano* —reconoció con una brillante sonrisa.

—Ven aquí, tonta —le pidió, abriendo los brazos—. Gracias por ayudarme a no ser tan capullo.

FUTURO EN SAN ANGELO

—Así que es posible que te quedes un tiempo por aquí —dijo Jack, en la cama con Susan. Le gustaba hablar con ella antes de dormir cada noche y no le importaba sacrificar parte de su sueño por ello.

—Si los clientes deciden que soy la adecuada para el trabajo, así será. Normalmente suelo estar ocupada, pero desde la crisis, menos que de costumbre, así que trabajar por esta zona es una buena noticia.

—Seguro que te irá muy bien.

—Eso espero. Nuevos retos. Pero tendré que comenzar a buscar un apartamento en la ciudad.

—¿Te vas del rancho?

—Aunque valoro la hospitalidad de los Atkins, cuando termine el apartamento de Samy, no tendrá sentido que me siga quedando aquí. Se haría ya una visita muy larga.

—Sé que esta casa no es mía, pero podría hablar con Sam, no creo que ponga ninguna objeción, podrías quedarte aquí.

—Estás tratando de ser amable. No lo hubiera pensado el primer día que te conocí.

—No estoy tratando de ser amable. Hablo en serio. Ahora somos amigos.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea posible. Además, en unos días recuperarás tu vida de soltero. No sé, querrás poder traer chicas aquí. ¿Cómo explicaríamos mi presencia?

—Una compañera de casa.

—Sería extraño, sobre todo porque trabajas y vives en un rancho. Jack, tienes que buscar a una mujer con la que formar una familia, yo aquí solo estorbaría y lo sé. Te agradezco tu amabilidad, pero...

—No voy a buscar a ninguna mujer —la interrumpió—. No tengo intención alguna.

—Quizá no mañana mismo, pero seguro que ahora que estás fuera del

ejército te surgirá esa necesidad. No soy la mejor persona para dar consejos al respecto, porque mira mi vida, soy una solterona. Pero tú no has tenido oportunidad de vivir aún, ahora es tu momento de conocer a alguien. Disfrutar un tiempo si te apetece y cuando encuentres una que realmente te guste, lánzate a por ella.

—No, Susan, eso no sucederá. No puedo, no le haría eso a nadie.

—Si lo dices por las pesadillas, no es algo tan grave, lo superarás.

—Hablé con Mel de ello. Ha investigado al respecto y no se superan nunca. A veces se hacen más espaciadas en el tiempo, pero ahí siguen. No le puedo ofrecer eso a nadie.

—Si ese alguien te quiere, no le importará.

—Nada es tan sencillo, Susan. Deberíamos dormir —cortó la conversación.

—¿Te has enfadado? —le preguntó en un tono suave.

—No —le acarició la mejilla—. Es solo que... no me apetece dar vueltas a las mismas cosas. En ese tema mi postura es firme. No puedo, Susan. Lo sé.

—No quieres, que es diferente.

—No puedo. —Le besó los labios suavemente—. Duerme.

SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD

—Este viaje era la última oportunidad para Jack —Melissa se sinceró con Susan, mientras tomaban un café en la cafetería frente al apartamento de Samy. Había ido a comprobar los avances.

—Mel... Se acercó a ella y le cogió la mano por encima de la mesa.

—Sí, sé que suena duro. Pero estaba harta de esforzarme para que funcionara algo entre nosotros, para tener una relación de hermanos. Sé que nos llevamos muchos años, pero sentía que él no se había preocupado nunca por mí. No más allá de un día. Nunca ha venido a casa más tiempo. Yo sabía que sus permisos eran más largos que eso, él solo iba a visitarnos, cumplía y se iba a un hotel el resto del tiempo.

—Mel, no soy la más indicada para decirte esto, pero tu hermano te ha querido siempre, solo que trataba de protegerte.

—Lo sé. Me lo contó la otra noche. Una forma muy estúpida de protegerme.

—Desde luego.

—Venía dispuesta a mandarlo al infierno para siempre, pero quería hacerlo a la cara. Si hubiera llegado y descubierto otra estupidez más de su parte me habría ido sin dudarle un segundo. No me culpes por ello.

—No te culpo.

—Lo juzgué mal. Ahora sé que todo no era mentira, al fin y al cabo.

—Mel, no quiero defenderlo, cariño, pero Jack aún tiene mucho que superar, más de lo que tú y yo podemos ver a simple vista.

—Lo sé, y lleva demasiado peso sobre sus hombros, un peso que no le pertenece.

—Pero si no lo comparte con ninguna de las dos, no podemos hacer nada.

—¿Cómo están mis chicas favoritas? —Era la voz de Jack, detrás de ellas.

—¡Jack! —lo saludó su hermana—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Eso de estar en el ejército te da la capacidad de acceder a tecnología que puede localizar a las personas, rastreando su teléfono móvil —dijo en voz baja sonriendo.

—¿En serio? —preguntó su hermana boquiabierta.

—No, es broma. Samy me pidió que lo acompañase al apartamento, hemos venido a por unos cafés y os he visto aquí. ¿De qué hablábais?

—De ti. Le estaba preguntando a Susan cuándo tenéis previsto casaros, ya sabes, por aquello de que si queréis tener hijos deberíais ponerlos cuanto antes para que cuando os jubiléis ya se hayan emancipado ellos.

Ahora el boquiabierto era Jack.

—Nosotros... no... bueno, al menos no... tan pronto... —balbuceó él.

—Mel, no hagas sufrir a tu hermano —la riñó Susan, sabiendo que a Jack no le haría mucha gracia aquella broma.

—¡Oh, Susan! Me quitas el placer de ver su cara de susto. Casi consigo descolocarlo del todo.

—¡Hola chicas! —saludó Samy acercándose con dos cafés en las manos—. Pensaba que aún estabas arriba. He decidido venir a última hora a ver cómo va todo. Si no te importa.

—¿Cómo me va a importar! El que paga manda, y ese eres tú.

—¿Os pido unos cafés para llevar? —ofreció Samy.

—No, gracias, acabamos de tomar, como puedes ver.

—Cuando estéis listas, subimos ¿Vendréis mañana a comer con nosotros, verdad? —dijo ahora dirigiéndose a Melissa, que se estaba levantando de la silla.

—¡Claro que sí! Si mi hermano no quiere, que no venga, pero Susan y yo iremos.

—Seguro que Jack también viene —dijo Samy pasando un brazo por el hombro del exsoldado.

—Cuando las mujeres se alían son una fuerza de la naturaleza, lo estoy aprendiendo —se quejó Jack provocando la risa de Samy.

EL REGALO

—Ya sé que hasta dentro de un par de días no me iré, pero como mañana iremos a comer fuera... tengo algo para ti, Jack —dijo plantando una caja cuadrada delante de él, en la mesa después de cenar.

—Mel, no hacía falta —dijo su hermano sorprendido.

—Quería hacerlo. No tienes nada mío y era algo que había que solucionar cuanto antes.

Jack abrió la caja y encontró un flamante reloj de acero.

—Dale la vuelta —le pidió ella.

—*Te quiero, nano* —leyó él, y se levantó para abrazarla fuertemente contra su pecho.

—Yo también te quiero, Mel. Perdóname por todo —le pidió.

—Estamos comenzando de nuevo, todo lo demás al baúl del sótano —dijo volviendo a abrazar a su hermano—. Me hacía ilusión que lo estrenases cuanto antes, sobre todo mañana que vamos a comer con esos vaqueros guapos —bromeó ella.

—Por supuesto, cariño.

—Y ahora tengo otra sorpresa —prosiguió Melissa, dejando una segunda caja como la anterior, delante de Susan en esta ocasión.

—¿Para mí? —preguntó ella sorprendida.

—Para ti, porque has estado aquí conmigo todos estos días, has sido más que amable y sé que haces feliz a mi hermano y eso es muy importante. ¡Ábrelo!

Susan abrió la caja y descubrió otro reloj, la pareja del de Jack, sin duda.

—No sé si es tu estilo, pero espero que te guste. Me dio pena separarlos y los compré los dos.

—Me encanta, cielo. —Susan se levantó a abrazar a Melissa—. Ha sido genial estar contigo estos días.

—Y aún nos queda mañana —dijo Melissa.

—Bien —habló Jack, levantándose y abriendo un cajón para sacar una caja pequeña—. Ya que estamos en ello, yo también tengo una cosa para ti. Alguien me hizo darme cuenta de que solo te había regalado una cosa a lo largo de toda tu vida y esto —dijo entregándole la caja—, es para que veas que yo también te quiero, pequeña. Una parte de mi corazón es tuyo.

Melissa abrió la caja y descubrió un colgante de oro en forma de medio corazón.

—*Nano...* —dijo con lágrimas en los ojos, y fue a abrazarlo nuevamente y de su abrazo pasó a Susan.

—Yo no he hecho nada, cariño. Es un regalo de tu hermano.

—Seguro que la idea fue tuya.

—Es cosa de tu hermano.

—Ella me empujó a hacerlo —reconoció Jack—. Pero a partir de ahora lo haré sin que me empujen, lo prometo.

—¿Dónde está la otra parte? —le preguntó Melissa, mientras Susan hablaba por teléfono en el piso superior.

—¿Qué otra parte?

—La otra mitad del corazón.

—Guardada, la dependienta se empeñó en ponerlas por separado. Pero es tuya. Te la daré.

—¿No hay nadie a quien quieras regalársela?

—No, eso es algo que compré para ti.

—*Nano*, deberías regalársela a Susan.

—Susan y yo llevamos poco tiempo, no creo que sea... —dijo pensando a toda velocidad. No había esperado esa respuesta.

—¿Le has regalado algo ya? —lo interrumpió ella.

—No, como te digo llevamos poco tiempo saliendo.

—Da igual, deberías hacerlo. Deberías darle la otra mitad de tu corazón.

—No sé, Mel.

—No tengas miedo, hazlo, simplemente. ¿O crees que no lo merece?

—Lo merece —respondió él pensando en todo lo que había ocurrido esa semana, en los momentos buenos y en los menos buenos—. Sin duda que sí.

—Pues hazlo esta noche. Me gustaría que fuera delante de mí para ver su reacción, pero no te voy a obligar a ello. Esperaré a que mañana me lo cuente ella.

Susan se merecía aquella otra mitad del corazón, incluso se merecía el

suyo propio. Si las cosas fueran diferentes podría ser. Sería fácil quererla. Lo había ayudado con su hermana durante toda la semana, le gustaba tenerla cerca, hablar con ella antes de dormir, escucharla a cualquier hora y hacer el amor con ella se había convertido en una experiencia única. En esos momentos, el mundo no importaba, no había problemas ni dolor, solo estaban los dos.

—Interesante viaje el de tu mirada. Me gusta —dijo Susan saliendo del baño.

Jack estaba sentado en la cama y se levantó al verla entrar en la habitación.

—Tengo algo para ti, pero no quiero que te emociones —le dijo.

—Vale —respondió intrigada.

—Es una tontería. —Le dio la cajita y ella lo abrió.

—¡Jack! —exclamó y lo miró.

—Es la otra mitad del de mi hermana. Ella quiere que lo tengas tú. Y yo también quiero.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado.

—No importa, quiero hacerlo. Aún queda el día de mañana, pero es una forma de agradecerte todo lo que has hecho esta semana por Mel y por mí. No tenías por qué haberlo hecho, ni habernos aguantado a ninguno de los dos y, sin embargo, aquí sigues.

—Me lo estoy pasando muy bien con los dos. Y me doy por satisfecha si conseguís una relación más cercana a partir de ahora. No necesito nada a cambio.

—Lo sé, Susan. Pero Mel montará todo un interrogatorio si mañana no te ve con él. Acéptalo, por favor.

—Cuando se vaya, te lo devolveré —le advirtió ella.

—Cuando se vaya Mel, hablaremos y te lo quedarás, porque quiero que lo hagas.

Se acercó a ella y la besó largamente encendiendo la pasión de ambos.

¿QUIÉN ES EL MÁS GUAPO?

—Terry me ha contado toda la historia que os habéis montado Jack y tú. Se la he contado a Charlie, para que no meta la pata hoy comiendo —le informó su amiga Angie, que había acudido ese fin de semana al rancho, como solían hacer ella y su marido cada quince días.

—Gracias. Podría ser un desastre en caso contrario.

—No te preocupes, tenemos aleccionados a los maridos —aseguró Terry—. ¿Y bien? ¿Cómo va todo con él?

—Ohhhh —expresó Susan, acomodándose en la mecedora del porche delantero—. Es genial, ese hombre es...

Terry y Angie rieron.

—Por lo menos estás satisfecha —dijo Angie.

—Sí, en eso es fantástico. No me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que he pasado estos días con él. Pero no me refiero a eso solamente, me gusta hablar con él, a veces nos contamos cosas de la infancia, otras me cuenta detalles de su vida en el ejército, solo la parte buena y realmente no creo que haya mucha.

—¿Tiene algún problema con eso? —quiso saber Angie.

—Tiene muchas sombras de esa época. Algunas de ellas le pasan factura. Aparentemente parece un hombre normal como el resto, pero está más herido de lo que pensáis. Sospecho que cada una de las veces que hemos discutido ha tenido que ver con todo eso.

—El otro día se enfadaron —informó Terry—. Pero yo diría que Jack estaba aterrado ante la posibilidad de abrirse a ella y sentir algo.

—No tenía esa imagen de él, pero entonces es el típico tío, cree que puede ser todo sexo sin nada más —opinó Angie.

—No, no es eso. Jack no es el típico tío. Lleva casi un año fuera del ejército y sé que he sido la primera desde entonces. Eso no es exactamente un tío que se va tirando a todo lo que encuentra.

—Además, me ha contado Luke que Jack pensó que Susan y Samy tenían algo. Y estuvo persiguiendo a Samy durante días recriminándole que no le hiciera lo suficientemente feliz.

—¿Qué? —preguntó Susan mirando a su amiga—. ¿Por qué demonios no me habías contado eso?

—Me lo contó anoche —dijo ella, subiendo las manos como para librarse de un ataque ficticio—. Estuvimos hablando de la comida de hoy con vosotros y me lo dijo.

—¡Por el amor de Dios! Ahora me lo explico todo. Cada una de las veces que hablábamos me preguntaba por Samy. No entendía por qué tenía esa fijación.

—A ver si lo entiendo... —comenzó a decir Angie—. ¿Qué es lo que hay realmente entre vosotros?

—Lo que ves. Fingimos ser pareja, pero lo hacemos tan bien que nos acostamos y todo.

—¿Y? —volvió a preguntar Angie.

—Y nada. Ese hombre no quiere relaciones duraderas. Ni conmigo ni con otra mujer. Me lo ha dejado pero que muy claro en varias ocasiones. Piensa que no es demasiado bueno y no quiere llevar nadie a su mundo, signifique lo que signifique eso. No sé si se está castigando por algo que vivió en el ejército o cree que no puede llevar una vida normal después de aquello.

—¿Y entonces? ¿Cuándo se vaya su hermana qué va a ocurrir? —siguió preguntando Angie.

—Cuando se vaya su hermana, cada uno volveremos a nuestra vida.

—Pues yo opino que ese hombre te quiere, de alguna extraña forma, pero lo hace —sentenció Terry.

—Espero que al menos nos quede algo parecido a una amistad.

—¡Hola, chicas! —saludó Melissa a unos cinco metros acercándose al porche—. Perdonadme, estaba hablando por teléfono con mi madre.

—No importa, estábamos poniéndonos al día —le dijo Susan.

—Lo que quiere decir que estábais hablando de hombres. Y como la que tiene una relación desde hace menos tiempo eres tú, Susan, significa que hablabais de Jack, y probablemente de sexo. Lo cual es una pena, porque aunque es mi hermano, me gustaría haberlo escuchado.

Susan rio con el comentario.

—No os asustéis, Melissa es siempre así, os aseguro que vuelve loco a su

hermano. Te presento a mi amiga Angie, está casada con Charlie, el hermano mayor.

—Encantada. Me gusta esa frescura de la que haces gala —dijo antes de darle un beso en la mejilla.

—Igualmente. Llámame Mel. Estoy deseando conocer a tu marido, que si está tan bien como los otros dos será una alegría para la vista.

—Es el mejor de todos —aseguró Angie, riendo—. Siempre que recuerdes que ya tiene dueña.

—Por supuesto. Lo mío es solo admiración sana.

—He de decir que Angie tiene una visión muy sesgada de la realidad, ya que su amor por Charlie le impide ver que el más guapo es Luke.

Todas rieron.

—Seguro que si preguntamos a Susan nos dirá que el mejor es Jack —terció Melissa—. Aparte de eso, la única que está capacitada para juzgar al más guapo, soy yo.

—Quizá debemos apostar —propuso Terry—. Mel nos dirá cual de los dos es el más guapo. Y la que pierda pagará los cafés de la comida.

—Trato hecho —convino Angie dándole la mano a su amiga Terry.

—Susan, ¿tu por cuál de los dos apuestas? —le preguntó Terry.

—No, no, no, a mí no me metáis en eso. Yo me quedo con Jack.

—Mi cuñada sabe lo que se hace —aseguró Melissa, agachándose para abrazarla.

—Mirad, ahí están los chicos —dijo Angie, observando cómo los cinco hombres del rancho salían de las caballerizas en animada conversación deteniéndose a ver cómo uno de los trabajadores ejercitaba a un caballo. Jack, los tres hermanos Atkins y el padre de estos caminaron hacia allí y se apoyaron en la cerca.

—¡Cómo pueden estar tan buenos! —exclamó Melissa—. No me gustan los hombres mayores, pero hasta el padre está de muy buen ver. Os envidio y quiero ser como vosotras, aquí sentadas observando a vuestros macizos hombres. Me declaro vuestra fan incondicional.

Las tres amigas volvieron a reír con la hermana de Jack y sus ocurrencias.

—Yo espero que no tardes tanto en encontrar a tu hombre ideal como nosotras —le deseó Terry.

—Seguro que ha merecido la pena la espera —respondió Melissa.

—Nos estamos distrayendo de lo principal. ¿Charlie o Luke?

—Bien. Me pondré seria ya que es una decisión importante. A Luke y al resto ya los conozco, así que el desconocido ha de ser Charlie. Bien, tiene un buen cuerpo, pero necesito centrarme en su cara, a ver si se gira...

Charlie se giró hacia ellas y las saludó con la mano y una brillante sonrisa.

—Se parece a... —comenzó a decir Melissa.

—¡Mierda! —exclamó Terry sabiendo que estaba a punto de reconocer a su famoso cuñado y perdería la apuesta.

Melissa soltó un grito, los hombres miraron hacia ellas y las oyeron reír a todas.

—¡Es Charlie Atkins! ¡El locutor! ¿Ese Charlie es tu Charlie?

—Ese Charlie es mi Charlie —convino Angie riendo.

—Con razón también me resultabas conocida. ¡Eres el ídolo de todas las mujeres del Estado! Te has casado con uno de los solteros más codiciados.

—Bueno, no creo que sea para tanto, pero parece que he ganado la apuesta.

—Odio a tu marido el famoso —le reprochó en broma Terry. Angie le sacó la lengua en respuesta.

—Susan —habló Melissa—. Hazle caso en todos los consejos a esta mujer que tienes como amiga. Si está casada con Charlie Atkins, desde luego, sabe lo que se hace.

—Me estoy convirtiendo en una gurú del amor —declaró Angie soplándose las uñas en señal de vanidad.

—No me puedo creer que mi hermano no me haya dicho para quien trabajaba. ¡Imperdonable!

—Seguro que no quería que te emocionases tanto como ha sucedido —aseguró Susan sonriendo.

—Sí, y me reprochará el grito de antes, pero es que no todos los días se conoce a Charlie Atkins y a su mujer en persona. Tenéis que entenderlo. Pero prometo comportarme en la comida, no seré una fan histérica y esas cosas.

—Si te comportas, dejaré que te sientes al lado de mi marido en la comida —le dijo Angie—. Al fin y al cabo los cafés correrán a cuenta de Terry gracias a ti.

—¿En serio? —preguntó Melissa emocionada.

—Así es.

—Bien, chicas, va siendo hora de que nos pongamos aún más guapas de lo que somos para nuestros hombres —anunció Terry.

—¡Buena idea! —convino Susan—. Pero antes me acercaré a saludar a Charlie y te lo presentaré, Mel.

—Susan, tengo curiosidad por ir a ver cómo avanza el apartamento de Samy, ¿podría ser? —preguntó Angie.

—¡Claro! Podemos ir nosotras un rato antes en un coche a San Angelo y que ellos vayan en otro.

—Genial. Nos vemos en una hora.

—El grito ha sido tuyo, ¿verdad? —le preguntó un inquisidor Jack a su hermana cuando se acercaron a ellos.

—Jack, no seas así —le recriminó Susan—. Se ha emocionado al ver a Charlie. Se ve que alguien no le dijo que él era el hermano mayor.

—¿Cómo estás, Susan? —Charlie la abrazó—. Te echamos de menos en Austin.

—De momento parece que me quedaré por aquí un tiempo.

—Charlie, te presento a la loca de mi hermana Melissa, que al parecer es admiradora tuya. Está a punto de terminar medicina.

Charlie le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Lláname Mel. Pero no temas, ya me han informado que tienes dueña. No suelo interferir en esas cosas. No me van las relaciones de a tres.

—Es una pena —bromeó Charlie—. Espero que lo estés pasando bien en el rancho.

—Gracias, muy bien.

—Ahora iremos a cambiarnos de ropa. Iremos todas al apartamento de Samy. Angie quiere verlo.

—Es genial verte de nuevo, Susan —le dijo Charlie cuando se alejaban Melissa y ella.

Cuando estaba en Austin, Susan solía ir varias veces por semana a casa de sus amigos y, al menos, en una de ellas se quedaba a cenar y ver una película. Sin duda la habrían echado de menos.

—Me han contado la historia que os traéis entre manos —informó Charlie a Jack, instándole a alejarse con él del resto de hombres, que seguían mirando el ejercicio del caballo y charlando de ello.

—Y me siento avergonzado por meteros a todos en ello. Le mentí a mi hermana y ahora no puedo librarme de la mentira hasta que se vaya.

—Eso no tiene importancia. Sabes que te ayudaremos. Tú has hecho

bastante más por nosotros en este tiempo que llevas aquí.

—Y espero que mi hermana no se ponga muy pesada contigo.

—No te preocupes por eso. Mira, Jack, no quiero darte una charla, pero quiero que sepas que aprecio a Susan. Es amiga de Angie y por añadido también mía.

—Recuerdo lo que hiciste por Terry y soy consciente de que harías lo mismo por Susan.

Hacía un tiempo, Charlie se había llevado a vivir a Terry a su casa y más tarde la mantuvo escondida y a salvo en el rancho durante varios meses mientras había sido amenazada de muerte por un acosador.

—Exacto. Acabo de ver cómo la mirabas y me pregunto si la historia ha pasado a ser una realidad entre vosotros.

—Es complicado. Nos la hemos tomado un poco más en serio de lo que deberíamos. Pero, en cuanto se vaya Mel, todo volverá a la normalidad.

—Es decir, que os acostáis, pero no buscáis complicaciones.

—Al fin y al cabo somos adultos, sí.

Charlie permaneció en silencio meditando unos minutos lo que le había dicho Jack. No se creía ni por un momento la afirmación del capataz. Sabía que había algo más.

—Lo que quiero decir es que, si te gusta, adelante, no seas estúpido. No la pierdas, ve a por ella. Y si no es así, asegúrate de tener claros los límites y que nadie salga herido.

—Lo tengo en cuenta. Gracias —dijo tendiéndole la mano.

—Ha sido un placer. Pero no le hagas daño a Susan. Es una gran mujer.

—Lo sé y no tengo intención de hacerle daño.

—Ahora debería ir a la ducha, o las mujeres llegarán antes que nosotros al restaurante.

UN SENTIMIENTO INESPERADO

—¿Dónde se ha visto que los hombres lleguen más tarde que las mujeres? —objetó Melissa mientras estaban todas sentadas a la barra del restaurante.

—Ya sabes eso de que los hombres cardan la lana y las mujeres nos llevamos la fama —dijo Terry.

—Así no es el refrán. —Rio Susan.

—Vale, no soy buena en refranes, pero me habéis entendido, ¿verdad?

—¡Comprendido! —Angie alzó la cerveza para brindar con ellas.

—¡Ahí vienen esa panda de macizos! —exclamó Mel en voz más alta de lo que pretendía, y varias cabezas femeninas se giraron para ver entrar en el restaurante a Jack y los hombres Atkins.

—Mel, les subes innecesariamente el ego, y no queremos eso —le advirtió Susan sonriendo.

—Si están buenos, lo están, Susan. Incluido mi hermano —se defendió ella.

—¿Cómo era Jack cuando llegó al rancho? —quiso saber Melissa.

—Daba auténtico terror. No te ofendas, Jack. Pero al principio hasta me quitaste el sueño —respondió Terry.

—Terry exagera —intervino Angie—. Era un tipo muy interesante. Aunque un poco recto, nos trataba de señoras. Recuerdo el día que me presenté, me dijo hasta su graduación.

—Media vida en el ejército crea disciplina —añadió en su defensa Jack.

Susan observaba la escena, Jack charlaba amigablemente con todos los Atkins y sus amigas. Un hombre así no era un mal hombre, como él se empeñaba en decirle continuamente. ¿Por qué no podría tener una vida normal como los demás? ¿Por qué motivo no se lo permitía a sí mismo?

Visualizó la semana que a punto estaban de terminar y rememoró todos los momentos que habían vivido juntos desde el comienzo. Se imaginó una comida como aquella, todos juntos, con sus amigas y sus maridos en el futuro, y ahí estaba Jack, a su lado. Imaginó despertar con la sonrisa que él le ofrecía cada mañana en la cama, dormir charlando en sus brazos, desayunar, comer, cenar, y ahí estaba él. Amarle en la intimidad como habían hecho cada día de los que habían compartido, y era él, solo él. Cerró los ojos un segundo y fue consciente de que su mundo se llamaba Jack Fisher y que al día siguiente lo perdería para siempre. Supo entonces que se había enamorado.

—Disculpadme un momento —dijo Susan levantándose de la mesa—. Creo que he olvidado el teléfono móvil en el coche.

Jack la siguió con la mirada, sus ojos habían cambiado. Permaneció sentado un par de minutos y decidió seguirla.

—Voy a ayudarla a buscar el móvil —se disculpó al levantarse.

—¡Joder Susan! ¿No puedes echar cuatro polvos y ya está? —Se hablaba a sí misma en la calle al lado del coche. Por suerte, el coche estaba lo suficientemente alejado del restaurante y, a esa hora, la ciudad estaba poco menos que desierta y nadie podía verla o escucharla en su soliloquio—. No, claro, eres tan niñaata que te tienes que enamorar de él. Del único tío que no puede querer a nadie.

Se llevó las manos a la cabeza y resopló apoyándose en el capó del coche. Si no estuviera con sus amigas, sus maridos, Jack y Melissa, se encerraría en una habitación y lloraría hasta sentirse mejor. Pero ni siquiera tenía suerte para eso. No podía llorar porque los demás se darían cuenta al regresar a la mesa y, por supuesto, no podía montar una escena o irse. Las chicas habían ido con ella y tendrían que volver de igual forma.

—Susan —la llamó Jack mientras iba en su dirección—. ¿Estás bien?

—Sí, ya he encontrado el móvil. Solo estaba... respirando un poco.

—Me lo creería si fuera otra persona, pero sé que tenías el móvil en el bolso y también sé que ha sucedido algo que ha hecho que te agobies de repente —dijo él haciendo una radiografía bastante certera.

Jack se acercó a ella y la abrazó contra su cuerpo. Quería hacer que se sintiera mejor.

—¿Qué ha sucedido, bonita? —le preguntó Jack, besándole la cabeza al ver que ella no decía nada.

—Me he dado cuenta de que aún no he crecido lo suficiente.

Era Jack, el hombre al que amaba y al que no podría tener nunca, el que la estaba consolando y no había decidido todavía si eso le hacía sentir mejor o más miserable.

—Signifique lo que signifique eso. Vaya.

—Volvamos, no quiero que comiencen a preocuparse —dijo, aspirando el olor de aquel hombre solo para mantenerlo en su mente. Pomelo, cedro y jabón, ese era su aroma.

—Si quieres irte cogemos un taxi y nos vamos —le propuso él mirándola ahora de frente, mientras le enmarcaba suavemente la cara entre las manos.

—No, ha sido una tontería, Jack. No te preocupes, estoy bien, de verdad —dijo esbozando una forzada sonrisa.

Él la besó en los labios largamente y ambos se perdieron en un mar de sensaciones y pasión, como siempre les ocurría.

—No creo que sea buena idea que nos detengan por escándalo público —dijo él obligándose a separar sus labios de los de ella.

—No, no lo es. —Sonrió Susan.

—Bien, así me gusta, con esa sonrisa. Volvamos.

Jack la cogió de la mano y entraron así en el restaurante, manteniendo las manos unidas bajo la mesa el tiempo que duró el resto de la comida.

NO LO ENTIENDO, JACK

—¿Sabes que, *nano*? —le preguntó Melissa esa tarde mientras ambos daban un paseo a caballo por el rancho.

—¿Qué?

—Me alegro de tener una relación contigo por fin, de haber venido y de haberte conocido, como ambos merecíamos.

—Yo también. —Le sonrió él.

—Quiero ser sincera contigo. Era un viaje trampa por mi parte.

—¿Cómo? —preguntó ahora Jack intrigado.

—Me obligué a mí misma a visitarte para decidir si merecías la pena o si debería seguir con mi vida sin preocuparme más de ti. Estaba harta de ser siempre la que daba el primer paso en todo. Nunca me enviabas un mensaje, ni un *mail*, ni una llamada. Siempre la que iniciaba la conversación, sea cual fuere el medio, era yo. Incluso pensaba que me mentías en cosas que me contabas, solo para que te dejase en paz cuanto antes.

—Así dicho he sido un auténtico capullo contigo.

—Lo sé. Pero no temas, todo eso ha quedado atrás. Cuando vi a Susan al lado de la escalera en tu casa, supe que era cierto que tenías novia, porque también lo había dudado. Y fue una especie de señal que me decía que si había alguien que te quería, quizás no eras tan capullo como había comenzado a pensar.

—Siento haber sido así contigo. Cambiaré, lo prometo. A partir de ahora empezaré conversaciones contigo. Y tendrás las puertas de mi casa abiertas siempre. Fue una cobardía de mi parte haber querido alejarte de mí. Siempre te he querido, Mel, aunque parece que nunca he sabido demostrarlo.

—Por eso me alegro de haber venido, es un viaje que ha cambiado mi vida para bien. —Le sonrió.

—La mía también, te lo aseguro. Me has vuelto loco, pero en el fondo me ha gustado.

Desmontaron de los caballos en un recodo del río y los abrevaron mientras se sentaban en unas piedras.

—Espero que la próxima vez que venga a verte sea porque te casas con Susan y, además, espero que eso ocurra pronto.

—No me voy a casar con Susan —reconoció, siendo sincero con su hermana.

—Tú la quieres y ella te quiere. Es el paso lógico. Además, tienes cuarenta años, no creo que tengas mucho más que pensar.

Jack ensombreció su rostro y giró la vista para mirar al otro lado del río. Melissa descifró el gesto de su hermano.

—¡La vas a dejar en cuanto me vaya! —exclamó casi horrorizada.

—Lo nuestro no puede ser.

—No lo entiendo, Jack. De verdad que no. Has estado medio almuerzo con la mano de ella entre las tuyas. ¡Y la vas a dejar!

—Yo no puedo estar con nadie.

—¿La quieres o no la quieres, Jack?

—¿Importa eso acaso?

—Importa. ¿La quieres?

—Solo quiero que ella sea feliz.

—Bien, pues hazla feliz entonces.

—No lo entiendes, Mel. Yo no. No soy el hombre adecuado.

—Jack, ¿Qué demonios te pasa? —preguntó comenzando a preocuparse en serio por su hermano.

—Mel. Ella es buena. Yo... yo no. He matado a más personas de las que puedo recordar. Sufro pesadillas que me hacen revivir continuamente todo eso. Me quedo paralizado durante minutos, eso con suerte, si no son horas.

—Jack. —Melissa se acercó a su hermano—. Terry me ha contado que la ayudaste a detener a un hombre que la amenazaba de muerte y le diste clases de defensa personal altruistamente. Eso son cosas que hace un hombre bueno.

—Intentar hacer algo decente con mi vida durante el último año no borra todo lo que hice los últimos veinte.

—Tienes que comprender que era tu trabajo, tu deber. Miles de soldados hacen lo mismo.

—He destrozado familias. Y mis pesadillas me lo recuerdan a cada paso.

—Y ellos han destrozado las familias de los nuestros.

—¿Debería sentirme mejor? ¿Ojo por ojo y diente por diente?

—Si alguno de esos enemigos hubiera acabado con tu vida, ¿crees que habríamos culpado al que disparó el arma? No, Jack. Esto no funciona así. Tienes que perdonarte a ti mismo y seguir tu camino.

—Aunque lo haga ¿Qué le puedo ofrecer a Susan? ¿Pesadillas? ¿Inseguridades? ¿Desconfianza?

—Ella te conoce, ha visto todo eso. Hasta yo, que solo llevo aquí una semana también lo he visto. Ella no ha salido corriendo y yo tampoco. Porque te queremos, Jack. Y eso debería ser suficiente para darte cuenta que va a estar a tu lado.

—Merece algo mejor, Mel.

—Vuelves a lo mismo, Jack. Una y otra vez —le dijo su hermana mirándolo a los ojos—. Yo no quería que me protegieras de tu posible muerte, solo quería que respondieses a mis cartas. No puedes tratar de proteger a las personas pensando que serán más felices si evitan tu contacto, porque es una forma estúpida de hacerlo y, en realidad, no los haces más felices, los estás haciendo más desgraciados.

—Es una decisión que tomé hace tiempo y no me vas a convencer de que la cambie.

—Bien, arruina tu vida y, de paso, arruina la de ella. Un mes a su lado y luego le das una patada. Genial idea, Jack.

—No puedo más, Mel. Cada momento que paso con ella soy más consciente de que no soy el adecuado, que no puedo ser lo que ella quiere que sea. Ella será más feliz con otro hombre. Lo sé. Porque llegará el día en el que ella misma se preguntará si no lo sería, porque se cansará de calmarme en mis pesadillas.

—Si pensar eso te consuela... —se rindió Melissa.

—Así es. Puedo vivir con ello.

Melissa gruñó y pegó un puntapié a una piedra que salió disparada en dirección al río, tratando de calmar su enfado con la que ella consideraba una decisión muy estúpida por parte de su hermano. Permaneció en silencio unos minutos hasta que habló de nuevo:

—Eres mi hermano y te quiero. Estaré contigo aunque tomes decisiones tan estúpidas como esta, pero no creas ni por un momento que voy a aplaudirlas ni que sacaré a Susan de mi vida porque tú lo hayas hecho. Esa mujer me cae bien y seguiré teniendo relación con ella y siendo su amiga, si ella quiere y aunque a ti te pese.

—No habría pretendido nunca lo contrario.

Jack fue consciente de que aunque la relación que mantenía con Susan era falsa, sentía cada una de las palabras que le había dicho a su hermana. Podría llegar a amar en un futuro a Susan y lo sabía. Debía alejarse de ella si no quería complicar las cosas. Y al día siguiente lo haría.

Melissa se dirigió a Susan y la abrazó fuertemente nada más entrar en la casa.

—¿Ha ido todo bien con tu hermano? —preguntó preocupada por aquella repentina muestra de afecto.

—Hemos estado hablando, pero todo bien. Solo que me apetecía abrazarte porque te voy a echar mucho de menos.

—Y yo también a ti. Me lo he pasado muy bien esta semana.

—¿Me prometes que no perderemos el contacto? —le preguntó Melissa.

—Por supuesto. No pienso perder el contacto contigo. Aunque cuando tu tengas treinta yo casi estaré en la tercera edad.

—¡No exageres! —Le sonrió—. La edad no es importante para dos amigas.

ÍNTIMA DESPEDIDA

—Mañana, por fin, recuperarás tu tranquilidad —dijo Susan desde la habitación, mientras él se lavaba los dientes en el baño del dormitorio.

—¿Lo dices por Mel? —respondió desde el baño, antes de cerrar el grifo y salir a la puerta con la toalla en las manos, donde se apoyó a mirarla.

—No, lo digo por mí. —Le sonrió—. Dos mujeres al mismo tiempo son demasiado para ti.

—Dos tan intensas —puntualizó él.

—Exacto.

—En realidad echaré de menos a Mel. Y a ti también —dijo pensando que esa era la última noche que pasaría con ella, la última en la que la tendría cerca y podría escuchar el suave sonido de su respiración al dormir y la última en la que su cama olería a ella, flores y frutas. Nunca olvidaría ese olor y siempre le recordaría a ella.

—Te estás ablandando Jack Fisher —bromeó ella.

—Ahora soy un vaquero, los vaqueros siempre son más blandos que los marines.

—No es eso. Es la compañía femenina. Una mujer con frescura, cariñosa y alegre como Mel y otra...

—¿No te defines? —preguntó él subiendo una ceja.

—Esperaba que lo hicieras tú por mí. Aunque sé que no es tu fuerte. ¿Quizá madura, aburrida y que te saca de quicio?

—Si tuviera abuela la estarías describiendo. Yo diría, más bien, algo como joven, guapa, divertida y sensual —apuntó entrando en el baño para dejar la toalla en su lugar.

—Vaya, veo que has aprendido a improvisar.

—No he improvisado —dijo saliendo del baño apagando la luz tras de sí —. Es lo que opino realmente, entre otras cosas.

Se dirigió a la puerta y cerró con llave. Apagó la lámpara del techo y

quedaron iluminados con la tenue luz de la lámpara de la mesilla de noche. Se dirigió a ella y la tomó por la cintura.

—¿Entre otras cosas? —preguntó ella mirando sus ojos grises—. No sé si me gustaría saber las demás.

—Dulce, risueña, sexy... —añadió él rozándole la nariz con la suya.

—Que sorpresa, Jack —susurró ella—. Nunca imaginé que pudieras decirle todo eso a una chica.

—No tengo intención de ser desagradable contigo hoy.

Bajó su cabeza hasta los labios de ella y los cubrió con su boca en un suave, tierno e intenso beso que la hizo estremecer.

—No me digas que no esta noche —le habló de nuevo Jack, apenas a unos centímetros de distancia de sus labios.

—No pensaba hacer tal cosa. —Susan cerró los ojos, esperando de nuevo sentir los labios del hombre al que amaba, sobre los suyos.

—Añadiré «complaciente» a tu lista de cualidades. —Sonrió él deslizando la mano hasta el bajo del corto camisón que ella llevaba puesto esa noche para comenzar a subirla por debajo de él—. Sin compromisos, Susan.

—Ajá —añadió ella por toda respuesta.

Jack volvió a apoderarse de sus labios y la degustó con hambre, pero sin prisa. Deseaba que aquella última noche con ella fuese lenta e interminable, quería saborear cada beso y sentir cada caricia que sus cuerpos se propinasen al rozar entre sí.

—Jack —suspiró ella su nombre perdida en una nube de deseo.

Él bajó sus labios a su cuello, donde comenzó un camino de suaves y lentos besos hacia su hombro desnudo, mientras que con la otra mano acariciaba la piel de su muslo, subiendo poco a poco a su cadera, su trasero y su espalda para volver a bajar y tirar lentamente ahora con las dos manos del borde del camisón ayudándola a deshacerse de él y lanzándolo a un lado. Caminó guiándola a la cama donde la depositó muy despacio boca arriba.

—Eres preciosa —le dijo con voz ronca, mientras la miraba con deseo.

Se inclinó sobre ella y besó sus labios de nuevo para luego deslizarlos por su mejilla y su mandíbula, rodando hasta su hombro para dirigirse hacia sus senos que besó, lamió y succionó por turnos, acariciando la suave piel de una de sus piernas que le asía por la cintura. Jack se tomó su tiempo en besar su estómago sintiendo como subía y bajaba de excitación. Deslizó sus manos a lo largo de los costados de ella acariciándolos, para terminar entrelazando

sus dedos con los de Susan y besarla de nuevo largamente.

Ella tomó impulso y rodó con él en la cama dejándolo bajo ella ahora. Quería volverlo tan loco como él acababa de hacer con ella. Sabía que se estaba despidiendo de aquella manera y ella también quería tener la oportunidad de despedirse de él, quería que sintiera lo que perdía si la dejaba marchar, algo que sucedería al día siguiente y de lo que tenía pocas esperanzas de hacer cambiar de idea al exsoldado. Y quería disfrutar de aquel esculpido y perfecto cuerpo masculino.

—No es justo —se quejó al verse atrapado debajo de ella. Aunque ambos sabían que no estaba realmente atrapado, si hubiera querido moverse lo habría hecho.

—Yo también quiero tener mi turno —susurró muy cerca de su boca, en tono sensual con una sonrisa y un brillo especial en los ojos.

Jack sonrió y le atrapó los labios en señal de conformidad. Ella se dejó besar y lo besó, pasando la lengua por su labio inferior, lo que hizo que emitiera un leve gemido de placer ante aquella imprevista caricia íntima. Susan sonrió satisfecha con la respuesta del cuerpo de él y siguió besando su mandíbula, continuando por su cuello, que besó dulcemente. Apenas tenía una ligera sombra de barba ya que se había afeitado aquella mañana, se movió hacia su oreja y tiró ávidamente con los labios de su lóbulo, quedando levemente humedecido, ella sopló y notó cómo él se estremecía bajo ella.

Sintió ahora los suaves labios de ella en su pecho, le besó los pequeños y masculinos pezones y jugó con ellos ayudándose de su lengua, para luego atraparlos en sus labios y chuparlos levemente. Pasó su mano de arriba abajo por el interminable pecho varonil y besó y lamio su estómago para bajar y posar un tentador beso sobre la excitación de él a través de la ropa interior, y siguió bajando hasta posarse en la cara interior de los muslos y besarlo en la zona haciéndolo removerse. Introdujo los dedos en la goma del calzoncillo y tiró hacia abajo liberando su enorme erección. Subió de nuevo hacia él, haciendo el camino inverso lleno de pequeños lametazos a su paso y volvió a besarlo en los labios para sentarse a horcajadas sobre él e inclinarse a besarle el cuello de nuevo.

—Lo siento, cariño, volvemos a cambiar —notificó él rodando de nuevo en la cama con ella, para quedar encima.

Lo estaba volviendo loco con su boca en aquellos lugares, aquella mujer parecía conocer cada uno de los rincones más sensibles de su cuerpo.

Ahora fue menos cuidadoso y más hambriento al apoderarse de sus

labios y deslizar la boca a su cuello. Pasó su amplia mano por el suave pecho de ella que al contacto se estremeció bajo sus ásperas manos. Llegó hasta la cinturilla de sus braguitas y ella se arqueó para permitirle quitárselas. Él estiró el brazo y llegó hasta la mesilla de noche donde descansaban varios preservativos, tomando uno de ellos para abrir el envoltorio y colocárselo en apenas varios segundos.

Se introdujo en ella muy lentamente hasta el final, volviendo a salir y dejándola vacía de nuevo para volver a repetir la operación, haciendo que ella se estremeciese de placer mientras hacía que desease que el contacto fuera más prolongado e intenso.

—Me estas matando, Jack —pudo articular ella perdida en un universo de gozo inconcluso.

—Espero que solo sea de placer —insinuó él, besándole los labios.

Continuó la operación durante varios minutos hasta que fue consciente de que él mismo estaba a punto de perder el control con ella. Era demasiado el deseo que sentía. Se obligó a intensificar las placenteras embestidas y ella enroscó sus piernas alrededor de las suyas, acariciándole los gemelos con los dedos de los pies, cada vez más cerca del placer absoluto que intentó retrasar vanamente, haciendo que el orgasmo fuese aún más potente y duradero de lo que habría esperado, gritando involuntariamente su nombre, entre profundos suspiros, algo que solo consiguió arrastrarle también a él hacia el orgasmo, con un ronco gemido que salió de su garganta, haciéndole quedar exhausto y aturdido, mientras besaba de nuevo los labios de ella con pasión, y su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Eres tan deliciosa —afirmó mientras le daba pequeños besos en los labios y las mejillas.

Él hizo ademán de separarse de ella.

—No, aún no. Solo un momento más —suplicó ella, necesitando el contacto de él aun en su interior.

—Cuando tú quieras, cariño —le respondió con una sonrisa, mientras le retiraba un mechón rubio de pelo de la frente.

—Ha sido... —comenzó a decir ella, quedándose sin palabras al instante para tragar saliva, cerrar los ojos y recordar lo vivido. Amaba a aquel hombre y él, además, le había hecho el amor de una forma que no podría olvidar en su vida. Se lo estaba poniendo muy difícil para irse de su lado al día siguiente sin sufrir.

—Ha sido perfecto —terminó él la frase, sabiendo que le había hecho el

amor de una forma en la que nunca había pensado hacérselo a ninguna otra mujer con la que hubiera estado. Pero ninguna mujer había sido como ella. Su cuerpo reaccionaba a ella, y el de ella, al suyo. Susan se le había entregado generosamente, había explorado los límites de su placer como ninguna otra lo había hecho. Había realizado otros tipos de prácticas sexuales con otras mujeres, pero ninguna de ellas le había hecho sentir ni una tercera parte de lo que había sentido aquella noche. Y ese hecho resultaba doloroso, pensando que en menos de veinticuatro horas sus caminos se separarían y aquello no volvería a suceder.

—Lo ha sido. —Le sonrió ella y emitió un suspiro relajado volviendo a cerrar los ojos.

Jack se separó de ella sintiendo que aquella era la señal y tiró de la sábana y la colcha hacia ellos. Susan seguía boca arriba y él quiso seguir acariciándole el estómago bajo la sábana distraídamente mientras sus pensamientos iban a mil por hora y ella era la protagonista de tal vorágine.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Por qué? —preguntó él extrañado.

—Creo que no he medido el volumen. Espero que no me haya escuchado Mel.

—Si estaba despierta es posible que lo haya hecho —dijo Jack sonriendo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Susan tapándose la cara.

—Después de lo que nos ha estado mortificando estos días, le está bien empleado. Recuerda que ella es casi médico —comenzó a hablar tratando de imitar a Melissa—. Y que sabe cómo funciona lo del sexo.

Susan emitió una risita y se giró hacia él pasando una pierna por encima de su cintura.

—Eres muy gracioso cuando te lo propones. —Le besó los labios en un rápido beso.

—¿Tú crees? —preguntó él rozándole la nariz con la suya.

—Lo creo. Deberías dejar salir más a este tipo a la superficie.

Jack se dio cuenta que el tipo del que hablaba era su yo anterior al ejército, una parte de él que llevaba años escondida y que ella había sacado a la luz. Aquella parte gamberra que era tan parecida a la que veía en su hermana.

—Así es como era yo antes —reconoció acariciándole la mejilla con un dedo, en un tono que denotaba una mezcla de melancolía con unas gotas de dolor.

- Te parecías a Mel —observó ella.
- Mucho. Me reconozco en ella.
- Deja que vuelva esa parte de ti.
- No puede ser y lo sabes —respondió él.
- No quieres, y también lo sabes.
- No vamos a discutir, no esta noche, ¿de acuerdo?
- Está bien —suspiró ella.

El siguió acariciando su mejilla y enredando mechones del rubio pelo de ella entre los dedos, solo por el placer de tocarlo mientras reflexionaba acerca de la despedida del día siguiente. En realidad se daba cuenta que no quería que se fuera, pero a la vez era absurdo, no se iba a ir del todo. Solo estaría a unos metros, en la casa de los Atkins, y la seguiría viendo a menudo. Quizás cuando se mudase a San Angelo la vería menos, pero estaba seguro que iría de visita al menos un par de veces por semana, Terry y ella eran amigas y sería lo normal. Pero ¿por qué aquella perspectiva no le hacía sentir mejor? Si ella hubiera aceptado la propuesta de compartir casa podría seguir viéndola a diario.

—Estás muy callado —advirtió Susan sondando la mirada de los ojos grises de Jack. En esta ocasión parecía melancólica.

—Estaba pensando —Sonrió él.

—¿Quieres que me duerma para que puedas ir tú también a dormir a tu manta del suelo? Mañana tendrás suerte y recuperarás tu cama.

—¿Cómo sabes que sigo durmiendo en el suelo? —preguntó él sorprendido.

—Jack. No soy tonta. Me he despertado en varias ocasiones, te he buscado en la cama y al no encontrarte te he visto.

—Lo siento —se disculpó sinceramente. Le partía en dos pensar que no podía estar para ella en esos momentos en los que lo había buscado.

—No pasa nada. Si lo haces sé que habrá un buen motivo para ello. No te lo estoy echando en cara.

—Eres muy especial. Sabía que lo eras, pero no sabía cuánto.

—No parece ser muy importante, mañana nos separaremos igualmente sea especial o no lo sea —respondió ella sintiéndose halagada y dolida a la vez. No importaba lo especial que fuera ella o lo mucho que lo pensara él. El caso era que no era lo suficientemente especial para él.

—Sabías que esto no era permanente —le dijo por respuesta.

—No pongas reglas de nuevo. Las tengo muy claras —dijo cerrando los

ojos. Había comenzado a hacérsele un nudo en la garganta y amenazaba con estallar.

—Perdóname —le pidió, atrayéndola hacia sí para abrazarla más estrechamente y besarla dulcemente en los labios—. No quiero que haya reproches.

—Yo tampoco —dijo ella, sabiendo que deseaba que aquella noche fuera especial y no se empañara por nada aquel recuerdo. Porque era lo que iba a ser aquello, un recuerdo—. Lo siento.

NO TE VAYAS, PIÉNSALO

—Buenos días. —La despertó como cada día, con una sonrisa y una caricia ya desde la cama, a su lado. Como siempre, se había dormido ella antes que él, y él se había despertado antes. Le hubiera gustado verlo dormir en alguna ocasión, haberse dado aquel pequeño placer. Pero era algo que no sucedería ya.

—Buenos días. —Se movió perezosamente hacia él, que la acogió en su pecho y la abrazó.

—Le voy a dar un cheque a Mel antes de irse. Espero que le sirva de ayuda en lo que le queda de residencia y con la entrada de alguna casa.

—Es muy buena idea —opinó ella—. Estaba preocupada por tener que seguir compartiendo apartamento cuando termine la carrera. Quiere ser independiente.

—Lo sé. Espero ayudarla. ¿Crees que doscientos mil dólares serán suficientes?

Susan se giró hacia él con la boca abierta.

—¿Doscientos mil dólares?

—Sí. Desde que nació ahorré para ella, era una especie de meta que tenía. En realidad tampoco es que haya gastado mucho en los últimos veinte años. Todas mis necesidades las cubría el tío Sam.

—¿Tienes doscientos mil dólares y estás trabajando en un rancho?

—En realidad tengo algo más que eso —confirmó él—. No creas que me voy a quedar sin nada. Cuando Mel se case le haré un buen regalo y aún me quedará para jubilarme dignamente. Además de lo que gano en el rancho.

—¡Por el amor de Dios, adóptame! —bromeó ella.

—El dinero no es importante, Susan. Hay cosas por las que lo cambiaría sin dudar. ¿Crees que le parecerá bien la cantidad?

—¿No te parece excesivo? Es decir, ese dinero es suyo, es obvio, pero es demasiado para dárselo de una sola vez. Tiene veintiún años, es madura, pero

es demasiado dinero para su edad.

—Tienes razón. No había pensado en ello. Quizás deba dárselo más espaciado. Al fin y al cabo ese dinero seguirá estando ahí para ella, pase lo que pase.

—Y cuando ella quiera comprarse una casa puedes ayudarla en ese momento y pagar parte de la hipoteca. O pagar su boda.

—Eres un rayo de sentido común. No habría podido sobrevivir esta semana sin ti.

—Me das más mérito del que realmente tengo. Lo habrías hecho. Mel es estupenda.

Tocaron a la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo Jack.

—Perdón, veo que interrumpo. Luego hablamos —dijo Melissa cerrando la puerta tal como la había abierto, tras un segundo observándolos con una mirada neutra.

—¿Qué le ocurre a Mel? —preguntó Susan.

—No lo sé —respondió levantándose de la cama. Buscó el pantalón del pijama—. Voy a hablar con ella.

—¿Nos escucharía anoche? —se preguntó Susan, poniendo voz a su temor.

—No lo sé. Ahora vuelvo. No te muevas de la cama —dijo cerrando la puerta tras de sí.

—Mel, ¿qué ocurre? —le preguntó tras alcanzarla en la cocina.

—No te entiendo, Jack. Sabes que vas a dejarla y estás en la cama con ella tan tranquilo —le espetó su hermana.

—¡Es eso! —exclamó su hermano aliviado.

—Igual para ti no significa nada, pero no sé si se te ha pasado por la mente que cuanto más la ilusiones más la vas a hacer sufrir.

—Mel, no seas dramática.

—No lo seré si eso te molesta. Y ojalá no termines sufriendo tú con la estupidez que vas a cometer.

—Tengo las cosas muy claras al respecto —le replicó como defensa, y volvió a subir las escaleras.

—Eso no te lo crees ni tú, *nano* —murmuró cuando se quedó a solas en la cocina.

Jack se introdujo de nuevo en la cama con Susan al subir.

—Nos ha escuchado, ¿verdad? —preguntó ella impaciente.

—No, no es eso. Tranquila. Era otra cosa.

—¿El qué?

Jack pensó si decirle la verdad o no. Y optó por la sinceridad. Lo suyo no era mentir, a pesar de la gran mentira que había sostenido con su hermana durante toda la semana.

—Sabe que te voy a dejar y no entiende por qué estamos en la cama si mis intenciones son esas.

—¿Qué?

—Ayer estuvimos hablando. Ella quiso saber si me iba a casar contigo y, la verdad, estoy harto de mentiras, así que me callé y Mel adivinó que lo nuestro se iba a terminar en cuanto se fuera ella. Y obviamente no se lo tomó nada bien.

—¡Joder, Jack! ¡Tienes la sensibilidad en el trasero! —exclamó levantándose de la cama.

—No iba a mentirle más. Estoy harto.

—Pues haber comenzado por ser sincero desde el principio. Pero ahora no le puedes presentar una novia y a la semana decirle que la vas a dejar. ¿Te costaba mucho dejar que se fuera feliz pensando que todo te iba bien?

—No sé. No lo pensé en ese momento.

—Ahora gracias a tu genial ataque de sinceridad se irá preocupada pensando que lo quiera que tenías que superar no lo has hecho.

—No tengo nada que superar, soy como soy y todo está en su sitio —se defendió mientras ella entraba en el baño.

—¿De verdad? —le preguntó Susan desde la puerta del baño—. Es interesante ver como a ella no le quisiste mentir ayer y, sin embargo, no te sonrojas lo más mínimo haciéndolo conmigo. —Entró de nuevo en el baño, abrió el grifo, se lavó la cara y se la secó en la toalla—. ¿Qué le has contado? —quiso saber, reapareciendo otra vez—. Seguramente eso de que no eres bueno para mí, que no me quieres arrastrar a tu mundo, lo de siempre. Lo ideal para que tu hermana crea que eres un hombre cien por cien nuevo. —Lo miró durante unos segundos, y su silencio confirmó la versión —. ¡Bingo! —dijo ella dándose cuenta de que había dado en el clavo.

—No tengo nada que superar —repitió él quedándose anclado en aquello—. Simplemente hay cosas que han cambiado, porque he madurado y no pueden volver a ser igual que antes.

—Jack —comenzó ella intentando sonar calmada y centrada—, eres un hombre maravilloso y te lo digo con el corazón. Tú puedes pensar que eres una persona malvada, y no es así, porque eres un hombre estupendo. Pero hasta que no comiences a creértelo tú, vas a tener un problema, ya que por más que creas que estás integrado, en realidad no lo estarás.

—Susan...

—No Jack. Es así —aseguró buscando los vaqueros, la camiseta y la ropa interior en el cajón de la cómoda—. Me ducharé abajo.

—¡Buenos días! —saludó Susan a Melissa nada más bajar las escaleras.

—Buenos días. ¿Sucede algo? —preguntó Melissa, preocupada al ver a Susan con la ropa en los brazos.

—Oh, no cariño. Nada. He bajado para que podamos terminar pronto y aprovechar tu última mañana aquí con nosotros —respondió Susan pensando que no había sido buena idea bajar a ducharse abajo, después de lo que Melissa sabía.

—Ah, bien —respondió no muy convencida.

—¿Pasa algo, Mel?

—Me preocupa mi hermano.

—¿Por qué motivo? Está bien.

—Y me preocupas tú.

—¿Yo? —preguntó Susan tratando de demostrar asombro.

—No sé cómo decirte esto... —comenzó Melissa—. Te aprecio, Susan. Y Jack es mi hermano. Todo es muy complicado.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Susan, sabiendo que Melissa probablemente trataba de decirle que su hermano iba a dejarla o prevenirla de algo al respecto.

—Quiero a Jack, pero sé que no está bien del todo. Tiene muchos fantasmas que superar. Ayer estuvimos hablando de ello y fui más consciente de ello que nunca.

—Lo sé, Mel.

—El caso es que... no sé si eres consciente de que quizás no es una persona muy segura ahora mismo. Creo que aún tiene miedo a las relaciones personales. Conmigo ha avanzado todo muy bien, y sé que tú le haces mucho bien. Pero no quiero que te haga daño o te hagas todas las ilusiones del mundo con él, porque no sé si podrá llevarlas a cabo.

—Mel, relájate —le dijo tratando de tranquilizarla—. Sé lo que me

quieres decir. Tu hermano aún no sabe qué quiere en la vida, es paradójico a su edad, pero ninguna de nosotras ha pasado lo que él, así que también es comprensible. Si lo que tratas de decirme es que puede que Jack un día se bloquee, le dé miedo lo nuestro y me pueda dejar plantada, te diré que es algo que sé desde el primer día. Soy consciente de lo que hay con tu hermano y de los bagajes que trae consigo.

—¡Dios! —suspiró Melissa, apoyándose en la encimera—. No sabía cómo decírtelo.

—Pues de forma clara, Mel. Me gustan las cosas claras.

—Gracias. —Le sonrió Melissa—. Pase lo que pase espero que me sigas considerando tu amiga.

—No lo dudes nunca. Pero no te preocupes por eso, tu hermano solo necesita tiempo.

—Vendré muy pronto. Lo prometo. El primer fin de semana que pueda me tendréis aquí.

—Tus visitas le harán mucho bien siempre a Jack. No dejes de venir.

No le gustaba estar enfadado con Susan, pero sabía que la separación estaba a flor de piel, casi habían discutido la noche anterior y esa mañana lo habían hecho. Ella estaba molesta. Y tenía razón. No debería haberle dicho a Mel que iba a dejarla. Estaba seguro que ahora ninguno de los tres estaba contento y había sido por su torpeza.

—Te he traído un café —advirtió Susan con la taza en la mano mientras él estaba frente al espejo afeitándose en ropa interior. Le gustaba ver cómo lo hacía, era preciso, rápido y le hacía imaginar una pequeña intimidad con él que nunca tendría.

—Gracias —respondió él tomando la taza de sus manos. Bebió un sorbo y la dejó en el mueble del lavabo.

Continuó con su afeitado, apenas le quedaban un par de pasadas para terminar. Ella se apoyó en el quicio de la puerta para observarlo a través del espejo.

—Siento haber sido tan torpe —se disculpó—. Tendría que haber entendido que todo sería mejor si Mel se iba contenta.

—Y yo siento haberte juzgado. Es tu hermana, es tu vida, y yo no soy nadie para decirte lo que tienes o no tienes que hacer o decir —dijo mientras Jack terminaba de afeitarse, se enjuagaba la cara y se la secaba con la toalla para girarse hacia ella.

—Si que eres alguien, Susan. No digas eso.

Le dolió escucharle decir aquello de que no era nadie. Porque sí que lo era, confiaba en que a partir de entonces fuesen amigos y hasta la noche anterior y aunque no se volviera a repetir, habían sido más que eso, mucho más.

—Solo una entrometida que se ha inmiscuido en tu vida todo el tiempo sin derecho alguno —dijo bajando la vista al suelo—. Mañana te librarás de mí.

Jack no dijo nada, solo fue hacia ella, le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios largamente. No quería pensar que ella se iba a ir de su vida en pocas horas. Ella respondió a las sensaciones que él despertaba en todo su cuerpo y le pasó inmediatamente las manos por el cuello enredando sus dedos con el cabello aún húmedo tras la ducha de Jack.

—Eres mi amiga y una voz cuerda a mi lado —reconoció tras despegar sus labios de los de ella y la miró a los ojos—. Susan, no te vayas. Podemos continuar esto. —Se sorprendió pidiéndole aquello y se preguntó a sí mismo si acaso estaba perdiendo el juicio. Pero la realidad era que no quería separarse de ella, a pesar de que sabía que era peligroso.

—¡Jack! —exclamó ella sorprendida ante lo que él le acababa de pedir. ¿Quizá había cambiado de opinión y quería algo más de ella en el último momento, al pensar que aquel era su último día juntos?

—Estamos bien juntos, podemos seguir así, sin compromisos —matizó él, haciendo pedazos su pequeña esperanza.

—Creo que es algo que tengo que pensar —dijo despacio—. Quizás debamos hablar sobre ello después de que Mel se vaya.

—Hablaremos de ello entonces.

—Yo venía a decirte —dijo ella retomando la idea inicial, tras haberle llevado el café y haberse distraído con la imagen de aquel hombre perfecto afeitándose y aquel beso que le había nublado la razón— que deberíamos comportarnos con normalidad delante de Mel. Si nos enfadamos el uno con el otro no haremos más que preocupar a tu hermana al respecto.

—Lo sé, y tienes razón. Yo había pensado en lo mismo. No quiero que se vaya preocupada.

—¿Qué te apetece hacer antes de irte? —preguntó Jack a su hermana nada mas bajar al salón.

—En realidad me apetecería no tener que irme —aseguró mientras se

levantaba del sofá. Estaba acariciando a *Trisha* que dormitaba ya a esas horas.

—Si quieres quedarte más días estaremos más que encantados de seguirte teniendo aquí —dijo Jack sinceramente a su hermana. Le gustaría seguir teniéndola. Ahora que la conocía, no quería separarse de ella. Ni de ella ni de Susan. A pesar de que al principio de la semana pensó que todo aquello acabaría con su paciencia.

Melissa se acercó a su hermano y lo abrazó por la cintura.

—Me encantaría, pero tengo exámenes. Prometo que los próximos días libres que tenga te los reservaré a ti. Quizás dentro de un par de fines de semana. Y, por supuesto, este verano no te vas a librar de mí.

—Eso espero, pequeña —le respondió acariciándole la cabeza y posando un beso en ella—. ¿Qué quieres hacer finalmente hoy?

—Abrazarte es buena idea para pasar la mañana —afirmó ella, aún en los brazos de su hermano mayor. Lo había echado de menos durante toda su vida, y él a ella también.

Se oyó el disparo de un teléfono móvil. Susan acababa de sacarles una fotografía. Y ellos la miraron.

—Lo siento, pensaba que estaba en silencio —se disculpó—. Será un bonito recuerdo.

—Seguro que sí —convino Jack.

—Os enviaré todas las fotografías que he sacado estos días —expresó Melissa recordando el extenso álbum que había hecho en su estancia en el rancho.

—Será estupendo —convino Susan.

—¿Qué os parece si vamos a dar un paseo por San Angelo y almorzamos allí? —propuso Jack.

—Una gran idea ¿Pero tu trabajo?

—Sam me ha dicho que podía tomarme la mañana libre para estar contigo.

—No pierdas este trabajo, *nano*. Los Atkins son buenas personas.

—No tengo intención de irme —le respondió obviando que hacía apenas un par de semanas casi lo había hecho.

—Voy a por el bolso —le dijo, besándolo en la mejilla y subiendo como una exhalación las escaleras.

—La vas a echar de menos y mucho —comentó sonriendo Susan.

—Soy idiota. Haberme mantenido alejado de ella solo ha sido una

pérdida de tiempo —dijo algo abatido.

—Jack, no te fustigues. Y por favor, no vivas en el pasado.

—¿Te replantearás lo de dejarla? —le preguntó Melissa mientras almorzaban. Susan había ido al baño.

—No lo sé, Mel —le dijo nuevamente de forma sincera. No era la relación que su hermana pensaba, pero hacía apenas unas horas le había pedido que continuasen aquello. Sin compromisos, eso sí. Cuando ella conociera a otro tipo, la dejaría ir, porque merecía ser feliz.

—No la dejes, Jack. Veo cómo la miras, te gusta mucho, os entendéis bien, ella sabe lo de tus pesadillas y no le importa, además de que seguro que en la cama os lo pasáis también muy bien —añadió con una sonrisa.

—¡Mel! —la reprendió él.

—Si no te dijera eso ni sería sincera ni sería yo misma. No entiendo por qué motivo os sentís tan cortados cuando hablamos de sexo, bueno, del vuestro, es obvio que vosotros tenéis bastante más que yo.

—No me parece un tema para hablar con mi hermana pequeña —le dijo su hermano.

—Es un tema como otro cualquiera. No obstante, lo que quiero decirte es que no la dejes o te arrepentirás.

—¡Ya estoy aquí! —dijo Susan tomando asiento de nuevo—. ¿Ya has hablado con ella de... ya sabes? —le preguntó refiriéndose al dinero que le iba a dar.

—No, aún no.

—¿De qué tienes que hablar conmigo? —preguntó Melissa intrigada.

—Me gustaría saber cómo están tus finanzas.

—Papá y mamá están pagándome de momento el préstamo de estudios, y espero terminar cuanto antes para poder pagarlo por mí misma.

—No será necesario —dijo Jack sacando un cheque doblado de su cartera y lo sostuvo entre dos dedos—. Desde que naciste tuve claro que ahorraría para ti, para tus estudios o lo que necesitaras. Quizás llego un poco tarde, lo siento. —Le puso el cheque delante en la mesa aún doblado.

—No quiero que me des dinero. Me puedo arreglar.

—Llevo veinte años ahorrando para ti, así que rechazarlo no es una opción. Ábrelo y dime si es suficiente. También sé que quieres vivir sola cuando empieces la residencia, espero que te ayude y si no es así, quiero saberlo.

—¿Me darías más dinero? —preguntó ella escrutando a su hermano.

—Por supuesto, siempre que sea para algo maduro, desde luego. Ábrelo y míralo.

Melissa cogió el cheque, lo abrió y lo miró con los ojos y la boca abierta.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó. Esto es mucho dinero.

—¿Será suficiente para pagar lo que debes y vivir sola? —preguntó él con una sonrisa.

—Es más que suficiente, pero no sé si debo. Susan, ¿tú sabías esto? ¿Estás de acuerdo?

—Lo sabía. —Le sonrió—. Y es el dinero de tu hermano, es asunto suyo. No mío.

—Aun así, no quiero que pases apuros económicos por mi causa. —Le extendió el cheque para devolvérselo.

—He pasado los últimos veinte años en los marines, se paga muy bien, sobre todo algunos trabajos extra. No he gastado nada en ese tiempo, así que no pienses que voy a pasar apuros por darte esa cantidad.

—¡Esto es genial! Voy a poder pagar mi préstamo entero y vivir durante mi residencia en un apartamento para mí sola. Y papá y mamá no deberán preocuparse y podrán irse de crucero. ¡Gracias, *nano*!

LO QUIERO TODO

—Yo también la voy a echar de menos —comentó Susan, sentada en la encimera de la cocina mientras tomaba un café. Melissa se había ido hacía diez minutos. La echaría de menos porque aquella joven le caía bien y porque su marcha hacía que la semana de novia de Jack Fisher terminase y eso era una auténtica pena. Aunque él quería continuar con aquello... ella no tenía las cosas tan claras, dados sus sentimientos actuales hacia él.

—Volverá, lo sé —ahora la consoló él a ella—. ¿Has pensando en lo que te he propuesto esta mañana? —le preguntó, acercándose peligrosamente a ella.

—Estoy en ello, Jack.

—Voy a darte un incentivo para que aceptes. —Se aproximó a ella, le rozó la nariz con la suya y se apoderó de su boca. Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y se aferró con las piernas a su cintura. Jack la levantó pasando sus manos por debajo del trasero de ella y giró con ella sin dejar de besarla.

—¡Jack! ¿Estás loco? —le dijo cuando separaron sus labios. Ella se aferraba a su cuello.

—¿Por qué?

—No puedes cogerme así.

—Pues yo creo que sí —dijo él con una chispa de humor en sus ojos—. Ya lo he hecho.

—No soy tu hermana. Peso al menos el doble que ella.

—¡Oh, por favor, Susan! Pesas lo que tienes que pesar, eres preciosa y veo que nadie se ha molestado en decírtelo lo suficiente para que te des cuenta de ello —le dijo mirándola fijamente a los ojos, aquellos ojos azules que lo volvían loco.

—Bájame antes de que alguno de los dos quede en vergüenza.

—Que conste que solo te voy a bajar porque tengo que ir a trabajar.

—¡Eres imposible! —lo regañó ella, poniendo los ojos en blanco, mientras él la dejaba en el suelo.

—Tienes toda la tarde para pensar en lo que te he preguntado —añadió aún asiéndola de la cintura—. Respetaré tu respuesta sea cual sea. Pero espero que sea afirmativa.

Toda la tarde, como él le había dicho, y ese era el tiempo que llevaba pensando en ello, apenas quedaba media hora para la hora de la cena y no había decidido nada. Por un lado quería permanecer con él. Se encontraba más que bien al lado de Jack pero, por otro, sabía que era engañarse a sí misma, hacer crecer algo unilateralmente. Él no tenía el más mínimo interés en nada más que un poco de compañía y sexo ocasional.

—Estás muy pensativa —le dijo Terry sentándose a su lado en uno de los bancos del jardín—. Y comienza a hacer frío.

—No me había dado cuenta. —Soltó aire—. Estoy tratando de tomar una decisión y no tengo nada claro.

—¿Te puedo ayudar?

—No lo sé. Estoy hecha un lío —respondió, incorporándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas.

—Tiremos del extremo de la madeja entonces.

—Sé que soy idiota, que no debería implicarme por acostarme con un tío, pero... —suspiró—, me he enamorado de Jack. Soy así de tonta.

—¡Eso es genial! —exclamó Terry esbozando una gran sonrisa—. ¿Cuál es el problema?

—Que sé que él no lo está de mí.

—Pues yo creo que sí. No hay más que ver cómo te mira. Ayer en la comida en cuanto te vio salir fue tras de ti. No sé qué hablasteis, pero me fijé que durante el resto del tiempo mantuvo tu mano cogida.

—No, Terry. No te lleves a engaños, con él no hay futuro. Es cariñoso, es atento, es un hombre estupendo... —Susan cerró los ojos.

—No lo entiendo.

—Sus fantasmas. Sufre aún por el tiempo que estuvo en Iraq, en Afganistán y a saber en cuántos lugares más. Por lo que hizo en esa época. No se perdona a sí mismo.

—Sabía que tenía algún problema, pero no sabía que fuera tan grave. Al menos con su hermana se lleva bien.

—Ahora, Terry, acaban de recuperar la relación, o de iniciarla, según se mire. Ha estado alejado de ella toda su vida. Tiene la extraña idea de que si

permanece alejado de las personas no les hará daño.

—Pero se ha acercado a ti.

—Más bien me acerqué yo a él. Pero da igual, el siempre tiene normas. Siempre que la cosa se pone seria me dice: «Sin compromisos, Susan».

—Y por lo que veo tú accedes a esas normas.

—Me desarma por completo. Es estar cerca de él y estoy perdida, me da igual que me diga eso como si me dice que tendré que comer carne cruda. Lo hago, porque... ¡Oh Dios!, lo quiero y no puedo evitarlo —dijo Susan con dolor.

Terry le tomó la mano y se la apretó con firmeza.

—Y bien, ¿cuál es la decisión que tienes que tomar?

—Me ha pedido que continuemos lo que tenemos.

—Y te lo estás pensando.

—Así es.

—Si quiere continuar es buena señal, es que quiere más.

—Mucho me temo que no. Que quiere lo que hay, ya sabes: «Sin compromisos, Susan» —dijo parafraseando a Jack.

—¿Y tú qué quieres?

—No lo sé. Me gusta estar con él, me gusta lo que hay. Pero quiero más. Lo quiero todo. Quiero un hombre para el que yo sea lo primero, no sé si es egoísta, pero no me importa ser egoísta. Quiero que me prefiera a mí antes que a su secretaria o que prefiera quedarse conmigo antes que ir a una cena de negocios insustancial o a un seminario que no aporta nada.

—Sabes que esos tipos eran idiotas —dijo Terry recordando las malas experiencias de Susan.

—Lo sé. Pero tengo treinta y cinco años y yo ya no quiero jugar, quiero algo real.

Tocó a la puerta de su casa y esperó. Calculó la hora a la que ya estaría duchado.

—¿Por qué tocas? Estaba abierta, como casi siempre —comentó Jack al abrir y verla parada en el umbral.

—Me pareció lo más correcto. Ya no estamos fingiendo.

—Pasa —Se apartó a un lado—. Tenemos confianza, puedes seguir entrando en mi casa cuando te plazca. Además, hemos superado aquello de que me veas desnudo. —Le sonrió.

—A ti tampoco es que te importase mucho.

—Es cierto —dijo cerrando la puerta y girándose para mirarla—. Has tardado, iba a llamarte por teléfono. No quería cenar solo.

—He tenido una tarde ocupada. Se excusó ella.

No había sido una ocupación física, más bien mental, en realidad su cabeza aún seguía ocupada.

—Espero que a pesar de esa tarde tan ocupada, tengas fuerzas para cenar conmigo —dijo, acercándose a ella para asirla de la cintura y atraerla hacia sí.

—Claro que sí. —Le sonrió ella. Allí estaba aquel exmarine encantador, cariñoso y atento que la tenía entre sus poderosos brazos.

—Finalmente tu respuesta es sí —afirmó Jack mientras jugaba con un mechón de pelo de ella. Ambos estaban en el sofá, ella acurrucada en su pecho mientras veían un documental de la construcción de un casino en Las Vegas.

—Aún no —lo corrigió, incorporándose para sentarse y mirarlo a los ojos.

—Pensaba que... no sé. Estamos bien juntos.

—Y lo estamos. Pero me gustaría saber que tendríamos.

—Lo que hemos tenido esta semana. Podríamos salir a cenar de vez en cuando, a tomar algo, a bailar, esas cosas.

—¿Y qué más?

—Charlaríamos, me gusta hablar contigo. Eres la persona que probablemente sabe más de mí —dijo acariciándole la mejilla.

—¿Algo más?

—Bueno, la química que tenemos es muy fuerte, ya lo sabes, así que compartiríamos cama a menudo, solo si a ti te apetece.

Ella guardó silencio y desvió su mirada hacia la televisión nuevamente.

—¿Ocurre algo, Susan?

—¿Qué seríamos? ¿Cómo denominaríamos esto? —preguntó seria.

—Buenos amigos.

—Ya.

—Si te preocupa lo que puedan decir los vaqueros del rancho podemos decir que salimos juntos, al igual que hemos hecho con mi hermana. Nunca dañaría tu imagen.

—Mi imagen. —Asintió.

—Sí —respondió comenzando a ponerse nervioso. Se amenazaba temporal y no sabía si estaba preparado para capearlo.

—Lo siento, Jack, pero... aunque no estoy desesperada por encontrarlo, sinceramente busco algo más —dijo levantándose del sofá para ir a la cocina. Un lugar seguro.

—Eso no sería problema... —comenzó a decir él.

—¿Perdón? —Se volvió para mirarlo, a medio camino. Él también se había levantado y la miraba desde allí.

—Esto es... no sé, mientras encuentras a alguien que te haga feliz. Una vez lo encuentres yo me apartaría a un lado deseándote lo mejor. No sería un problema.

Ella se quedó de piedra ante aquella afirmación de Jack. Puso la palma de su mano en la frente, cerró los ojos, que ya le empezaban a escocer y los volvió a abrir.

—Te apartarías —dijo al fin ella.

—Por supuesto. Cumpliría mi palabra. Deseo que seas feliz, lo mereces.

—Necesito un vaso de agua —dijo suspirando para dirigirse a la cocina. Aunque estaba pensando que más bien necesitaría un vaso de *whisky* de sesenta años, con más alcohol del que era legal en una bebida espirituosa.

—Susan, ¿qué ocurre? —preguntó cuando la alcanzó en la cocina. Ella estaba en el fregadero, había cogido un vaso y lo estaba llenando de agua.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó aún de espaldas a él. No sabía si podía mirarlo sin echarse a llorar. De hecho, no sabía cómo aún su voz podía sonar serena.

—Por mí no te tienes que preocupar, ya sabes que no tengo ninguna intención de encontrar a nadie.

—¿No has pensado que quizá pudiéramos tener una relación, los dos?

—¿Tú? ¿Conmigo? —Jack soltó una carcajada.

Ella se giró al escucharlo reír y lo miró intensamente.

—Estas hablando en serio —habló Jack contrayendo su gesto.

—¿No soy lo suficientemente buena para ti?

—No es eso y lo sabes. Tú eres perfecta, pero yo no puedo... nunca podré. Te lo he explicado varias veces.

—Pero, sin embargo, sí que podemos jugar a ser una parejita. Cenamos, salimos de fiesta y nos acostamos.

—Ambos somos libres, podemos hacerlo. Sin compromisos.

—Sin compromisos —repitió sopesando aquella frase que lo resumía todo para él desde el primer momento—. Quizá a ti te guste jugar, pero a mí no. Me acosté contigo no sé porqué... —Jack frunció el ceño. Ella se estaba

arrepintiéndolo de haberse acostado con él y eso no era bueno—. Sí sé por qué lo hice —se corrigió ella—. Porque cada vez que me tocas pierdo la razón, porque pierdo la razón estando contigo y mi cuerpo reacciona a ti. Pero jamás me había acostado con un hombre sabiendo que no habría nada más después.

—Dejamos las cosas claras, sin compromisos, somos adultos —se defendió él.

—Sin compromiso. Tus dos palabras favoritas. Deberías enmarcarlas y colgarlas en la entrada de la casa.

—No voy a comenzar una relación contigo, Susan. Eso está fuera de toda discusión.

—No, por supuesto. Está muy claro, solo sexo sin compromiso, eso es lo tuyo —dijo saliendo de la cocina pasando a su lado como una exhalación, para dirigirse de nuevo al salón.

—Sabes que eso no es cierto, estás siendo injusta. —Se giró de nuevo hacia ella.

—De acuerdo, soy injusta.

—No quiero una relación.

—No, claro. Es mucho más sencillo no implicarse, cuanto menos te implicas menos sufres, esa es tu teoría, ¿verdad, Jack Fisher? Es lo que querías que hiciera tu hermana contigo y apuesto a que es lo que has hecho con los hombres con los que has trabajado en los marines a lo largo de tu vida.

—¡No me conoces! —exclamó clavándole su gris y fría mirada. Aquella mujer había dado en el clavo y eso dolía.

—¿De verdad lo crees? —Le sostuvo la mirada—. Creo que te conozco más de lo que te gustaría y eso te molesta ahora mismo. Porque te molesta enfrentarte a esto.

—¿Qué demonios te pasa, Susan? Tú no eres así. Eres una persona razonable.

—Tienes razón, soy una persona razonable o, al menos, solía serlo. Hasta ayer.

—¿Hasta ayer?

—Sí, ayer me di cuenta que era una mujer muy estúpida.

—Podemos hablarlo, quizás pueda ayudarte —dijo Jack de nuevo en tono conciliador—. ¿Qué te ocurre realmente?

—Ocurre que no quiero jugar a la parejita de cara a la galería, que quiero que sea real, quiero una relación, y quiero que me quieras de verdad, con lo

bueno y con lo malo, ¿y sabes por qué? Porque he sido tan imbécil de no poder controlar mis sentimientos y ahora no me conformo con un simple juego temporal.

Si le hubieran pegado un puñetazo no habría sentido una sensación de noqueo inferior a la que sentía en ese momento. Ella se había enamorado de él. No había pretendido que ocurriera aquello pero había sucedido. Había jugado con fuego y ella se había quemado, y todo por su culpa. ¿Por qué había dejado que se acercara a él? ¿Por qué él se había acercado a ella?

—Lo siento, Susan —acertó a decir.

—Sí, normalmente enamorarse de alguien suele ser un hecho de gozo pero, dadas las circunstancias y tu incapacidad para los sentimientos, es poco menos que un funeral. Aquí tienes a la nueva y poco razonable Susan Donovan.

—Yo no puedo... sabías que yo no podía, que entre nosotros no habría nunca nada...

—Está bien, Jack —dijo poniendo una mano al frente para detenerlo—. No quiero seguir con esto. No vamos a arreglar nada, ya que tú no estás dispuesto a arriesgar nada por nadie. Subiré a recoger un par de cosas que necesito para mañana.

Subió las escaleras y se dirigió a la habitación, donde por fin prorrumpió en lágrimas. Cogió el neceser que tenía en el baño, se sentó un momento en la cama para serenarse y se quitó el colgante con medio corazón que él le había regalado un par de noches atrás. Lo miró en su mano mientras las lágrimas seguían bañando su rostro. Sacó una libreta y un bolígrafo del cajón de la mesilla de noche y le dejó una nota con el colgante encima.

Bajó de nuevo las escaleras. Él permanecía sentado en el sofá. Y se levantó al verla. Susan no quiso mirarlo y prosigió su camino con la vista alejada de él.

—Mañana volveré cuando no estés, si no te importa, a por el resto de las cosas. Le pediré la llave a Olga.

—Cuando tú quieras.

—Te molestaré lo menos posible —le dijo asiendo el pomo de la puerta de espaldas a él.

—Susan. Lo siento. Quiero que seas feliz.

Ella soltó la mano del pomo de la puerta y se giró para mirarlo a los ojos. Se limpió las lágrimas con la mano libre.

—Pues, la verdad, ahora mismo no lo soy —le dijo con dolor, mientras

las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

Se giró de nuevo, abrió la puerta, salió y la cerró.

Jack siguió a través de la ventana, la silueta de Susan en la oscuridad hasta que llegó a la casa grande. Dejó lo que llevaba en las manos encima de la mesa del porche y volvió a salir. Fue hasta la cerca de delante de la casa y se sentó en el suelo apoyando la espalda en uno de los postes. Supo que estaba destrozada y quizás ese era el motivo por el que no quería entrar en la casa tan pronto. Él único culpable de ese dolor era él, había jugado con ella, había permitido que se enamorase de él y la había herido en lo más profundo. No podía verla así, a pesar de la oscuridad, distinguía el dolor en los espasmos de sus movimientos. E hizo lo único que podía hacer por ella. Necesitaba consuelo.

—¿Pasa algo, Jack? —preguntó Samy al otro lado de la línea telefónica tras descolgar.

—Es Susan —dijo escueto aún mirándola por la ventana—. No se encuentra muy bien.

—¿Qué le sucede? —preguntó Samy preocupado.

—Está enfrente de la casa, en la cerca. Ayúdala.

Y colgó. En menos de treinta segundos, vio salir de la casa a Samy, que se dirigió hacia donde estaba Susan y se puso de rodillas frente a ella. Supo que ella estaría bien con él.

LAMENTOS

—¡Susan! —la llamó Samy al llegar y arrodillarse donde estaba ella—.
¿Estás herida?

—No —dijo apenas en un hilo de voz.

—Habéis discutido, ¿verdad? —comenzó a comprender el pequeño de los Atkins.

Susan asintió con la cabeza sin dejar de sollozar. Amaba a aquel hombre y aunque siempre supo que él nunca la correspondería, el enfrentarse a la realidad era devastador.

—Ven aquí —le dijo Samy cogiéndole las manos y ayudándola a levantarse. La abrazó y dejó que llorase en su hombro.

—Lo siento, Samy —sollozó ella.

—No lo sientas. —Le besó la cabeza—. Desahógate.

Samy se dijo a sí mismo que quien lo iba a sentir e iba a dar explicaciones al día siguiente iba a ser Jack. Aunque tuviera casi diez años más que él se estaba comportando como un inmaduro.

Tras diez minutos pudo conseguir que ella entrase a la casa y la llevó al despacho, donde él estaba trabajando.

—Lo siento, Samy —se disculpó, avergonzada, mientras permanecía sentada en el sofá.

—¿Estás bien, Susan? —le preguntó Samy con gesto preocupado cogiéndole las manos para acariciarlas. Él estaba sentado en la mesa baja que estaba frente al sofá.

—Sí. Solo necesitaba desahogarme.

—No quiero ser indiscreto, pero pensaba que todo iba bien entre vosotros.

—Creo que lo menos que te debo es una explicación.

—No me debes nada. Solo quiero que estés bien. Seguro que Terry lo haría mejor que yo, pero ya sabes que Luke y ella han salido, así que tendrás

que conformarte conmigo —le dijo intentando arrancarle una leve sonrisa. Sabía que ese había sido el motivo por el cual Jack lo había llamado a él. Sabía que Terry no estaba en el rancho.

—Eres un buen sustituto. Me estoy acostumbrando a llorar en tu hombro. Aunque te prometo que normalmente no suelo ser así.

—Estoy seguro de ello, claro que normalmente no conoces a tipos como Jack Fisher.

—Ese es el problema, Jack Fisher —suspiró—. ¿Por qué demonios me tuve que involucrar con él?

—Porque te gusta.

—Dios... —cerró los ojos.

—Seguro que no es nada que no se pueda solucionar.

—No, Samy. Hay cosas que no tienen vuelta atrás. Y esta es una de ellas.

—Me apetece un chocolate, ¿te apetece uno?

—¿Tratando de sobornarme?

—¿Funciona?

—Funciona.

Algo se le había roto por dentro. No podía sentirse como si nada hubiera sucedido, viendo cómo ella sufría, viendo lo que le había hecho y cómo se había ido. Recordaba sus últimas palabras, no era feliz y era culpa suya, toda suya. Se apartó de la ventana, se sentó en el sofá de nuevo y apagó la televisión. No tenía humor. *Trisha* levantó la cabeza, lo miró medio segundo, guiñó los ojos y le dedicó un leve maullido, como preguntándole por qué Susan se había marchado. No pudo soportarlo y subió al dormitorio.

Aún había cosas suyas en la habitación, aún flotaba en el ambiente su olor a flores y frutas. ¿Cómo había llegado a suceder aquello? Las reglas estaban claras, sin compromisos. Ella las había roto. Y él también había roto las suyas. La idea había sido no acercarse, no permitir que se acercara y no lo había cumplido, porque le gustaba tenerla cerca y se sentía bien estando con ella. Hasta le había contado más que a nadie de sí mismo, había permitido que ella entrara en su mundo. Ella conocía sus pesadillas, su punto más débil, y no le había importado. Lo que hizo por él aquella noche aún lo removía por dentro, la delicadeza, la paciencia y la dulzura que había mostrado en aquella situación tan difícil no la olvidaría nunca. Con ella pudo dormir por primera vez después de una noche de pesadillas.

—Gracias por el chocolate —le dijo Susan a Sammy, asiendo la taza con ambas manos para calentárselas. Tenía frío.

—Es mi especialidad. Aún no he dejado de lado mi parte infantil. ¿Quieres más nubes?

—No, gracias. Está bien así.

—A Jack le gustas —afirmó Samy.

—No lo suficiente.

—No quiero tomar parte por ninguno de los dos, porque os considero amigos a los dos.

—No te voy a culpar si te pones de su parte, sois hombres, trabajáis juntos. Yo, al fin y al cabo, estoy de paso aquí.

—Eso no le ha salvado cuando ha hecho algo mal y se lo he dicho. Y sé que le gustas y mucho.

Susan suspiró.

—No lo dudo, Samy. Pero él lo que quiere es una relación irreal.

—Él quiere que seas feliz.

—¿Es acaso un mantra eso? Es lo que me ha dicho cuando he salido por la puerta. Bien, no dudo que lo quiera, pero tiene una forma muy extraña de demostrarlo.

—Hace un par de semanas hubo un malentendido, pensó que me gustabas y no sé por qué sacó conclusiones al respecto. Cada vez que te veía decaída me perseguía ferozmente para echarme en cara que no te hiciese lo suficientemente feliz.

—Lo sé, me lo contó Terry.

—¿Y no lo crees?

—No, Samy, no lo creo. Él quiere a alguien para salir, hablar, que le haga compañía y que de vez en cuando se acueste con él. Pero no quiere sentimientos. Yo no tengo ganas de jugar a eso. Prefiero continuar sola. Admito mi culpa, sabía que él era así y aun cuando me lo ha dicho, me ha dolido escucharlo.

Se quitó la ropa y se dispuso a meterse en la cama. Había recuperado su cama, pero a un precio demasiado alto, perdiéndola a ella. ¿Por qué le dolía tanto?

Miró a la mesilla y vio el colgante de medio corazón que le había regalado un par de noches antes. Lo tomó en su mano, lo miró, cerró el puño

y lo apretó en él. Miró ahora la nota manuscrita con lo que a buen seguro era la letra de Susan. Una letra regular y juvenil, como ella.

«Es tu corazón, y tú no lo compartes. No me pertenece.»

Ahora abrió la mano y apretó aquel colgante contra su frente. ¿Por qué le dolían aquellas palabras escritas? Sentía el dolor que se encerraba en ellas. ¿Cómo había sido capaz de hacerle tanto daño en apenas unos minutos a aquella mujer? Ella le importaba, más que ninguna otra persona en muchos años, y le había hecho daño. Abrió el cajón de la mesilla e hizo lo que no había hecho en veinte años, se quitó la cadena que había llevado al cuello con la identificación de marine. La guardó, cerró el cajón de nuevo y se puso el colgante del medio corazón.

—Buenos días —lo saludó Samy en tono serio mirándolo. Jack no traía muy buena cara, era evidente que no había dormido mucho, si acaso había podido hacerlo, algo que dudaba por su rostro.

—Buenos días —respondió Jack.

—No te veo buena cara —observó Samy mientras veía a uno de los vaqueros apilando paquetones de alfalfa en el granero del forraje con una carretilla elevadora.

—No he dormido mucho.

—Bien.

Ambos hombres guardaron silencio por unos minutos observando cómo apilaban la alfalfa.

—Sobre lo de anoche... —rompió Jack el silencio.

—Eres idiota, Jack.

—Me lo merezco.

—Me consuela saber que dado tu aspecto no has dormido demasiado bien. Si ni siquiera tuvieras conciencia y hubieras aparecido descansado y con buena cara ya serías un cabrón completo.

—Sé que estás molesto por la llamada de anoche.

—No te entiendo, Jack. Hace unas semanas me perseguías para que la hiciese feliz continuamente y ahora que ha sido tu turno haces cosas como la de anoche.

—Yo no soy el adecuado.

—Hasta hace dos días eras el adecuado. ¿Qué ha cambiado desde entonces?

—Hace dos días estábamos fingiendo tener una relación delante de mi hermana.

—Y también fingías que te acostabas con ella.

—Eso... sucedió. Somos adultos, no creo que tenga que dar explicaciones.

—No tienes que hacerlo. Pero te conozco, no te acuestas con la primera mujer que se te cruza. De hecho querías alejarte de Susan continuamente, si ha sucedido algo más entre vosotros es porque hay algo más.

—Estábamos fingiendo. Pero ya te dije que había mucha química.

—La estás cagando, Jack. Y la seguirás cagando hasta que reconozcas lo que sientes por ella realmente.

—La aprecio.

—Sí, Jack. Síguelo repitiendo, igual te convences de ello después de mil veces.

Jack no quiso contestar a aquello. Samy no tenía ni idea, él no sentía nada más a parte de una buena química, que lo había metido en aquel lío. Ella sin duda estaba confundida.

—¿Susan está bien? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Anoche no parecía preocuparte demasiado.

—No me juzgues, hice lo que creí mejor para ella.

—Susan no está bien. No sé exactamente que ocurrió entre vosotros. Pero sé que está muy dolida.

—No quise en ningún momento hacerle daño —afirmó Jack desviando la vista hacia la alfalfa.

—Mira, Jack, soy tu amigo, estaré aquí cuando me necesites, pero también te diré cuando actúas mal. Y anoche fue una de esas ocasiones.

—Lo sé, Samy. No esperaba menos de ti.

—Y bien, ¿qué vas a hacer al respecto?

—No voy a hacer nada. —Se giró de nuevo para mirarlo.

—¿No te vas a disculpar con ella? ¿No le vas a pedir otra oportunidad?

—No voy a hacerle más daño. Ella tiene que seguir su camino. Encontrar a alguien que la haga feliz.

—¿Y tú? ¿Por qué no puedes ser tú quién la haga feliz?

—Yo, no.

—Estás deseando ser ese hombre que la haga feliz. Y lo has sido desde hace una semana. Crees que estabas fingiendo, pero me apuesto lo que gano en un mes a que te sentiste más vivo la semana pasada con ella que en los

últimos años.

—No apuestes algo que quizás puedas perder —le dijo, aun sabiendo que Samy tenía razón.

VOLVIENDO AL ESCENARIO

Se había entretenido demasiado en el apartamento de Samy esa tarde y, además, había visitado a sus nuevos clientes que se mostraban ansiosos por que empezase el trabajo. No podría llevar dos proyectos a cabo al mismo tiempo, debería llamar a su ayudante ocasional, Kenny, y ver si le apetecía pasar un tiempo en San Angelo para echarle una mano.

Tenía que recoger las cosas que había dejado en la casa de Jack, habían pasado tres días y no había tenido ganas de ir. Pero decidió que no podía dejarlo pasar más. Quizá a él le molestaba tener algo suyo.

—Iré a llevarle la cena al capataz —anunció Olga.

—Te acompaño —se ofreció Susan—. Me dejé varias cosas en su casa.

—Como quieras, muchacha. ¿Te quedarás a cenar con él? Puedo añadir más.

—No, gracias, Olga. —Sonrió ella—. No será necesario. Además, siempre has sido muy generosa en tus raciones.

—Es un hombre grande, debe alimentarse bien.

—Con tus guisos lo hace, no tengas duda de ello. —Sonrió de nuevo Susan pensando en lo grande que era y en lo cómoda y segura que se había sentido arropada entre sus brazos hacía apenas unos días.

«No, no, no», se dijo a sí misma—. «No debes pensar en él, no de esa forma»

La había visto a diario, a pesar de que él siempre se había mantenido oculto. Necesitaba saber cómo estaba, se sentía culpable y responsable de su estado de ánimo. En esos días no la había escuchado reír ni una sola vez y temió haberle arrebatado hasta eso. La veía cansada y triste. Ya sabía quién era el culpable, él. Cuando vio que se dirigía con Olga a su casa y la mexicana salió de ella, dejándola dentro, no dudó en entrar para preguntarle cómo estaba. Pero ahora que la miraba, desde la puerta de la habitación,

doblando varias prendas encima de la cama, no le parecía tan buena idea. Lo mejor era mantenerse alejado. Giró para huir de la estancia.

—¿Jack? —lo llamó ella cuando se giró y lo vio a dos pasos de la puerta alejándose.

Jack se obligó a girar sobre sus talones.

—No quería molestar —dijo tragando saliva. Ahora que la veía de cerca podía ver unos pequeños cercos negros bajo sus ojos, que había intentado disimular infructuosamente con maquillaje.

—Es tu casa. La que sobra aquí soy yo. En dos minutos me iré.

—Tómate tu tiempo.

—No quiero olvidarme nada —dijo ella siendo sarcástica. En realidad sentía dolor al estar allí de nuevo y ser consciente lo feliz que había sido, aunque solo hubiera sido por unos pocos días. Por si aquello era poco, la figura de Jack había hecho acto de presencia y aquello no hacía más que dificultar las cosas. Lo amaba con la misma intensidad y su corazón tomaría su tiempo en sanar. Siempre que no tuviera que verlo.

—No me molestan tus cosas —fue sincero. En realidad cada vez que encontraba algo suyo volvía a revivir lo que había tenido con ella y, aunque resultaba masoquista de alguna forma regodearse en aquello, le gustaba recordarlo.

—Aun así, prefiero que ni mis cosas ni yo te molestemos, ni ocupemos tu espacio vital.

—Lo siento —dijo él a sus espaldas, mientras ella seguía doblando unas camisetas—. Soy consciente de que no soy el hombre más delicado del mundo y pude resultar brusco la otra noche.

—No pasa nada, Jack.

—Siempre pensé que podríamos seguir siendo amigos una vez terminada... —No supo como continuar y se detuvo.

—¿La actuación frente a Mel? —lo ayudó ella terminando la frase.

Jack guardó silencio. ¿Ella había comenzado a pensar que todo había sido una actuación?

—Solo fue una actuación durante los dos primeros días —le replicó suavemente él—. Y creo que lo sabes.

—Bien, me alegra saber que no todo fue mentira.

—Sé que estás enfadada y estás en tu derecho. Es mi culpa, yo te metí en este lío, dejé que te acercases a mí.

—Dejaste que me acercara a ti —reflexionó ella con las últimas palabras

de él y se giró para mirarlo a los ojos. Él seguía de pie al lado de la puerta—. No, Jack. Aunque quisiera poder echarle toda la culpa, porque quizá me sentiría mejor, no puedo. El mundo no funciona así. Tú no tienes tanto poder. Yo me acerqué porque quise hacerlo, ignorando todas tus advertencias.

—Al menos te habrás convencido de que esas advertencias eran reales — dijo con desánimo.

—Lo más triste de todo es que ahora sé que ninguna de ellas era real. Eres un gran tipo, Jack, aunque te molesta escucharlo, es así. Lo eres. Y aunque a mí me moleste reconocerlo. Porque te aseguro que también me sentiría mejor si fueras un auténtico bastardo.

—No puedes seguir pensando eso de mí. No puedes pensar que soy un buen tipo.

—Siento decepcionarte, pero lo pienso.

A Jack le molestaba escucharle decir que era un gran tipo porque eso se lo ponía todo más difícil, a pesar de que no quería hacerle daño alguno, saber que ella le tenía en poca estima le hubiera puesto las cosas más fáciles.

Susan terminó de recogerlo todo y lo metió en una pequeña bolsa de deporte, la cerró y la cogió en la mano.

—Te la llevaré yo —dijo, adelantándose para arrebatársela de sus manos. Se había acercado a ella y había rozado su mano al cogerle la bolsa, un gesto que con ella nunca había sido simple, sino que era algo que hacía bullir la química en su interior. Pero no podía obedecer a esa química que le decía que la abrazase y la cubriera de besos suplicando su perdón por haberla herido.

—Yo puedo llevarla —objetó ella frunciendo el ceño. En realidad lo que quería era no estar tan cerca de él como estaba en ese momento. Mirando de frente a sus cercanos ojos grises y sintiendo el poder de todo su ser.

—¿Por qué no te quedaste con el colgante?

—Debiste dárselo a tu hermana. Te dije que te lo devolvería al terminar la semana.

—Mi hermana quería que lo tuvieras tú. Y yo también.

—Estoy segura que si Mel quiere hacerme algún regalo más, lo hará en el futuro y estaré encantada de aceptarlo, pero ese colgante es tuyo —dijo saliendo de la habitación y se paró por fuera al lado de la pared de la escalera.

—Aun así, me hubiera gustado que lo tuvieras. —Se detuvo frente a ella.

—No deberías ir regalándole cosas a cualquier mujer que aparece en tu vida.

Jack soltó la bolsa de deporte en el suelo y se dirigió hacia ella

cercándola con su cuerpo. Ella se pegó instintivamente a la pared y su respiración se entrecortó.

—No digas eso, no eres cualquier mujer —le dijo mirándola intensamente y demasiado cerca. Quería besarla y estaba perdiendo la batalla contra su autocontrol, se vio bajando la cabeza hacia sus labios. Ella no era cualquier mujer, había sido especial para él y lo seguía siendo.

—¡Susan! —Oyó llamar desde la planta baja a Olga, la mujer había vuelto a la casa.

Jack dio un paso hacia atrás como impulsado por un resorte y se mesó el pelo.

—¡Estoy aquí, Olga! —respondió en voz alta y clara desde el borde de la escalera, aún pegada a la pared y luchando por recuperar su respiración habitual.

—Me voy, muchacha. ¿Necesitas ayuda? —volvió a decir desde abajo la mexicana.

—No, estoy bien. Apenas son un par de cosas. Ve tranquila, gracias.

Se oyó cerrar la puerta de la entrada.

—Sigo queriendo que al menos, seamos amigos —dijo Jack impulsado por alguna fuerza interior desconocida y sabiendo al segundo siguiente que no era lo más sensato dadas las circunstancias. Debía poner distancia entre ambos, no acercarse de nuevo a ella, porque deseaba a Susan aún más que el primer día y de no haber sido por la interrupción de Olga habría comenzado algo que no estaba seguro de saber dónde y cómo hubiera terminado.

—Dame tiempo, Jack.

—Sabes que te aprecio sinceramente. Y deseo que estés bien y seas feliz.

—Sí, otro de tus mantras —suspiró ella—. Lástima que tienes una curiosa forma de demostrarme tus buenos deseos hacia mí.

Recogió la bolsa de deporte del suelo y, sin dar tiempo a nada más, bajó con ella las escaleras hasta la planta baja. Él la siguió a distancia.

—Siempre que me necesites estaré para ti. No soy desleal a mis amigos.

—Ya. Gracias, Jack —dijo ella, saliendo de la casa y cerrando la puerta tras de sí.

¿TE RINDES, SUSAN?

Dejó la bolsa de deportes en el suelo de su habitación, ya en la casa de los Atkins, mientras trataba de asimilar lo que había estado a punto de ocurrir entre Jack y ella de no ser por la oportuna intervención de Olga. Si él la hubiera tocado, ella habría perdido todo poder sobre sí misma y sus actos. Y eso no podía traer nada bueno, no podía permitir algo que no tendría continuación. Ella no quería jugar a aquel juego de Jack.

—¿Todo bien? —preguntó Terry entrando en la habitación—. Te he visto subir un poco agitada.

—He ido a buscar las cosas que tenía en casa de Jack —le dijo a su amiga mientras se dejaba caer pesadamente en la cama.

—Así que te rindes.

—¿Qué? —Se incorporó para mirar a Terry.

—Es lo que deduzco de tus actos.

—No tengo energía mental para mantener una relación que al final me hará daño a mí. Le quiero, pero él a mí no. Creo que te lo expliqué el otro día.

—Creo que yo también te he dicho en varias ocasiones, que estoy prácticamente convencida de que Jack siente algo por ti. Lo veo cuando te mira y cree que nadie más lo observa. Y hay algo más.

—¿Y qué quieres que haga, Terry?

Desaparecer de su vida no es una opción. Al contrario, deberías dejar que te vea hasta en la sopa. Darle celos si se te presenta la ocasión, eso es muy importante. Y, por supuesto, acercarte a él, pero con cautela, sin darle *todo*.

—Ya le he dado *todo*.

—Más a mi favor, sabe lo que se pierde, puede echar de menos ese *todo* que le diste.

—¿Y qué se supone que conseguiré con eso?

—Todo o nada. Tú no te involucras más porque no llegas al final y él

puede darse cuenta de que te necesita en su vida.

—¿No has pensado que me duele verlo sin poder acercarme a él como yo quisiera?

—Cariño, nadie dijo que fuera fácil. Piénsatelo.

—Iba a cenar, pero creo que tengo tiempo de tomarme una cerveza contigo —dijo Samy, viendo el gesto serio de Jack sentado en el porche al pasar por la casa de este.

—Ya sabes donde están —le dijo señalando el interior de la casa.

Samy estuvo dentro apenas un minuto y salió con dos cervezas. Le pasó una a Jack y ambos chocaron sus botellas antes de beber de ellas.

—¿Alguna novedad? —preguntó Samy sabiendo que aquella cara de Jack no era gratuita.

—Nada importante.

—¿Has visto a Susan últimamente?

Jack sopesó la respuesta antes de hablar.

—Ha estado hace un rato, a recoger sus cosas.

—Y eso te ha puesto de mal humor.

—No estoy de mal humor.

—No. Solo estás molesto porque te hubiera gustado que hubiera vuelto para quedarse.

—Samy, deja de emparejarme.

—¿No querrás decir que deje de leerte la mente?

—Vete al infierno, Samy.

—No, gracias. Demasiado calor. Jack, somos amigos. Deberías contarme lo que te pasa por la mente, dos cabezas piensan mejor que una y te desahogará.

Jack pensó en aquello. Hacía años que no tenía un amigo al que contarle los problemas. Sus amigos estaban muertos o en instituciones psiquiátricas. Los que aún quedaban vivos dudaba que tuvieran ganas de escuchar los problemas que él tenía con una mujer. Bastante tenían con sus vidas. Con Samy era con quien más conectaba de todo el rancho y un hombre al que respetaba y en el que confiaba.

—La he visto triste —comenzó a decir.

—Está triste. Y duerme poco —confirmó Samy—. La otra noche bajé a beber agua de madrugada y estaba en el despacho conectada a internet.

—Me siento culpable.

—Eso no te lo voy a discutir. Pero tú tampoco parece estar mucho mejor.

—No lo estoy, no. A veces pienso que si las cosas hubieran sido distintas... —se detuvo—, da igual, Samy, ve a cenar.

—Me temo que las cosas pueden ser distintas si tú quieres. No hay nada que lo impida.

—No es tan sencillo. Y hay muchos motivos por los cuales las cosas están bien como están.

—No veo cuáles son esos motivos. Ambos estáis solteros. Y sí, antes de que me lo digas dos veces, me iré a cenar —dijo levantándose del escalón del porche—. Jack, no pierdas la oportunidad que tienes.

SUSTO Y SORPRESA

La semana había pasado rápido y se encontraba agobiada, estresada y exhausta con dos proyectos en curso: el apartamento de Samy y la enorme casa de los Walker, sus nuevos e impacientes clientes. Se dijo que, ese viernes después de apenas cenar una sopa bien, se merecía un paseo para aclarar sus ideas y despejar la mente. En unos días llegaría Kenny, su ayudante ocasional para echarle la mano que tanto necesitaba. Estar tan ocupada no había sido algo tan negativo al fin y al cabo, le había permitido evitar a Jack durante toda la semana, aunque seguía pensando en dos cosas: en la charla que había mantenido con Terry acerca de lo que debería hacer para conquistarlo de alguna forma y en la proposición de amistad de él. Por un lado, le gustaba estar con Jack pero, por otro, tenía miedo a no poder superar lo que sentía por él. La duda de si su amiga tenía razón la carcomía por dentro. Quizá debiera aceptar la proposición de amistad, porque lo cierto era que lo echaba de menos y era absurdo evitarlo continuamente, como había hecho durante toda la semana, y ver si quizá él pudiera arriesgarse a más o, como poco, comprenderlo y saber qué miedos lo atenazaban.

—Hace una noche un poco fresca para pasear —la sobresaltó la voz de Jack a su espalda. No lo había escuchado acercarse.

—Lo mismo digo. Necesitaba despejarme.

—Acabo de echar un vistazo a una vaca de parto.

—No descansas.

—Gajes del oficio. —Le sonrió él.

—¿Cómo está *Trisha*? —le preguntó por la gata, un tema neutral.

—Te echa de menos —dijo con un semblante algo más serio. Le hubiera gustado añadir que él también. Pero no quería complicar las cosas.

—¿Podría ir a visitarla algún día? —le preguntó ella. Era al menos un comienzo, un nexo común.

—Puedes ir a visitarla ahora mismo si te apetece. ¿Vamos?

Ella asintió y caminó en silencio, al lado de Jack hasta su casa. Entraron en la estancia y la gata fue inmediatamente a restregarse en sus piernas prorrumpiendo en maullidos de alegría.

—Te dije que te echaba de menos.

—Yo también a ella —reconoció, agachándose para acariciar la cabeza a la gata—. Debí haberle traído alguna chuchería.

—Está feliz simplemente con verte —dijo sonriendo de nuevo. Él también estaba feliz de verla en su casa, aunque hubiera ido solo a ver a *Trisha*, la había echado terriblemente de menos durante la larga semana que había pasado, desde que habían discutido y ella se había ido—. ¿Te apetece una copa de vino?

Ella meditó la propuesta durante un momento.

—No tengo intención de emborracharte, si es lo que estás pensando.

—Sé que no lo harás —dijo ella incorporándose para mirarlo—. Confío en ti.

—¿Vino, entonces? ¿Cerveza? ¿Refresco? ¿Un café?

—¡Para! Pareces un camarero —Rio ella, viendo que Jack estaba nervioso con su visita—. Lo que tú tomes estará bien.

—Lo siento —se disculpó. Ella estaba en su casa de nuevo, al parecer se iba a quedar un rato y eso lo ponía extrañamente inquieto—. Una copa de vino entonces.

—Creo que es hora de ir a la cama —le dijo Jack, viendo cómo a ella le costaba mantener abiertos los ojos tiempo después, tras sentarse a beber el vino, mientras veían la televisión juntos.

A ella se le quitó el sueño de un plumazo y lo miró enfadada.

—Digo... —comenzó él, dándose cuenta de que ella había malinterpretado las palabras y estaba pensando que le estaba proponiendo que se acostasen—. Te veo muy cansada y se te cierran los ojos. Deberías ir a dormir. A casa de los Atkins.

Susan relajó su rostro.

Jack se dio cuenta de que estaba siendo a la vez descortés.

—También puedes quedarte si quieres. En la habitación vacía, por supuesto —añadió nervioso.

—Me iré a dormir, tienes razón. A casa de los Atkins —puntualizó ella notando el nerviosismo de él. Si por un momento había pensado que él le iba a hacer alguna proposición deshonesto, estaba muy equivocada.

Se levantó del sofá y notó un leve mareo. Se apoyó en uno de los brazos del mismo y un segundo después Jack se había levantado y la sujetaba pasándole uno de sus poderosos brazos por la cintura.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—Sí, sí. Es solo que me he mareado un poco. Vaya, al fin y al cabo, entre el sueño y el vino no ha hecho falta que me emborraches tú. Lo he hecho yo solita.

—Aún sigue en pie lo de la habitación de arriba. Podrás cerrar con llave por dentro, y te prometo que no tengo más llaves de esa puerta.

—Jack, por favor, relájate. Sé que no me vas a violar si me quedo. —Se irguió para mirarlo a los ojos, aunque se volvió a marear de nuevo y tuvo que apoyarse en él.

—¿Te quedarás entonces? —le preguntó realmente preocupado por ella.

—No. Solo necesito que me dé un poco el aire. En cuanto salga al fresco de la noche, me encontraré mejor.

—Te acompañaré a casa de los Atkins si insistes en irte —dijo él, dirigiéndose despacio hacia la puerta aún asiéndola por la cintura.

—Gracias.

Jack abrió la puerta y salieron a la noche. El fresco del final del invierno la golpeó en la cara sin notar ninguna mejoría.

—Oh, Dios, Jack —dijo ella antes de desplomarse en sus brazos.

—¡Susan! —Se arrodilló con ella en su regazo mientras le daba suaves palmadas en la cara—. ¡Susan!

Ella despertó del repentino desvanecimiento, aturdida.

—Estoy bien —balbució.

—No, no lo estás y siento decirte que finalmente vas a tener que quedarte aquí —dijo levantándose con ella en brazos.

Cruzó el umbral de la puerta, cerrándola con un pie, y subió las escaleras aún con Susan en sus brazos. La llevó a su dormitorio y la echó con cuidado en la cama. Le quitó las botas, desabrochó el botón de sus vaqueros para que la sangre circulara libremente y le puso una almohada doblada debajo de las piernas para elevarlas. Fue al baño y mojó una toalla en agua fría y se la puso en la frente acariciando su rostro con la otra mano.

—Susan —la llamó suavemente.

—¿Mmmm? —Abrió los ojos y lo miró para volverlos a cerrar.

—Dime que te encuentras mejor —dijo con temor.

—¿Qué le has echado al vino?

—No, ¿cómo crees? Yo nunca...

—Relájate, soldado —le dijo ella con una sonrisa en los labios y los ojos cerrados. Aún le daba vueltas todo si los abría—. Estaba bromeando.

—No bromees con esas cosas —la riñó suavemente—. ¿Estás mejor?

—No sé qué me ha pasado —dijo ella tratando de incorporarse.

—No te incorpores, quédate así por un rato. —Le puso una mano en el hombro para impedir que se moviera.

—Está bien, pero luego me iré.

—No voy a dejar que te vayas. Y voy a llamar ahora mismo a Terry, quizás debemos llamar al médico...

—No, Jack, no. Por favor. No llames a Terry, es muy tarde, no quiero asustarla.

—Entonces llamaré al médico.

—Estoy bien, no es necesario. No podría hacer nada más de lo que has hecho tú.

—No has bebido tanto para perder el conocimiento.

—He bebido con el estómago casi vacío —dijo ella abriendo los ojos para mirarlo. Al menos la habitación no daba vueltas tan rápidas ahora—. He sido imprudente, lo sé.

—¿No has cenado?

—Apenas una sopa. No tenía hambre.

—Con eso debió valer.

—Es que... —se detuvo—, no tuve tiempo para almorzar tampoco.

—¡Maldita sea, Susan! ¿Estás buscando suicidarte? —le preguntó con gesto reprobatorio.

—Lo sé, lo sé —dijo resignada.

—Voy a prepararte una tortilla ahora mismo. Tienes que comer —le dijo mientras se ponía de pie y se dirigía a la puerta, desde donde se giró para mirarla de nuevo—. Y no te muevas de ahí.

Quince minutos más tarde Jack apareció con una bandeja con una tortilla de al menos cuatro huevos, tostadas con mantequilla y un zumo. La dejó encima de una silla.

—Ahora te voy a ayudar a sentarte para comer.

—Para, Jack, por favor, no soy una inválida ni estoy en mi lecho de muerte.

—De puro milagro. ¿Por qué demonios te estás cuidando tan poco?

Ella se incorporó y se sentó en la cama bajo la atenta mirada de él, que a

continuación le puso la bandeja en el regazo y se sentó a su lado en el borde de la cama.

—Tiene muy buena pinta, pero es demasiado, no sé si podré comer tanto.

—Come lo que puedas, pero come, o me veré en la obligación de darte de comer yo.

—¿Lo harías? —preguntó ella divertida.

—No encuentro la gracia, Susan. Me has preocupado. Claro que lo haría.

—Lo siento —dijo ella avergonzada.

—¿Por qué te estás cuidando tan poco? —insistió él.

—Estoy bastante estresada, apenas doy abasto trabajando en un apartamento y una enorme casa.

—Podías haberme pedido ayuda. Te dije que estoy para lo que necesites.

—No hemos sido muy amigos últimamente. —Ella tomó un bocado y se sorprendió, estaba realmente deliciosa y tenía más hambre de la que había pensado hasta el momento.

—Sé que aún estás cabreada conmigo. Pero aun así, lo hubiera hecho.

—Ya no estoy enfadada —dijo ella tranquila mientras introducía en su boca otro trozo de tortilla.

—¿No? —preguntó él, sorprendido.

—No. No es cómodo que tratemos de evitarnos continuamente. Aunque en un par de semanas me iré a vivir a San Angelo, no quiero irme enfadada.

—Espero que no malinterpretes mis palabras —comenzó a decir Jack y carraspeó antes de continuar—. Lo que pasó entre nosotros estuvo muy bien, nunca había tenido algo tan parecido a una relación y, aunque estábamos fingiendo para mi hermana, sabes que no todo fue falso. Lo que quiero decir es que... te agradezco todo eso. —Se mesó el pelo nervioso.

Susan lo escuchaba y no sabía cómo interpretar sus palabras. Al parecer Jack le agradecía que hubiera sido su novia falsa, incluso creía vislumbrar de ellas que no se refería al hecho de hacerlo solo delante de Melissa. Era como si le estuviera agradeciendo...

—De nada. Pero... no sé exactamente a qué te estás refiriendo con eso de agradecerme...

—A enseñarme cómo es tener una relación con alguien. De una forma figurada, claro.

Ella se quedó con la boca abierta y la comida a medio camino. Bajó el tenedor al plato sin comer.

—No puedes estar hablando en serio —le reprendió observando su

expresión. ¿Le agradecía que le hubiera enseñado cómo era tener una relación de noviazgo con una mujer? Aquello resultaba cuanto menos surrealista.

—Igual te parece absurdo a mi edad. Pero es una experiencia que no había vivido. Y ahora me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

—Claro —acertó a decir volviendo la atención a su plato y a la comida.

—Me alegra haber solucionado las cosas. —Sonrió satisfecho aunque aún nervioso.

—Tienes miedo a las relaciones reales —dijo ella con tranquilidad volviendo a comer, ahora un bocado de la tostada con mantequilla.

Jack observó en silencio cómo estaba degustando la tostada.

—No tengo miedo, pero sabes que no puedo, hay muchas cosas que no me lo permiten.

—Tienes miedo y no quieres intentarlo —afirmó ella—. Pero no es asunto mío. Y no quiero que discutamos. Seremos amigos, como tú quieres.

—¿Tú no quieres? —preguntó él en tono suave.

—Déjalo estar, Jack —dijo, bebiendo zumo y bajando la vista.

Claro que no, se lo dijo la noche en la que discutieron. Ella quería más, una relación real, pero no jugar a ello. Sin embargo, para él era más seguro el juego, sin compromisos. El juego que le había hecho pasar a su lado la mejor semana de su vida. Pero era eso, un juego, una ilusión y solo había sido temporal.

—Tenías hambre —quiso cambiar de tema viendo cómo ella introducía en su boca el último trozo de tortilla.

—La verdad es que sí. Además, estaba muy buena. Gracias, Jack. Me siento avergonzada por haberme caído redonda. Resulta un poco violento —dijo mientras él le retiraba la bandeja.

—No es violento. Son cosas que suceden cuando te dejas de cuidar. Pero no lo hagas más porque me has asustado. Si te hubiera pasado en otro lugar podría haber resultado peligroso. Además, te debía una.

—Bien, ya he comido algo, así que me iré a casa de los Atkins —dijo ella, posando los pies en el suelo.

—No, no, no. Nada de eso. —La detuvo él—. Te quedarás aquí.

—¿Y tú?

—Yo dormiré en la otra habitación. Si te despiertas y te encuentras mal me llamarás enseguida.

—¡No exageres, Jack!

—No exagero, tú le restas importancia.

—¡Por el amor de Dios! —suspiró ella exhalando aire.

—¿Me llamarás?

—Te llamaré. —Puso los ojos en blanco.

—Bien. Ahora te daré una de mis camisetas para que te cambies de ropa.

—Se dirigió al armario y sacó una gran camiseta de fútbol dándosela—. Ya sabes dónde está todo. Me quedaré hasta que te cambies y te metas en la cama de nuevo.

—No me voy a marear más. Ya he comido, tengo el estómago lleno, estoy fuerte, podría incluso irme de fiesta a Malone's.

—No esta noche. Cámbiate, por favor.

Susan se levantó de la cama y lo miró con la camiseta en la mano. Sus miradas se cruzaron. La de él era de sincera preocupación y ella se la sostuvo. Él fue consciente de lo que quería ella y se giró de espaldas para que se cambiase con privacidad.

—Eres un poquito mandón —le dijo mientras se cambiaba de ropa.

—Y tú testaruda. Si no te cuidas, alguien tendrá que hacerlo.

Ella guardó silencio. Aun de espaldas, aquel hombre era físicamente fabuloso. Y muy considerado. Le había hecho una tortilla, la había reñido por descuidarse en su alimentación y quería que se quedase en su casa para cuidar de ella. Terry tenía razón, no podía renunciar a él o se arrepentiría algún día. Tenía que hacerse indispensable en su vida y darle celos, ver si realmente él podía sentir algo. Pero no jugaría a la relación ficticia.

—Ya estoy lista —dijo ella y él se giró sin poder evitar una mirada a sus piernas. Le gustaba acariciarlas, pero aquello era algo que nunca más volvería a hacer.

—¿Qué planes tienes para los dos próximos días?

—Por suerte ninguno, solo relax. ¿Por qué?

—Solo quería saber que vas a estar bien —mintió—. Eso es lo que necesitas. Relajarte. Ahora a la cama.

Ella se acercó, se puso de puntillas, le pasó las manos alrededor del cuello y le dio un tierno beso en la mejilla, justo al lado de la boca para a continuación desasirse. Lo miró a los ojos y vio en ellos lo que había visto hacía unas semanas en la puerta trasera de Malone's, pupilas dilatadas y una lucha interna. Ahora sabía lo que aquello significaba, él la deseaba.

—Gracias por todo, Jack —le dijo metiéndose en la cama.

—De nada —le respondió nervioso y con voz ronca, cogiendo la bandeja para salir de la habitación cuanto antes.

—Tienes que aprender a controlarte, Jack —se dijo a sí mismo apoyando ambas manos en la encimera de la cocina, nada más soltar la bandeja—. Amigos, solo amigos.

El deseo que sentía por ella estaba allí y seguía muy vivo, aquel suave beso en la mejilla, sus manos en el cuello, su aroma inconfundible y su cercanía habían estado a punto de arrebatarse todas las defensas. Hacía días que no la veía. ¿Cómo podía seguir sintiéndose de aquella forma al tenerla cerca? Susan había dejado las cosas claras, no quería jugar a las relaciones que no conducían a ningún lugar. Su mente lo sabía y respetaba esa decisión, pero ¿por qué su cuerpo no lo asimilaba?

—¡Huele estupendamente! —dijo ella bajando las escaleras a la mañana siguiente.

—¡Buenos días! —Se giró hacia ella con una sonrisa—. Podía haberte subido el desayuno.

—Estoy bien, puedo caminar y no me voy a desmayar de nuevo, si eso te preocupa. ¿Qué estás haciendo? —Se sentó en el taburete al otro lado de la barra de la cocina.

—Tortitas.

—Tú no desayunas.

—Pero tú sí.

—Puedo hacerlo en casa de los Atkins.

—¿No te apetece desayunar conmigo? —le preguntó él, decepcionado.

—No es eso —lo tranquilizó ella—. Tienes trabajo, y ya has hecho mucho por mí, no tendrías que haberte molestado.

—En realidad tengo todo el fin de semana libre y quiero hacerte el desayuno. Y, además, tengo una sorpresa para ti —dijo retirando la última tortita del fuego para colocarla en el plato, que dejó en la barra delante de Susan.

—¿Una sorpresa? —Sonrió ella.

—Así es —Le devolvió la sonrisa—. Iremos a pasar el fin de semana a un hotel con *spa*. Podrás relajarte todo lo que quieras y tendrás todos los masajes y tratamientos que desees incluidos.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque estás muy estresada y te debía un regalo para agradecerte lo que has hecho por ayudarme con mi hermana.

—No puedes pagarme un fin de semana en un hotel con *spa*.

—En realidad no lo he hecho. El negocio es de un antiguo Navy Seal con el que serví. Él y su esposa me han invitado docenas de veces y siempre he dicho que no, hasta hoy. Es un regalo sin coste para mí.

—Pero no podemos...

—¿Sómo amigos o no? —Se puso serio.

—Sí, lo somos.

—¿No pueden dos amigos ir a un *spa* a pasar un fin de semana?

—Ehm... sí, supongo que sí.

—Bien, pues eso haremos si no quieres que me ofenda. Pensaba que te haría ilusión.

—Y me hace ilusión. —dijo ella sintiéndose mal por decepcionarle.

—¿Quieres ir o no? Es sencillo.

—Sí, quiero ir. No pretendía ofenderte.

—Bien, pues no lo hagas. —Se giró hacia el mueble para sacar platos y cubiertos para las tortitas.

Ella se levantó, rodeó la barra de la cocina y lo sorprendió con un abrazo, cuando Jack se giró de nuevo con los platos y cubiertos en las manos.

—Lo siento, Jack —dijo pegada a su pecho mientras rodeaba su torso con los brazos—. Me encanta la idea. Es solo que hasta hace unos días nos estábamos evitando y ahora de repente me has invitado a ir a un Spa.

—Lo sé. —La abrazó como pudo sin soltar los platos y cubiertos y le besó la coronilla—. Pero quiero que seamos amigos y hagamos cosas como ésta juntos. Entiendo que es algo muy grande para empezar, pero necesitas ir a ese *spa* como el aire que respiras, necesitas relajarte.

—Gracias —le dijo, saliendo del abrazo y recuperando su sitio al otro lado de la barra.

UN SPA EN ABILENE

—Nunca había estado en Abilene. Será interesante hacer turismo por aquí —afirmó ella al entrar a la recepción del hotel, tras algo más de una hora y media de viaje en coche en la cual había dormido al menos la mitad.

—No vamos a salir del hotel, así que el turismo lo dejaremos para otra ocasión —respondió él tajante—. Necesitas descansar.

—¡Jack Fisher! —Sonrió un hombre de edad similar a la de él, sentado detrás del mostrador de recepción—. ¿Hacía cuánto que no nos veíamos?

—Greg, ¿cómo estás? —Le alargó la mano, que el otro hombre estrechó con gusto.

—Bien, muy bien, con un negocio próspero, el cual te has negado a visitar hasta hoy. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Te presentó a Susan Donovan. Él es Greg Jones. —Hizo las presentaciones y ambos se estrecharon también la mano—. Susan necesita descansar y pensé en vuestro hotel *spa*.

—La has traído al lugar adecuado. ¿Cuánto lleváis saliendo?

Jack no había esperado una pregunta de aquel tipo y tuvo que pensar rápidamente qué hacer. Si decía la verdad, sus padres se acabarían enterando de la farsa de la novia que había hecho delante de Melissa y se pondrían furiosos, sobre todo su madre, que al igual que Melissa estaba muy ilusionada con la idea.

—Solo un par de meses —intervino Susan, notando la vacilación que tenía Jack al respecto. Más tarde le preguntaría el porqué.

—¡Jack! —exclamó una mujer delgada y rubia, de pelo largo, que acababa de entrar por la puerta. Se dirigió a él y lo abrazó con fuerza—. Cuando me ha dicho Greg que por fin ibas a venir no me lo creía. Sé que dejaste el ejército, pero hacía al menos un par de años que no te veía.

—Hola, Holly. Te veo bien.

—Yo a ti también. De hecho te veo mucho mejor que la última vez.

—Te presento a Susan Donovan.

—Salen juntos —apostilló Greg, su marido.

Holly abrazó a Susan.

—Ya sabemos por qué se le ve mejor —comentó Holly, guiñándole un ojo a Susan.

Jack puso los ojos en blanco. Había pensado que era una buena idea llevarla a descansar a aquel lugar, pero se lo estaba replanteando. No le importaba ver a Greg y a Holly, pero ahora se estaban volviendo a liar las cosas. Ellos pensaban que salía con Susan. Y estaba en Abilene. Lo único que faltaba era que alguien más se enterase de su presencia y se pasara por el hotel a saludar.

—Os acompañaré a vuestra habitación —dijo Greg aún desde detrás del mostrador de recepción cogiendo una llave—. Si no te importa quedarte un rato en recepción, cariño. —Le dijo a Holly.

—Oh, no, por supuesto que no.

—Subiremos en ascensor —dijo saliendo de detrás del mostrador, con un sonido eléctrico que sorprendió a Susan.

Greg estaba en silla de ruedas y Susan no pudo evitar una cara de sorpresa que Greg interpretó.

—Jack no te lo ha contado, ¿verdad? —le dijo.

—Lo siento, no quería ser... —trató de disculparse ella.

—Jack es así con lo que respecta a lo que vivimos allí. Un recipiente hermético. —Lo miró y Jack desvió la mirada hasta el ascensor—. Perdí las piernas en Iraq. Jack...

—¿Podemos subir? Estoy seguro de que Susan quiere descansar —intervinó Jack. Quería que aquello terminara cuanto antes.

Greg sonrió, sabiendo que la impaciencia correspondía en realidad a que no quería que contase aquella historia.

—Subamos entonces. —Se dirigió hacia el ascensor, tocó el botón y esperó.

—¿Estás bien? —preguntó Susan, esperando al ascensor frente a Greg.

—Sí. Estoy aprendiendo a caminar, poco a poco. —Se levantó las perneras de los pantalones y ella pudo ver unos finos hierros, imitando a unas piernas, que terminaban en los zapatos que ya le había visto.

—Eso está muy bien. —Sonrió ella.

El ascensor llegó y los tres entraron.

—Está más que bien, era algo que pensaba que no podría volver a hacer

y, sin embargo, cada día está más cerca. Estoy seguro de que de aquí a un año podré hasta correr.

—Me alegro por ti. —Sonrió Susan, mirando de soslayo la expresión de Jack. Estaba segura de que él no sabía que su amigo estaba llevando a cabo ese proceso y se le vio relajado con el entusiasmo de Greg.

—Greg —dijo Jack—. Espero que no le digas a Peter y a Martha que estoy aquí.

—Pero ellos... —rebatió un muy sorprendido Greg.

—No he venido a hacer visitas sociales —lo cortó Jack antes que Greg hablara demás.

—Deberías ir. O quizá ellos quieran acercarse. Querrán conocer a Susan.

—Otro fin de semana, este no —dijo tajante él.

—Como tú quieras —se rindió Greg—. Se lo diré a Holly, pero creo que te estás equivocando.

—Es asunto mío.

Llegaron a la puerta de la habitación. Greg introdujo la tarjeta en la ranura y el pestillo cedió dejándoles paso a una sala de estar con dos sofás y una gran televisión de pantalla plana. Les condujo a la habitación principal, que estaba amueblada con una enorme cama blanca y dorada y otra pantalla plana en la pared de enfrente. Desde ahí se podía acceder al baño que era al menos del tamaño de la habitación. Estaba equipado con bañera hidromasaje para dos personas, ducha, toalleros eléctricos y dos grandes espejos. Había una gran cesta con jabones de todo tipo, bombas de baño, geles y aromas. Volvieron a cruzar la habitación, regresaron al salón y lo cruzaron en sentido contrario. En el otro extremo había otra habitación con dos camas más pequeñas y un baño equipado con ducha de chorros.

—Los tratamientos que podéis hacer están en esa hoja. —Señaló la mesa de café del salón—. Solo tenéis que llamar y alguien vendrá a vuestra habitación si es posible ofrecer el servicio. O podéis bajar a la planta baja donde está la piscina, el *jacuzzi*, la sauna y todos los demás servicios de los que disponemos. En el armario encontraréis bañadores para ambos y podréis realizar todos los tratamientos que estiméis oportunos. También tenemos servicio de habitaciones por si no os apetece bajar al comedor con el resto. Los horarios también vienen especificados en la hoja.

—Greg, te has excedido. Con una habitación normal habría bastado.

—Ésta estaba vacía, lo mejor para ti, Jack. Ya lo sabes.

Jack le tendió la mano y ambos hombres se dieron un apretón más que

significativo. A Susan no se le escapaba que entre ambos guardaban algún tipo de secreto.

—Ahora os dejo a solas. Susan, abusa de todos los tratamientos que necesites, cuando te vayas mañana, quiero que sea relajada y me hagas buena publicidad.

—Descuida, tendrás buena publicidad de mi parte. —Le sonrió ella.

Greg y Jack se dirigieron hacia la puerta y el primero salió de la habitación.

—Con respecto a Peter y Martha... —Lo oyó decir a Greg por lo bajo.

—No, Greg. Sabes que no me encuentro a gusto —le respondió Jack también en tono casi imperceptible.

—Haz lo que quieras.

—¿Te gusta? —le preguntó Jack a Susan en cuanto regresó al salón.

—Me encanta. Tienes buenos amigos. ¡Mira qué habitación!

—Greg es una persona muy generosa.

—Seguro que, después de lo que ha sufrido, ves la vida con otra perspectiva.

—¿Por qué has dicho que estábamos saliendo? —le preguntó él.

—Porque te has bloqueado ante la pregunta, así que he supuesto que había algún problema con eso. No te voy a preguntar qué sucede, pero espero haber acertado.

—Creo que lo has hecho.

—¿Quiénes son Peter y Martha?

—Da igual. ¿Quieres darte algún tratamiento antes de almorzar? —Quería cambiar de conversación y no quería mentirle. Ocultárselo no sería tan grave.

—¿Darme? ¿Y tú?

—La que está estresada eres tú.

—Pero no quiero hacerlo sola, me sentiría mal. Tienes que hacer lo mismo que haga yo.

—Testaruda, ¿verdad?

—Hasta el final.

—Está bien, pero no pienso hacerme la manicura.

—Qué pena, seguro que estás muy sexy con las uñas color coral —bromeó ella con una sonrisa en sus labios.

VIEJOS AMIGOS

—¡Mel! ¿Cómo estás? —respondió Susan, descolgando la llamada cuando vio el número de la hermana de Jack en la pantalla. Jack había bajado después del masaje, suponía que para charlar con Greg. Ella se había entretenido dándose una ducha para eliminar los aceites y en ese momento se estaba maquillando para almorzar en el comedor.

—Muy bien. Tan pronto pueda, volveré al rancho. Os he echado de menos, lo pasé muy bien con vosotros.

—Yo también.

—Cuéntame, ¿qué has hecho esta semana?

—Trabajar mucho. Me han dado finalmente la decoración de una casa bastante grande y no doy abasto entre esa y el apartamento de Samy. Estoy totalmente exhausta.

—Espero que estés descansando hoy.

—Sí, bueno, anoche me dio un mareo y me desplomé. Así que hoy, toca relax.

—¿No estarás embarazada? —bromeó Melissa.

—No, no lo estoy, siento quitarte la ilusión. Es solo que he descuidado las comidas estos días, estuve tomando vino con tu hermano, tenía el estómago vacío y no me sentó muy bien.

—No debes hacer eso, dejar de comer o de hidratarte no es una opción. Aunque te supere todo, debes alimentarte o te puede suceder eso. No querrás terminar en el hospital.

—Vale, con un Fisher que me riña por mi comportamiento tengo suficiente.

—Veo que mi hermano hace su trabajo. Espero que te esté dando muchos cuidados o lo llamaré para ponerle las cosas claras.

—Lo hace, se porta muy bien. De hecho me ha traído a pasar el fin de semana a un hotel con *spa* y nos acaban de dar un masaje estupendo.

—¿En San Angelo? Deberíamos ir la próxima vez y hacernos algún tratamiento.

—No, en Abilene. El hotel es de unos amigos suyos.

—¿En Abilene? —preguntó Melissa con voz preocupada.

—Sí, en Abilene. ¿Sucede algo?

—No, solo que me sorprende que te haya llevado a Abilene. Es el hotel de Greg y Holly.

—¿Los conoces?

—Sí, claro. Son estupendos. ¿Tenéis algún plan más?

—No, solo tratamientos de belleza. Quería hacer un poco de turismo, nunca he estado aquí, pero tu hermano dice que no saldremos del hotel en todo el fin de semana; que tengo que relajarme.

—Vaya, ya veo —respondió Melissa con un tono de decepción en su voz.

—¿Pasa algo? —le preguntó Susan notando extraña a la siempre alegre Melissa.

—Nada, solo que acabo de recordar que tengo que hacer una llamada importante y no puede esperar. Te llamaré sin falta antes de ir a San Angelo.

—Estoy deseando ese momento. Aunque estaré muy ocupada.

—Pero me enseñarás tu nuevo proyecto. Cuídate mucho y relájate estos días.

—Tú también.

—Susan es muy guapa —comentó Greg a Jack.

Ambos hombres tomaban una cerveza en una de las mesas del restaurante.

—Es estupenda —le respondió Jack. Al menos no le preguntaba por detalles de su relación.

—¿Puedes dormir con ella?

La alegría había durado poco. Greg era uno de los pocos que sabían acerca de aquel episodio.

—No —le respondió y se removió en su asiento—. Una noche lo hice y me desperté con pesadillas. Por suerte no le causé ningún daño.

—Lo imaginaba. Por eso os di esa habitación. ¿Cómo lleva ella ese asunto?

—Es paciente.

—He de suponer que no le has contado el motivo, don hermético.

—No, no lo he hecho. No es fácil decirle a alguien que podría morir mientras duerme.

—¡Vamos, Jack! Eso solo ocurrió una vez, estábamos exhaustos, llevábamos días sin dormir y cuando lo hicimos no dejaban de resonar las bombas y los disparos. No te va a suceder con una mujer. No a estas alturas.

—Sin embargo, las pesadillas continúan y también ha pasado tiempo.

—Pero eso es diferente. Has pasado demasiados años en el ejército, recuerdos que quedan y no vamos a borrar.

—¿A ti también te sucede? —preguntó Jack. Greg no le había hablado de eso antes.

—Solo muy de cuando en cuando. Es siempre el mismo sueño. El día que aquella mina se llevó mis piernas. ¿Cuándo ha sido la última vez que has tenido pesadillas?

—Hace un par de semanas.

—Deduzco que Susan no salió corriendo.

—No, a pesar de que no se lo había contado.

—¡Joder, Jack! Puedo entender que no quieras contar mucho acerca de aquella época, pero eso es algo básico cuando estás con una mujer.

—Confíe en que no me sucedería, hacía meses que no las tenía.

—¿Cómo lo tomó?

—Bien. Bueno... Sé que la asusté, es inevitable. Pero supo tranquilizarme sin perder la calma. Incluso pude volver a dormir esa noche. Y eso es algo que nunca había logrado.

—Veo que has encontrado a una gran mujer. No seas tan estúpido de perderla.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque te conozco. Tienes esa extraña tendencia de alejarte de la gente que te aprecia.

—Ella podría tener a quien quisiera, ¿por qué yo?

—Uno no elige la persona, sucede, sin más. No seas estúpido. Lo que me lleva a recomendarte que vayas a ver a Peter y Martha.

—Sabes que soy un extraño para ellos.

—¡No digas tonterías! ¡No eres ningún extraño!

Jack guardó silencio. Hacía más de seis meses que no los visitaba y de momento no tenía intención. Al menos no ese fin de semana.

—Así que volverás a caminar —cambió de conversación.

—Eso parece. Holly está feliz. Pienso pedirle que renovemos los votos

cuando pueda hacerlo. Espero que vengas para nuestra segunda boda, si ella acepta, claro.

—Aceptaré, siempre ha estado loca por ti. —Sonrió a su amigo.

Susan apareció en la puerta del comedor y se dirigió hacia ellos. Jack se levantó.

—Perdona que no me levante —le dijo Greg cuando llegó a su altura.

Susan lo miró desconcertada.

—Se puede tener sentido del humor estando en silla de ruedas. ¡Relájate!

—Sin duda. Lo siento —aseguró Susan, esbozando una sonrisa.

—Me ha dicho Jack que ahora es vaquero y que es muy bueno. Pero no lo creo.

—Créelo. De hecho es el capataz. Y hace unos meses ayudó a una amiga mía a detener a su acosador.

—Impresionante —dijo mirando a Jack.

—Ella exagera —replicó molesto porque se hablara bien de él.

—No exagero. —Lo retó ella con la mirada, aunque dirigiéndose a Greg —. Solo que es muy modesto al respecto y odia que le digan que es un buen tipo.

—Hay cosas que nunca cambian. Bien, os dejo comer tranquilos. Hay buffet, pero si queréis podéis pedir a la carta. Buen provecho, chicos.

—¿No coméis con nosotros? —preguntó Susan.

—Quizá mañana. Los fines de semana son los más complicados en el hotel. Disfrutad de la comida —dijo Greg accionando la palanca de su silla de ruedas para salir del comedor.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Jack.

—Creo que he tardado más de lo que debería, será mejor que almorcemos directamente.

—No tienes que pensar que tardas o no tardas; si lo haces, esperaré por ti. Recuerda que estamos para relajarnos, sobre todo tú. ¿Cómo te sientes después del masaje?

—Mmmm... —cerró los ojos— en la gloria. Ese masajista ha tocado músculos que ni siquiera sabía que tenía.

—Me alegro. —Le sonrió—. Después de comer podrás echarte una siesta y más tarde continuaremos con los tratamientos.

—Me gustaría dar un paseo antes de la siesta. Podríamos ver la ciudad.

—Daremos un pequeño paseo por los jardines, pero no saldremos del recinto. Tienes que descansar —afirmó tenso.

—¿Eres mi carcelero? —preguntó ella entornando los ojos.

—No, solo quién cuida de ti.

—Pues cualquiera diría que no quieres que salga a ver Abilene por algún motivo.

—Abilene se ha convertido en una ciudad peligrosa.

—Creía que te gustaba protegerme y lo harías.

—Ni siquiera yo puedo parar las balas, preciosa —dijo intentando que ella se relajase.

—Pensaba que alguna habías parado —comentó refiriéndose a sus cicatrices.

—Te aseguro que no era mi intención intentar comprobarlo.

—Está bien, almorcemos. Creo que esta conversación no nos llevará a ningún lado. Luego dices que la testaruda soy yo.

—Lo eres. —Le sonrió, satisfecho de haber terminado aquel tira y afloja.

Se dirigieron al buffet y cargaron sus platos con pequeñas porciones de diferentes comidas. El camarero les sirvió agua y decidieron no ordenar otra cosa para beber.

—Nunca me has preguntado cómo me hice cada una de las heridas. —Le extrañaba y era algo que a las mujeres siempre les gustaba saber desde el primer momento.

Ella lo miró despacio.

—Pensé que probablemente no te gustaba hablar de ello.

—Es cierto que no es un tema que me apasione.

—Las físicas se curan aunque dejan marca. Las otras son más difíciles de curar.

Jack sopesó las palabras de Susan; sabía a qué se refería. Ella sabía de sus heridas internas, pero no sabía cómo eran, porque él apenas había hablado con ella de aquello. Y no sabía hasta que punto lo condicionaban. Incluso con ella.

—¿Quieres que te cuente cómo me hice alguna? —quiso distraerla del tema de las heridas internas. Susan tenía muy buena intuición en cuanto a él y lo conocía más de lo que debía haberle permitido nunca. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse de ello.

—Solo si no te molesta y no va a desenterrar algo doloroso.

—No me molesta. ¿De cuál quieres saber?

—Esa del antebrazo. Es una herida de bala, ¿no? —preguntó señalándole el antebrazo derecho.

—Has elegido la más deshonrosa de todas.

—Si no quieres, no tienes por qué...

—No, no me importa —la interrumpió él—. Pero no me juzgues, ¿de acuerdo?

—No te juzgaré —prometió ella.

—Hace cosa de un año y medio, en Polonia. Había una mujer.

—Interesante. —Subió una ceja ella.

—Intentaba sacarle información sobre un posible atentado en Turquía. Terminamos en un hotel.

—Ah, tu vieja manera de sacarle información a las espías —bromeó ella.

—No estoy orgulloso de ello. Déjame continuar.

—Perdón.

—El caso es que conseguí la información y la pasé por teléfono a mi gente. Pero cometí el error de quedarme dormido y confiar en ella más de lo que debía. Cuando me desperté se había dado cuenta de lo que había hecho y tenía un arma apuntándome a la cara.

—¡Vaya!

—Mi equipo entró justo en ese momento, hubo un tiroteo y acabé herido.

—¿Y ella?

—Herida también. La detuvimos y la pusimos a disposición de la justicia. Me costó varios meses de baja, tuve que recuperar musculatura de la zona, aunque fue un disparo limpio.

—¿Te parece deshonroso? Porque a mí no me lo parece. Dado que no recuerdo ningún atentado en Turquía en esas fechas, deduzco que hiciste bien tu trabajo.

—Pero me podía haber matado esa mujer, por un descuido imperdonable.

—Todos cometemos errores. A veces topamos con alguien que es mejor que nosotros, o en un momento malo de nuestra vida.

—Me podía haber costado la vida.

—Pero no fue así. Solo tienes una herida en el brazo, y una historia para contar.

—¿Siempre conoces las palabras correctas para hacer sentir mejor a alguien?

—No. Solo me funciona con los demás. Conmigo misma no es tan fácil nunca.

—¡Susan! —La alcanzó Holly en el jardín mientras daba un paseo. Jack se había quedado tratando de obtener varios tes para llevar, y poder disfrutar de ellos sentados en algún lugar del jardín exterior.

—¡Hola, Holly! No te he visto en la comida.

—Greg y yo comemos o más tarde que el resto o más temprano. Los fines de semana suele ser antes; luego tenemos que organizar las actividades de la tarde. ¿Cómo estás? ¿Está todo a vuestro gusto?

—Estoy muy bien, apenas llevo unas horas aquí y me encuentro muy relajada, me han dado un masaje divino. Y esta tarde confío en tomarme una sauna, un *jacuzzi*, nadar unos largos en la piscina y alguna cosa más.

—Después de la sauna podrías hacerte una limpieza facial, es el mejor momento.

—Buena idea. Lo haré.

—Estamos encantados de tener a Jack aquí.

—Veo que Greg lo tiene en gran estima.

—Es normal después de lo que sucedió. Yo también le estaré eternamente agradecida por lo que hizo.

—¿Puedo preguntar qué es lo que hizo?

Holly la miró sorprendida.

—¿No te lo ha contado? ¡Dios! Si ni siquiera me sorprende tratándose de Jack. Él fue quién le salvó la vida a Greg.

Susan la miró con sorpresa.

—Greg tuvo la mala suerte de toparse con una mina antipersona. Estalló y le destrozó las piernas. Iba más avanzado, Greg era un Seal, los marines como Jack les cubrían, así que el resto de los soldados quedaron más atrás. No era seguro llegar hasta él. Cuando se encuentra una mina antipersona, es posible que haya más en la misma zona a poca distancia. Debieron esperar hasta traer un detector pero Jack, no esperó, se arriesgó y lo llevó de vuelta a zona segura, donde le practicaron varios torniquetes y fue trasladado al hospital de campaña.

—No tenía ni idea —dijo realmente sorprendida. Él no le había contado lo más mínimo acerca de aquello y, sin duda, esa era una buena historia para contar.

—No le gusta hablar de ello ni que se lo recuerden. Lo condecoraron, a pesar de incumplir el procedimiento. Y no es la única condecoración que tiene ni Greg el único por el que arriesgó la vida. Greg me ha contado que

cuando lo conoció era un tipo duro, rozando lo antipático, que no mantenía relación con ninguno de los hombres, solo lo necesario para hacer el trabajo, pero que en las situaciones difíciles lo daba todo por su unidad y por sus hombres.

—Eso me suena. Cuando nos conocimos fue extremadamente antipático.

—¿Contigo también? —Holly rió—. Veo que no te intimidó, si aún le hablas. A mí la primera vez me intimidó, pero luego me di cuenta de que es un mecanismo para tratar de mantener las distancias.

—Sin duda. Tu marido lo llamó «recipiente hermético». Creo que le define bastante bien.

—No ahora. Lo veo mucho más relajado que la última vez que lo vi, hará un par de años.

—Tiene un buen trabajo y le aprecian. Es un buen lugar para relajarse.

—Y te tiene a ti. Creo que ese es el principal cambio.

—No creo que sea tan importante.

—Lo eres. ¿Me permites darte un consejo?

—Por supuesto.

—Hasta que se reincorporan a la vida civil y pasan al menos un par de años, estos hombres lo pasan mal. En mi caso tuve que lidiar con las heridas físicas que traía Greg. Me presentó una demanda de divorcio nada más volver.

—Vaya.

—No prosperó, por suerte. No quería condenarme a vivir con alguien incompleto, eso me decía. Lo pasó muy mal. Tardé tiempo en hacerle comprender que lo quería igual con piernas que sin ellas. Son muy comunes este tipo de problemas. No solo por heridas físicas, allí sufren mucho estrés, están en situaciones realmente difíciles. Hay quienes lo superan y hay quienes no lo hacen. Muchas parejas se rinden y se divorcian. No sirve con que ellos quieran intentarlo, nosotras, las mujeres, debemos mantenernos fuertes a su lado.

—Lo tendré en cuenta.

—No trato de juzgar vuestra relación. Es posible que no tengáis ningún problema. Pero quiero que sepas que si se presenta, debes ser paciente con él y apoyarlo. No te rindas a pesar de que trate de echarte de su lado.

—¡Estáis aquí! —Apareció Jack con las manos ocupadas por sendos vasos desechables—. ¿Quieres un té, Holly?

—No, gracias. Voy a ver qué hace Greg. Solo estaba preguntándole a Susan si os están atendiendo bien.

—Todo está muy bien, Holly.

—Entonces os dejen pasear y disfrutar del té. Usad las papeleras luego — dijo alejándose.

—Solemos ser educados —replicó Jack sonriendo.

—Gracias —dijo Susan cogiendo el té. Se sentó en uno de los bancos con las piernas dobladas bajo ella.

—De nada. —Jack tomó asiento a su lado—. ¿Qué te ha contado Holly de mí?

—¿Por qué crees que me ha contado algo de ti?

—Porque la conozco.

—¿No te gusta que cuente algo de ti?

—¿Qué te ha contado?

—Que cuando estabas en el ejército eras bastante antipático —le respondió optando por el detalle más débil de todo lo que le había dicho.

—Estaba allí para trabajar, no para hacer amigos.

—Como cuando nos conocimos. Estabas para ayudarme ese día, no para cultivar tu vida social.

—Eso era diferente y lo sabes.

Ella recordó que él le había dicho en una ocasión que lo hizo porque le volvía tan loco que era más fácil mantenerse alejado de ella. ¿Aún tendría la capacidad de volverle loco? Sí, aún la tenía, la noche anterior lo había comprobado al besarle muy cerca de los labios.

—Cuando estás allí estás cumpliendo una misión. Evitando que cosas como el 11-S se repitan y amenacen a los nuestros —comenzó a hablar, mirando el té que tenía en la mano—. No es bueno hacer amistades porque te desequilibra. Estás continuamente en riesgo, todos lo estamos, casi cinco mil de los nuestros muertos en Irak lo demuestran. Si permites que una relación personal interfiera en tu trabajo puedes ser el siguiente que caiga.

—Suena duro.

—Es cuestión de supervivencia.

—Debes haberte sentido muy solo durante todos esos años.

—Tienes otros sentimientos como el compañerismo. Todos cuidamos de todos.

Susan entrelazó los dedos por encima de la mano de Jack que mantenía encima de una de sus piernas.

—Espero que mi amistad y yo no te desequilibremos.

—Ya no estoy en guerra con nadie. —Le sonrió apretando sus dedos levemente.

Tras una siesta, nadaron en la piscina climatizada, usaron el *jacuzzi* y la sauna. Después ambos se hicieron una limpieza facial y se divirtieron viéndose el aspecto que tenían con las mascarillas de arcilla en la cara. Tomaron una ducha antes de bajar a cenar.

—Estás preciosa —le dijo Jack cuando la vio entrar en el salón de la habitación, con un sencillo vestido por la rodilla en color azul eléctrico de media manga.

—Gracias —hizo una reverencia protocolaria—, pero necesito una mano masculina que me cierre la cremallera, si no te importa.

—Espero poder servir de ayuda. —Se dirigió hacia ella que se dio la vuelta. Sostuvo con una mano el comienzo de la cremallera y con la otra la subió poco a poco dejando el dedo índice delante para acariciarle la espalda al subirla. Ella fue consciente de la licencia que él se había tomado y sonrió con la privacidad que le daba estar de espaldas a él—. Lista.

—Gracias. —Se giró hacia él y observó los pantalones azul marino de vestir que llevaba a juego con una camisa azulona pero en un tono más alegre—. Tú también estás muy guapo.

—¿Bajamos? —Le puso la mano en el hueco de la baja espalda para dirigirla hacia la puerta.

PETER Y MARTHA

—¡Mierda! —exclamó Jack, deteniéndose justo a la entrada del comedor, mientras perdía el color de la cara mirando una mesa del fondo.

—¿Qué sucede?

—Nada, será mejor que vayamos a cenar a otro lugar. —La agarró de la mano y tiró de ella, pero no se movió.

—No. Quiero saber qué ocurre. No me pienso mover hasta saberlo.

Él se pasó la mano libre por el pelo, aún húmedo. No le quedaba otro remedio que contárselo.

—¿Ves esa pareja de la mesa del fondo? Ella lleva un vestido granate.

—Sí. Los veo. —Visualizó a una pareja de unos sesenta años. La mujer era rubia y llevaba el pelo recogido en un moño y el hombre tenía el pelo canoso y vestía un traje oscuro.

—Son mis padres.

—¿Tus padres? —Lo miró sorprendida—. ¿Quieres decir que estamos alojados en el mismo hotel y no lo sabíamos?

—No. —Tenía que decirle la verdad—. Ellos no están alojados en el hotel. Ellos viven aquí en Abilene.

—¿Qué? —preguntó casi incrédula.

—Sí. Por favor, ¿podemos irnos antes de que nos vean? —Volvió a tirar de su mano y ella siguió inmóvil.

—¿No piensas cenar con ellos? O al menos saludarlos.

—No, no es momento. Hemos venido a que descanses.

—Jack, son tus padres ¡Por el amor de Dios! Yo puedo subir a la habitación y pedir la cena al servicio de habitaciones mientras tú cenas con ellos.

—No se trata de eso. Simplemente no me siento cómodo con ellos.

—Parecen una pareja encantadora.

—Lo son —confirmó él.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó ella.

—El problema siempre soy yo, Susan. Parece mentira que aún no te hayas dado cuenta.

—¿De verdad quieres irte? —le preguntó mirándolo a los ojos. Vio sufrimiento en ellos. Por alguna razón no quería estar con ellos.

—Sí, por favor. —Era casi una súplica.

—De acuerdo. Pero si están aquí no creo que sea casualidad. Alguien se lo tiene que haber dicho, ellos saben que tú estás —dijo, comenzando a sospechar quién había sido.

—Greg se ha debido ir de la lengua. Le ajustaré las cuentas mañana.

—Estoy bastante segura de que no ha sido Greg.

—¿Quién si no? —preguntó, girándose mientras salían del comedor.

—¡Jack! —lo llamó una voz femenina a su espalda.

—¡Mierda! —exclamó Jack.

—No hay escapatoria —convino Susan—. ¿Quieres que me vaya?

—No, quédate, por favor.

—Parece que volvemos a ser pareja.

—Si no te importa.

—¡Jack! —volvió a llamar la misma voz, ya más cerca.

Ambos se dieron la vuelta y se encontraron con una mujer delgada de unos sesenta años.

—Mamá —dijo casi sin ganas él.

—¿No nos has visto? —Lo escrutó su madre y señaló hacia su marido, que se había levantado de la mesa y permanecía de pie.

—Qué sorpresa encontraros por aquí.

—Sorpresa la mía cuando me ha llamado Mel y me ha dicho que estabas en el hotel de Greg y Holly. No me habías dicho nada. Y mucho me temo que si no me lo dice ella, te hubieras largado de aquí sin saludar siquiera.

—Ha sido culpa mía —intervino Susan.

—Tú debes ser Susan. —Se giró hacia ella y cambió el gesto serio e inquisidor que había usado con Jack para dulcificarse y abrazarla—. Estoy encantada de conocerte. Mel me ha hablado mucho y muy bien de ti. Está loca contigo.

—Mamá —interrumpió Jack.

—¿Te vas a quedar como un pasmarote o le vas a dar un abrazo a tu madre? Ni siquiera me presentas a tu novia.

—Hola, mamá —suspiró Jack mientras la abrazaba y le daba un beso en

la mejilla.

—Así está mejor. Ahora preséntame.

—Susan Donovan. Mi madre.

—Llámame Martha si te sientes incómoda llamándome mamá, quizás sea demasiado pronto para ti. —Le tendió ahora la mano, que Susan estrechó mientras Jack resoplaba con aparente disgusto—. Ahora te presentaré a mi marido.

Cubrieron el espacio restante hasta la mesa donde el padre de Jack aún permanecía de pie, esperando. Jack abrazó a su padre y le dio un beso en la mejilla. El hombre alto de ojos grises, se veía emocionado de volver a ver a su hijo.

—Peter Fisher. —Le tendió la mano a Susan que ella estrechó.

—Susan Donovan.

—Eres aún más guapa que en las fotos que nos ha enseñado Mel — comentó sonriéndole.

—Gracias. —Se ruborizó levemente Susan.

—¿Cenaréis con nosotros?

—Por supuesto que sí —se adelantó a decir Susan, antes de que Jack buscara alguna excusa para no hacerlo. Aquella gente le había causado una buena impresión inicial y mucho se temía que el problema que tenía Jack, era solo por su parte.

La mesa era redonda y sus padres permitieron que se sentasen juntos, uno al lado del otro. La cena transcurrió con una animada conversación en la que Jack no intervino en ningún momento, excepto cuando era preguntado directamente. Susan le estaba salvando el cuello y él lo sabía. No sabía de qué hablar con sus padres.

—Disculpadme, iré al baño —se disculpó Jack entre el primer y el segundo plato, levantándose de la mesa.

—Yo también aprovecharé entre plato y plato. —Se levantó Susan detrás de él, alcanzándolo en el pasillo interno que daba a las puertas de los baños. Había un espejo para las damas y quedaba fuera de la vida del comedor. Sabía que Jack solo hacía un receso, no quería ir al baño.

—¿Qué te está pasando, Jack? —Lo detuvo agarrándolo por la muñeca.

—No puedo con esto. No estoy cómodo. —Se veía atribulado.

—¿Con qué, Jack?

—No puedo cenar con ellos, no puedo estar con ellos.

—¿Por qué? —Lo miró a los ojos.

—No soy quien ellos quieren que sea.

—¿Quién crees que quieren que seas?

—Aquel muchacho que se fue hace veinte años de casa. Ya no soy aquel. No sé fingirlo y no quiero fingirlo. Ellos me buscan en él y ese muchacho no está.

Ahora Susan se puso frente a él y le cogió suavemente la cara con las manos.

—Ellos no quieren eso. Apuesto a que solo quieren conocerte tal como eres ahora. Nadie sigue siendo un muchacho veinte años después.

Jack bajó la cabeza y posó la frente en la de ella asiéndola por la cintura.

—No sé cómo actuar con ellos —suspiró con los ojos cerrados.

—No tienes que actuar de ninguna forma. Solo sé tú mismo. Aunque sé que no te gusta que te lo diga, eres un hombre estupendo. Estoy segura de que les va a gustar ese hombre mucho más que aquel muchacho.

—¿Tú crees?

—Lo creo. A mí me gusta mucho quién eres y cómo eres. Aunque seas siempre tan crítico contigo mismo. Y son tus padres, te quieren, no lo olvides.

—Gracias. —La abrazó con fuerza—. Eres mi tabla de salvación.

—No lo soy. ¿Necesitas un poco de tiempo a solas?

—Me vendría bien.

—Puedes subir a la habitación y airearte. Yo puedo decirles que se te ha olvidado el teléfono o la cartera arriba. Te despejas un poco y te relajas, y vuelves siendo tu mismo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien. —Lo besó en la mejilla, antes de salir ambos por la puerta del baño.

—Se me ha olvidado la cartera.

—Bien, ahora lo digo.

—¿Todo bien, cielo? —preguntó Martha, cuando Susan volvió a tomar asiento.

—Sí, solo se ha olvidado la cartera en la habitación.

—Se ha bloqueado, ¿cierto? —preguntó Martha.

Susan guardó silencio. Era evidente que su madre se había dado cuenta.

—Cree que no nos damos cuenta, pero es nuestro hijo y lo sabemos. —Miró a su marido que lo confirmó asintiendo con la cabeza—. A veces creo que no ha vuelto de donde quiera que ha estado en los últimos años. Nos evita. Como hoy. Si no nos llama Mel, ni siquiera nos hubiéramos enterado.

—Yo no sabía que ustedes vivían en Abilene —se disculpó Susan.

—Seguro que se ha cuidado de contártelo. No te sientas mal por ello.

—¿Te trata bien, hija? —preguntó con una nota de temor su padre.

—Muy bien, es muy considerado conmigo.

—Me alegra escuchar eso. —Peter le puso la mano encima de la suya sobre la mesa, esbozando una sonrisa.

—Siento que esto sea así y hacerte esta pregunta, sobre todo porque nos acabamos de conocer y no quiero asustarte, pero me temo que a día de hoy tú eres quien mejor lo conoce. ¿Cómo es mi hijo? —le preguntó Martha.

—Su hijo es un gran hombre —comenzó Susan. Sus padres no sabían cómo era porque él no se mostraba a ellos, se encerraba en sí mismo en esas ocasiones—. Tiene un gran corazón, es cariñoso y muy buen trabajador. Se preocupa por las personas y las protege. Y a veces, solo cuando se lo permite, es muy gracioso.

—Sé que es mi hijo, porque te creo y Mel nos ha contado lo mismo, pero me gustaría conocerlo así.

—A mí también —habló su padre—. Me arrepiento cada día de no haber intentado quitarle de la cabeza la idea de servir al país. Porque hemos perdido a nuestro hijo y no sabemos si lo vamos a recuperar.

—Solo necesita tiempo. Con Mel lo ha conseguido, con ustedes también lo hará. Han de ser pacientes.

—Gracias, cielo —dijo su madre antes de cambiar el tono—. Me temo que te estamos asustando con todo esto. Pero creo que tanto Peter como yo estamos más tranquilos después de saberlo.

—Entiendo la situación.

—¡Ya estoy aquí! —dijo Jack al llegar. Tomó asiento de nuevo y besó en la mejilla a Susan. Sus padres sonrieron cómplices. Les había gustado aquel gesto.

—¿Encontraste la cartera? ¿Más tranquilo?

—Sí, estaba arriba. Todo bien. Solo fue un despiste. —le habló en clave, como ella había hecho.

—Me alegro.

Jack se mostró más relajado el resto de la cena, y sus padres complacidos con aquel pequeño paso.

—Tenéis que venir mañana a comer a casa —le dijo su madre mientras Susan y Jack los acompañaban al coche.

—Mamá, Susan tiene que descansar —expuso Jack.

—Si me encuentro bien, iremos, pero no prometo nada —dijo Susan, dejando la puerta abierta a lo que decidiera Jack al respecto.

—¿Qué te ocurre, cielo? —le preguntó Martha preocupada.

—Esta semana ha trabajado mucho, se ha cuidado muy poco y anoche se desmayó —explicó Jack.

—Tampoco fue para tanto, un leve mareo —objetó Susan—. Jack me obligó a comer después y todo fue bien. Y esta mañana cuando me he levantado me tenía esta sorpresa del *spa*.

—Eres bueno con ella y eso me complace. —Le sonrió su madre acariciándole la mejilla antes de abrazarlo con fuerza para despedirse—. Me gustaría veros mañana.

—Lo intentaremos —respondió él.

—Jack —su padre también lo abrazó—. Ha sido estupendo verte, y conocer a Susan. Has elegido bien, muchacho.

—Tengo suerte —respondió él.

—Haz caso a tu madre y venid mañana a casa. Podrás enseñarle tu habitación. Seguro que Susan siente curiosidad. —Le guiñó un ojo a ella.

Susan sonrió ante la idea de ver la habitación del Jack Fisher adolescente.

—Gracias —le susurró Martha al oído cuando la abrazó.

—¿Cómo estás? —preguntó Susan, quitándose los tacones al llegar a la habitación.

—Bien, extrañamente me encuentro bien —se sorprendió diciendo.

—Has dado un buen paso esta noche.

—Gracias a ti. —Alargó el brazo y la cogió de la mano para acercarla a él y abrazarla. Aspiró su pelo impregnado en su inconfundible perfume de flores y frutas, mientras cerraba los ojos. Aquel aroma y sentirla entre sus brazos era como un bálsamo para sus problemas. Todo se esfumaba cuando estaba con ella.

—Lo has hecho tú solo, al final te has relajado y ha salido todo bien. Tienes que relajarte aún más, pero para empezar, lo de esta noche ha estado muy bien. Tus padres se han ido muy contentos.

—Yo también me encuentro feliz en este momento —dijo, besándole la coronilla antes de soltarla.

—A veces sale todo bien, a pesar de que me mientas.

—No te he mentado. Solo te he ocultado información. No es lo mismo.

—Técnicismos. En el fondo es lo mismo. Pero te ha castigado el karma.

—No me digas.

—El karma ha hecho que Mel se enterase de dónde estábamos y te organizara la encerrona con tus padres.

—Seguro que Greg la ha llamado.

—No, Jack. Mel habló conmigo. Como una tonta le dije que estábamos en un *spa* de Abilene. Sin querer ha sido culpa mía.

—Todo ha salido bien al final. Solo por eso te lo perdonaré —bromeó él.

—Tendrías que hacerlo de todas formas. No soy adivina y nunca me dijiste que eras de Abilene. Si pretendes que oculte información, como haces tú, al menos tendrías que darme datos esenciales.

—Lo siento... —dijo él en tono infantil—. ¿Cómo demonios he pasado de perdonarte a decirte lo siento?

—¿La culpa quizá? —Sonrió ella.

—Eres una buena influencia para mí. Seguro que mañana te lo dicen mis padres.

—¿Habrá un mañana? —preguntó ella desde la puerta del dormitorio principal.

—Solo si te encuentras bien para ir a comer con ellos. Bueno, y si te apetece —respondió él desabrochándose los botones de la camisa.

—Sabes que solo lo he dicho para dejarte a ti esa elección y darte una coartada en caso de que no quisieras.

—Soy consciente de ello. Al igual que he visto que has tratado de venderme a mis padres.

—¿Te ha molestado? Sé que no te gusta que se digan cosas buenas de ti. Pero no he dicho nada falso.

—No me ha molestado. Me he sentido halagado.

—Eso también es un cambio para ti. ¿Puedes bajarme la cremallera del vestido? Por favor.

—Por supuesto. —Se dirigió hacia el dormitorio principal.

Ella estaba de espaldas sujetándose el cabello a un lado. Él posó dos dedos en su nuca para agarrar sendos lados de la cremallera y con la otra mano bajó la lengüeta de la misma. No pudo resistir la tentación de besar su cuello. Susan cerró los ojos con aquel contacto de los cálidos labios de Jack en aquella zona sensible. Él acarició la piel de al lado del cuello y poniendo ambas manos en sus brazos la giró lentamente para quedársela mirando. Cambió sus manos a su cara y le acarició las mejillas con los pulgares. La miró intensamente unos segundos, bajó su cabeza y besó su mejilla

suavemente.

—Buenas noches —dijo él antes de salir de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Apenas dos minutos más tarde, el agua casi helada de la ducha de su habitación, al otro lado del salón, caía sobre él, refrescando su cuerpo. Pero no su alma. La química con Susan no se desvanecía ni siquiera por un momento, la deseaba como no había deseado a otra mujer en su vida. La había tenido hacía no demasiado tiempo entre sus brazos y se había dicho que sería la última vez que aquello sucedería. Sobre todo al conocer los sentimientos que ella le había confesado albergar. Nunca en su vida había estado más de dos veces con la misma mujer, pero Susan no era como ninguna otra fémina que hubiera conocido con anterioridad. Simplemente tenía que recordar que no debía confundirla ni hacerle daño.

Permaneció de pie inmóvil, mirando la puerta que Jack había cerrado a su salida. Sabía lo que había estado a punto de ocurrir y lo deseaba, a pesar de que el sentido común le decía que probablemente aquello le haría más daño. Pero si él la hubiera besado no le hubiera importado ni su sentido común ni su charla con Terry acerca de no darle todo. Era demasiado débil en cuanto a lo que a Jack se refería. A su cercanía y al calor de su cuerpo, a su aliento y a su mirada gris de pupilas dilatadas.

EL JOVEN JACK

—Estoy nervioso —confesó Jack, minutos antes de llegar a casa de sus padres.

—No has de estarlo. —Ella le colocó la mano encima de la suya en la palanca de cambios del coche y la acarició con el pulgar un segundo—. Solo tienes que ser tú mismo, anoche los deslumbraste con tu yo de hoy en día. No vuelvas atrás.

—¿Segura? —preguntó temeroso.

—Muy segura. Además, recuerda que estaré a tu lado. Si quieres que nos vayamos, puedo sentirme mal en algún momento.

—¿Harías eso por mí?

—No me gusta la idea de mentirles a tus padres, pero por supuesto que lo haría. Solo deberás hacerme una señal.

Peter y Martha estaban tan emocionados con su visita para comer que, nada más Jack estacionar el coche frente a la casa de tejado gris y paredes blancas, salieron al porche a recibirlos. Bajaron los escalones y allí los abrazaron.

—Bonito coche —observó Peter mirándolo—. ¿Europeo?

—Lo compré justo antes de comenzar a trabajar, en una subasta de la policía.

—Impresionante —respondió Peter—. ¿Fue una ganga entonces?

—Tuve suerte.

—Lleva a tu padre a dar una vuelta, no te hagas de rogar —le pidió Susan. Sabía que era un buen comienzo para recuperar la relación, algo neutro y que a ambos les gustaba.

—¿Te gustaría, papá? —preguntó Jack. No se le había ocurrido que su padre pudiera estar interesado en ello.

—Claro, hijo. No tengo oportunidad de subir en un coche así a diario.

—Entonces adelante. ¿Quieres conducir? —Sonrió más relajado Jack.

—A la vuelta, quizás. Primero quiero ver cómo lo haces tú.

—¡Traed leche! —les gritó Martha, cuando subieron al coche. Ellos hicieron un gesto con la mano para apaciguarla—. Quién sabe si lo harán — se dirigió hacia Susan—, los hombres y sus juguetes.

—A Mel también le encanta ese coche, cualquier día Jack se lo regalará. Estoy convencida.

—Ha sido demasiado generoso con su hermana. Jack debería dejar ese dinero para vosotros. Entremos en casa.

—Él quería que fuese para Mel —dijo, siguiendo a Martha al interior de la casa—. Veo bien que se lo haya dado.

—¿Pero y vosotros? —Cerró la puerta cuando ambas entraron.

—Tenemos nuestros trabajos, no sufras por ello. Mel es muy importante para Jack.

—Aunque no lo haya sabido demostrar hasta ahora —se desahogó Martha—. Lo siento, no debí decir eso. Sé que Jack lo ha pasado mal, pero mi pequeña también ha sufrido con la indiferencia de su hermano. ¿No me lo tomarás en cuenta, cierto?

Martha condujo a Susan a la cocina donde podía ver un par de pollos en la bandeja del horno, con su correspondiente guarnición de patatas también al horno. La estancia era amplia, con una isleta central rodeada de taburetes altos. Susan se sentó en uno de ellos.

—Tranquila, Martha. —En algunas ocasiones su verborrea le recordaba a Mel—. Ellos tuvieron tiempo de hablar, han cerrado esas heridas y han empezado desde cero. Jack adora a su hermana, esa indiferencia era solo para protegerse y protegerla a ella.

—¿Protegerse? ¿Protegerla? —Martha también tomó asiento en otro de los taburetes—. Siento que conoces más a mi hijo que yo. Quiero que me cuentes más cosas de él. Por favor. Prometo no decirle nada, pero quiero que me ayudes a entender a mi hijo y a no meter la pata.

Susan no quería traicionar a Jack y hablar más de lo necesario, pero veía la súplica desesperada que le hacía Martha. Aquella mujer deseaba recuperar a su hijo. Así que, decidió hablar.

—Jack lo ha pasado mal y aún lo sigue pasando mal. Todo lo relacionado con los sentimientos le cuesta asimilarlo. Apenas entiende que haya personas que lo aprecien. Piensa que no lo merece, que en los últimos veinte años ha hecho tantas cosas malas que no merece el cariño de nadie.

—Dios mío. —Bajó la cabeza Martha.

—Durante el tiempo que estuvo sirviendo, pensó que era más fácil alejarse de Mel. Si él moría y no tenían ningún trato, Mel sufriría apenas con su pérdida. Me temo que es algo que ha extendido a vosotros dos.

—Mi pobre hijo. —Se lamentó Martha con las lágrimas luchando por salir de sus ojos—. Me alegro que estés en su vida. —Estiró su mano para alcanzar la de Susan—. ¡Fuera tristeza! —Sacudió su cabeza repentinamente—. Anoche fue estupendo cenar con vosotros, y hoy os tenemos también aquí. Recuperaremos a nuestro hijo. Pondré de mi parte para ello.

—¡Así se habla! —Le sonrió Susan.

—Si meto la pata en algo con él, avísame. Quiero que todo salga bien. Mel está muy contenta de haber conocido a su hermano y yo quiero conseguirlo también.

—Todo saldrá bien. Solo debéis relajaros todos.

—Lo haremos. Por lo pronto, Peter y Jack están probando un coche juntos y eso es buena señal. Y nosotras nos tomaremos una copa de vino blanco semidulce del valle de Napa.

—Suená bien —dijo animada Susan.

—Sabe aún mejor. Mientras nos la tomamos te haré un *tour* por la casa, excepto por la habitación de Jack. Creo que debe enseñártela él mismo. Luego te enseñaré fotos de cuando era pequeño y cumpliré con mi obligación de suegra primeriza. ¡Dios mío! ¡He esperado tantos años a que mi hijo trajese a una chica a casa!

Susan sonrió con el comentario de Martha. Sin duda, Mel se parecía a ella. Y Jack también, a pesar de que trataba de mantener su parte ingeniosa escondida la mayor parte del tiempo.

Martha le enseñó cada una de las habitaciones de la casa exceptuando, como había dicho, la de Jack. Después de un rápido vistazo al horno, la madre de Jack llevó tres gruesos álbumes de fotos a la cocina para extenderlos en la encimera y le explicó quiénes eran cada uno de los que aparecían en ellos, deteniéndose en las fotos de Jack, desde su más tierna infancia hasta su adolescencia. El rastro se perdía a partir de ahí y apenas en una treintena de fotos se resumían los últimos veinte años de su vida: su primera foto de uniforme, luego suponía que lo que habían sido visitas de permiso a su casa y alguna suelta de lo que podría ser cualquier país de oriente medio con más marines a su alrededor. Jack estaba realmente atractivo con el uniforme de marine, pero su expresión se había endurecido con los años en cada fotografía. Una hora y un par de copas de vino del valle

de Napa después de terminar de ojear las fotografías, decidieron poner la mesa.

—¿Te gusta tu trabajo? —le preguntó Peter mientras Jack conducía por la interestatal veinte.

—Sí. Es justo el trabajo que necesitaba para desconectar de todo. Me gusta y mi jefe es una buena persona. Sus hijos también son buenas personas. He tenido mucha suerte al respecto.

—Eso está bien, hijo. Uno es feliz si trabaja en lo que le gusta y con gente agradable alrededor.

Jack no habría esperado esa respuesta de su padre. ¿Quizás esperaba que le dijera que volviera a Abilene? ¿Que un rancho no era lo suyo? Pero en realidad no sabía que es lo que podría decirle su padre. No tenía veinte años y en realidad él tampoco conocía a su propio padre. Al fin y al cabo estaban en igualdad de condiciones.

—Podríais venir mamá y tú alguna vez a verme. Quizás no tenga mucho tiempo para vosotros, pero puedo pedirme un par de días libres para enseñaros todo.

—No queremos molestar —le dijo Peter. Si era difícil conseguir que él les visitara, el haber recibido una invitación de parte de Jack era toda una sorpresa, una grata sorpresa.

—No es ninguna molestia. Mel ya conoce cómo es mi vida ahora, es vuestro turno hacerlo.

—¿Susan vive contigo?

—Papá —respondió de mala gana.

—No me entiendas mal. No es que vaya a decirte que antes de eso debes casarte con ella. Estamos en el siglo veintiuno, eso ya no es necesario, y creo que no soy quien para darte consejos sentimentales.

—No, no vivimos juntos. Cuando estuvo Mel se quedó allí por ella. Tanto Mel como yo necesitábamos a alguien más en ese momento.

—Me cae bien esa chica.

—A mí también. —Sonrió Jack al pensar en ella.

—¿Vas en serio con ella? —preguntó Peter estudiando el rostro de su hijo. Hubiera jurado que algo se iluminaba en él al nombrarla.

—Papá...

—Lo siento —Levantó las manos—. Solo sentía curiosidad.

—Aún es pronto para saberlo —respondió Jack para aplacar la curiosidad de su padre.

—Por cómo os miráis creo que yo ya lo sé.

Jack rio.

—Apuesto a que cuando estás con ella no existe nada más a tu alrededor.

Jack guardó silencio y se concentró en la carretera. Su padre tenía razón, aquello sucedía, siempre que estaba con ella sentía la paz que le había sido arrebatada por la guerra.

—Yo sentí eso con tu madre. Cuarenta y dos años después, dos hijos y mucha rutina y aún lo siento. ¿Cómo la conociste?

—Trabaja para el hijo pequeño de mi jefe. Está decorando su apartamento. Nos presentaron. Aunque no tuvimos algo parecido a una conversación hasta que —sonrió nuevamente—, a ella se le pinchó una rueda del coche y la vi pateándola y maldiciendo.

—¿Y la rescataste?

—Por decirlo de alguna manera —dijo obviando que se había portado como un idiota tratando de deshacerse de ella.

—Una buena historia. —Observó la sonrisa soñadora de su hijo cuando hablaba de ella.

—Fue un día muy curioso, sin duda. Deberíamos dar la vuelta o se van a preocupar —comentó Jack al ver el cartel de la localidad de Clyde, a unas veinte millas de Abilene.

—Deberíamos ir a comprar la leche que nos ha encargado tu madre o además tendremos problemas.

Jack entró en la localidad y cambió el puesto de conductor con su padre, que se puso encantado a los mandos del vehículo. Aquello sin duda era una nueva experiencia. No recordaba haber ido antes a conducir con su padre y hablar de chicas.

—Después de lo que están tardando espero que traigan la leche —se quejó Martha.

—Seguro que lo están pasando en grande —dijo Susan.

—Estoy convencida de ello. Pero Peter no debería monopolizar a nuestro hijo. Bien, tendré que sacar a la luz el nuevo álbum que estoy haciendo con las fotografías que trajo Mel de la visita que os hizo.

—¿Hay álbum de eso?

—Por supuesto, y espero engrosarlo hoy con más fotografías vuestras.

Martha le mostró al menos cincuenta fotografías tomadas en aquella semana. Algunas de ellas podían considerarse *robados* en los que se les veía a Jack y a ella en actitud relajada charlando, mirándose a los ojos, abrazados, y la fotografía del beso. Sonrió al verla. Mel tenía razón, era una buena fotografía. Qué lástima que aquel álbum terminaría poco después de aquel día y pasaría a ser un mero recuerdo. Solo la consolaba pensar que posiblemente quedase una amistad entre ambos. Aunque desde luego no era lo que deseaba.

—¡Estamos aquí! —anunció Peter, entrando por la puerta, seguido de Jack que traía consigo una bolsa con una botella de leche.

—¿Habéis cruzado la frontera? —preguntó sarcástica Martha—. Yo también quiero disfrutar de mi hijo. No es justo.

—Para que disfrutes de él, he conseguido que nos invite a su casa —se defendió Peter.

Jack asistía divertido al intercambio de reproches cariñosos entre sus padres.

—¿En serio? —Martha abrió la boca sorprendida y miró a su hijo—. ¿De verdad no te importa que vayamos a importunarte?

—No, mamá, me encantará que vayáis.

Martha fue hacia su hijo y lo abrazó con fuerza.

—Basta de sentimentalismos. ¿Podemos comer? Id a lavaros las manos todos —ordenó Martha, recuperándose de la emoción de poder ir visitar a su hijo por primera vez.

—Así que este es el santuario de Jack Fisher —afirmó Susan, entrando en la habitación de la infancia y juventud de Jack. La comida había transcurrido muy bien, Jack se había relajado y participaba de las conversaciones de forma más abierta, incluso daba a conocer algunos detalles de su vida. Sus padres estaban poco menos que encantados con aquel cambio de actitud.

—Santuario es mucho decir, es solo la habitación de un crío.

Susan observó la habitación de color azul con una cama, un escritorio donde había una hilera de libros y un par de estantes donde reposaban varias medallas y copas de lucha libre. En un corcho de una pared había diferentes fotografías, todas ellas suponía eran copias de las de los álbumes o viceversa, ya que las había visto hacía un par de horas.

—Eras un jovencito muy guapo.

—Eso ha sonado a que ya no lo soy —dijo Jack bromeando. Estaba justo

detrás de ella observando las fotografías.

—Ahora no eres jovencito. Eres un hombre muy atractivo y lo sabes, pero te gusta que te lo digan demasiado y no es bueno para tu ego. Quizá quieras presentarte el año que viene a Mister Estados Unidos —bromeó ella.

—Lo dudo. No me gustaría dejar en evidencia al resto de participantes.
—Sonrió siguiendo la broma.

—Interesante. —Se giró hacia él—. Estás de buen humor y hasta bromeas. —Le gustaba cuando Jack sacaba a relucir esa parte de él.

—Eso parece. —Sonrió y la abrazó. Le apetecía hacerlo, ella y nada más que ella había conseguido que la relación con sus padres empezase a funcionar. Él habría huido la noche anterior sin pensárselo dos veces.

—¿Esto significa que ha ido bien todo con tu padre? Por un momento pensé que había sido mala idea sugerir que lo llevases a dar una vuelta —le dijo, pegada a su pecho con los brazos alrededor del torso de Jack.

—Ha ido todo muy bien y ha sido una gran idea. Jamás había pasado un rato así con mi padre, los dos por la autopista hablando de coches, de trabajo, de... —Iba a decir *chicas*, pero no quería que desencadenase en algunas preguntas que no le apetecía contestar.

—¿De qué más? —lo interrogó ella.

—De cosas.

—De mujeres entonces.

—Eres una listilla, ¿lo sabes?

—Creía que nunca reconocerías mi gran inteligencia —bromeó ella y ambos rieron.

—Gracias, Susan. Esto es gracias a ti. —Le besó la cabeza.

—No me des las gracias. —Ambos se separaron y quedaron frente a frente—. Esto es algo que iba a suceder tarde o temprano, en cuanto te relajases un poco y comprendieras que las cosas han cambiado, pero que nada está perdido para siempre. Además, la que ha de estar agradecida soy yo. Me he relajado más estos dos días que en toda mi vida.

—Te lo mereces.

—Tu madre me ha enseñado fotos de tu infancia. —Se dirigió hacia la ventana.

—Y te habrá contado anécdotas de mi niñez.

—Así es. —Sonrió ella de nuevo—. Estabas muy guapo de uniforme.

—Eso decís todas las mujeres. —Se acercó también a la ventana y miró hacia afuera. Los árboles habían crecido, algunas casas habían cambiado de

color y los coches eran más modernos, pero básicamente la visión del vecindario era similar a la que recordaba de la última mañana, antes de que su vida cambiase para siempre.

—Otra vez esa mirada.

—Lo siento. Estaba recordando la última mañana que miré por ésta ventana antes de irme.

—Muchos recuerdos, supongo.

Jack asintió con la cabeza y la miró a los ojos, a aquellos preciosos ojos azules enmarcados por unas largas pestañas. El conjunto era una mirada viva y alegre.

—¿Sabes que eres la primera chica que traigo a mi habitación? —le dijo él, para romper el recuerdo del pasado. No quería que nada estropease aquel día.

—Eso debe ser todo un honor, considerando que tu madre me ha dejado subir, nadie nos vigila y la puerta está cerrada.

—Sin duda es algo que no creo que me hubieran dejado hacer con veinte años. —Rio él.

De nuevo ambos permanecieron en silencio mirándose el uno al otro.

—Gracias por estas últimas semanas. —Jack le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Sin ti no estaría ahora aquí, ni habría podido recuperar la relación con mi hermana. Eres un antes y un después.

—Jack... —comenzó a decir a modo de protesta.

—Lo eres —la interrumpió, bajó su cabeza y la besó en los labios de forma suave. Tomando su sabor, aquel que tanto ansiaba y tanto había echado de menos. Pasó las manos por su cintura y la atrajo hacia él suavemente. Ella respondió al beso pasando sus manos por su cuello, cediéndole los labios y degustando los suyos. Amaba a aquel hombre, a pesar de que trataba de convencerse cada día que era un error, porque él estaba lejos de poder abrir sus sentimientos a ella. Aunque si con su familia lo estaba consiguiendo, quizá con ella...

—Chicos, vamos a servir el café —dijo Martha, abriendo repentinamente la puerta de la habitación, provocando que Jack y Susan se separasen avergonzados—. Cuando estéis preparados, no hay prisa. —Cerró la puerta con una sonrisa en los labios.

—A nuestra edad dando estos espectáculos —bromeó Susan tratando de restar importancia, sabía que Jack se empezaría a fustigar de un momento a otro—. Aunque tu madre está encantada por la sonrisa que ha puesto al irse.

—Susan, yo... he metido la pata. Dejaste las cosas muy claras, no tenía derecho...

—¡Jack, para! —Le enmarcó la cara con las manos—. No pasa nada. Ha sucedido y ya está. No le des más importancia.

—Lo último que quiero es hacerte daño.

—Tranquilo. —Lo besó en la mejilla.

—No quiero confundirte con esto y que pienses que habrá algo porque...

—No me confundes, Jack —lo interrumpió—. Sé lo que hay de tu parte. Lo he aceptado y no tengo ningún problema con ello. Ahora deja de fustigarte y vayamos a tomar ese café. —Le sonrió.

Jack se relajó momentáneamente. Ella aceptaba aquello, pero a él cada vez se le hacía más difícil el estar cerca de Susan, con toda aquella química en el ambiente. La noche anterior una ducha de agua fría le había calmado el cuerpo, pero a bien seguro no el alma. Estaba convencido que necesitaba otra en ese momento y además muy larga. Quería poner distancia con ella, pero no podía llevarlo a cabo, la necesitaba cerca. Había pensado que ser amigos era una buena solución intermedia, pero en momentos como ese dudaba de ello. ¿Algún día dejaría de desearla de aquella manera?

—Es del trabajo, lo siento. Tengo que responder, pero no os molestaré — se disculpó Susan, cuando su teléfono móvil sonó, antes de levantarse del sofá para salir al porche a hablar con Kenny, su ayudante ocasional.

—Me gusta mucho tu novia, hijo —le dijo su madre aprovechando que ella había salido—. Saca algo muy bueno de ti, estás relajado, sonríes y hacía muchos años que no te veía hacerlo. La causante de eso, solo puede ser ella.

—Estamos bien juntos —respondió él ambiguamente.

—Pero mucho me temo que algo te preocupa al respecto. ¿Está casada acaso? —preguntó con temor.

—No.

—Entonces ¿qué es lo que te preocupa?

Jack dudó si responder o no.

—Soy tu madre y aunque tengas tus años puedes contármelo. No se lo diré a nadie —trató de ofrecerle confianza.

—Yo no soy bueno para ella.

—¿Te ha dicho ella eso? —preguntó horrorizada Martha.

—No, por supuesto que no. Ella nunca diría algo así.

—¿Entonces de dónde sale esa tontería?

—Le he quitado la vida a personas, mamá. Alguien como yo no es bueno para alguien como ella.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Te estás echando la culpa de algo que hiciste mientras servías a nuestro país?

—Ese fue uno de los motivos para dejar esa vida.

—Llevabas demasiado tiempo con *ellos*. —Le tomó la mano y la metió entre las suyas para reconfortarlo—. Entiendo que lo dejases, de hecho, probablemente debiste hacerlo antes y tu padre y yo debimos insistir más en ello cada vez que volvías por unos días. Pero eso es pasado, hijo. Susan sabe lo que hacías, si a ella no le importa, ¿por qué te castigas de esa forma a ti mismo?

—No la merezco. Mírala, es perfecta. ¿Qué le puedo ofrecer?

—Claro que la mereces. Os merecéis mutuamente. Tienes un buen trabajo, por lo que le diste a Mel supongo que, además, bastante dinero, eres muy atractivo y estás sano. Ese conjunto le puede gustar a cualquier mujer. Le puedes dar un hogar, hijos y quererla como ya lo haces. No lo estropees pensando eso.

—¿Tú crees, mamá?

—Lo creo porque tengo fe en ti. —Lo besó en la mejilla—. Además, te voy a enseñar un álbum que estoy haciendo con las fotos que tenía Mel en el teléfono. Las envié a imprimir a una web.

—¿A una web?

—No me mires con esa cara. Tengo sesenta años pero soy muy moderna. Me gusta navegar por internet y aprovechar ofertas *online*. —Cogió el último de una pequeña montaña de álbumes, que aún estaban en la mesa de al lado del sofá y lo abrió encima de su regazo—. No me estropees el álbum, quiero continuarlo.

QUIERO SABER

Emprendieron el camino de vuelta a casa por la tarde, una vez se puso el sol. El fin de semana había resultado tan relajante que a Jack no le importaba conducir de noche con tal de aprovechar la tarde con sus padres y nadar con Susan unos largos en la piscina antes de regresar al rancho. Aún pensaba en las palabras de Greg, en las de su madre y en aquel álbum que había comenzado con lo que ella pensaba era una historia de amor, la suya con Susan. Algún día les diría que todo había sido fingido o quizás les informaría que habían roto la relación, sin más. Siempre sería más sencillo que enfrentarse a las consecuencias de una mentira que había crecido tanto hasta tener su propio álbum de fotos. En la radio Lee Bryce cantaba *Hard to love*. Observó a Susan, llevaba un rato en silencio, tenía la cabeza ladeada y miraba a través de la ventanilla. La vio reflejada en el cristal y parecía triste.

—¿Estás bien? —le preguntó, tras bajar el volumen de la música que salía por los potentes altavoces del Mercedes.

—Sí. —Le sonrió con tristeza—. Me gusta Lee Bryce, pero algunas canciones me ponen un poco triste. Es algo que sucede con los años, uno se vuelve más sensible. Con veinte te parecen chorradas, pero con treinta y cinco incluso lloras con ellas. No me hagas mucho caso.

—Por supuesto que te hago caso. —Puso la mano encima de la de ella y la apretó sin perder vista de la carretera—. Con el tiempo uno colecciona más recuerdos, por eso es.

—Seguro que tienes razón. ¿Contento de cómo ha salido el fin de semana?

—Mucho. Casi te agradezco que te desmayases en mi casa.

—Lo haré más a menudo entonces.

Jack rio.

—No quiero decir eso, porque me diste un buen susto, pero todo lo que ha conllevado me ha dado la oportunidad de empezar de nuevo con mis

padres. Y por primera vez en mucho tiempo me siento bien con ellos. Sé que aún no está todo solucionado, pero habrá tiempo en otra ocasión para sentarme con ellos, hablar de todo lo que ha pasado en los últimos veinte años y pedirles perdón por lo que les he hecho. No sentía que fuera el momento.

—Tus padres son geniales, no vas a tener ningún problema con ello.

—Dicen que eres buena para mí. Te dije que lo dirían.

—Tienen mejor gusto que tú.

—Sabes que yo no puedo...

—Jack, solo estaba bromeando. Relájate.

—Lo siento. ¿Qué balance haces tú del fin de semana?

—Mmmm, me ha encantado. Tengo todos los músculos del cuerpo completamente relajados y además he conocido a tus padres, a Holly y Greg, y todos son estupendos.

—Holly y Greg lo han tenido difícil.

—¿Qué le pasó a Greg? —preguntó Susan. Quería saber su versión.

—Una mina antipersona. Greg iba en avanzadilla y los marines íbamos detrás cubriendo a los Seal. Greg era un Seal.

—¿Explotó a su paso?

—Le malherió ambas piernas, perdió mucha sangre y casi acaba con su vida. El rescate rápido hizo que sobreviviera al practicarle torniquetes enseguida. —Se recordaba cargando en brazos a Greg, sabía que si esperaban al equipo antiminas no sobreviviría. Era de las pocas cosas decentes que había hecho en Iraq.

Como había previsto, Jack omitía el *pequeño detalle* de que había sido él quien le había salvado arriesgándose a sí mismo.

—Seguro que fue difícil ver aquello.

—Deja de afectarte cuando llevas un tiempo. Te acostumbras a ver cuerpos desmembrados por doquier.

—Dios mío...

—Siento haber sido tan crudo.

—Cuando no me cuentas ese tipo de cosas, ¿crees que me proteges de algo?

—No necesitas conocer ese tipo de detalles.

—Probablemente, pero te dije hace tiempo que quería conocerte. Saber lo que has vivido y comprenderte mejor.

—No es agradable y creo que ya te he contado demasiado.

—Supongo que no es agradable. Pero aun así. ¿A qué tienes miedo, Jack?

—A hacerte daño, a que tengas pesadillas por mi culpa, a que tengas miedo de mí y a conseguir que me odies. Porque aunque una vez quise hacerlo, ahora mismo no es una opción.

—No creo que nada de lo que me puedas contar haga que te odie o tenga miedo de ti.

—Yo que tu no estaría tan segura de ello.

—No soy tan débil e impresionable. Puedo hacer frente a algo duro y virulento. Pero sinceramente, dudo que lo haya en ti.

—Déjalo estar, Susan. Por favor.

—Como tú quieras.

—No quiero enfadarme contigo.

—Yo tampoco. Pero hay cosas que no me cuentas que siento que te hacen más daño que si me las contases.

—Quiero que estés bien. Compréndelo.

—Ya lo comprendo.

El silencio se hizo entre ellos durante la media hora siguiente. Susan comprendía que era duro lo que él se negaba a contarle, pero incluso le obviaba las cosas buenas. Le había obviado el rescate de Greg. Y le obviaba cada una de las cosas, a priori buenas, que había hecho para merecer las condecoraciones que Holly le había dicho que poseía.

Jack tomó su mano y se la llevó a los labios para besarla.

—No me gusta este silencio contigo. Estoy bien, no te preocupes por mí.

—No puedo evitar preocuparme por ti. Y a mí tampoco me gusta el silencio contigo.

—Puedes preguntarme lo que quieras, pero me reservaré el derecho a no contestar si no lo estimo oportuno, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pero no hoy.

—Como quieras.

—¿Dormirás en mi casa esta noche? —le preguntó Jack mientras degustaba un par de huevos a la ranchera. Habían parado a cenar en un típico restaurante americano de carretera.

—Hoy no me he desmayado y, por como estoy cenando, no parece que vaya a suceder.

—Llegaremos tarde, quizás no quieras molestar a los Atkins.

Susan decidió obviar que Samy solía trabajar en el despacho hasta tarde algunas de las noches y era probable que estuviera levantado a esa hora.

—Si no hay ninguna luz encendida no les molestaré —decidió al fin.

—Así me podré asegurar de que desayunas correctamente mañana.

—En cualquier momento me dirás que eres la bruja de Hansel y Gretel y me estás cebando para comerme.

—Lo de comerte no es mal plan —bromeó él—. Ahora en serio, podríamos planear cómo puedo ayudarte mañana en San Angelo, aunque tendría que hablar con Samy antes. No hay mucho trabajo ahora en el rancho y tratándose de su apartamento no creo que ponga ningún impedimento.

—Estaré bien. No te preocupes. No volveré a descuidar mi alimentación.

—Eso espero.

—Estás muy protector ¿Es tu vocación oculta o algo? —Le gustaba aquella preocupación que mostraba por ella, significaba que le importaba.

—Cuido de la gente que me importa.

KENNY

Hacía tan solo un par de días que había firmado el contrato de alquiler del apartamento que compartiría con Kenny en San Angelo. Él había prometido llegar esa misma semana, aunque había retrasado su llegada en varias ocasiones. Lo más lógico era compartir gastos y pese a que no era un palacio y probablemente Kenny pondría mala cara, ya que sus gustos eran más refinados, Susan consideraba que estaba muy limpio, los muebles eran decentes y aunque tendrían que compartir baño, cada uno dispondría de su propia habitación. No necesitaban más. De buena gana hubiera aceptado la idea de Jack de compartir casa con él, pero sabía que si lo hacía probablemente terminarían también compartiendo cama y aunque la idea no le disgustaba, ella seguía queriendo más. La semana había transcurrido con toda normalidad, vio un par de veces a Jack, aunque apenas una noche pudieron charlar y tomar vino juntos. También la llamaba a diario o le enviaba un mensaje recordándole la hora de la comida.

—¡Kenny! —gritó Susan saliendo de la casa, para dirigirse a su ayudante que se apeaba de su flamante descapotable. Acababa de ver cómo llegaba desde la ventana y, como siempre, por sorpresa y sin avisar.

—¡Susan! —La abrazó dándole varias vueltas en el aire para besarla en los labios—. ¿Cómo estás?

Kenny era moreno de ojos negros, más de uno ochenta de estatura y su complexión era la de un hombre fuerte y musculado. Su dinero y esfuerzo le costaba mantenerse de aquella forma, machacándose en el gimnasio tres veces por semana. Aquel día vestía un traje de chaqueta gris y corbata a juego.

—Estoy bien, pero sabes que no me gusta que me beses así.

—Nos conocemos desde hace años, es un gesto cariñoso, no seas remilgada.

Susan se detuvo a mirarlo de arriba abajo, cogiéndolo de las manos.

—Espero que hayas traído más ropa aparte de esa.

—¿Le pasa algo a mi ropa?

—No sé si lo has notado, pero estamos en un rancho.

—Confío en salir de aquí e ir a la ciudad.

—Aun así. San Angelo no es como Austin.

—He traído ropa más informal —resopló—, pero te olvidas que soy un urbanita.

—De gustos refinados, sí. Y también sé que no has sido siempre así de estirado.

—No me lo recuerdes —dijo poniendo los ojos en blanco—. No mires, pero dime, ¿quién es el vaquero que nos está fulminando con la mirada?

Jack los observaba fijamente a cierta distancia apoyado en la cerca.

—¡Mierda! Encima habrá visto cómo me has besado. Es Jack —suspiró Susan.

—Interesante. Si te importa que nos haya visto, creo que tienes mucho que contarme al respecto. —Le pasó el brazo por encima de los hombros y se encaminaron hacia la casa.

—Podríamos traer unas nueces —bromeó Samy, llegando al lado de Jack justo cuando Susan entraba con el que suponía era su ayudante a la casa.

—¿Qué? —preguntó distraído Jack.

—Que sería interesante aprovechar la fuerza de tu mandíbula para algo útil —le respondió, observando que Jack había apretado la mandíbula al ver a aquel hombre en el rancho.

—¿Quién es? —masculló Jack, obviando el chiste fácil de Samy. Aquel tipo la había abrazado y ¡la había besado en la boca!

—Creo que trabajan juntos.

—Pensaba que Susan trabajaba sola.

—En ocasiones pide ayuda extra. Ya sabes que ha estado un poco desbordada.

—Lo sé.

Habían hablado casi a diario desde el último fin de semana, e incluso una de las noches estuvieron charlando frente a una copa de vino. Sin embargo ella no le había dicho que esperaba a un ayudante ni siquiera que tenía uno. Si se lo había ocultado, aquello no podía significar nada bueno, por no hablar de que, al ver cómo aquel tipo recién llegado la había besado, se le había

revuelto el estómago.

—Quiero conocerlo —dijo Kenny, saliendo de la casa de los Atkins, un par de días después. Había ido a buscarla para ir a trabajar, ya que Susan todavía no se había mudado al apartamento—. Preséntamelo.

—¿A Jack? —preguntó ella.

—Sí, a Jack. No te hagas la tonta. Quiero saber qué es lo que te fascina tanto de él. Además, me resulta incómodo que siempre nos mire de esa forma fulminante y aún ni siquiera le haya presentado mis respetos.

—No nos mira de forma fulminante. Él es así.

Lo cierto es que no le extrañaba que lo hiciera, ya que había sido testigo del beso que le había brindado Kenny al llegar, y ella había evitado hablar con él esos días. Jack no le había vuelto a llamar por teléfono para preocuparse de su alimentación. Quizá estaba enfadado o había decidido apartarse de ella, aunque vista la mirada que les estaba dirigiendo en ese momento lo más viable era la opción del enfado.

—Ya, la historia del marine atormentado —respondió Kenny, sabiendo por encima la historia que habían tenido Susan y Jack hacía unas semanas, aunque ella no se había prorrumpido en detalles.

—No te lo tomes a broma.

—No me lo tomo a broma. Solo quiero conocerlo. ¿Vienes?

Susan dudó un instante. No quería enfrentarse justo en ese momento a Jack. Quién sabía cuál sería su reacción si le presentaba a Kenny.

—¿Y si lo dejamos para otro momento?

—Vale, iré yo solo —dijo encaminándose hacia Jack, que estaba cepillando a su caballo, y les había estado observando desde que habían salido de la casa.

—Nos hemos visto por aquí, pero no nos hemos presentado formalmente —comenzó a decir Kenny—. Soy Kenny Michaels. —Le extendió la mano.

—Jack Fisher. —Le estrechó la mano con fuerza, como había hecho con Lucas el carpintero.

—Me caen bien los hombres que estrechan la mano con fuerza —le respondió Kenny sin inmutarse. Su entrenamiento en el gimnasio le venía bien en situaciones como aquella.

—A mí también —respondió secamente Jack. Aquel hombre, Kenny, no era como Lucas, ni siquiera se había estremecido levemente ante su apretón de manos—. Eres amigo de Susan, por lo que veo.

—Sí. —Sonrió—. Más que eso. Susan es la mejor.

Kenny notó la forma en la que Jack se tensó y sus ojos se volvieron más fríos ante la respuesta. Se dijo a sí mismo que la situación resultaba interesante cuanto menos.

—Espero que podamos tomarnos un día de estos una cerveza.

—Suelo estar muy ocupado.

—Seguro que encontramos algún hueco. Si me disculpas, tenemos trabajo. Solo quería saludarte.

—¿Contento? —le preguntó Susan, montándose en el coche, cuando Kenny llegó a su lado.

—Ahora sí. —Sonrió divertido, cerrando su puerta y arrancando el motor—. A ese hombre le gustas, Susan. Ha intentado romperme la mano.

—No tiene gracia, Kenny.

—No estoy bromeando, lo ha intentado. Agradezco el dinero que gasto en gimnasio cada mes.

Susan sonrió ante la perspectiva. Jack estaba molesto y eso era bueno para ella.

—Te complace ponerle celoso. Al fin y al cabo es posible que lo necesite. Si tal como me has contado no se decide, puede ser una buena estrategia. Yo podría...

—No te metas, Kenny —le cortó.

—Susan, estamos a no sé cuántas millas de la civilización. La real, no San Angelo, que está muy bien, pero al lado de Austin no es más que un pequeño pueblo. Concédeme el gusto de divertirme con algo en este destierro que me has impuesto.

—No te he impuesto ningún destierro y no, no puedes jugar con mi vida.

—¡Aguafiestas! —le dijo con una sonrisa maliciosa.

¿QUIÉN ES ESE TIPO?

—No me hablaste de ese tío —le espetó a bocajarro a su espalda, nada más llegar a su altura. Susan miraba cómo un vaquero ejercitaba los caballos en el cercado. Solo trataba de relajarse unos minutos antes de regresar a San Angelo esa tarde.

—Hola, Jack. —Se giró ella para mirarlo. Tenía el rostro serio y adivinaba por su expresión que estaba molesto.

—¿No vas a responderme? —insistió.

—Kenny es mi ayudante.

—No me habías contado que tuvieras uno.

—Solo cuando el proyecto es muy grande o me veo desbordada. Como ahora.

—Me ofrecí a ayudarte.

—Kenny es decorador de interiores, como yo. Me ayuda a planear espacios y composiciones. Algo que sintiéndolo mucho, tú no podrías hacer.

—¡Susan! —la llamó Kenny, saliendo de la casa para dirigirse hacia ellos—. Tenemos que irnos, nos esperan los pintores en casa de los Walker en media hora.

—Subiré a por el bolso, ahora vengo. Lo siento, Jack —dijo mientras salía hacia la casa.

Kenny permaneció al lado de Jack.

—Es una mujer fantástica —le dijo Kenny, mientras la miraba alejarse.

—Más de lo que te imaginas —respondió Jack.

—Me ha dicho que has cuidado de ella estas semanas. Te lo agradezco.

—Me gusta cuidar de ella.

—Solo quería que supieras que a partir de ahora lo haré yo, y que no tendrás que preocuparte más por ella.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Jack tratando de ocultar su irritación. ¿Aquel pijo trajeado le estaba intentando sacar de quicio o trataba

de darle a entender algo?

—Yo estoy aquí ahora, así que Susan es asunto mío en adelante. Por lo que sé, te ha cogido *cierto cariño*.

—¿Estás interesado en ella? —le preguntó más por confirmarlo que por desconocer la respuesta. Aquel pijo le estaba indicando tácitamente que se hiciera a un lado y no molestase.

—Llevo años interesado en ella. Siento que ahora sí que voy a tener suerte. La situación se está poniendo de mi parte.

—¿Qué tienes, quince años menos que ella? —preguntó Jack poniendo de manifiesto que Kenny era más joven. Aquel imbécil creía que iba a tener suerte con ella.

—Son solo ocho. —Sonrió Kenny—. Pero es algo a mi favor, a las mujeres de la edad de Susan les gustan los hombres jóvenes, con todo en su sitio y muchas ganas de fiesta, ya me entiendes. Y a mí, me gustan las mujeres con experiencia, como ella. Estoy convencido que es una loba en la cama.

Estaba en contra de la violencia injustificada, pero en el caso de Kenny estaba dispuesto a hacer una excepción, porque no era injustificada. No podía hablar así de ella. Aquel pijo trajeado de nombre Kenny se iba a encontrar con su puño en menos de dos segundos.

—¡Ya podemos irnos! —dijo Susan, saliendo de la casa y salvando sin saberlo a Kenny de un buen puñetazo.

—Bien, un placer charlar contigo, Jack —se despidió de él para abrirle la puerta del coche a Susan y subirse en el descapotable antes de arrancar dejando una nube de polvo tras de sí.

—¡Cabrón! —gruñó Jack con los puños cerrados al ver alejarse el coche.

—No has hecho buenas migas con Kenny —observó Samy poniéndose a su lado.

—Con engreídos como ese nunca. No entiendo cómo Susan lo soporta.

—Al parece es muy bueno en su trabajo.

—Y un gilipollas fuera de él.

—Si le dijeras lo que sientes por ella de una buena vez podrías ahorrarte estos ataques de celos.

Jack estudió detenidamente a Samy.

—Yo no estoy celoso. —Esbozó una sonrisa.

—Sí, claro, Jack —le replicó de mala gana Samy.

—Solo me preocupo por Susan.

ME MUDO

—Adelante —dijo Jack en cuanto abrió la puerta y la vio allí de pie—. No tienes que llamar.

—Me gusta hacerlo, sigue siendo tu casa. ¿Cómo estás? —Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Bien. ¿Una copa de vino? —le ofreció.

—Por favor.

Jack se dirigió a la cocina a por la botella y las copas. Susan acarició a *Trisha*, sentándose a su lado. La gata, como siempre, dormitaba en uno de los sofás.

—Te echa de menos —le dijo Jack, volviendo al salón y dándole la copa de vino para sentarse en el otro sofá.

—Yo a ella también, me relaja acariciarla.

—Yo también te echo de menos —dijo sinceramente él—. Entre el trabajo y Kenny apenas te queda tiempo para pasar por aquí a vernos.

—¿Qué puedo decir? —Sonrió. Le gustó escuchar que él la echaba de menos y se lanzaría a su cuello sin dudarlo un segundo si las cosas fueran diferentes—. Soy una mujer ocupada.

—Quizás podamos quedar algún día a almorzar en San Angelo, si te apetece. Para ponernos al día, ya sabes.

—Avísame cuando tengas un día libre y veré qué puedo hacer.

—Lo haré —prometió él—. Cuéntame cosas de ese tal Kenny —se lanzó de cabeza, necesitaba saber si ella estaba interesada en él.

—Kenny —paladeó a conciencia el nombre de su ayudante. Sabía que Jack estaba molesto por la presencia del joven.

—Sí, Kenny —dijo con impaciencia.

—Hace años que nos conocemos. Un hombre interesante.

—Yo más bien diría que es casi un niño, no un hombre.

—Con veintisiete años yo no diría que es un niño. Mel tiene veintiuno y

no creo que pienses que sea una niña. —Sonrió dándose cuenta que Jack estaba celoso. Tenía que saber aprovechar aquella situación.

—Es un pijo. Apuesto a que pasa medio día metido en un gimnasio entrenando esos músculos artificiales.

—Es un hombre de ciudad. No tiene la ventaja de trabajar al aire libre y de una forma dura, como los vaqueros, y si quiere mantener ese *cuerpazo* — se deleitó en la palabra— tendrá que ir al gimnasio para conseguirlo.

Jack se revolvió en su asiento, molesto.

—¿Hace mucho que trabaja contigo?

—Prácticamente desde que lo conozco.

—¿Qué hace cuando no trabaja contigo?

—Acude a eventos sociales. No necesita trabajar. Aunque no lo creas es un hombre muy rico.

—¿Y entonces por qué trabaja contigo?

—No lo sé. Creo que le divierte hacerlo. Saber que es algo más que una cara bonita, un cuerpo impresionante y una tarjeta de crédito sin límite.

—¿Te atrae? —le preguntó por inercia al escuchar aquella descripción.

Susan sonrió y lo miró. Jack estaba molesto, lo sabía, lo estaba notando en cada pregunta que le hacía.

—Estaría ciega si no me gustase.

Aquella frase le atravesó el pecho como un rayo, a ella le gustaba Kenny y este había expresado su intención de lograr algo con ella. De llevársela a la cama en concreto. Quizás él lo estaba enfocando mal. Quizás Kenny quería una relación seria con ella. Él solo debería asegurarse de que él fuera bueno con ella. Pero era un pijo y un creído. Susan no podía fijarse en alguien como él. Ciertamente era más joven y eso a las mujeres parecía gustarles, no había más que ver a algunas cantantes conocidas, con hombres que podrían ser sus hijos.

—¡Jack! —lo llamó ella.

—Perdona, estaba pensando en algo... del trabajo.

—En fin, venía a decirte que me mudo este fin de semana.

—Mi oferta para compartir casa sigue en pie —dijo él. Aquello significaba que a partir de entonces probablemente apenas si se verían.

—Firmé el contrato hace un par de semanas. Lo he ido alargando, por Terry, quiere que me quede, pero ya no le veo sentido. El apartamento de Samy está casi terminado y con Kenny aquí... debo estar allí.

—Puedes venir a tomar una copa de vez en cuando como ahora. —No

quería que ella se fuera de su vida completamente. La necesitaba, aunque solo fuera como amiga. No podía perderla también en ese aspecto.

—No lo creo posible. —Le rompió la ilusión—. Tendría que conducir más tarde para volver, y dado lo cansada que estoy últimamente, unir alcohol y conducción no es una buena idea. Pero vendré a ver a Terry. Bueno, y a ti también, claro.

KENNY, UN NUEVO AMIGO

Allí estaba aquel pijo engreído. Había vuelto al rancho. Odiaba tener que acercarse a él, pero se lo debía a Susan. Tenía que conocerlo y saber qué intenciones tenía con ella, aunque le repatease el estómago hacerlo.

—¿Cómo estás, Kenny? —lo saludó Jack desde la distancia.

—¡Jack! Me alegra verte, tío. Pues estoy un poco aburrido. Susan ha venido a tomar café con Terry y no sé por qué motivo me he ofrecido a traerla. Me he cansado al primer cotilleo y he salido a respirar un poco.

—Quizás querías complacerla.

—Por supuesto. Vivo para complacer a esa preciosa mujer.

Bien, Kenny tenía un punto a su favor, por mucho que le pesase reconocerlo, la había acompañado hasta el rancho y se estaba aburriendo, pero lo hacía por complacerla.

—¿Nos tomamos una cerveza en mi casa mientras? —le ofreció. Quería sacarle más información.

—Una buena idea, gracias.

Ambos se dirigieron a la casa del capataz. Kenny tomó asiento en uno de los sofás mientras Jack iba a la cocina para sacar dos cervezas y entregarle una de ellas.

—¿Cómo van tus planes con Susan? —Jack fue al grano.

—Bien, muy bien. Ya te dije que sabía que esta vez iba a tener suerte con ella. Lleva un par de años sola, ¿sabes? No le he conocido a nadie en ese tiempo, pero tampoco estaba muy receptiva a nada. Sin embargo ahora... está diferente.

—¿Diferente?

—Sí. Quizá sea solo lo que les ocurre a todas las mujeres a partir de los treinta.

—¿Qué les ocurre?

—¿No lo sabes? ¿Dónde has estado metido?

—Los últimos veinte años, en el ejército.

—Sí, algo me comentó Susan. La cosa es... las mujeres a partir de los treinta dejan de ser tan selectivas. Es decir, antes de esa edad, ellas son las que eligen al tío. Pero a partir de entonces si un tío se les acerca, no le dicen que no. El reloj biológico está acuciando y necesitan a alguien a su lado.

Kenny no tenía ni puñetera idea acerca de Susan por más años que hiciera que la conocía, pensó Jack. Susan no era aquel tipo de mujer.

—No veo a Susan de ese modo —replicó Jack.

—Pues te aseguro que antes o temprano todas son así. Terminan con el primer tío que les propone algo. Comienzan a aparecer las primeras arrugas en su rostro, las canas hacen acto de presencia, no están para perder el tiempo siendo exigentes. Es eso o estar solas para siempre.

Aquella descripción de las mujeres a partir de los treinta, le estaba revolviendo el estomago. Susan era preciosa y podría tener al hombre que quisiera a sus pies, incluso si era alguien tan engreído y gilipollas como Kenny.

—¿Por eso piensas que vas a tener suerte?

—Es uno de los factores. Otro de ellos es que pasamos prácticamente las veinticuatro horas del día juntos. No me puedo arriesgar a que otro tipo se fije en ella, como comprenderás.

—Comprendo.

—Monopolizando su tiempo, no ve a ningún tío más. Pienso que está a punto de caer.

—¿De veras lo crees? —preguntó Jack tratando de controlarse, repitiéndose a sí mismo que tener a Kenny de amigo le iba a venir mejor que de enemigo, por más ganas que tuviera de romperle su preciosa cara de niño pijo.

—¡Claro! —Le sonrió—. Además, siempre puedo usar algunos trucos. Hay cosas a las que las mujeres no se pueden resistir.

—¿Trucos? —Jack enarcó una ceja.

—Regalos caros, salidas al teatro, a la ópera, a lugares elegantes. Eso siempre les gusta. Y también puedo prometerle algo más. Quizá una relación a largo plazo. Puedo decirle que llevo años enamorado en secreto de ella, estoy seguro que eso la derretiría.

—¿Y es cierto?

—No, claro que no. Me atrae, pero nada más.

—Pero tienes planes a largo plazo, ¿no?

—Aún no lo he decidido. Es cierto que ella me gusta, y desde luego que la quiero en mi cama, pero no sé más aún.

Se escucharon unos suaves golpes en la puerta. Jack se levantó a abrir. Era Susan.

—¡Hola, Jack! —le saludó con una sonrisa y él se la devolvió—. Me iba a ir, pero no encuentro a Kenny, supongo que habrá ido a dar un paseo, así que hasta que vuelva pensé en hacerte una visita.

—Kenny está aquí —le dijo por todo saludo, abriendo la puerta para que lo viese—. Iba a desperdiciar una visita de ella, por haber acogido en su casa a aquel Casanova de pacotilla. Y le apetecía verla, vaya que sí. Desde que se había ido, hacía una semana, era la primera vez que volvía al rancho. La había echado de menos cada uno de los días con sus noches.

—Oh, Kenny —dijo entrando en la casa.

—Hola preciosa. —Kenny saltó del sofá para saludar efusivamente a Susan. Le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, claro que sí.

—¿Nos vamos entonces?

—Confiaba en charlar un rato con Jack.

—Hoy no será posible. Sabes que me ha costado mucho conseguir esas entradas para el teatro.

—Se me había olvidado, lo siento, Kenny.

—Estoy para recordártelo. —Le sonrió meloso, mirándola a los ojos para cambiar y dirigirse a Jack y tenderle la mano—. Gracias por la cerveza y la charla, tío. Seguimos en contacto.

—Ha sido un placer —mintió.

Más bien había sido una tortura. Y veía que ella comenzaba a creerse a aquel tío que la miraba falsamente arrobado y que básicamente lo que quería eran unos cuantos revolcones con ella. Sí, él también había querido lo mismo y lo había tenido, pero no engañándola y prometiéndole algo que no cumpliría.

—¡Eso sí que es cortar leña! —exclamó Samy al ver a Jack completamente cubierto de sudor, empleándose a fondo con los troncos—. Cuéntame, ¿qué te ocurre?

—¿Tendría que ocurrir algo? —preguntó Jack molesto consigo mismo, con Kenny y con el mundo. Susan se estaba alejando de él y acercándose a

aquel pijo gilipollas.

—Seré más directo ¿Qué ocurre con Susan? Desde que se mudó a San Angelo estás intratable. Hoy viene, te veo hablar con el tal Kenny y ahora estás partiendo troncos de un solo golpe de hacha. No dudo que es un gran trabajo, pero no es la forma.

—Ese pijo. Quiere acostarse con ella.

—¿Y? Creo que no podemos culparle por ello.

—Juega con ella, y Susan le cree y terminará cediendo. Pero él no la quiere.

Ella es mayor de edad, puede hacer lo que le venga en gana, incluso dejarse engañar si le apetece.

—No lo entiendes. —Puso otro tronco y le dio un hachazo que lo partió en dos—. No la quiere. La está empujando hacia él.

—Claro que lo entiendo. Y el único que la está empujando hacia él eres tú.

Otro tronco se partió.

—¿Yo? —Se detuvo a mirar a Samy.

—Sí, tú. Dile lo que sientes.

—No pienso hacer tal cosa.

—Pero la quieres.

—Somos amigos.

—¿Por eso tú sí que te acostaste con ella? ¿Por amistad?

—Ya sabes que hay mucha química entre nosotros, fue eso.

—Lo que tú digas, Jack. Pero como no hagas nada, se terminarán acostando, te guste o no.

UN APARTAMENTO COMPARTIDO

¿Quizás era excesivo llevarle una docena de rosas rojas? ¿Hubieran sido mejor blancas? Solo quería comprobar que todo estaba bien y que aquel pijo que se creía Casanova no se hubiera aprovechado de ella. ¿Era correcto regalarle flores? El único regalo que le había hecho había sido aquella mitad del corazón que ahora llevaba él en el pecho. Le recordaba a ella y eso le gustaba. El ejército había quedado atrás y prefería aquella cadena que significaba mucho más. Aunque había tenido que quitárselo mientras estuvieron en el *spa*. No quería que ella lo viese y se hiciera ilusiones con algo que no iba a ocurrir entre ambos.

—Hola —dijo Susan extrañada, al ver a Jack en la puerta de su apartamento de San Angelo. Había escuchado el timbre y enseguida pensó en la comida asiática que había encargado Kenny antes de meterse en la ducha, aunque habría sido realmente rápido.

—Hola —dijo Jack, plantado en la puerta mirándola. Estaba preciosa, con el pelo húmedo y una bata de seda—. Pasaba por aquí... y... como no nos vemos últimamente... pensé en visitarte.

—¿Con flores? —preguntó ella subiendo una ceja.

—Supuse que darían un toque de color a tu apartamento —dijo él extendiéndoselas.

—Gracias. —Las tomó en su mano—. Pasa.

Jack pasó al interior del apartamento y ella cerró la puerta. El espacio principal era compartido por salón, comedor y cocina. Luego había varias puertas, supuso que el dormitorio, el baño y algún armario. Los muebles eran modernos y funcionales y el espacio estaba limpio. Susan se dirigió hacia la cocina y sacó una jarra de cristal, que llenó de agua antes de introducir las flores en ella y dirigirse a la mesa de café para dejarlas encima.

—Son preciosas, Jack. No tendrías que haberte molestado.

—Creí que era hora de regalarte algo. Es lo normal.

—Claro. Siéntate, por favor. Traeré una cerveza si te parece bien — ofreció ella, y él asintió con la cabeza.

Antes de que pudiera sentarse se abrió una de las puertas y apareció Kenny con el torso desnudo y tan solo una toalla ceñida a la cintura, exhibiéndose.

—Susan, cariño, ¿te importaría dejar el mando de la ducha en menos grados? Casi me abraso al entrar. —Se fijó en que tenían visita—. ¡Hola, Jack! Qué sorpresa que hayas venido a vernos.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Jack. La sangre le bullía en la cabeza y sus pensamientos no eran claros. Solo quería saber porque estaba aquel pijo medio desnudo en el apartamento de Susan.

—Vivo aquí —respondió Kenny sonriendo. No es mi estilo, pero solo es temporal.

—Susan y yo tenemos que hablar algo, ¿nos disculpas, Kenny? —Se abalanzó sobre Susan y la tomó de la muñeca para asirla con una mano.

—Claro. Iré a vestirme —dijo, moviéndose hacia otra puerta.

—Seguro que es una buena idea —respondió entre dientes antes de dirigirse de nuevo hacia Susan, tratando de mantener la calma, pero con la mandíbula tensa—. ¿El dormitorio?

Susan señaló hacia una puerta con la mano libre, tragando saliva. Jack estaba furioso. Lo sabía por cómo le apretaba la muñeca y por cómo la estaba mirando. Tiró de ella y la metió en la habitación que ella había señalado. Cerró la puerta tras de sí y pasó el cerrojo.

—¿Acaso has perdido el juicio? —le espetó como un loco.

—El juicio no, pero a buen seguro el riego sanguíneo estoy camino de perderlo —respondió, señalándole que la estaba asiendo de la muñeca con poca delicadeza. Ella no era una mujer débil, si creía que la iba a amedrentar, iba listo.

—Lo siento —se disculpó, soltándola.

Ella se llevó la otra mano a la muñeca y comenzó a frotarla para recuperar la circulación perdida.

—Ahora me dirás que hace ese tío aquí.

—Ese tío, Kenny, vive aquí.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? No, no... ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Me lo estabas ocultando? Porque si me lo ocultas...

—Vive aquí. Punto. No tengo que consultarte todas mis decisiones.

—¿Por qué vive aquí?

—Porque es más barato compartir apartamento.

—¡Está forrado! No tiene por qué compartir apartamento con nadie.

—Yo no estoy forrada.

Jack se paseó nervioso por la habitación mesándose el pelo.

—Te propuse compartir mi casa. ¿A mí me rechazas y a él no?

—¡Basta, Jack! ¿A qué viene esto?

—Te acuestas con él —afirmó. Lo tenía delante de sus narices, ella estaba recién duchada y él también, seguro que acababan de hacerlo.

—Eso no te importa.

Jack se sentó en la cama un momento, bajó la cabeza y se puso las manos en la nuca. A continuación se levantó y se puso frente a ella de nuevo.

—Quiero que me lo digas.

—¿El qué?

—Quiero que me digas que te acuestas con él. —Necesitaba escucharlo de sus labios, saber que el pijo aquel la había engañado y que él lo había permitido. Era la confirmación que necesitaba antes de partirle la cara a aquel malnacido que la había tocado como no debía hacerlo nadie que no la quisiera lo suficiente.

Ella le sostuvo la mirada furiosa, ¿quién se creía que era para reclamar algo que había perdido por su capricho?

—¿Por qué quieres saberlo? —sopesó decir la verdad o mentirle ¿Qué podría significar aquella diferencia entre lo uno y lo otro? ¿Qué haría a continuación con aquella información?

—¡Él no te quiere! ¡No significas nada para él! —exclamó.

No, Kenny no la quería. No significaba nada... sin embargo para él, él sí que... la quería. Era su mundo. De repente lo vio claro, mirándola a los ojos, a aquellos ojos azules que lo miraban. La quería, siempre lo había hecho, desde que la vio pateando la rueda del coche la había amado. Todos se lo decían y él no lo había visto, Samy, Mel, Greg, sus padres, todos sabían que la amaba, que estaba loco por ella. ¡Sí! La amaba y la necesitaba, solo podía ser suya, solo suya. Le importaba una mierda que se hubiera acostado o no con Kenny. ¡Él la amaba!

Le tomó la cara entre sus manos y se apoderó de su boca con hambre. El hambre que le provocaba cada uno de los minutos que permanecía lejos de ella, sin poder tocarla, besarla, acariciarla o estar a su lado. Se había conformado con ser su amigo, pero aquello no era suficiente, no podía serlo.

Susan respondió al beso desesperado de Jack. Las piernas le estaban

fallando. ¿Él se había rendido a ella? Porque ella a él se había rendido en cuanto sus labios habían entrado en contacto, como siempre.

Jack bajó las manos a la bata de ella para desatar el nudo que se la ceñía a la cintura e introducir las manos por dentro de ella tocando la fina tela del camisón que ella llevaba debajo.

—No me rechaces, por favor —le suplicó él, regándole el rostro de besos mientras la atraía cerca de él, mostrándole todo lo que la deseaba.

—No lo haré —respondió perdida entre el deseo que él despertaba en ella con cada beso, cada caricia y con cada aliento que la rozaba aunque fuera de forma ínfima. Aquello tenía que significar algo.

Con dedos temblorosos le desabrochó los botones de la camisa a ciegas, no podía abrir los ojos, solo podía sentir la poderosa boca de aquel hombre sobre la suya y sobre toda ella. Quería tocarle el torso, hacía demasiado tiempo desde la última vez y quería quemarse con él, besarlo y saborear aquel sabor masculino.

La bata cayó al suelo, le siguieron la camisa y los pantalones y el camisón de ella. Se tumbaron apenas con una prenda de ropa cada uno sobre la cama. Él besaba cada centímetro de su cuerpo, recorriendo un mapa imaginario de recuerdos de aquella última noche que pasaron juntos.

Se desprendieron de aquella última prenda y en un suave movimiento fueron uno de nuevo. El contacto era dulce, perfecto, necesario. Ambos lo habían anhelado y comenzaron a gemir suavemente cada uno en los brazos del otro, incrementando la excitación a cada movimiento hasta hacer la agonía insoportable y terminar explotando a la vez, con un gemido potente que un beso profundo silenció en la garganta de ambos.

—Te he echado de menos —le dijo Jack, aspirando el olor de su pelo mientras le besaba el cuello.

—Y yo a ti. —Siguió la línea de la masculina mandíbula con su dedo índice.

—Te necesito conmigo. Cada día que estoy separado de ti es una tortura. No me dejes, no lo hagas.

—No lo haré si tú no quieres.

—Te quiero, preciosa —le dijo, besándola de nuevo en los labios.

—¿Dónde vas? —preguntó ella. Había notado cómo él se había movido de la cama. Vio su silueta bien definida por la luz que se colaba por la ventana. Se estaba poniendo los pantalones.

—Me voy —dijo secamente.

—Quédate, por favor —le suplicó ella.

—No lo entiendes, me he dormido, no puedo dormir contigo.

Susan encendió la luz de la lámpara de la mesilla de noche y se puso el camisón.

—¿Es por la mujer de Polonia? ¿Crees que voy a apuntarte con un arma cuando despiertes? —Se sentó en el borde de la cama.

—No, no es eso.

—¿Qué ocurre, Jack? Me gustaría saberlo.

—No puedo dormir contigo.

—Bien, si no quieres contármelo. Puedes dormir en el sofá del salón.

—Me voy. Esto ha sido un error. Lo siento.

—¿De qué demonios estás hablando? —Se levantó de la cama y se puso de pie frente a él.

—Me he equivocado esta noche al venir aquí. Esto no puede ser, Susan. Ha sido un error. —Se dirigió a la puerta.

—No, no te vas a ir así —dijo interponiéndose en su camino, pegándose a la puerta mientras su mente asimilaba lo que acababa de escuchar. Apenas una hora antes él le estaba confesando que la quería.

—Siento si te he podido confundir.

—¿Que sientes si me has podido confundir? ¿Qué sucede, Jack? Quiero una explicación.

—No soy bueno para ti.

—Eso es algo que debo decidir yo, no tú. Y te acepto tal como eres —dijo con un nudo en la garganta.

—¿No te das cuenta? —le preguntó él pasándose las manos por el pelo —. No puedo hacerlo, no quiero que seas infeliz. Mereces a alguien mejor.

—Me da igual a quien creas que merezca, yo puedo decidir eso por mí misma. Sé que te quiero a ti en mi vida.

—¿No ves que puedo hacerte daño? Mucho daño. —Comenzó a pasear nervioso por la habitación cual león enjaulado.

—¿Quieres hacerme daño? —le preguntó ella confusa.

—No, jamás lo haría. No queriendo. Pero...

—¿Pero? ¡Habla de una vez por todas!

—Cada vez que me quedo dormido contigo puedo hacértelo —dijo con el gesto contraído.

—¿Cómo?

—En las pesadillas, puedo intentar asfixiarte.

—Eso es una estupidez.

—No, no lo es. Sucedió una vez, en Iraq. Tuve pesadillas y... se lo hice a un compañero. Apreté su cuello.

—¿Le pasó algo? —preguntó ella tragando saliva.

—No, me dio un puñetazo y yo me desperté.

—Por eso aquella noche no hacías más que preguntarme si yo estaba bien, cuando las pesadillas las habías sufrido tú.

—Sí.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Sucedió una vez, quién sabe el tipo de estrés al que estabas sometido en aquel momento. No tiene por qué suceder de nuevo.

—¿Y si sucede? ¿Y si te hago daño? No puedo vivir con esa carga.

—Podemos superarlo, juntos. Quiero estar contigo.

—No puedes estar con alguien con el que ni siquiera puedes dormir tranquila.

—Confío en ti.

—Pues no deberías hacerlo. Déjame ir —dijo encaminándose hacia ella.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Irte? De nuevo huyendo de tus sentimientos.

—No hay sentimientos.

—¿No los hay, Jack? —preguntó ella sorprendida—. Hace menos de una hora has venido como un loco, has montado una escena de celos, me has hecho el amor y me has dicho que me querías. ¿De verdad que no los hay?

—He venido a visitar a una amiga, me he preocupado por ver la persona con la que vives y hemos tenido sexo, dije que no volvería a suceder, pero ha pasado. Simplemente te aprecio, has malinterpretado mis palabras.

—¡Y una mierda, Jack! Si quieres puedes tratar de engañarte a ti mismo, pero a mí no. Tú y yo jamás hemos tenido simplemente sexo. Yo lo sé y tú también. Siempre ha habido algo más.

—¿No! Nunca ha habido más —dijo girándose, no quería que ella viera su cara en aquel momento. Ella tenía razón, nunca había sido tan sencillo, siempre hubo algo más entre ellos. —¿Puedo irme?

—Estoy dispuesta a luchar por esto, a ayudarte sea lo que sea que aún tengas que superar. A hacerte creer que no es malo que alguien te quiera, como lo hago yo. Pero necesito que tú quieras hacerlo, es algo que no puedo hacer sola si tú no quieres hacerlo.

—No puedo, Susan.

—Sí que puedes, pero no quieres, nunca has querido —dijo rompiéndose por dentro. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero su voz no temblaba, no quería que temblase. Quería decirle todo claramente—. Eres lo suficientemente valiente para luchar en una guerra, pero no lo eres para luchar por esto.

—¿Puedo irme? —Se giró de nuevo hacia ella, viéndola destrozada y sabiendo que el culpable era solo él. No quería hacerle daño, nunca quiso, pero se lo hacía una y otra vez. Y aquello tenía que parar.

—Adelante, vete. —Se hizo a un lado—. Pero si cruzas esa puerta será la última vez que me veas. No te molestes en llamarme ni para tomar un café. Porque eso será algo que no sucederá. Jamás.

—Susan... —comenzó a decir él asiendo la manivela de la puerta. No quería perderla del todo. Él quería seguir viéndola, quería tenerla de alguna forma, saber que contaba con ella.

—Todo o nada, Jack. Es tu decisión.

Jack pegó su frente a la puerta y cerró los ojos. Ella esperaba de pie al lado de la cama, ansiaba que eligiera *todo* con ella, sabía que él la quería, pero ¿aquel sentimiento era tan fuerte como para vencer sus miedos?

—Lo siento, Susan. No puedo hacerte eso —dijo mirándola por última vez, antes de abrir la puerta y salir cerrando a su espalda.

Susan se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada en la cama y su rostro fue asaltado por las lágrimas en silencio. Había perdido para siempre al hombre que amaba. Y se había ido haciéndola mil pedazos.

LA VIDA SIN SUSAN

Cerró la puerta de su casa tras de sí y observó el salón, el sofá donde ella solía sentarse, y miró a *Trisha*. No la volvería a ver nunca más allí. No volvería a tomar una copa de vino con él, ni a acariciar a su gata, ni se la encontraría tirada en la alfombra jugando con ella, ni volvería a besar sus labios, ni a oler su perfume, perderse en sus ojos azules o escuchar su risa. Nada de aquello volvería a suceder. Él lo había decidido así. *Todo o nada* le había dicho ella y él había elegido la nada. Porque eso era lo que habría en él a partir de entonces, nada.

Subió a la habitación, aquella que había compartido con ella durante una semana, los recuerdos lo aboraron y se dio cuenta de que las lágrimas le rodaban por las mejillas porque el dolor era profundo. Acababa de echar de su vida a la mujer que amaba y que le hacía olvidar todo el dolor de su pasado tan solo con su presencia. Acaba de deshacerse de lo único bueno y real que había tenido con una mujer a lo largo de su vida.

—¡Qué mala cara tienes, tío! —exclamó Kenny al ver a Jack.

Habían pasado casi tres semanas desde la noche en la que su vida cambió para convertirse de nuevo en un agujero vacío y sin sentido. Doloroso de día y de noche con el recuerdo de ella en cada sueño y en cada rincón de su casa.

—No duermo demasiado bien últimamente —le respondió él.

Era la primera vez que veía a Kenny desde aquella noche. Susan tampoco había ido al rancho, sabía que Terry y ella quedaban en San Angelo. Cuando le había dicho que no la vería nunca más, había hablado muy en serio. No volvería a verla.

—Sí, supongo que tienes mucho trabajo. No has vuelto por el apartamento tampoco.

—No he tenido tiempo.

—¿Tomamos una cerveza?

—Ahora las traigo.

Al menos podría sonsacarle a Kenny cómo estaba Susan. Esperaba no haberle hecho demasiado daño. Se dirigió a la cocina y sacó dos botellines del refrigerador pasándole una a Kenny. Se sentó en el sofá frente a él.

—¡Salud!

—¿Cómo está Susan?

—Tuvo unos días un poco raros, pero está bien. Por eso venía a verte. He hecho muchos avances con ella. Estoy seguro de que debo agradeceréte, probablemente la última vez que estuviste en el apartamento le hablaste bien de mí.

—Así que, ¿os va bien? —le preguntó con dolor. Quería que Susan fuera feliz y si ella había elegido a Kenny, no tenía nada que objetar al respecto, aunque Kenny fuera un pijo gilipollas. Solo debía hacerse a la idea de que aquel tipo formaría parte de la vida de ella y él no.

—Sí. Estamos muy bien. Mi madre está presionándome para que me case y tenga un hijo. Así que he pensado pedírselo a Susan. Algo me dice que aceptará.

—¿Le vas a pedir que se case contigo? Pero si apenas lleváis un par de semanas saliendo, ¿no?

—Sí. —Sonrió Kenny—. Suena precipitado, pero no lo es. Hace años que nos conocemos, y ¡qué demonios!, tengo veintisiete, ya me he divertido suficiente, no es mala idea sentar la cabeza. Susan y yo siempre nos hemos llevado bien, seguro que lo nuestro funciona. Mi madre estará feliz y Susan podrá tener un hijo.

—¿Estás enamorado de ella? —le preguntó. Tenía que saberlo. Ella merecía un hombre que la quisiera.

—Creo que aún no, pero es algo que estoy seguro que llegará con el tiempo. Ella es maravillosa, ya la conoces. ¿Quién no podría terminar completamente enamorado?

—¿Quieres que te felicite? —le preguntó. En realidad lo que le apetecía era liarse a golpes con aquel pijo que se iba a casas sin ni siquiera amarla como ella merecía.

Pero el que merecía una buena paliza era él mismo por haberla dejado escapar. Se arrepentía de la decisión que había tomado cada hora, porque el no verla, el no saber de ella y el no tenerla, era desgarrador cuanto menos.

—No estaría mal. Pero lo que quiero es que me acompañes a comprar un

anillo de pedida. Tú la conoces y seguro que entre los dos encontramos algo que le guste a ella.

Gilipollas, eso era la que era él. Un perfecto gilipollas. Allí estaba, con el pijo de Kenny en una joyería de San Angelo, comprando un anillo de pedida para la mujer a la que él amaba y con la que Kenny se casaba para sentar la cabeza, como le había propuesto su madre. Y Susan, suponía que ella se había arrojado a los brazos de Kenny en busca de consuelo a menos que la teoría del decorador fuese cierta, las mujeres se volvían menos selectivas. Lo peor de todo es que ese podía haber sido él, quien comprase el anillo para ella y le pidiera matrimonio. Porque no era perfecto, tenía pesadillas y huía de los sentimientos, pero dudaba seriamente que Kenny fuese a amarla algún día tan solo la décima parte de lo que él lo hacía ya. ¿Y ella? ¿Amaría a Kenny o quizás se vería avocada a un matrimonio sin amor? ¿Qué clase de vida le esperaba? Por mucho dinero que tuviera aquel tipo, no podría darle nunca un hogar con amor verdadero.

—¿Qué te parece este? —le preguntó Kenny cogiendo un anillo, con una gran piedra engarzada.

—No, ese no. Susan trabaja con telas, podría engancharse con ellas y no sería muy cómodo.

—¡Qué tonto soy! —exclamó Kenny—. Trabajamos en lo mismo y no he caído. Por eso te he traído. —Le sonrió satisfecho.

—¿Y este? —propuso Jack señalando otro. Era una alianza de oro blanco con pequeños diamantes incrustados alrededor de la misma y uno principal más grande—. Los diamantes son más pequeños, pero por el contrario tiene más y están dentro.

—Sencillo pero elegante, como ella. Es su estilo. ¡Me gusta! Nos llevaremos este —le indicó a la dependienta, que sonrió satisfecha. Tenía el precio suficiente como para que ella se llevase una buena comisión con su venta.

—¿Cómo se lo pedirás? —quiso saber Jack.

—Mañana por la noche. La llevaré a cenar al San Angelo's Terrace a las ocho. Me han dicho que es uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Se lo pediré antes de cenar, no creo que pudiera cenar sin hacerlo.

—¿Aceptará?

—Claro que lo hará. Como te he dicho, va todo muy bien entre nosotros. Además, ella siempre ha querido tener hijos, pero los tíos con los que estuvo nunca aceptaron. Eran un poco egoístas. Los conocí y créeme, está mejor sin

ellos. Es su oportunidad para ser madre.

—¿Tú quieres tener hijos?

—No me hace excesiva ilusión, pero soy consciente de que dentro de unos años será muy tarde para ella.

Él nunca había pensado en hijos, pero con Susan podría haber funcionado, unos pequeños parecidos a ella serían una alegría en cualquier hogar y estaría dispuesto a quererlos sin reservas. Pero nada de eso iba a pasar, ella tendría esos niños de ojos azules con Kenny. O quizás se parecieran al padre. Quién sabía.

—Es una responsabilidad para toda la vida.

—No me preocupa. Yo mismo me he criado con niñeras, podríamos hacer lo mismo si no me adapto a la situación.

¡Aquel tío era idiota! Cómo tan siquiera podía pensar en dejar a sus hijos con una niñera.

¿EL NOVIO ES KENNY?

—Así que ayer fuiste a comprar el anillo de compromiso para Susan con Kenny. Pero el novio es Kenny —repitió Samy, tratando de asimilar la información en su cabeza.

—Así es.

—¿Y el novio es Kenny? —repitió para confirmar.

—Ajá.

—Se te está yendo la situación de las manos, Jack. ¡No puedes dejar que se casen!

—La decisión es de ella, yo ahí no pinto nada.

—¡Joder, Jack! No puedes ser tan cabezota. ¿Cómo vas a permitir eso? Sabes que ella no quiere a ese hombre. Ella te quiere a ti.

—No soy lo que ella necesita.

—Tu la quieres, apuesto algo a que más que ese tal Kenny.

—Eso da igual. El que tiene el anillo es él.

—¿Vas a dejar que se case con un tío al que no quiere, solo porque piensas que él es mejor que tú?

—Básicamente.

—Eres tonto Jack. Recuerdo que tenías un montón de ideas para hacerla feliz y que yo no las cumplía. Según tú era muy fácil hacerla feliz.

—Mira Samy, lo que no puede ser, no puede ser. Además, ya te lo he contado, me dejó las cosas muy claras aquel día, todo o nada, yo elegí nada y eso es lo que tengo ahora.

—¿Y no te arrepientes?

—¡Mierda! Sí que me arrepiento, pero no puedo hacer otra cosa. Yo no puedo ser lo que ella quiere. Se despertará un día y se dará cuenta de que ha desperdiciado su tiempo con alguien como yo. Se cansará de mí.

—¿Por qué?

—Sufro pesadillas, desde Iraq. Las comencé a sufrir al final de mi

servicio allí. Por eso luego me colocaron en otro tipo de operaciones y pasé los últimos dos años viajando por otros países encubierto. Me callé y no dije que las seguía sufriendo para que no me relegaran del servicio y me jubilasen.

—¿Ella lo sabe?

—Sí. Una de las noches que dormimos juntos. Esa tarde había estado hablando con mi hermana acerca de lo que había sucedido en todos los años allí, no sé si tuvo algo que ver, pero esa noche las tuve.

—Así que no solo lo sabe, sino que además te ha visto sufrirlas.

—Por desgracia para ella. No es algo agradable para recordar.

—¿Cómo reaccionó?

—¿Importa?

—Claro que importa.

—No recuerdo todo lo que le dije exactamente, pero sé que me abrazó y me tranquilizó durante largo rato. Y luego —hizo una pausa—, me llevó a la ducha y para relajarme se metió en ella conmigo, mientras me frotaba con una esponja para que dejase de estar tenso. No fue nada erótico si es lo que piensas. Estaba preocupada y me cuidó.

—¿Te cuidó?

—Sí. Lo hizo. Consiguió que me relajase. Fue la primera vez que pude dormir de nuevo tras tener una pesadilla.

—¿Y has echado a esa mujer de tu vida? Pudo haber salido corriendo ese día, pero no lo hizo. Estuvo ahí, contigo.

—Eso no es bueno para ella. ¿Crees que soportará verme así? ¿Qué siempre tendrá la paciencia para levantarse en mitad de la noche a calmarme?

—Si te quiere lo hará, al igual que tú cuidarás de ella cuando a ella le ocurra algo. ¿O no lo hiciste cuando te la llevaste un fin de semana a un *spa* para que se relajase?

—Eso es diferente ¿Qué puedo ofrecerle yo?

—¿Qué puede ofrecerle el tal Kenny? ¿Dinero? El dinero no lo es todo en la vida. Si se casan por conveniencia no tendrán nada, y ahí sí que llegará el día en el que ella se dé cuenta del error que ha cometido. Cuando eso suceda quizá sea demasiado tarde, puede que tengan hijos en común y no quiera separarlos de su padre. Entonces si que vivirá siendo infeliz. ¿Te sentirás mejor sabiéndola infeliz? ¿Atrapada en un matrimonio de ese calibre? ¿Soportando a alguien que no la quiere y al cual ella tampoco quiere?

—No, no me sentiré mejor. —Bajó la cabeza.

—A eso la has empujado, Jack. Y a ti mismo te has empujado a esto —lo señaló de arriba abajo con la mano—, a ser una sombra de ti mismo. ¿Te has mirado al espejo últimamente?

—Lo sé. —Hizo una pausa larga—. La echo de menos.

—No dejes que sea infeliz con alguien a quien no quiere. Haz algo.

ES POR TU BIEN, SUSAN

—He hecho algo que se que... espero que me perdones por ello. Es por tu bien —dijo Kenny observando la puerta del restaurante San Angelo's Terrace. Jack acababa de entrar y escrutaba la estancia.

Susan siguió la mirada de Kenny y se encontró con la imagen de Jack. Había pensado que no lo volvería a ver y allí estaba aquel vaquero alto y fuerte examinando con la mirada el comedor.

—Mierda, Kenny, ¿porqué no te metes en tus asuntos? —preguntó ella volviendo a fijar la vista en su plato vacío por el momento.

Jack vislumbró a Susan y a Kenny en una mesa al final del comedor y se dirigió hacia ellos con paso firme.

—No lo hagas, Susan —dijo al llegar a la mesa, de pie, mirándola suplicante.

Susan levantó la mirada fijándola en el gris acero de los ojos de Jack. Le dolía verlo de nuevo, por eso había decidido que nunca más se verían. Pero Kenny al parecer no había podido mantener la boca cerrada, provocando aquel encuentro.

—Pensé que había dejado claro que no quería que nos viéramos de nuevo —le dijo fríamente.

—No puedo permitirlo. No lo hagas.

—No sé a qué demonios te refieres, pero no me importa. Me voy —dijo Susan, levantándose de la mesa.

Le hacía daño tener a Jack tan cerca después de cómo se había ido aquella última noche y cómo había elegido seguir su camino sin ella.

—Susan. —Kenny la detuvo sujetándola con la mano—. Creo que deberías tranquilizarte y quedarte a cenar.

—Vete a la mierda, Kenny. Os podéis ir a la mierda los dos —dijo en tono suave pasando su mirada de Jack a Kenny. Algunas cabezas se habían girado hacia ellos y no quería montar una escena. Prefería marcharse antes de

perder los papeles. Kenny le soltó la mano.

—Tenemos que hablar —dijo Jack.

—No tenemos nada de que hablar. Tomaste tu decisión. Punto. Espero que disfrutéis de la cena, ya que veo que os habéis hecho muy amiguitos.

Susan cogió el bolso y el abrigo, y se encaminó hacia la puerta del restaurante. Jack permanecía de pie, sin saber si debía seguirla o no. Kenny también se había puesto de pie.

—Si estás pensando en seguirla, no te lo aconsejo —dijo Kenny leyéndole el pensamiento—. Ahora está furiosa. Podréis hablar en otro momento, cuando se tranquilice. Por lo pronto, será mejor que te sientes y cenemos, antes de ser aún más la comidilla de toda la ciudad.

Jack giró de nuevo la cabeza hacia Kenny. Susan había desaparecido por la puerta del restaurante.

—¿Quieres que me sienta contigo a cenar? —preguntó incrédulo.

—Hay varias cosas que debemos aclarar, dada tu irrupción esta noche. Por favor. —Le señaló la silla que acababa de dejar vacía Susan.

Jack lo meditó unos instantes y decidió tomar asiento. Tenía que poner por fin las cartas sobre la mesa con aquel tipo y dejarle claro que Susan no iba a ser para él sin luchar.

—¿Por qué no quieres que se case conmigo? —preguntó Kenny.

—Sé que no la quieres.

—¡Vaya! —exclamó fingiendo sorpresa.

—Tú mismo lo has confesado. No la quieres. Y Susan no merece eso.

—Interesante —respondió Kenny, con una media sonrisa—. ¿Y qué propones?

—No lo sé —dijo tapándose el rostro con las manos. Aquello era una locura. Él no podía ofrecerle nada seguro, pero la quería y no podía vivir sin ella.

—Tú sí que la quieres, ¿cierto? —preguntó Kenny, viendo la vacilación de Jack. Aquel hombre luchaba contra algo a la vez que por Susan.

Jack retiró las manos del rostro y examinó el de Kenny con detenimiento. Se lo estaba tomando demasiado bien.

—Me ha costado tiempo darme cuenta. Como nunca antes quise a nadie. Y no voy a permitir que se case con alguien que no podrá ofrecerle todo lo que merece.

—Solo quiero saber una cosa más. ¿Esta vez no te echarás atrás en el último momento, como cuando fuiste a verla al apartamento hace unas

semanas?

—¿Cómo sabes tú...?

—Eso no importa. ¿Te echarás atrás?

—No, no lo haré. La quiero, aunque tú tengas otros planes para ella, planes que no la harán feliz. Pienso luchar, contigo y con quien haga falta.

—¿Qué le vas a ofrecer?

El camarero llegó en aquel momento para tomar nota del pedido. Kenny tenía decidido lo que iba a cenar. Jack ni siquiera había mirado la carta, así que pidió lo mismo que él.

—Lo que ella quiera, solo sé que no voy a permitir que nadie se interponga en mi camino. No en esta ocasión —dijo con total aplomo tras marcharse el camarero.

—¿Estás totalmente seguro de esa decisión? ¿No te volverás atrás? La última vez que la viste le hiciste daño.

—Nada me hará cambiar de idea, no esta vez.

—Bien. En ese caso, esto es tuyo. —Sacó del bolsillo la caja de terciopelo azul con el anillo de pedida en su interior y la puso en la mesa frente a Jack.

—No pienso cogerlo.

—¿No se lo vas a pedir?

—No con el anillo de otro hombre. Compraré uno por mí mismo.

—No es el anillo de otro hombre, te recuerdo que lo elegiste tú. Esa era la idea, que fuera tuyo. Es solo mi regalo para ambos.

—No lo entiendo —dijo Jack frunciendo el ceño.

—Es muy fácil. Fuimos a comprar tu anillo de pedida. Por suerte elegiste algo decente. Por un momento pensé que elegirías algún adefesio con tal de torpedearme. —Le sonrió Kenny.

—¿Todo tu interés por ella...?

—Solo somos amigos —lo interrumpió—. Nunca hemos sido nada más y nunca he tenido ninguna otra intención con ella. Es como mi hermana.

—¿Por qué has hecho todo esto?

—Susan me contó a muy grandes rasgos lo que había sucedido entre vosotros. El resto lo fui viendo por mí mismo y até cabos. La noche que fuiste a nuestro apartamento, tras marcharte, estuvo toda la noche llorando, por ti. No te la mereces, porque la has hecho sufrir y te daría una paliza solo por ello. Pero sé que si te la diera, ella se enfadaría. Porque te quiere, aunque trate de negárselo a sí misma y a los demás.

—Lo sé. —Se mesó el pelo, asimilando lo que Kenny le estaba contando. Había sido todo una estrategia—. Entonces... ¿Susan no ha estado bien estas semanas?

—Por las mañanas trataba de poner su mejor sonrisa, refugiándose en el trabajo. Pero fuera del trabajo lo ha pasado mal. Esta era la primera vez que lograba sacarla a cenar desde entonces.

—Me arrepiento de haber tomado esa decisión aquella noche. Me arrepentí en cuanto salí por la puerta. Pero... no quería hacerla cargar con mis taras.

—Todos tenemos taras, Jack. Nadie es perfecto. Me parece una estupidez la situación que tenéis. Ver que la quieres y que algo te frene. Ella te quiere y te acepta tal como eres.

Las diez de la noche era una hora demasiado tardía para tocar a la puerta de Susan, pero necesitaba verla y aclarar las cosas con ella. Kenny había decidido ir a un hotel esa noche. No tenía claro si porque la sabía enfadada o con intención de dejarlos a solas.

—Tenemos que hablar —le dijo nada más ella abrió la puerta.

—No tenemos nada de lo que hablar. —Endureció el gesto al comprobar que era él, e intentó cerrarle la puerta en las narices. Jack puso el pie entre el marco y la puerta para detenerla.

—¿Quieres que llame a la policía?

—Haz lo que creas oportuno, pero no me iré aún.

—Vete de mi apartamento, por favor —le ordenó.

—No —le dijo mirándola a los ojos.

—¿Qué demonios quieres, Jack? ¿Quieres sexo? Seguro que sí. Acostarte conmigo y luego largarte comenzando a compadecerte de ti mismo. Sé cómo actúas Jack Fisher. Contigo es siempre igual.

Jack permaneció unos segundos en silencio y retiró el pie que sostenía la puerta abierta. Ella le cerró la puerta en las narices y él apoyó la frente en ella, cerrando los ojos. Susan estaba furiosa, no podía culparla, y él merecía toda aquella furia.

—Así que el idiota de Kenny me tendió una trampa anoche —dijo Susan mientras comía en un restaurante de San Angelo al día siguiente. Le acababa de explicar a Terry lo sucedido.

—Seguro que fue con buena intención. Ya conoces a Kenny. Yo habría

hecho lo mismo.

—¿No habrás sido partícipe del plan, no?

—No, no sabía nada al respecto. Pero si Kenny hizo eso, seguro que tenía un buen motivo. Y deberías haber escuchado a Jack —le dijo Terry.

—No tengo intención de hacer tal cosa. Él tomó una decisión.

—Seamos sinceras. Te mueres por estar con él.

—Se me pasará —sentenció Susan—. Al fin y al cabo, tenía razón. No es bueno para mí.

—Quizás ha cambiado de parecer, quizá...

—No más, Terry. No más. Solo quiero terminar de hacer mi trabajo aquí e irme. No aceptaré ningún encargo más. Si los quiere Kenny, serán para él. Pero yo me volveré a Austin tan pronto termine con la casa de los Walker. No me voy a arriesgar a volver a verlo y consentir que me haga más daño.

—Estaba furiosa. Me cerró la puerta en las narices —le explicaba Jack a Samy mientras andaban al paso en caballo para ver los cultivos de invierno.

—¿Y no insististe?

—No. Me dijo que solo quería acostarme con ella y abandonarla de nuevo.

—Dado lo sucedido entre vosotros no es de extrañar que piense eso.

—La he perdido —dijo bajando el ala de su sombrero para resguardarse los ojos del sol de la mañana.

—Supongo que cuando estabas en el ejército no te rendías tan pronto, si hubiera sido así, no seguirías con vida.

—Si no me quiere escuchar...

—Pensaba que ibas a luchar por ella.

—Kenny ya no es un problema.

—Está bien, Kenny no es una amenaza y sin embargo, te has rendido.

—¿Qué más puedo hacer?

—Insistir. Seguir insistiendo. Perseguirla si hace falta, hasta que te escuche.

—Me dio a elegir y yo elegí mal.

—Las segundas oportunidades existen. Solo tienes que asegurarte de no estropearla esta vez.

MALONE'S PUEDE SER ESPECIAL

Aquello había sido una estupidez, no le apetecía estar en Malone's. No estaba de humor para bailar y pasárselo bien. Por suerte Terry y Luke estaban bailando y Samy hablaba con el hijo del dueño del rancho vecino. Al menos eso le daba un momento para escabullirse y poder estar tranquila durante unos minutos fuera del local. No era buena compañía para nadie. Aún recordaba a Jack en su puerta hacía unas noches. Desde entonces no había vuelto a saber nada de él. ¿Y si su amiga tenía razón y debía haberle escuchado? Pero le dolía tanto verlo de nuevo, tenerlo cerca y saber que nunca sería suyo, aun deseando que la estrechase entre sus brazos, como había hecho en tantas ocasiones.

—La primera vez que bailamos me di cuenta que a tu lado todo lo malo se convertía en bueno mientras estuvieras entre mis brazos. Fue la primera vez en muchos años que sentí estar en paz conmigo mismo. —Oyó la voz de Jack a su espalda.

—Jack. —Apenas pudo pronunciar su nombre mientras cerraba los ojos con fuerza y aún le daba la espalda. Podía sentir su masculino aroma a pomelo y cedro.

—Me gustaste desde el primer día que te vi —prosiguió él—, pero sin duda me enamoré cuando te vi patear la rueda de tu coche. No me preguntes por qué, pero ahí comenzaste a volverme loco.

—¿Quieres hacerme sentir peor confesándome todo eso y a la vez saber que no servirá de nada? —Se giró y se encontró sus ojos grises en la penumbra de la noche.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Todo eso que me estás diciendo no es suficiente para ti, para disipar tus miedos. Porque no piensas que seas bueno, cuando yo sé que lo eres. Porque te empeñas en ser infeliz y hacerme infeliz con ello.

—Nunca más, Susan. He comprendido mi error. Te quiero y quiero estar

contigo. Ahora lo sé.

—¿Cuánto tiempo, Jack? ¿Media hora? ¿Un día? ¿Una semana? Hasta que caigas en tus miedos y decidas dejarme de nuevo. No, Jack. No —dijo con un nudo en la garganta.

—¿Tanto daño te he hecho, cariño? —le preguntó acariciándole la mejilla con el dedo pulgar.

—He sido feliz a tu lado, mucho más feliz de lo que había sido nunca, pero esa felicidad momentánea no me compensa con lo que sufro cada vez que te alejas de mí.

—No me alejaré, Susan. Lo prometo. No lo haré. Créeme. Te amo, lo he comprendido por fin. No puedo vivir sin ti.

—¿Qué garantías tengo de ello, Jack? ¿Por qué habría de creérmelo esta vez?

—Por esto. —Sacó el estuche azul de terciopelo del bolsillo de su chaqueta marrón y se puso de rodillas frente a ella abriendo el estuche—. Sabes que sufro pesadillas, que tengo miedo a hacerte daño mientras duermes, que no soy lo suficiente bueno para ti y que no te merezco, pero si eres capaz de aceptar todos mis fallos y aceptas este anillo y el compromiso que ello conllevará para el resto de nuestras vidas, te prometo que no abandonaré y trataré de hacerte la mujer más feliz del mundo cada uno de los días de mi vida. Susan Donovan, ¿querrás casarte conmigo?

—Jack. —Susan apenas podía hablar y en sus ojos se agolpaban las lágrimas. No había esperado aquello por parte de Jack, de hecho, una petición de matrimonio de Jack hubiera sido lo último que habría esperado de él—. Yo...

—Si te casas conmigo tendrás la seguridad de que no podré abandonarte, no siendo mi esposa. ¿Aceptas?

—Sí. Acepto. ¡Claro que acepto! —dijo, sonriendo y llorando a la vez, mientras estiraba torpemente la mano hacia él para permitirle que le pusiera la alianza de oro blanco con diamantes en el dedo anular.

Jack esbozó una sonrisa radiante mientras se levantaba y tomaba a Susan entre sus brazos para besar sus labios largamente. Había echado de menos su contacto, tenerla entre sus brazos y sentir la paz que siempre sentía cuando estaban juntos.

—Te amo, Susan. Cada día de mi vida lo dedicaré a hacerte enteramente feliz.

—Yo también te amo, Jack —dijo abrazándolo. Era la mujer más feliz

sobre la faz de la tierra. Jack Fisher era todo lo que deseaba en la vida y por fin era suyo.

EPÍLOGO

Unos meses más tarde...

—Debemos comenzar a planear nuestra boda —le dijo Jack a Susan mientras ambos bailaban en la boda que Charlie y Angie habían accedido a celebrar para dar gusto a sus respectivos padres.

—Espero que no sea tan multitudinaria como esta. Algo más sencillo. Solo nuestros padres y hermanos, nuestros amigos más cercanos y todos los Atkins, supongo.

—Futura señora Fisher —le dijo sonriendo—, deberías aprovechar tu única boda para cumplir todas tus expectativas. No voy a consentir que te cases más de una vez, y ten por seguro que esa vez será conmigo. Si te preocupa el dinero...

—No es cuestión de dinero. Es que, realmente solo necesito una cosa ese día, a ti. —Le sonrió embelesada—. Y al sacerdote, por supuesto.

—Por supuesto, necesitamos al sacerdote, queremos que sea legal. No sea que le den tentaciones de escapar al novio.

—Comienzo a pensar que el novio ya no quiere escapar. —Le sonrió ella y él le devolvió la sonrisa con una mirada de intensa ternura.

—El novio no va a escapar. Ese novio tuyo no puede vivir sin ti ni un solo día.

—Tendremos que tomar una decisión al respecto rápido, al parecer dentro de ocho meses seremos uno más en la familia.

—¿En serio? —Jack esbozó una amplia sonrisa, comprendiendo lo que aquello significaba. Una vez se dio cuenta que no podía vivir sin Susan, comenzó a desear tener hijos con ella y compartir aquel sueño de ser padres juntos cuanto antes. Habían perdido demasiado tiempo por su indecisión.

—Completamente. Aún es pronto, deberíamos esperar un par de meses más para estar seguros que todo marcha bien, pero...

—Todo marchará bien, cariño. Cuidaré de ti. —Dejó de bailar para estrecharla entre sus brazos—. Solo que, llámame antiguo, prefiero casarme antes de que nazca el bebé, nuestro hijo. —Se detuvo y disfrutó de aquellas palabras con una sonrisa en los labios—. Qué bien suena eso, nuestro hijo.

—Nuestro hijo —repitió ella mientras le acariciaba la mejilla—. Yo también quiero hacerlo antes de que nazca, luego seguro que todo es una locura y somos primerizos.

—Aprenderemos. Juntos, siempre juntos.

NOTA DE LA AUTORA

La historia de *Un Vaquero Atormentado* nace tras conocer a Jack Fisher en la historia anterior. Ese personaje duro que había vivido en Iraq y Afganistán, que había hecho misiones en media Europa, un hombre curtido desde joven en la guerra, pero no en la vida real y las relaciones. Una buena persona obligada por su trabajo a realizar grandes atrocidades de las que veinte años después, se arrepiente y lo atormentan. Un personaje del que no pude menos que enamorarme de él y de sus circunstancias. La necesidad que me surgió de que la vida lo recompensara por aquello que había vivido, cuando aparece Susan, una testaruda treintañera que no se lo pondrá tan fácil a pesar de lo desagradable que él se muestra. Una química sin igual entre ambos y muchos sentimientos nuevos por compartir.

Queridas lectoras, como ya sabéis, mis chicas son gorditas, porque mujeres hay de muchas formas: altas, bajas, delgadas, gordas, con gafas, sin gafas, bonitas, feas, discapacitadas... Todas merecen vivir una historia como esta. En el amor no existe el físico, edad, dinero o posición social. Cuando dos personas se aman de verdad y surge ese sentimiento entre ellos, todo lo demás sobra y no importa.

Tess Curtis

www.facebook.com/tesscurtisautora
www.facebook.com/tessscurtis

GRACIAS A...

Mis fieles lectoras y lectores de medio mundo sin los que esta aventura literaria no tendría sentido.

Gracias por cada mensaje privado o público que me dejáis, ya sea en las redes sociales o en Amazon. Agradezco todos vuestros comentarios y me hace feliz recibirlos.

A las personas que conforman el proyecto Chick Book, quienes me han ayudado tanto para que las aventuras de los vaqueros salgan adelante. Desde las correcciones, los consejos, los preciosos diseños que Nina Minina ha creado para estas tres portadas... y tantas cosas más por agradeceros.

A mis buenas compañeras escritoras, ya sabéis quienes sois. Daos por aludidas.

A las amigas y personas cercanas que me han apoyado y animado en esta aventura.

A Charlie Atkins, siempre.

Otros títulos Chick Book:

Corazones a Medida – Desirée Cordero

Un Vaquero Leal – Tess Curtis

Sin Alas – Andi Cor

Confía en mí, Silvania – Anais Debeba

Un Vaquero de Ojos Verdes – Tess Curtis

Wrap It – Abril Ethen

Ni Conmigo ni sin Mí – Nina Minina

Una Salchicha muy Viva – Nina Minina

Viernes o Te Vas – Nina Minina

Alicia en el País sin Wifi – Nina Minina